

M. S. FORCE

ÉXTASIS

TRILOGÍA CELEBRITY, III

Grijalbo

A woman with long brown hair, wearing a shimmering gold dress, is lying on her back on a dark ledge. She is looking towards the camera with a slight smile. Her right hand is behind her head, and her left hand is resting on the ledge. The background is a dark night sky filled with out-of-focus, colorful city lights (bokeh effect) in shades of yellow, orange, red, and blue.

M.S. FORCE

Éxtasis

Traducción de
Rosa Pérez Pérez

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Flynn

No me puedo creer que me haya dejado. ¡Joder! —Estoy en la casa de

Marlowe en Malibú, paseándome de un lado a otro de la terraza, sin prestar ninguna atención a las excepcionales vistas del Pacífico. Me siento como si me hubieran arrancado el corazón y me hubiera arrollado un todoterreno. Natalie se ha ido y el dolor es insoportable—. ¡Me ha dejado! Me prometió que nunca lo haría. Me lo prometió, Mo.

—Flynn, tienes que calmarte.

—¿Calmarme? ¿Cómo voy a calmarme cuando mi mujer me ha dejado?

—Me da miedo que te dé un infarto o algo parecido. Tienes la cara congestionada y estás sudando.

Me restriego el pecho. Realmente me siento como si estuviera sufriendo un infarto.

—¿Qué voy a hacer, Mo? Dime qué debo hacer.

Solo le he contado que Natalie me ha pillado en una mentira y se ha marchado.

Marlowe me mira a los ojos durante un buen rato antes de volverse para contemplar el mar infinito.

—No lo sé. No sabría decirte.

Me dejo caer en la silla contigua a la suya. Estoy agotado y desanimado, y no puedo seguir deambulando de un lado a otro. No concibo pasar una hora sin Natalie, y no digamos ya una semana o más. Es el tiempo que ha dicho que necesita para pensar antes de llamarme. ¡Una semana! Es una eternidad.

—He roto una ventana de mi casa.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, cuando se ha ido.

—¿Has llamado a alguien para que la arreglen?

Niego con la cabeza. La ventana ha

sido la menor de mis preocupaciones, porque el puto FBI se ha presentado cinco minutos después de que Natalie se marchara en dirección al aeropuerto.

Marlowe coge el móvil y hace una llamada.

—Addie, soy Marlowe. Flynn está aquí y no puede ponerse. Me ha pedido que te diga que ha roto una ventana de su casa hace un rato. Una de las grandes de la parte de atrás. ¿Puedes llamar a alguien para que vaya a cambiarla? — Escucha en silencio—. Se lo pregunto.

—Me da el móvil—. Quiere hablar contigo.

Estoy tentado de negarme. La única persona con la que quiero hablar es con mi mujer, pero eso no es posible. Alargo la mano para coger el móvil de Marlowe.

—Hola.

—¿Qué pasa? —Como fiel ayudante mía desde hace cinco años, Addie ya sabe que ocurre algo grave—. El piloto me ha llamado para decirme que Natalie se ha ido sola a Colorado en el avión

con el que pensabais viajar México y no me coge el teléfono.

De modo que ha ido a ver a su hermana Candace. No me sorprende. Eso también me recuerda que el FBI tiene mi móvil, y hasta que no me lo devuelva Natalie no tiene forma de llamarme. Lo resolveré en cuanto pueda.

—Yo, bueno... —No quiero decirlo en voz alta. Si lo hago, será real—. Hemos cambiado de planes.

—De acuerdo ¿qué pasa entonces?

—Natalie y yo... Ella... Nosotros...

Ha vuelto a Nueva York pasando por Colorado para ver a su hermana.

—¿Por qué? ¿Durante cuánto tiempo?

—Es largo de contar, y no lo sé.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta después de un silencio.

—¿Encargarte de que arreglen la ventana?

—Ya está hecho. He enviado un mensaje desde el ordenador mientras hablábamos. Iré a tu casa para recibir a los trabajadores.

—Gracias.

—¿Qué más?

—Aún no lo sé.

—Cuenta conmigo cuando te decidas.

—Gracias.

—Flynn... No la dejes marchar. Sea lo que sea, no la dejes marchar.

—No lo haré.

No he terminado de decirlo cuando me atenaza el terror de que haya podido irse para siempre.

—¿Qué quería el FBI de ti esta mañana? —continúa Addie.

—¿Cómo te has enterado?

—Antes han venido al despacho.

—Por lo visto, la mujer de Rogers les

ha dicho a los agentes que investigan el asesinato que yo le había amenazado y que le preocupaba su integridad física.

—Tú lo amenazaste con llevarlo a juicio, no con hacerle daño.

—Eso es lo que le he dicho a Vickers.

—¿Se ha quedado convencido?

—Supongo. Se ha marchado, al menos de momento. Tengo el mal presentimiento de que están intentando cargarme el muerto a mí.

—Que lo intenten. Todos sabemos que no has sido tú. Los aplastarás.

—No he sido yo, pero no por falta de

ganas.

—Tener ganas no es lo mismo que asesinar a alguien. ¿Te ha dicho cuándo van a devolverte el móvil?

—Me aseguraron que me lo enviarían al despacho a lo largo del día de hoy.

—Te aviso en cuanto llegue.

—Gracias.

—No te des por vencido. Lo que ha pasado entre Natalie y tú, sea lo que sea, puede arreglarse. Vosotros sois lo que verdaderamente importa. No te des por vencido.

Me aferro a su confianza en que

podemos arreglar las cosas, pero no las tengo todas conmigo.

—La he jodido bien, Addie.

—Está loca por ti. Pasara lo que pasara, no lo olvides.

—Eso intento.

—Iré a tu casa para que te arreglen la ventana y te llevaré el móvil en cuanto llegue.

—Ahora estoy con Mo, pero luego volveré a casa.

—Nos vemos luego. Aguanta, ¿vale?

—De acuerdo.

¿Qué otra cosa puedo hacer? Natalie

no me ha dejado más alternativa que esperar hasta que haya asimilado lo sucedido esta mañana. Cuelgo y le devuelvo el móvil a Marlowe.

—Se ha enterado de lo del BDSM, ¿verdad? —pregunta. Es como mi cuarta hermana, pero es la única de ellas que sabe lo del BDSM.

—Sí. La puta de Valerie se lo ha contado. ¿Te lo puedes creer?

Me gustaría buscar a la bruja vengativa de mi ex mujer y matarla de todas las formas que se me ocurran.

—Oh.

—Yo lo he empeorado al mentirle. Valerie ya le había dicho dónde estaba mi cuarto de juegos, así que ha sabido que no le decía la verdad. —Reanudo mi paseo de un lado a otro—. Sé que he hecho lo correcto, Mo. Nunca me convencerás de lo contrario. Era imposible que entendiera esta faceta mía después de lo que le ocurrió a los quince años, así que se la oculté, la elegí a ella antes que ese estilo de vida.

—¿Qué pensabas hacer cuando ya no pudieras seguir escondiéndoselo?

Voy a responder, pero ella levanta la

mano para detenerme.

—No es una opción, Flynn. Es lo que eres, lo que siempre has sido, y ya has arruinado un matrimonio al intentar ser otra persona.

—Esto era distinto. Natalie no es Valerie.

—No, no lo es. Es mucho mejor persona. Valerie solo podría soñar con ser una pizca de lo que es Natalie.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Si no puedes ser tú mismo con ella, por completo, no es la persona ideal para ti. Todos hemos intentado tener

relaciones convencionales, y todas han acabado mal porque ninguno podemos negar quiénes y qué somos. Tú lo sabes.

—La amo. La quiero como jamás he querido a nadie. La amo más que a mí mismo y por eso he renunciado a este mundo por ella. Aún pienso que es lo mejor para Natalie.

—Pero ¿es lo mejor para ti? Tú también cuentas en esta relación.

—Ella cuenta más.

—Flynn... Vamos.

—Tengo que irme.

No puedo seguir más tiempo aquí,

paseándome por su terraza. Me siento como un tigre enjaulado que necesita echar a correr y rugir de rabia y miedo por lo que le está sucediendo.

Marlowe entra en la casa detrás de mí.

—No te vayas. No deberías estar solo en un momento como este.

—No puedo quedarme sentado. Tengo que hacer algo.

—Por favor, no hagas nada que tengas que lamentar después.

—¿Qué podría ser peor que mentir y ahuyentar a mi mujer?

—Montones de cosas. —Señala la Ducati aparcada delante de su casa—. Por ejemplo, estamparte contra un poste de teléfonos o salirte de la autopista del Pacífico.

Le doy un beso en la frente.

—No haré ninguna de las dos cosas. Te lo prometo. Gracias por escucharme.

—Llámame luego, necesito saber cómo estás.

—Lo haré.

Me alejo en la moto, decidido a cumplir mi promesa de ser prudente, pero casi cedo a la tentación de poner

rumbo a uno de los escarpados acantilados que bordean la carretera. Si he perdido a Natalie para siempre, prefería estar muerto a tener que vivir sin ella.

Natalie

He llorado durante todo el trayecto al aeropuerto de Los Ángeles, donde me subo al avión que tenía que llevarnos a Flynn y a mí a México para nuestra luna de miel. Mis guardaespaldas no quieren

ni oír hablar de que viaje en un vuelo comercial, y casi es mejor así, porque ya he agotado el crédito de mi tarjeta.

Josh y Seth, dos de los escoltas de Flynn, han insistido en acompañarme a pesar de que les he dicho que no era necesario. Aseguran que tienen órdenes de hacerlo y que yo no puedo evitarlo.

Estupendo. Como parece que no tengo forma de librarme de ellos, decido ignorar su imponente presencia mientras nos preparamos para el despegue. Intento concentrarme en la perspectiva de volver a ver a mi hermana Candace

por primera vez en ocho años. Si solo pienso en ella y en nada más, puedo respirar. Si me permito pensar en Flynn y en lo que ha ocurrido esta mañana en su casa, comienza a dolerme el pecho y solo quiero llorar.

Llevo pocas horas separada de él y ya lo echo de menos como si no lo hubiera visto en un año. No obstante, he hecho lo correcto. Me niego a formar parte de un matrimonio basado en mentiras. Lleva semanas mintiéndome. Se casó conmigo sin decirme que es un dominante sexual.

Lo más duro es que entiendo por qué lo ha hecho e incluso se lo agradezco.

Pensaba en mi doloroso pasado como superviviente de una agresión sexual. El episodio de nuestra noche de bodas, durante el que rememoré la violación cuando me inmovilizó agarrándome por las manos, le afectó profundamente. Grité hasta desgañitarme y él se quedó conmigo de principio a fin. Lo amo. Amo todos los momentos que he pasado con él, incluso los difíciles, pero no soporto que esta mañana me mirara a los ojos y me mintiera cuando yo ya había

descubierto la verdad sobre sus apetencias sexuales, gracias a su rencorosa ex mujer. Nunca en la vida había estado tan desconcertada. Mi corazón le necesita con urgencia, pero mi sentido común me pide un tiempo de reflexión para decidir cómo abordo esta faceta de mi marido sin que su apabullante presencia influya en todos mis pensamientos.

Me enjugo en el acto las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Aunque confío en los guardaespaldas que Flynn ha contratado, recelo de lo que podrían

hacer por dinero incluso los mejores profesionales. No puedo permitir que nadie me vea llorando cuando hace tan poco tiempo que me he casado. No puedo hacerle eso, de modo que me esfuerzo por mantener la calma.

Intento no pensar en la última vez que volé con él ni en cómo hicimos el amor en el dormitorio del avión privado. Esta vez viajo sola, con la única compañía de Fluff sobre mi regazo.

Encontramos turbulencias en el trayecto a Colorado y el auxiliar de vuelo no puede levantarse para

atendernos. No dejo de pensar en Flynn y yo cogidos de la mano durante los accidentados aterrizajes en Teterboro y en el aeropuerto de Los Ángeles, ni en cuánto me tranquilizó tenerlo tan cerca. Ahora no tengo ese consuelo, de modo que, además de triste, también estoy petrificada.

Aterrizamos en el aeropuerto de Fort Collins-Loveland dos horas y media después. Estoy hecha un manojo de nervios y es evidente que no estoy en condiciones de reencontrarme con mi hermana después de ocho años, pero

nada va a impedirme que la vea ahora que por fin estamos en el mismo lugar, al mismo tiempo.

Josh y Seth se colocan delante y detrás de mí; me siento ridícula. Nadie me reconocerá en un lugar en el que no esperan verme. ¿Por qué iba a venir? Mi vida con Flynn está en Nueva York y en Los Ángeles, no en Colorado.

Estoy mareada por las turbulencias del vuelo, y porque no he probado bocado desde anoche, aunque tampoco habría podido comer nada de haberlo

intentado. Pensar en comida hace que me sienta aún peor.

Fluff está entusiasmada cuando bajamos del avión y hace pis en la misma pista.

Después de subir una escalera, entramos en el silencioso aeropuerto y el corazón se me acelera con cada paso que doy. Veré a Candace de un momento a otro, me ha prometido que estará esperándome. Lo acordamos mediante una serie de mensajes de texto mientras me dirigía entre lágrimas al aeropuerto

de Los Ángeles después de dejar a Flynn.

Mañana regresaré a Nueva York para reanudar mi vida allí, pero ya no puedo esperar más para ver a mi hermana; de ahí mi escala en Colorado. Una escalera mecánica nos conduce a la zona de recogida de equipajes y ahí está. A sus diecinueve años, mi hermana pequeña es toda una mujer y está preciosa. Olvido mi desconsuelo y el desastre en que se ha convertido mi matrimonio y corro a su encuentro.

Ella se echa en mis brazos y

permanecemos abrazadas durante mucho rato, sollozando. Lo primero que pienso es que sigue llevando el mismo perfume que le gustaba a los trece años, y el familiar olor no hace sino enriquecer este momento tan esperado. Cuando nos separamos, tiene la cara congestionada y enrojecida. No alcanzo a imaginar cómo debe de estar la mía después de haberme pasado horas llorando. Tiene los ojos de color avellana y el cabello castaño rojizo, del mismo color que el mío antes de teñírmelo. Los mofletes que tenía la última vez que la vi han dado paso a los

pómulos bien marcados de una mujer adulta. Es guapísima, y nunca en mi vida me había alegrado tanto de ver a nadie.

Fluff reclama mi atención como una loca. La cojo en brazos para que vea a su tía Candace, a quien parece recordar.

—Espero que en tu edificio admitan perros.

—No los admiten, pero la colaremos.

—Ejem... —Una voz grave me recuerda que no estoy sola—. Usted no va a casa de su hermana —me informa Seth—. Tenemos una reserva en la

ciudad, en un hotel de la cadena Marriott.

—Me quedaré en casa de mi hermana.

—No, no lo hará.

Quiero escupirle que no puede darme órdenes, pero él solo está haciendo su trabajo. Mi enfado es con Flynn, no con su subordinado.

—¿Te apetece pasar una noche en el Marriott? —pregunto a Candace.

—¡Me parece estupendo! Vamos.

Candace no tiene coche y ha venido al aeropuerto en taxi, de modo que me acompaña cuando los guardaespaldas

nos conducen hacia dos todoterrenos negros. Deben de encargarnos al por mayor, porque últimamente parece que estén donde quiera que voy.

—¿Qué es todo esto? —susurra Candace, señalando a los escoltas y los vehículos.

—Mi marido. Le obsesiona mi seguridad.

—En cierto modo, esperaba que viniera contigo —dice, y sé, por su risa boba, que admira su trabajo. ¿Quién no?

—Esta vez no podía.

No tengo ninguna intención de

estropear mi encuentro con Candace vomitándole mis problemas conyugales.

—Qué palo. Me muero de ganas de conocerlo.

No estoy segura de que eso vaya a ocurrir, así que no digo nada. Solo de pensar que no volveré a verlo nunca más me duele todo el cuerpo.

—¿Qué pasa, April? —pregunta Candace cuando nos acomodamos en el asiento trasero del coche y ponemos rumbo al hotel.

Me obligo a sonreír para no preocuparla.

—Nada. Estoy muy contenta de verte.

—Aunque llevemos tanto tiempo sin vernos, sigues siendo mi hermana. Con solo mirarte he sabido que te pasa algo grave. —Me coge la mano—. Deja que te ayude.

—Mi hermana pequeña ya no es pequeña, ¿verdad?

Me entristece haberme perdido tantos años de su vida y de la de Livvy.

—No lo soy desde que un monstruo agredió a mi hermana mayor y nos arruinó la vida a todas.

En todos los años que han pasado

desde la última vez que las vi, no he pensado ni una sola vez que lo que me sucedió a mí también les había cambiado la vida a ellas.

—Os imaginaba siguiendo con vuestra vida como si nada.

—No fue así. Nos quedamos destrozadas. Nada fue lo mismo sin ti.

—Pone la otra mano sobre las que ya tenemos entrelazadas—. Nada me gustaría más que volver a estar unidas.

—A mí también me gustaría. Más de lo que imaginas.

—Cuéntamelo, Ap..., o sea, Natalie.

Cuéntamelo, Natalie.

—Puedes llamarme April. No pasa nada.

—Te has labrado una nueva vida siendo Natalie. Ahora eres Natalie y quiero respetarlo. Livvy también lo respeta.

—Ya es muy mayor también. No me puedo creer lo increíbles que son sus notas y que pueda elegir la universidad que quiera.

—Natalie...

Suspiro al darme cuenta de que no puedo ocultarle mi tormento.

—Flynn y yo nos hemos dado un tiempo.

Hablo en voz baja, para que solo me oiga ella.

—¡Acabáis de casaros!

—Lo sé, créeme.

—¿Qué ha podido ir mal tan deprisa?

—Me había ocultado una cosa. Algo importante. Y cuando me he enterado y lo he confrontado, me ha mentido.

—Maldita sea. Vaya. Se os veía muy felices en la tele. No me perdí ni un segundo de la entrega de premios del

Sindicato de Actores. ¡No me podía creer que la de la tele fuera mi hermana!

—Fue una noche muy emocionante.

Recordar que Flynn ganó dos premios, que hicimos el amor en la limusina en el trayecto de regreso y después nos comimos unas hamburguesas con patatas fritas del In-N-Out en el salón de Hayden me hace llorar de nuevo. Las semanas que he pasado con Flynn son las mejores de mi vida, y no tengo la menor idea de cómo voy a apañármelas sin él.

—Entonces, ¿lo habéis dejado? —

pregunta Candace vacilante.

—No lo sé.

Solo sé que me ha mentido y que necesitaba alejarme de él para poder ver las cosas en perspectiva.

—Bueno —continúa mi hermana después de un largo silencio—, si te obliga a estar en un hotel, supongo que paga él, así que ¿por qué no aprovechamos? Mañana tengo que trabajar, pero me da igual. Podemos quedarnos despiertas toda la noche viendo películas, levantarnos tarde y desayunar en la habitación.

La alegría de Candace y su carácter optimista son un bálsamo para mi alma herida. Su plan me parece divino y es justo lo que necesito.

2

Flynn

Me estoy volviendo loco. No hay otra manera de describir la desesperación

que se ha apoderado de mí. No puedo comer, ni dormir, ni respirar, ni pensar en otra cosa que no sea Natalie y qué puedo hacer para arreglar las cosas. No puedo vivir sin ella, ni un minuto, un día o una semana. Perderé la cabeza si me paso una semana sin verla.

Me ha pedido que la deje en paz, pero no que tenga que quedarme en Los Ángeles.

Fiel a su palabra, Addie me trae el móvil en torno a las cinco de la tarde.

—Necesito que me reserves un vuelo a Nueva York. Esta noche.

—No sé si podré conseguirte un avión privado avisándome con tan poco tiempo.

—Pues viajaré con una compañía comercial.

Vacila y sé que está pensando que me han pedido expresamente que no viaje en aviones de pasajeros por el revuelo que mi presencia levanta en los aeropuertos. En momentos como este, aborrezco la fama que acompaña a mi profesión.

—¿Hasta cuándo piensa quedarse Natalie en Colorado? —pregunta Addie.

—No lo sé. —No le digo que ignoraba que ese fuera su destino—. Lleva escolta, ¿verdad?

—Dos guardaespaldas. Pasarán la noche en el Marriott en lugar de quedarse en casa de su hermana. Me he tomado la libertad de mandarle al hotel las tarjetas de crédito y débito que has pedido. Espero haber hecho lo correcto.

—Sí. Quiero que tenga dinero, aunque ya no desee estar conmigo.

—Aún te quiere. He visto cómo te mira. Sea lo que sea, nunca me convencerás de que no podéis

arreglarlo. —Se saca el móvil del bolsillo—. ¿Aún quieres ir a Nueva York?

Me lo pienso un momento.

—Me dijiste que, cuando hablaste con Candace de venir aquí, ella tenía muchas horas de clase, ¿verdad?

—Sí, y también un trabajo a tiempo parcial.

—Así que es probable que la visita sea corta. Iré a Nueva York. Antes o después, Natalie acabará yendo allí.

—Veré qué puedo hacer.

Addie me aprieta el brazo antes de

marcharse para organizarlo todo. Un grupo de trabajadores está terminando de reponer la ventana que he destrozado esta mañana con un jarrón de cristal después de que Natalie se fuera. Tengo que dominar mi cólera. Estallar no me será de ninguna ayuda en esta situación.

Compruebo las llamadas y los mensajes de texto que he recibido desde que el FBI me dejó sin móvil y veo que hay dos de mi madre. Como suele enviarme mensajes, decido que lo mejor es llamarla, aunque en realidad no

quiero hablar con nadie aparte de Natalie.

—Hola, mamá, ¿qué pasa?

—Por fin. Empezaba a preguntarme si alguna vez ibais a dar señales de vida.

Recordar que tendría que estar de luna de miel es como un dardo directo al corazón.

—No hemos parado.

—No lo dudo —responde con una risita. Mi padre y ella están encantados con la esposa que he elegido. ¿Qué pensarían si supieran que mi lado sexual dominante y haber mentido a Natalie a

ese respecto han ahuyentado a su nuera?
— Quería hablar contigo sobre el
banquete de boda que nos gustaría
organizaros.

Los ojos se me inundan de lágrimas.
Me siento en el sofá y me aprieto los
párpados con el índice y el pulgar. En
ese momento me queda muy claro que, si
la he perdido para siempre, jamás lo
superaré.

—¿Flynn?

—Sí, mamá, sigo aquí. Deja que lo
comente con Natalie a ver qué nos va
bien. Te informo, ¿vale?

—Claro. Lo que vosotros queráis. Estamos encantados de celebrarlo con los dos y de acoger a Natalie en nuestra familia.

Mis padres se han portado maravillosamente con ella y la arroparon y apoyaron de una forma increíble durante el infierno que se desató cuando su doloroso pasado salió a la luz. No soporto la idea de defraudarlos confesándoles hasta qué punto he fastidiado lo nuestro. Espero no tener que explicárselo jamás—. Os

agradezco mucho que queráis celebrarlo. Gracias.

—¿Bromeas? Es por puro egoísmo. Estoy feliz de verte enamorado de una mujer dulce y tierna que te quiere de verdad. No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo esperando este momento. Claro que vamos a celebrarlo.

Apenas soy capaz de contenerme para no llorar y suplicarle que venga a Los Ángeles para decirme que todo saldrá bien. Pero no lo hago. No puedo hacerlo.

—Nos hace mucha ilusión. Te llamo.

—Hasta pronto. Te quiero, cariño.

«Cariño.» Así es como yo llamo a Natalie.

—Yo también te quiero, mamá.

Cuando cuelgo, me quedo mirando la piscina del jardín trasero durante un buen rato, intentando imaginarme la vida sin Natalie. Sin ella no hay vida. Y hoy ya he pasado suficiente tiempo haciendo el tonto y compadeciéndome. Joder, es hora de ponerle remedio.

Natalie

Mi hermana y yo pasamos la tarde juntas y nos ponemos al día de nuestras vidas. Es como si el tiempo no hubiera transcurrido desde la última vez que nos vimos. Hablamos de todo y de todas las personas que conocíamos en Nebraska. Ella me cuenta los cotilleos de Lincoln y qué ha sido de las amigas que tenía antes de que mi vida se fuera al traste.

—Se pasaron años preguntándonos por ti —dice Candace—. No sabíamos qué contestarles. Papá nos ordenó no hablar a nadie de ti. Era muy extraño,

como si estuvieras muerta, pero sabíamos que no lo estabas. Papá estaba como loco. No se lo podía creer. No se podía creer que una de sus hijas hubiera hecho eso, como si la culpable fueras tú en lugar de Oren. Prohibió internet en casa e intentó que no nos enteráramos de cómo iba el juicio, pero nosotras leíamos los periódicos en la biblioteca de la escuela para saber qué pasaba. Y luego, cuando condenaron a Oren, papá se puso peor que nunca.

—Nunca entenderé cómo un padre

elige a un viejo amigo antes que a su propia hija en una situación como esta.

—¿Quieres saber nuestra teoría? ¿De Livvy y mía?

—Claro.

Se ríe de mi curiosidad mal disimulada.

—Creemos que estaban enamorados y fingían que eran heterosexuales porque, en esa época, Oren jamás habría tenido una oportunidad en política si se hubiera declarado homosexual.

Estoy tan aturdida que me quedo sin habla.

—Eso explicaría muchas cosas.

—Piénsalo: ¿alguna vez viste a papá ser cariñoso con mamá? ¿Alguna vez los viste abrazarse, besarse, pasear cogidos de la mano o algo por el estilo?

—No. Nunca. Pero suponía que hacían esas cosas cuando estaban solos. Es una bomba, pero, de golpe, todo tiene sentido.

—No, no lo tiene, porque, a pesar de todo, tendría que haberte protegido. Sintiera lo que sintiera por Oren, tú eres su hija. Te merecías mucho más de lo que te dieron. —Me mira, como si

vacilara—. Después de verte en el hospital tuvieron una pelea monumental. Mamá se puso como loca cuando él la obligó a dejarte ahí sola después de que Oren te violara.

—Si de verdad piensas que Oren y papá eran homosexuales y estaban enamorados, ¿cómo pudo Oren violarme de esa forma?

—Livvy y yo creemos que papá se lo estaba poniendo difícil y que agredirte fue su forma de dejarle clara su postura. Otra posibilidad es que fuera un puto pervertido.

—Pero los dos tenían hijos, y ¿cómo pudo agredirme así si no le iban las mujeres?

—Pastillas —responde sin ambages—. Creemos que los dos eran bisexuales, pero no habrían dudado en dejar a sus mujeres para estar juntos si hubieran podido. Pero no lo hicieron, no si Oren quería tener el éxito en política para el que sus padres lo habían educado. De hecho, su historia me parecería un poco triste, salvo por el hecho de que eran dos monstruos incivilizados que hicieron daño a mucha

gente. ¿Sabes qué pasó cuando Oren murió en la cárcel? Que papá se pasó semanas desconsolado. Nunca fue el mismo después de eso.

—Dios mío...

—Naturalmente, solo son meras conjeturas nuestras.

—No, tienen mucho sentido. Las pastillas también explicarían cómo pudo ser tan... incansable... durante la agresión.

Levanto la vista y veo que Candace parpadea con rapidez.

—Eso fue lo único sobre lo que jamás

fuimos capaces de leer. No podíamos soportarlo.

—Me alegro de que no lo hicierais. Ya es suficiente con que yo tenga esas imágenes en la cabeza. No hace falta que también las tengáis vosotras.

—Me preguntaba... Si pudiste, con Flynn...

—Sí, y fue increíble. Al menos para mí.

La pregunta me recuerda por qué lo he dejado y el dolor me atraviesa, candente y agudo.

—¿No crees que también lo fue para

él?

Me levanto de la cama en la que hemos estado relajándonos y me acerco a la ventana.

—Eso me dijo.

Pero ¿cómo puedo saber si es la verdad o si solo lo dijo porque pensaba que era lo que yo quería oír? Ahora dudo de todo.

—¿No le crees?

Por mucho que quiera explicar a mi hermana los detalles de lo que ha sucedido entre Flynn y yo, no puedo. Tengo que proteger su intimidad y la

mía. Confío en mi hermana, pero también tengo que reconocer que apenas la conozco. Espero que eso cambie con el tiempo, pero, si ella revelara las preferencias sexuales de Flynn, aunque solo fuera a una persona... No, no puedo explicárselo, ni a ella ni a nadie, por mucho que quiera conocer su opinión al respecto. Me doy cuenta de que está esperando a que le responda.

—Es complicado.

—E íntimo, desde luego. No quiero entrometerme.

—Tranquila. Solo es complicado

porque a Flynn lo conoce todo el mundo. No puedo contar mi vida y milagros por muchas ganas que tenga.

—Lo entiendo. No te preocupes. —
Me sonrío con descaro—. Siempre y cuando me lo presentes en algún momento.

—Espero poder presentártelo.

Espero volver a verlo...

Suena el móvil de Candace y lanza un gritito que despierta a Fluff, que estaba descansando en la otra cama—. Es Livvy por FaceTime. —Acepta la

llamada y saluda a su hermana—. No te vas a creer quién está aquí conmigo.

—¿Quién?

—Natalie. —Vuelve el móvil hacia mí y yo la saludo con la mano. Aunque en estas últimas semanas ya he hablado por FaceTime con las dos, aún me entran ganas de llorar cuando veo a mi hermana menor, que, a sus diecisiete años, también está preciosa y muy crecida. Tiene el cabello y los ojos oscuros de la familia de nuestro padre y se parece a mí ahora que me tiño de oscuro.

—¿Qué haces ahí?

—He venido a ver a Candace, y espero verte pronto también a ti.

—Ha llamado la ayudante de Flynn por nuestro viaje a Los Ángeles dentro de un par de semanas.

Me duele el estómago al oír su nombre.

—Espero que podamos organizarlo todo.

—¿Está ahí contigo?

Mira alrededor, esperando ver a su cuñado famoso.

—No. No podía venir, y yo no podía

esperar más para ver a Candace. O a ti. Espero que sea pronto.

—Seguro que sí. Tengo un puente en febrero, si no es antes. No os lo vais a creer, chicas... —Esas siete palabras me trasladan a los viejos tiempos—. Mamá sale con alguien y es bastante normal, por cierto. Ahora mismo están juntos por ahí.

—¿Mamá sale con alguien? ¿Te refieres a un tío? —pregunta Candace.

—No, a un extraterrestre —responde Livvy con un dejo de ironía—. ¡Sí, un tío! Un tío de su trabajo. Lleva meses

hablándome de él y ahora salen juntos y eso.

—Esto es importante —dice Candace, dirigiéndose a mí—. Mamá no ha salido con nadie desde que dejó a papá.

Lo que aún es más importante para mí es que, después de pasar solo unos minutos con mis hermanas, ya me siento como si nunca nos hubiéramos separado.

Fluff se pone frenética cuando llaman a la puerta por la mañana temprano, y eso me recuerda que tengo que sacarla en

algún momento. La idea de salir con el frío que hace no me atrae nada en absoluto.

—Ya voy yo.

Candace no se ha movido. Siempre ha tenido el sueño pesado y nos hemos pasado media noche charlando.

Josh está en el umbral y me entrega un sobre grande.

—Ha llegado esto para usted.

Me dispongo a preguntarle quién sabe que estoy aquí, pero, por supuesto, Flynn lo sabe. Los guardaespaldas, el hotel y el avión corren de su cargo.

—¿Quiere que saque al perro? —me pregunta.

—¿Seguro que no te importa? Esto no forma parte de tu trabajo.

—No me importa. De todos modos, voy a salir a por un café.

—¿Y si me traes otros dos?

—Encantado de hacer también eso.

Le pongo la correa a Fluff y se la paso.

—Muchas gracias.

—No hay problema. Volveré enseguida.

Llevo el sobre a mi cama y lo abro

iluminándome con la linterna del móvil. Dentro hay una tarjeta de débito y una American Express que lleva grabado NATALIE GODFREY. Hay también una nota de Addie que dice:

Flynn quiere que las tengas y las uses para lo que te haga falta. La clave para sacar dinero es 1901.

No se me escapa que el código PIN es la fecha de nuestra boda.

De inmediato, estallo en fuertes sollozos que despiertan a mi hermana.

Se acerca a mi cama y me abraza mientras me desahogo. Echo de menos a mi amor, a mi marido, al mejor amigo que he tenido nunca. Aborrezco que me haya mentido, pero ya no estoy segura de que eso importe, no si sufro tanto con su ausencia.

—Deberías llamarlo —afirma Candace mientras me acaricia el cabello y hace que me sienta querida y cuidada.

—No puedo. Todavía no. —No hasta que sepa qué voy a decirle.

Candace trabaja hoy y tiene clase por la noche, así que, después de desayunar

en la habitación, nos preparamos para decirnos adiós, por ahora. Agradezco muchísimo el tiempo que hemos pasado juntas, aunque yo haya estado tan hecha polvo.

—Sea lo que sea, espero que lo que ha pasado entre Flynn y tú tenga arreglo—dice mi hermana cuando vamos camino de su casa en uno de los todoterrenos—. Se os veía muy felices en la tele. Parecía real. Livvy y yo coincidimos en eso.

—Era real. —Ha sido lo más real que he vivido nunca—. Por favor, no le

cuentas a nadie que estoy disgustada con él. Por favor, Candace... Si llegara a saberse, le traería muchísimos problemas.

—No diré ni una palabra. Te lo prometo.

Vuelvo a abrazarla.

—Te quiero, y estoy muy contenta de que hayamos podido vernos.

—Yo también te quiero. Volveremos a vernos pronto.

—Sí. Llámame. Escríbeme. Hablemos por FaceTime. Cuando sea. Siempre que quieras.

—Lo haré. Tú también.

Cuando llegamos al edificio de su apartamento, nos abrazamos de nuevo y nos aferramos la una a la otra como si tuviéramos miedo a soltarnos.

—No vas a volver a esfumarte, ¿verdad?

Parece la niñita que abandoné hace ocho largos años.

—Jamás. Te lo prometo.

—Vale, entonces dejaré que te vayas.
De momento.

Estoy contenta de ver dónde vive, pero ya llega tarde al trabajo, de modo

que no subo a su piso, y quizá sea lo mejor. No tengo ganas de entrar con los guardaespaldas detrás de mí. Me abraza otra vez antes de bajar del coche y alejarse corriendo, diciéndome adiós con la mano.

Cuando entra en el edificio, el todoterreno pone rumbo al aeropuerto a toda velocidad y me veo obligada a afrontar el dolor que había conseguido dejar en suspenso mientras disfrutaba del reencuentro con mi hermana. Ahora vuelve a embargarme por completo, y cuando llegamos a la terminal, apenas

soy capaz de contenerme para no pedir a los escoltas que me lleven a Los Ángeles en lugar de a Nueva York.

Tengo que ponerme a trabajar antes de que necesite utilizar el dinero que Flynn ha puesto a mi disposición. No me parece bien gastarme su dinero cuando lo he dejado.

El viaje a Nueva York en el avión privado es mejor que el de ayer, pero los pilotos nos informan de que nieva y graniza en Nueva York. El tiempo no hace sino aumentar mi pesadumbre. Me consuelo pensando en el acogedor piso

que comparto con mi buena amiga y compañera de trabajo, Leah. Tengo que tomar decisiones y ella me ayudará a hacerlo.

Cuando nos enteramos de que Teterboro está cerrado por mal tiempo, nos vemos obligados a aterrizar en La Guardia y atravesar la terminal, que está atestada de gente. En el vestíbulo, una mujer grita mi nombre al verme, lo que capta la atención de todas las personas en un kilómetro a la redonda. Adiós a mi certeza de que nadie me reconocerá a menos que Flynn me acompañe. Fluff

empieza a ladrar y gruñir a la gente que grita, de modo que la cojo en brazos.

Josh y Seth se apresuran a intervenir y se abren paso entre la multitud con tanta rapidez que no tengo tiempo para hacer nada aparte de bajar la cabeza y seguir andando. Agradezco profundamente su presencia y que Flynn se haya preocupado de protegerme. Yo no habría sabido cómo enfrentarme a esto sola.

Fluff se está volviendo loca en mis brazos. No deja de ladrar, amenaza con morder e intenta soltarse.

Ahora que me han reconocido, Josh y

Seth se dan prisa para sacarme del vestíbulo y, en vez de detenerse a recoger el equipaje, me llevan directamente al vehículo aparcado junto a la acera. Su capacidad de organización en estas situaciones nunca deja de asombrarme. Luego, Josh vuelve a entrar para recoger las maletas mientras Seth lleva a Fluff a hacer pis antes de devolvérmela.

Después, se sienta al volante y se vuelve hacia mí.

—¿Sabía que su escuela ha anunciado

que le han ofrecido volver a trabajar con ellos?

—No... No me han dicho nada.

—Los paparazzi han rodeado su edificio, el piso del señor Godfrey y el colegio. No podemos llevarla a casa. Nos es imposible llegar.

Por un momento, me quedo petrificada al pensar que no tengo dónde ir. Terminar sin un techo bajo el que cobijarme fue mi mayor temor durante mis años universitarios, cuando vivía con lo justo y siempre estaba al borde de la catástrofe.

—¿Dónde...? ¿Dónde iremos?

—Podemos entrar en el piso del señor Godfrey por el garaje.

Antes de que pueda negarme a ir a su casa, Josh sube al coche y nos ponemos en marcha. Si les digo que no quiero ir al piso de Flynn, ¿cómo puedo estar segura de que no dirán nada? Me preocupa mucho hacer algo que atraiga la atención sobre mi relación con Flynn. Ya estamos hartos.

Por eso no digo nada. No es que su piso no sea precioso. Quedarme allí no será precisamente un castigo. Y tiene

una bañera increíble que él no utiliza nunca, un recuerdo que casi me hace llorar. No me puedo imaginar cómo será estar ahí sin él.

Acurruco a Fluff contra mí.

—Nos tenemos la una a la otra, ¿verdad?

Me lame la cara y me siento profundamente agradecida por tener una «persona» con la que siempre puedo contar, pase lo que pase. Juntas, hemos vivido lo indecible.

Los fotógrafos esperan apostados en la fachada del edificio de Flynn, de

modo que lo rodeamos hasta la entrada del garaje situada detrás. El mero hecho de ver el bloque de apartamentos y la puerta del aparcamiento subterráneo me basta para revivir algunos de los recuerdos más tiernos de mi vida y, una vez más, estoy a punto de echarme a llorar.

Seth introduce la clave y abre la gran puerta metálica. Introduce el coche y cierra el portón antes de que los fotógrafos puedan ponerse en movimiento.

Miro durante un instante el

inestimable Bugatti de Flynn. Recuerdo que, en nuestra primera cita, vino a recogerme en el flamante coche, y que más adelante me tomó el pelo diciéndome que lo quería más que a mí. Taparme la boca con la mano es lo único que contiene mis sollozos.

—Nosotros le llevamos la maleta, señora Godfrey. Puede ir subiendo.

Es la primera vez que alguien que no es mi marido me llama señora Godfrey. Me recupero del pasmo y me aclaro la garganta.

—No tengo llave. No la llevo encima

—apostillo, porque no quiero que sepan que nunca he tenido llave. Bueno, eso no es del todo cierto. Flynn me dio una la noche que nos conocimos para que pudiera utilizar su impresionante bañera siempre que me apeteciera. Se la dejé en la cómoda porque no me pareció bien cogerla.

—Estaremos cerca por si nos necesita —anuncia Seth—. Basta con que nos mande un mensaje. —Me trae la maleta y utiliza su llave electrónica para enviar el ascensor al ático. Le quito la correa a Fluff mientras subimos. Las puertas se

abren al vestíbulo del piso de Flynn y Fluff echa a correr como si fuera su casa. Al momento, comienza a ladrar y gruñir.

Saco la maleta del ascensor y la sigo hasta el salón, donde descubro que le está ladrando y gruñendo a Flynn.

—Natalie...

Tiene un aspecto horrible. Su atractivo rostro está desfigurado por la desesperación. Con tan solo mirarlo, sé que no ha dormido desde la última vez que lo vi.

Sigo enfadada por el hecho de que me

haya mentido, y todavía no sé cómo me siento después de descubrir que es un dominante sexual con deseos que soy incapaz de entender. No tengo la menor idea de cómo podemos seguir adelante.

Pero nada de eso importa si se compara con lo mucho que lo amo. Cuando lo miro, solo veo al hombre que acudió a mi lado corriendo en mi peor momento, que luchó por mí, que donó medio millón de dólares a mi amiga enferma y puso a mis pies el sol, la luna y las estrellas. Veo a mi mejor amigo y a mi amor.

Corro hacia él.

Nos encontramos a medio camino y a él se le escapa un gemido cuando me estrecha entre sus brazos y me levanta del suelo.

Me aferro a él y respiro su familiar olor, profundamente aliviada. La agitación que me embarga se sosiega y se disipa. Este es mi sitio y, ahora mismo, eso es lo único que sé con seguridad.

—Lo siento mucho, cariño —susurra—. Ha sido culpa mía. Debería habértelo contado todo. —Nuestras

caras se rozan y noto que la suya está húmeda. Sus lágrimas vuelven a hacerme pedazos—. Haré lo que sea... Lo que haga falta para arreglarlo. No puedo vivir sin ti, Nat. Te quiero muchísimo. Dime que me sigues queriendo.

—Te sigo queriendo.

Y entonces me besa, con ardor e intensidad, y vuelvo a sentirme como la primera vez, aquel día que me besó en la calle, delante de la casa de Aileen, como si fuera a morir si no me besaba en ese preciso instante. Le rodeo el

cuello con los brazos y le devuelvo el beso con la misma pasión.

Me quita el abrigo, que cae al suelo detrás de mí. Al momento, me coge en brazos y me lleva al dormitorio. Caemos sobre la cama con los brazos y las piernas entrelazados, sin dejar de besarnos. Me toca por todas partes, como si estuviera haciendo inventario y asegurándose de que he regresado completa e intacta.

No consigo estar tan pegada a él como querría, aunque lo agarro por el cabello y tengo las piernas mezcladas

con las suyas y su lengua en mi boca. No me basta. Ni de lejos.

—Flynn...

Suspendo el beso para respirar; me falta el aliento.

—Dime, cariño. Dime qué quieres.

—A ti. Te quiero a ti.

Le tiro de la camiseta y él se apresura a sacársela por el cuello. Cuando entierro el rostro en su pecho musculoso y me deleito en el reconfortante roce de su vello, me siento como en casa.

Me quita el jersey por la cabeza, se libra del sujetador y me desabrocha los

vaqueros. Me cuesta desabotonarle los suyos, de modo que me ayuda.

En cuanto estamos desnudos los dos, me coloca debajo de él y me penetra con una embestida tan fuerte que duele. Es el dolor más exquisito que he experimentado jamás. Cierra los ojos y pega su frente a la mía. El alivio que veo en su rostro es tan profundo que me hace llorar.

Durante un buen rato, ninguno de los dos se mueve. Simplemente existimos, juntos, respirando el mismo aire, con los

cuerpos unidos y los corazones volviendo a latir a la par.

—Natalie...

Me besa la cara, los labios y el cuello antes de volver a concentrarse en mis labios.

Entrelazo las piernas alrededor de sus caderas, con la esperanza de que eso le anime a moverse, pero él permanece tan quieto que casi me exaspero.

—Te quiero muchísimo —susurra contra mis labios—. He estado a punto de volverme loco sin ti. La he jodido bien, y voy a arreglarlo. Haré lo que sea

necesario, pero por favor no vuelvas a dejarme. Por favor.

—No pienso irme.

Para bien o para mal, es mi marido y lo amo. Mi corazón solo late por él.

Su gemido atormentado parece surgir del fondo de su alma, y sus lágrimas me humedecen la cara y el cuello cuando me penetra hasta el fondo, se retira y vuelve a embestirme, sin tregua. Coloca los brazos debajo de mis piernas para subírmelas y poder penetrarme más hondo.

Me observa de esa manera perspicaz

y sagaz tan suya, pendiente del menor indicio de molestia. Pero no hay ningún problema. Solo siento un intenso placer antes de que sus contundentes embestidas me provoquen un orgasmo tan potente que me hace gritar por la magia que creamos juntos. Al menos, es magia para mí. Ya no estoy segura de que él sienta lo mismo.

Con otra fuerte embestida, echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y tensa la mandíbula al correrse. Nunca he visto nada tan espléndido como la

imagen de mi marido llevado por la pasión, absorto en mí.

No obstante, pese a lo asombroso que ha sido, perdura en mí la duda de si está tan satisfecho como yo.

Libera mis temblorosas piernas. Lo estrecho contra mí y él entierra la cara en el hueco de mi cuello. Su respiración entrecortada me pone la carne de gallina y me endurece los pezones.

Gime.

—Hazlo otra vez.

—¿Qué he hecho?

—Contrae el coño alrededor de mi

polla.

Su lenguaje vulgar, que me repugnaría en boca de cualquier otro, me excita muchísimo en la suya. Cumplo su deseo.

—¡Joder! Hostia, se me ha vuelto a poner dura.

Me asombra cuando la saca y se tumba boca arriba; la tiene tan dura y tan grande que le llega por encima del ombligo. Me sorprende, y también a él, cuando me arrodillo y me inclino para meterme en la boca esa parte suya tan hermosa.

Su grito de sorpresa me hace sonreír.

Me ha enseñado a hacérselo, a chupársela como a él le gusta, hasta el fondo, apretado y húmedo. Me meto su ancho glande en la boca y empiezo a succionar con vigor.

Levanta las caderas, con las manos enterradas en mi cabello.

—Nat, Dios mío... Natalie... No me merezco esto, ni te merezco a ti.

Gimo y dejo que mis labios vibren sobre su sensible glande. Me ha enseñado mucho en estas últimas semanas, cosas que jamás se me habría ocurrido hacer antes de amarlo.

Sale de mi boca.

—No, Nat.

—¿Lo he hecho mal?

¿Dudaré ya siempre de si lo he complacido? ¿Cómo lo sabré?

—Ven aquí. —Abre los brazos para recibirme.

Me tumbo sobre él, con su erección aprisionada contra mi vientre y mis pechos aplastados contra su torso.

Me coge la cara entre las manos y me mira.

—He sido horriblemente injusto

contigo. Lo sabía mientras pasaba, y me costaba. Necesito que lo sepas.

—Lo sé. Y también entiendo por qué no me lo contaste.

—Siento mucho haberte mentido ayer. Ahora te estoy mirando a los ojos y haciéndote una promesa, jurándote por mi vida que eso no volverá a pasar jamás. Necesito que me creas.

Le pongo un dedo en los labios.

—Lo hago. Te creo.

—Me destrozó saber que te había hecho tanto daño, que te había hecho lo mismo...

—No, Flynn, ¡no! No es comparable. Me hiciste daño, sí, pero me mentiste porque me amas y creías que así me protegías.

—Sí —afirma, y parece aliviado de que yo lo entienda.

—Eso no es lo mismo que lo que me pasó. Tú... Tú eres...

—¿Qué, cariño? ¿Qué soy?

—Lo eres todo.

Cierra los ojos mientras la mejilla le late.

—El día que nos conocimos —murmura en voz baja, con los ojos

cerrados—, cuando Hayden me dijo que en mi vida no había sitio para una chica dulce como tú... —Abre los ojos y descubro el tormento que ha soportado. Ahora lo veo con total claridad. ¿Es posible que haya estado siempre ahí, pero que yo no lo haya visto porque no sabía que existía?—. Tenía toda la razón. Lo supe entonces y, en parte, también lo sé ahora. Pero mi corazón te reconoció ese día en el parque. Supe que eras mía. Por eso te perseguí. Por eso he hecho todo lo demás desde entonces. Ese momento de

reconocimiento ha guiado todas las decisiones que he tomado con respecto a ti.

Su sinceridad me conmueve profundamente.

—Después de nuestra primera cita, cuando no me llamaste... Dijiste que era por ti, no por mí. ¿Te referías a esto?

—Sí. —Me coge la cara con una mano y me acaricia el pelo con los dedos de la otra—. Hay tanto que contar. Ni tan siquiera sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio. Quiero conocerte, Flynn. Quiero saberlo todo

de ti, incluso las partes que crees que me asustarán o inquietarán. Lo quiero todo de ti.

—Ya has tenido más de mí, de las partes que de verdad importan, que cualquier otra persona —afirma mientras me acaricia la cara.

—Pues dame también el resto.

Su profundo suspiro me indica que esto no es fácil para él. Nos da la vuelta para ponernos de lado, cara a cara, con las cabezas apoyadas en la misma almohada. Luego, sube el edredón para taparnos.

Fluff se sube a la cama y se acomoda detrás de mí refunfuñando, con el lomo pegado a mi espalda. El alivio de ver que nuestra reducida familia vuelve a estar unida casi me hace olvidar que nos queda mucho para estar fuera de peligro, pese a nuestro apasionado reencuentro.

—Quiero contártelo todo. Quiero hacerlo porque mereces saberlo. Tienes que convencerte de que yo pondría mi vida en tus manos, pero lo que voy a explicarte también concierne a otras personas y es fundamental que no se lo cuentes a nadie. Nunca.

—Tienes mi palabra, Flynn. Puedes confiar en que guardaré tus secretos como yo confío en que tú guardarás los míos.

La cara se le ilumina con una media sonrisa, pero la desazón no abandona sus ojos.

—El verano que cumplimos veintiún años, Hayden se fue con su padre a rodar una película en Amsterdam. Pasaron todo el verano allí y Hayden se hizo amigo del protagonista, un actor joven de primera cuyo nombre reconocerías. Le introdujo en un mundo

completamente nuevo que ninguno de los dos sabíamos que existía. Recibí enigmáticos mensajes suyos donde decía que no me creería lo que estaba haciendo. Cuando por fin volvió a Los Ángeles, era otra persona. Como cualquier tío joven que ha tenido experiencias sexuales inigualables, quería hablarme de ellas. Y como cualquier tío joven con un amigo que ha hecho locuras, yo quería que me las contara. Pero, en vez de contármelas, me las enseñó. Me llevó a algunos clubes de Los Ángeles, en los que pude echar

un vistazo, y algo más. No era solo el sexo, aunque era increíble, tanto verlo como participar. Me fascinaron el intercambio de poder, la emoción y la conexión.

»Me educaron para respetar a las mujeres y siempre lo he hecho. Me crio una madre que triunfó por sí sola en el mundo del espectáculo y estaba muy influido por tres hermanas mayores con un carácter fuerte. Así que descubrir que había mujeres a las que les gustaba ser sumisas fue como mínimo revelador. Pero fue más que eso. Sentí que una

parte de mí que llevaba dormida toda mi vida estaba despertando para descubrir quién era yo de verdad. No estoy seguro de que eso tenga sentido.

—Tiene mucho sentido. Yo me siento así desde que te conocí.

—Yo también me siento así, Nat. Aunque te he ocultado cosas, desde que te conozco me siento más vivo y centrado que nunca.

—¿Cómo es eso posible si al mismo tiempo negabas este lado tan importante para estar conmigo?

3

Flynn

Esto es exasperante. No soporto verla dudar de nuestra conexión ni pensar que

encuentro defectos en ella, cuando nada está más lejos de la realidad.

—Mi amor por ti lo hace posible.

—Te creo cuando lo dices, de verdad.

Pero sigo sin entender cómo puedes quererme tanto si eso significa que no puedes ser tú mismo conmigo.

Me quedo mirando la pared que tiene detrás durante un buen rato, intentando encontrar la manera de explicar algo que a mí me ha costado tanto entender.

—Cuando nos conocimos y me dijiste qué pensabas sobre acostarte con un hombre, enseguida presentí que te había

pasado algo traumático. Tuve que resistirme a la fuerte tentación de pedir que te investigaran. Decidí esperar a que tú me lo contaras cuando estuvieras preparada. Después de lo que pasó en nuestra noche de bodas, y cuando me lo confesaste todo... Supe que nunca podría dejarte ver mi lado dominante porque eso te asustaría muchísimo.

—¿Así que estabas dispuesto a vivir sin eso durante el resto de tu vida?

—Si era lo que hacía falta para hacerte feliz, sí.

—Pero ¿qué hay de ti y de lo que tú

necesitas?

—Prescindiría de todo si con eso podía estar contigo.

—Flynn... No deberías tener que renunciar.

Alargo la mano para acariciarle el labio inferior con el dedo, que aún tiene hinchado por mis besos.

—He pasado un día sin ti y pensaba que iba a morir. Créeme, si la alternativa es perderte, puedo vivir sin lo que sea, excepto sin ti.

Me mira con lágrimas en los ojos, sin

disimular las emociones que la embargan.

—Durante el viaje he revivido todos los momentos que hemos pasado juntos, cada segundo, cada caricia, cada beso, todas las veces que hemos hecho el amor. He pensado en todo lo que hiciste por mí cuando lo mío salió a la luz, en cómo ayudaste a Aileen y me trajiste a mis alumnos para despedirme de ellos antes de que nos fuéramos de Nueva York. Hiciste que me sintiera segura y amada, incluso cuando mi vida se desmoronaba.

—No hay nada que no haría por ti, Natalie. Nada.

—Entonces, ¿me enseñarás qué quieres de mí? ¿Me dejarás ver tus deseos más recónditos?

—No.

—¿Eso es todo? ¿Simplemente no?

Me enrosco un mechón de sus largos cabellos en el dedo.

—Me has hecho un regalo que no tiene precio al confiar en mí lo suficiente, después de lo que te pasó cuando eras tan joven, como para dejarme hacerte el amor, entrar dentro

de ti y estar contigo de esta forma. Me moriría, y lo digo en sentido literal, si hiciera algo que echara por tierra esa confianza o te asustara tanto que no soportaras que te tocara.

—¿Cómo sabremos si puedo soportarlo si no lo probamos?

—No tienes ni idea de lo que me pides.

—¡Pues explícamelo! Enséñame. Instrúyeme. Pero no me dejes así, sin saber qué quieres de verdad y preguntándome, cada vez que hacemos el amor, si estás insatisfecho.

La miro de hito en hito, incrédulo.

—No estoy insatisfecho.

—Pero quieres más.

—¡Sí, quiero más! Siempre querré más contigo. Pero estoy satisfecho con lo que tengo, y eso me basta.

—¿Durante cuánto tiempo te bastará? ¿Cuánto pasará antes de que fantasees con hacer cosas conmigo que ya has hecho con otras mujeres?

Rehúyo su mirada porque eso ya ha ocurrido, pero en sueños sobre los que no tengo ningún control.

—¿Flynn?

He prometido ser sincero con ella y quiero cumplir mi promesa.

—Ya he tenido fantasías. He soñado que estaba en el club y en la mazmorra contigo.

—El día de Los Ángeles... Cuando te pregunté qué te pasaba y creí que había dicho algo dormida que te había disgustado...

—Había tenido un sueño que me puso de mal humor, pero me repuse.

Se queda callada durante tanto rato que me pongo nervioso.

—¿En qué piensas?

—No sé si puedo hacer esto.

Sus palabras me encogen el corazón y el miedo me rebota en todo el cuerpo.

—¿Qué es lo que no puedes hacer?

—Esto. Nosotros. Nada de esto.

—Natalie, vamos. Esto solo es una parte de nuestra relación. Lo demás es perfecto. ¿De verdad lo mandarías todo a la mierda por esto?

—Me es imposible responder a esa pregunta sin saber en qué consiste esto.

—¿Entonces? ¿Quieres detalles?

—Sería un buen comienzo.

Puedo sentir cómo la presión

sanguínea me sube hasta rozar un límite peligroso solo con pensar en describirle mi inclinación sexual. Mi dulce y bella Natalie no tiene la menor idea de lo que me pide. Jamás me mirará de la misma forma si se lo explico, y no puedo arriesgarme a eso.

Me levanto de la cama y me pongo un pantalón de chándal.

—¿Adónde vas?

—Necesito una copa.

Salgo del dormitorio y entro en la cocina, donde me sirvo un par de tragos de Bowmore, mi whisky escocés de

malta preferido. Me quema por dentro hasta llegarme al estómago, lo que me recuerda que apenas he comido nada en las últimas tristes veinticuatro horas.

Natalie aparece a mi lado. Se ha puesto mi bata, que le queda enorme. Es como mi conciencia, advirtiéndome de que no va a dejar pasar esto.

Me siento acorralado, atrapado, incapaz de salir del lío en el que yo mismo me he metido. Le he prometido la verdad. Pero ¿cómo cumplo mi promesa y sigo conservando nuestropreciado

vínculo, que mis mentiras han debilitado?

Me sirvo medio vaso de whisky más y me lo llevo al salón. Paso por su lado al salir de la cocina y ella me sigue.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto, derrotado. Me es imposible eludir esta conversación que insiste en tener, aunque estoy seguro de que destruirá nuestra relación.

—Háblame de tus sueños, los que tuviste sobre mí.

Un escalofrío me hace temblar y el whisky amenaza con subirme a la

garganta. Me aparto de ella y me concentro en respirar para contener las náuseas.

—No sé si puedo contártelos.

—¿Por qué no? Eran sobre mí, ¿no? ¿No tengo derecho a conocerlos?

Me gustaría discutirse. No, no tiene derecho a conocer todos mis pensamientos íntimos, de igual modo que yo no tengo derecho a conocer todos los suyos. Pero estoy en una situación delicada, consciente de que, pese a nuestro apasionado reencuentro y sus palabras de amor, aún me queda un largo

camino por recorrer antes de reparar todo el daño que he hecho.

—Cuando estaba casado —comienzo a regañadientes, porque pensar en Valerie me sigue poniendo furioso—, tardé dos años en decirle a mi mujer lo que quería de verdad en la cama. Ella... Ella me dijo que era un depravado, que le daba asco y que estaba enfermo. Luego me engañó y se aseguró de que los sorprendiera in fraganti para que no me quedara ninguna duda del asco que le daba. Tuve que amenazarla con demandarla para impedir que revelara a

la prensa lo que había descubierto sobre mí. De hecho, desde entonces, vivo con el miedo de que ceda a la tentación de explicar cuál fue la verdadera causa de nuestra ruptura, y su versión de la verdad perjudicaría mi carrera de una forma irreparable.

Natalie se acerca para ponerme las manos en el pecho. El calor que desprenden me entona el corazón.

—Yo nunca le contaría a nadie lo que pasa entre nosotros. No podría, y no lo haré jamás.

—Eso lo dices ahora que estás

perdidamente enamorada de mí. ¿Qué pasará si eso cambia? ¿Si sientes tanto asco por mí que dejas de quererme?

—Flynn... Yo no soy Valerie. Aunque todo se estropeará, y no creo que eso vaya ocurrir, jamás contaré nuestras intimidades a nadie.

—¿Qué me dices de cuando yo te asuste tanto que te parecerá que no me conoces en absoluto?

—Ni siquiera entonces. —Ladea la cabeza con un gesto adorable—. ¿Quieres que firme algo comprometiéndome a eso?

—No.

—Entonces, ¿cómo puedo convencerte de que puedes confiármelo todo? ¿Todos tus secretos?

La misma dulzura que me desarma desde que la conocí vuelve a vencerme. Soy incapaz de resistirme a ella, incluso cuando me pide cosas que nunca he tenido intención de darle. Reconozco la derrota cuando miro su dulce rostro.

—En mi sueño —empiezo con voz entrecortada, deseando haber bebido más whisky—, tú no eres una víctima de violación.

—En mis sueños, tampoco lo soy.

—Nat...

—No pasa nada —responde con una sonrisa teñida de ironía. Me coge de la mano y me lleva al sofá, nos sentamos juntos y ella nos tapa con una manta de cachemira.

Para esta conversación, preferiría estar de pie, paseándome de un lado a otro, pero ella ansía esta intimidad, de modo que le doy lo que necesita.

—Estamos en el Club Quantum de Nueva York.

—¿Hay un club?

—Sí —admito, con un suspiro—, aquí y en Los Ángeles. En el sótano del edificio de nuestras oficinas.

—Entonces... todos vosotros...

—Sí, y eso es algo que no puedes mencionar nunca.

—Juro por Dios y por la vida de mis hermanas que nunca lo haré.

Sé que no podría darme mayor garantía que esa, por lo que me obligo a continuar. He revivido esos sueños tantas veces que me los sé de memoria.

—En uno de los sueños, vamos a hacerlo en público por primera vez y tú

tienes miedo. Me gusta que tengas miedo. Me excita. Llevamos meses preparándonos para este momento y todos han venido a vernos. —Quiero mirarla, juzgar su reacción, pero me da demasiado miedo lo que pueda ver—. Te ordeno que te quites la bata, pero estás indecisa, temerosa, lo que es tremendamente sensual. Las manos te tiemblan cuando te la desatas, pero haces lo que te ordeno porque aquí mando yo. Me has cedido el control de tu placer. Te ordeno sentarte en una mesa que está en el centro de una gran sala y

hablamos de tu palabra de seguridad, que continúa siendo Fluff. Te ato las piernas a unos estribos y te acerco el trasero al borde de la mesa. Me preguntas qué hago, y te respondo que voy a afeitarte porque te prefiero sin vello. Ya hemos hablado de esto, pero no te había dicho que quiero hacerlo esta noche.

Su honda respiración interrumpe el ritmo de mi relato.

Me atrevo a mirarla y veo que tiene las mejillas arreboladas y la boca entreabierta. Mi relato la está excitando

y eso me anima a continuar. Cada vez que pienso en estos sueños, se me pone tan dura que me duele. Esta vez no es una excepción.

—Te tiemblan los muslos mientras te afeito. Todo tu cuerpo está encendido y excitado. Tienes el coño tan mojado que veo y huelo tu excitación. Me lubrico los dedos y te los meto en el culo, preparándote para insertarte un tapón anal. Protestas y te resistes. «Ahí no», objetas. Te ordeno que te calles y te recuerdo tu palabra de seguridad. Si no quieres que siga, es la única manera de

pararme. Esta es la primera vez que te he tocado ahí y veo que estás sorprendida, pero también excitada.

Natalie cambia de postura a mi lado.

—¿Quieres que me calle? —pregunto, sin saber si está incómoda, sorprendida o qué.

—Ni se te ocurra.

Esas cuatro palabras me infunden más esperanza de lo que sería razonable. Está intrigada, interesada y quizá incluso excitada. No me está rechazando, ni diciéndome que estoy enfermo o que soy un depravado.

Esperanzado, continúo.

—Intentas impedir que te meta los dedos, pero yo te obligo. Quiero que conozcas todo lo que se puede hacer. Es una batalla, pero yo gano siempre a menos que me hagas parar con la única palabra que pone fin a todo. Cuando te he metido los dedos hasta el fondo, te chupo el coño, concentrándome en el clítoris hasta que empiezas a retorcerte y a gemir. Te recuerdo que tu orgasmo me pertenece solo a mí. Yo decido cuándo te corres, no tú. Me estás suplicando,

llamándome por mi nombre, y también te recuerdo cómo debes dirigirte a mí.

—¿Cómo? —pregunta, en un ronco susurro.

—Señor. Soy tu amo, y tú me tratarás con el respeto que merezco mientras estamos en una escena.

—¿Qué pasa cuando no estamos en una escena? ¿Debo llamarte siempre así?

—No, cariño. El sadomaso no me va nada. Esto solo tiene que ver con el sexo y la conexión emocional que establecemos a través de él. No afecta al

resto de nuestras vidas. No me apetece nada dominarte en ningún sitio que no sea la cama. —Le sonrío—. Bueno, puede que en el cuarto de juegos, el club y unos cuantos sitios más, pero solo con respecto al sexo. Tengo el presentimiento de que, fuera de la cama, tú eres perfectamente capaz de dominarme a mí.

Mi comentario le arranca una sonrisa.

—Nunca se sabe.

Me llevo nuestras manos entrelazadas a los labios.

—Estoy deseando averiguarlo.

Me mira con vacilación.

—¿Pasaban más cosas? ¿En tu sueño?

Asiento.

—Muchas más. ¿Quieres oír el resto?

—Sí, por favor.

—Qué educada. Eso me complace,
mucho.

Baja la mirada con aire de súplica.

—Mi propósito es complacerte.

Tanto sus actos como sus palabras me
electrizan.

—Natalie... Dios mío.

—¿Está mal decir eso?

—No, es perfecto, joder. Tú eres

perfecta.

No puedo resistirme a ella ni un segundo más. La abrazo y la beso con la pasión desatada que ha crecido y se ha multiplicado dentro de mí conforme le describía mis fantasías eróticas.

Ella reacciona con igual pasión y nuestras lenguas se acarician hasta que volvemos a estar tumbados, yo encima de ella, abrazados.

Pongo fin al beso despacio, por etapas, de mala gana.

—No has salido corriendo.

—No. De hecho, todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy deseando oír el resto. ¿Me lo cuentas?

Aprieto mi polla, dura como una piedra, contra su hueso púbico.

—¿Puedo quedarme así?

Ella me pasa los dedos por el pelo.

—Me encantaría.

Pego la boca a su cuello.

—Te pregunto si te excita que otras personas miren mientras te follo por el culo con los dedos.

Inspira hondo.

—Intentas negarlo, pero estás

empapada. Tu cuerpo no puede mentirme. Te pregunto si sabes qué les pasa a las tiernas sumisas que mienten a sus amos. El miedo, el deseo y la curiosidad te agrandan los ojos cuando niegas con la cabeza. Les dan unos azotes en el culo hasta que se les pone rojo y les duele tanto que tardan varios días en poder sentarse. Dices que no cuando te pregunto si eso te excita, así que lo hago para demostrarte que estás equivocada. Te doy tan fuerte en el culo que los azotes resuenan por todo el cuarto. —Para reafirmar lo que acabo

de decir, le estrujo una nalga y ella da un gemido tan grave que me muero de deseo por ella—. Te follo por detrás con los dedos, bien fuerte, y después los retiro, casi hasta sacarlos por completo, antes de volver a metértelos mientras te chupo el clítoris. Tienes un orgasmo tan intenso que tus músculos anales casi me rompen los dedos, y me encanta. Pero no te había dado permiso para que te corrieras, así que ya sabes lo que eso significa.

Me mira, arrebolada y enfebrecida, con los labios hinchados por nuestros

besos y humedecidos después de pasarse la lengua.

—¿Que tienes que castigarme?

—Exacto —respondo, complacido.

—¿Cómo?

—Te saco los dedos del culo tan deprisa que se te escapa un grito por dejar de sentirlos. No has tardado en que te guste tenerlos dentro. Imagínate cómo será cuando te meta la polla.

—Es imposible que me quepa.

—Oh, cariño —respondo con una risa ronca—, no lo es.

Niega con la cabeza.

Le sonrío, y pensar en las posibilidades me hincha el corazón.

—Voy a darte tanto placer que me suplicarás sin parar.

—Eso nunca.

—¿Estás desafiando a tu amo, tierna sumisa?

—Puede. Es... ¿Es así como me castigarías? ¿Obligándome a hacer eso?

—No, cariño. Jamás lo convertiría en un castigo. Eso es algo que tiene que hacerse con cuidado y requiere mucha preparación para que no te haga daño.

—Oh —suspira aliviada—. ¿Cómo es

posible que no duela?

—Yo no he dicho que no duela, pero el objetivo es no hacerte daño. ¿Ves la diferencia?

—Si duele, ¿por qué iba alguien a querer hacerlo?

Dios mío, la quiero muchísimo, y me encanta estar aquí tumbados, hablando de cosas que ayer parecían completamente imposibles.

—Porque, cuando deja de doler, el placer no se parece a nada de lo que hayas experimentado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has hecho?

—¿Te refieres a si me lo han hecho?

—Sí.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que es placentero cuando deja de doler?

—Porque las personas a las que les gusta te dirán que es un orgasmo distinto a cualquier otro.

Lo considera con su seriedad habitual.

—¿Cómo me castigas?

—Te pongo pinzas en los pezones y el dolor te hace gritar de placer. Cuando te pregunto si necesitas decir tu palabra de

seguridad, niegas con la cabeza mientras te ruedan lágrimas por las dulces mejillas. Estoy muy orgulloso de lo valiente que eres y de cómo te concentras. Te has olvidado por completo de las personas que están mirándonos y solo piensas en mí y en lo que hacemos. Estoy muy orgulloso de ti.

La beso con suavidad y dulzura, porque intuyo que en este momento necesita ternura.

—¿Qué pasa luego?

—Te doy la vuelta, te coloco doblada sobre la mesa y te azoto hasta ponerte el

culo como un tomate. Después te inserto un tapón anal. Es grande, pero yo la tengo más grande aún, y quiero que al final estés lista para mí. Una vez más, te rebelas, forcejeas ante la invasión, pero no puedes resistirte. Acabo de insertarte el tapón y gritas de sorpresa. Te chupo desde el clítoris hasta el ano. Me encanta cómo te lo dilata el tapón. Y después te follo, lo que no es fácil, porque el tapón ocupa mucho espacio. Apenas me cabe y tus músculos se resisten, lo que yo percibo como si estuvieras corriéndote sin parar. Es

increíble. Jugueteo con el tapón para recordarte que sigue ahí.

—Como si pudiera olvidarlo —dice, con un dejo de ironía que me hace reír.

—Te follo con más vigor que nunca y me llevas al mismo borde de la locura. Quiero que te corras conmigo, así que jugueteo con tu clítoris. Con la otra mano te quito las pinzas de los pezones. Te doy permiso para correrte y lo haces con tanta intensidad, gritando de dolor cuando la sangre vuelve a circularte por los pezones, que yo también me corro. Haces que vea estrellas. No se parece a

nada de lo que he experimentado con ninguna otra mujer. Solo existes tú.

Ha empezado a moverse debajo de mí, al mismo ritmo que yo.

—Flynn...

—¿Qué, cariño?

—Quiero sentirte dentro de mí. Ya.

Como está desnuda bajo la bata, me cuesta muy poco bajarme el pantalón de chándal y penetrarla.

—Dios mío, estás empapada. Tremendamente excitada y mojada.

—Nunca en mi vida me había excitado tanto.

—Entonces, ¿esto no te repugna? —
pregunto, mientras la embisto y ella me
clava los dedos en los bíceps.

Se muerde el labio y niega con la
cabeza.

—¿Qué más hay? ¿Qué más te gusta?

Sin perder el ritmo de mis embates,
me concentro en ella y hablo de corrido.

—Quiero atarte las manos con una
cinta roja que me recuerda lo hermosa
que estás con tu abrigo rojo. Me
encantas vestida de rojo. Te quiero atada
con las piernas separadas, para que no
puedas resistirte a lo que yo te quiera

dar. Tienes los pezones y el clítoris sujetos con una cadena que los une. Mientras te follo, tiro de la cadena siempre que quiero para recordarte quién manda. Gritas todas las veces y tu coño me ciñe la polla con una fuerza tremenda. Nunca había sentido nada igual. Eres la mujer que amo, la sumisa ideal que llevo toda la vida esperando encontrar. Te obligo a arrodillarte para chuparme la polla, para metértela hasta la garganta y tragártela. Lo hacemos todo. Todo lo que se nos ocurre.

Al salir de la bruma en la que me ha

sumido el deseo, me doy cuenta de que he estado follándola con más vigor que nunca, pero ella sigue conmigo, aceptando el placer que le doy. Al mirarle el hermoso rostro, veo amor y pasión, pero ni un atisbo de miedo.

—¿Confías en mí?

—Pondría mi vida en tus manos.

—¿Me amas?

—Siempre te amaré.

Saberlo me infunde el valor que tanto necesito ahora. Le he desvelado la verdad y sigue amándome. Es el mejor regalo que me ha hecho nunca.

—Quiero tus manos.

Sin despegar los ojos de los míos, levanta los brazos y me ofrece las manos.

—Júntalas.

Une las palmas.

Sin dejar de mirarle la cara, la agarro por las muñecas con una mano y le subo los brazos para sujetárselos contra el cojín. Los dos somos muy conscientes de que esto es una prueba importante. Si somos capaces de hacerlo, quizá, solo quizá, haya un futuro para nosotros.

Le doy mucho tiempo para que

expresé sus reparos, pero mi fuerte y valiente Natalie ni tan siquiera parpadea. En cambio, alza las caderas para pedirme que me mueva. Aumento el ritmo de mis embates, observándola con atención en busca de la menor señal de molestias. Cuando no veo ninguna, me arriesgo a apartar la mirada para chuparle uno de los rosados pezones, que tiene completamente erectos.

Entonces hago algo que todavía no he hecho. Le muerdo el pezón, apretando lo suficiente para causarle una punzada de dolor.

Sofoca un grito y contrae el coño alrededor de mi polla, lo que casi me provoca un orgasmo. Pero he aprendido a retrasar la gratificación, a veces durante horas, de modo que puedo resistirme.

—Háblame, Nat. Dime qué sientes. Si hablas conmigo, podré seguir haciendo esto. —Le paso la lengua por el pezón, que ahora está más rojo que antes—. En lugar de estar pendiente de ti para asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien. Vuelve a hacer eso... Lo que has hecho antes...

Me cambio de lado y comienzo con un suave lametón; al cabo de un par de minutos, lo succiono.

—¿Esto?

—Más.

—Dímelo. Quiero oírtelo decir.

—Muérdeme. Como antes. Por favor...

—Me matas cuando eres educada, Nat.

—Voy a matarte si no lo haces.

Le muerdo el pezón, esta vez con más fuerza que antes.

Grita mientras se corre.

Vuelvo a penetrarla y me corro con ella. Le suelto las manos para agarrarle los pechos y le lamo los pezones con suavidad, calmándolos y acariciándolos conforme se relaja debajo de mí y el cuerpo se le ablanda.

—Flynn...

—¿Mmm? —Estoy muy ocupado disfrutando de sus magníficos pechos.

—Quiero hacer lo que has soñado.

Me paro en seco al oír sus palabras y levanto la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Qué parte?

—Todo. Quiero todo lo que tú quieres. Más que nada, quiero ser todo lo que siempre has imaginado tener en una esposa y amante.

Estoy atónito y me honra haberme ganado de algún modo el amor de esta mujer increíble.

—Por Dios, Nat, ya lo eres.

—Todavía no, pero lo seré. ¿Me enseñarás a ser todo lo que quieres y necesitas?

Me siento tan agradecido que apenas soy capaz de articular palabra.

—Sí, amor mío, te enseñaré.

Natalie

Y ahora qué? —pregunto mucho después, mientras disfrutamos de nuestra

cena favorita del cercano restaurante italiano que sirve a domicilio: *piccata* de pollo y ensalada César. Flynn abre una botella de chardonnay y nos sirve una copa. Hemos dormido durante horas después de nuestra trascendente conversación y nos hemos despertado con hambre y ganas de estar juntos.

Ya es de noche y afuera se escucha el aullido del viento. El repartidor ha dicho que ya han caído veinte centímetros de nieve y que seguirá nevando durante la noche.

—Ahora —responde Flynn después

de tomar un sorbo de vino— firmaremos un contrato.

—¿Te refieres a un contrato de verdad?

—Sí. Espera un momento. —Se levanta y entra en su despacho.

Lo miro mientras se aleja y disfruto viéndolo con solo unos ceñidos calzoncillos. Es magnífico y es todo mío. Aunque sigo aturdida por lo que ha sucedido antes, ya no me angustia pensar qué va a ser de nosotros. Estamos en esto juntos y eso es lo único que importa.

Flynn vuelve con un fajo de papeles en la mano.

—El contrato entre tú y yo no tiene validez legal, pero es un acuerdo vinculante para nuestra relación que estipula nuestros límites innegociables y los negociables, en otras palabras, las cosas que seguro que no harás, y las que te ponen nerviosa pero estás dispuesta a probar. Todo queda acordado de antemano para que no haya malentendidos durante una escena.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Necesito armarme de valor, de modo que tomo un buen trago de vino.

—Este acuerdo... ¿incluirá a otras personas?

—No.

—¿No y ya está? ¿Sin discutírmelo? ¿No lo has hecho antes?

—Sí —responde con voz tensa—. Lo he hecho, pero, joder, me niego rotundamente a compartirte con nadie. La idea de que otro hombre te toque... Ese es un límite innegociable para mí.

—Vale... —Me conmueve su reacción protectora, pero eso no

significa que no me apetezca tantearlo
—. ¿Y con otra mujer?

Pone los ojos como platos y se dispone a responder, pero no lo hace.

—Lo siento, me sorprende que me hayas preguntado eso.

Comienzo a reírme y parece que no puedo parar.

—Después de todo lo que me has contado hoy, ¿eso te sorprende?

—Viniendo de ti, sí.

—Lo siento. ¿He hecho añicos tu ilusión de que soy una esposa dulce e inocente?

—Estoy descubriendo que mi dulce e inocente esposa quizá no lo sea tanto como yo creía.

—Oh, lo es, créeme, pero he estado documentándome.

—¿En serio?

—Ajá. Me extraña que este mundo sea secreto. ¿Qué más da si la gente se entera?

—Casi todo el mundo lleva en secreto este tipo de inclinaciones sexuales porque, en general, la sociedad no las entiende. Son demasiadas las personas que las consideran perversiones, pero

no es perversión cuando dos personas en edad de consentir hacen algo de mutuo acuerdo. La necesidad de llevarlo en secreto, en mi caso y el de mis colegas, se debe a que esa clase de juicio perjudicaría a nuestras carreras.

—Es triste, si lo piensas.

—Es lo que hay —se resigna, encogiéndose de hombros—. A la gente le da miedo lo que no entiende. Es más fácil y da menos problemas llevarlo en secreto. Además, no es asunto de nadie, joder.

—Cierto.

—Otra cosa que la gente no entiende es que no se trata solo de sexo. Tiene mucho más que ver con la emoción. Cuando dos personas representan una escena, la experiencia emocional puede ser la más intensa de su vida, antes incluso de que tengan relaciones sexuales. —Me coge la cara entre las manos y me pasa el dedo pulgar por el pómulo—. Eso se multiplica por mil cuando la escena es con la persona amada.

Me cuesta imaginar una vida sexual incluso más intensa de la que ya

tenemos, pero le creo porque sé que hay más, mucho más.

—¿Qué más hay en ese contrato?

—Una lista de posibilidades. Pero antes, quiero que le eches un vistazo para ver qué opinas. Estas cosas suelen acordarse verbalmente. Pero, por ser quienes somos y por lo mucho que tenemos que perder, en Quantum redactamos los contratos por escrito. En este mundo, y en nuestro contrato, todo gira en torno a tres principios fundamentales: seguridad, sentido común y consentimiento. Todo lo que

hagamos se atenderá a estos tres conceptos o no se hará.

Me entrega dos páginas que describen nuestra relación amo-sumisa. El logotipo del club Quantum está en la cabecera de ambas páginas.

—¿Quién tiene acceso a los clubes?

—Los cinco socios principales, nuestros empleados y los socios que hemos admitido con el paso de los años.

—¿Cómo es posible llevar algo así en secreto en tu profesión?

—Somos muy selectivos con los socios que admitimos, y afiliarse cuesta

un millón de dólares. Todas las personas que dejamos entrar tendrían mucho que perder si hablaran de nosotros, de nuestras actividades o del club. Tenemos socios que están librando batallas por la custodia de sus hijos, socios con puestos muy importantes fuera del mundo del espectáculo, y otros cuyas familias no tienen ni idea de que frecuentan este mundo.

—¿Lo sabe tu familia?

—No.

—¿Y Addie?

—Tampoco.

—Debe de olerse algo después de llevar tanto tiempo trabajando mano a mano contigo.

—No quiero frivolar el problema que acabamos de tener, pero tú te has casado conmigo, te has acostado conmigo, has hecho el amor conmigo, has pasado semanas a solas conmigo y no lo sabías.

—Es cierto, pero, si lo piensas, ni siquiera sabía que esto existía hasta que descubrí el cuarto de juegos de Hayden.

—Tampoco estoy seguro de que Addie sepa que existe.

—¿Por eso no se le declara Hayden?

—Sí.

—Muchas cosas cobran sentido en este nuevo contexto.

—Aún me siento en la obligación de repetírtelo: lo que Hayden haga es cosa suya. Aparte de ti, nunca he dicho a nadie que Hayden está en este mundo, igual que sé que él tampoco ha dicho nunca a nadie que lo estoy yo.

—Me honra que me confíes todo esto. Vuelvo a jurarte que nunca se lo diré a nadie. Tienes mi palabra.

—¿Ni si nuestro matrimonio acaba

como el rosario de la aurora? —me pregunta con una sonrisa irónica que no acaba de iluminarle los ojos. Sé que no le apetece hablar de que lo nuestro pueda hacer aguas, pero, aun así, hace bien en estar preocupado.

—Ni tan siquiera entonces.

Me coge la mano y se la lleva a los labios.

—Gracias por eso, por todo lo de hoy, por darme la oportunidad de explicarme, de compartir toda mi vida contigo. Te estoy profundamente agradecido.

—Es extraño. Me sentía muy unida a ti, antes de todo esto, pero ahora es como si nuestra unión fuera aún mayor. Gracias por compartir todo tu mundo conmigo, aunque no quisieras hacerlo.

—No es que no quisiera. Solo intentaba protegerte, pero estaba equivocado y me salió tan mal que casi destruye lo que tenemos.

Le aprieto la mano, que aún tiene en la mía.

—Esto no es algo que yo hubiera imaginado que me gustaría, pero, al oírte describirlo... —Me abanico la cara y le

hago reír—. No sé si podré llegar hasta el final, pero, desde luego, tengo curiosidad e interés.

—Ese es un importante primer paso. Ahora acaba de cenar y lee el contrato.

—Sí, señor.

Mi respuesta le oscurece la mirada y, en ese momento, nuestra química es explosiva.

—Lee —repite, con un grave gruñido.

Le sonrío antes de prestar atención a los documentos.

El contrato comienza especificando la vigencia de nuestro acuerdo, que está en

blanco. Pasa a tratar una serie de cuestiones relacionadas con la seguridad, como los límites negociables e innegociables que Flynn ya ha mencionado y el uso de lo que se describe como un sistema de semáforo donde el verde significa adelante, el ámbar significa que el sumiso está alcanzando uno de sus límites y el rojo significa que hay que parar de inmediato. Aborda la importancia de una comunicación franca y honesta entre dominante y sumiso y la forma en que deben dirigirse el uno al otro.

A continuación, trata la disponibilidad del sumiso, que es casi a todas horas, salvo cuando está trabajando, durmiendo u ocupado en sus actividades. Entonces leo un renglón que dice que las condiciones del contrato son aplicables tanto en casa como en público.

Levanto la vista hacia Flynn, que tiene los ojos clavados en mí.

—¿Qué? —pregunta.

—¿Tanto en casa como en público?

Se ríe y las facciones se le dulcifican.

—En eso tienes suerte. Por ser quien

soy para el resto del mundo, no voy a ordenarte que me hagas una mamada en el aseo de caballeros de La Guardia.

—¡Gracias a Dios por las pequeñas cosas!

—Creía que habías dicho que no tengo nada pequeño...

Me parto de risa con su comentario. Me encanta poder reírme con él mientras tenemos lo que podría haber sido una conversación tensa e incómoda. Lo es todo menos eso. Con cada cláusula y frase del contrato que leo, me siento más unida a él, más cerca de entender al

verdadero Flynn y su forma de ser. Quiero conocerlo. Quiero saberlo todo de él.

—Entonces, defíneme público. ¿Qué significa eso en nuestro caso?

—Posiblemente, más adelante, cuando te sientas preparada y estés segura de poder hacerlo, haríamos una escena en el club.

—Delante de personas que conocemos.

—Sí. —Me mira con la cabeza ladeada y expresión interrogante—. ¿Qué te parece?

— No... no sé si puedo hacerlo.

—Vale.

—¿Eso es todo? ¿Vale y ya está?

—De momento, pondremos las escenas en público en tu lista de límites negociables, y podemos revisarlo más adelante. No tengo ninguna intención de meterte en esto de golpe, Nat. Iremos despacio, paso a paso. Al principio, solo estaremos tú y yo, experimentando, jugando, probando cosas nuevas en la intimidad. No lo haremos en público en el club hasta mucho después, cuando

ambos decidamos que ha llegado el momento, si es que lo hacemos.

—¿Y si yo no me siento nunca preparada para hacerlo?

—Pues no lo harás y yo seguiré amándote con toda mi alma y agradeceré cada día que eres mi esposa, además de mi esclava sexual.

—¿Podría... podríamos... en algún momento... ir al club? ¿Juntos?

—Puedo arreglarlo.

—Me encantaría verlo y entender mejor lo que pasa ahí.

—Pues eso haremos.

Sus tranquilizadoras palabras me ayudan a relajarme un poco mientras leo sobre el respeto mutuo entre las partes, así como sobre las expectativas y derechos del amo. Entre ellos se incluye el derecho a castigar a su esclavo siempre que quiera, pero se garantiza que el amo jamás hará nada que pueda considerarse peligroso, deje cicatrices permanentes en el cuerpo del sumiso o inflija lesiones que requieran intervención médica.

—¿Cómo son los castigos?

—Bueno, los hay de diversos tipos.

Están los azotes, que duelen más que excitan. Puedo obligarte a permanecer de pie en un rincón, desnuda, para que pienses en qué conducta me ha inducido a castigarte, y después lo comentaríamos. A veces, pueden ser las dos cosas juntas: tiempo de reflexión seguido de azotes. Hay amos que utilizan varas, látigos y toda clase de accesorios para castigar a sus esclavos, pero a mí no me gusta infligir tanto dolor. Lo peor que podría hacerte es flagelarte por delitos muy graves.

—Había látigos en tu cuarto de juego,

o al menos a mí me lo parecieron.

—Son de un amigo.

—Oh. —Me atraganto de solo pensar en que me flagelen—. ¿Y qué se consideraría un delito grave?

—No respetar a tu amo, replicarme, negarte a hacer lo que te mando, no complacerme en algún sentido. —Se queda callado antes de continuar—. Te oigo pensar. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—No puedo imaginar cómo sería que me dieras unos azotes por replicarte.

—Eso es solo durante el sexo. El

resto del tiempo, no dudes en replicarme siempre que quieras. Cuando estamos ahí —señala el dormitorio— yo estoy al mando y tú me obedeces o sufres las consecuencias. Así es como va esto. Al aceptar este acuerdo, pones en mis manos tu satisfacción sexual y tu bienestar personal, lo que significa que tienes que obedecerme y confiar en que sé lo que necesitas. Así es como hago mi trabajo y garantizo tu seguridad, así como tu satisfacción.

Lo analizo desde todas las perspectivas posibles y veo la lógica.

—Y si... —Niego con la cabeza—.

Da igual.

—Sea lo que sea, dilo. Plantéalo y lo hablaremos. No quiero que tengas ninguna preocupación ni inquietud sobre cuál es la dinámica.

—¿Y si hubiera vuelto, después de enterarme de todo lo que ahora sé de ti, y esto no me hubiera interesado? ¿Qué habría pasado?

—En ese caso, habría lamentado no tener la oportunidad de explorar este mundo contigo, pero habríamos seguido

como antes, aunque sin secretos entre nosotros.

—¿Cuánto tiempo te habría satisfecho eso?

—Toda la vida. Había decidido renunciar a este mundo antes que perderte. —Me coge por los hombros y me mira fijamente—. Si lo que me estás preguntando es si recurriría a otra persona para satisfacer estas necesidades, la respuesta es rotundamente no. Nunca te engañaré, Nat. Nunca jamás. Sé lo que es y nunca me he odiado más que cuando me rebajé

al nivel de Valerie y le pagué con la misma moneda. No volveré a hacerlo nunca, y mucho menos a ti. Si no tengo relaciones sexuales contigo, de la clase que sean, no las tendré con nadie más. Te lo juro. Aunque no te creas nada más de lo que te diga, puedes creer esto.

—Te creo. No es la primera vez que me hablas de cómo te hizo sentir aquel incidente.

—Fue una mierda. El peor momento de mi vida, o lo era hasta que ayer me dejaste.

—Tuve que hacerlo, Flynn. No podía

pensar estando contigo.

—Lo sé, pero deja que te pregunte una cosa.

—Lo que sea.

—Si no hubiera estado en casa cuando has llegado, ¿me hubieras llamado?

—Te habría llamado hoy —le digo mientras asiento con la cabeza—. Estaba tan mal sin ti como tú lo estabas sin mí.

Me estrecha entre sus brazos y permanecemos abrazados un buen rato.

—¿Podemos prometernos que no volveremos a salir corriendo cuando las

cosas se pongan feas? ¿Que nos quedaremos y lo resolveremos, sea lo que sea?

—Lo prometo.

—Y yo.

Se echa hacia atrás y me besa, cogiéndome la cara entre sus grandes manos y acariciándome las mejillas con los dedos pulgares. Con él, me siento cuidada y amada.

Con cara de sueño, Fluff sale del dormitorio y viene derecha a mi taburete, donde se yergue y salta sobre

las patas traseras para llamar mi atención.

—Apuesto a que alguien necesita salir a hacer pis —comenta Flynn—. Pediré que la saquen, no creo que nosotros podamos hacerlo sin que nos agobien.

—¿Cuánto crees que va a durar eso?

—No lo sé. La escuela nos cogió por sorpresa al declarar que te habían vuelto a ofrecer tu trabajo. Creemos que intentaban quedar bien con la opinión pública. Liza se está ocupando. También tenemos que hablar de eso. Y quiero que

me cuentas cómo te fue con Candace con pelos y señales. Te lo iba a preguntar antes, pero nos hemos desviado del tema.

—Desviado del tema —repito con una sonrisa—. ¿Así lo llamas tú?

Se inclina para volver a besarme.

—Más bien hemos vuelto a encarrilarnos. —Señala el contrato con la cabeza y añade—: Sigue leyendo. Toma apuntes. Volveremos a hablar de ello.

Entra en el dormitorio para ponerse unos vaqueros y una camiseta de manga

larga y silba a Fluff, que corre a su lado cuando le oye coger su correa.

Me río del cariño que le ha tomado, y eso que al principio parecía que nunca dejaría que se le acercara sin gruñirle. Cuando entran en el ascensor, vuelvo a llenarme la copa y reanudo la lectura que me ha puesto como deberes.

El siguiente apartado trata sobre las funciones y obligaciones del sumiso, lo que incluye palabras que me enfurecen como «obedecer», «servir» y «propiedad» del amo. Puaj. También me atraganto con la frase que exige que el

sumiso pida permiso antes de tocar al amo.

—Esto habrá que quitarlo —comento en voz alta.

Entonces me doy cuenta de que yo también tengo voz y voto en este acuerdo. Puedo decir no siempre que quiera. Puedo negociar los términos que más me convengan. A esto se refería Flynn con la expresión «intercambio de poder».

Por último, el contrato enumera lo que el amo exige del sumiso en los ámbitos de la salud, la higiene, los

anticonceptivos y masturbación, que no está permitida sin su permiso. Eso no es un problema para mí, porque nunca me he dado placer a mí misma. Hasta que conocí a Flynn, evité el sexo en todas sus múltiples formas. Ahora me descubro suspirando por la conexión que tenemos y por el abrasador placer que siempre experimento en sus brazos. He pasado de no saber qué era un orgasmo hace tan solo un mes a tener más de los que puedo contar. Y como mi despertar sexual aún es bastante

reciente, todavía no me puedo imaginar queriendo correrme sin él.

Hay un apéndice con una exhaustiva lista de límites. Las instrucciones de la primera línea me piden que las marque como límite negociable o innegociable e incluyen definiciones precisas de ambos conceptos que coinciden con las de Flynn. Alguien, imagino que él, ha tachado muchas de las opciones, y después de leerlas comprendo la razón. Algunas de ellas me parecen repugnantes y, según parece, a mi marido también.

De las que ha dejado sujetas a debate, me detengo en vendar los ojos y amordazar. No sé si podría soportar que me vendaran los ojos después de haber sufrido una agresión sexual. Solo de pensarlo me entran náuseas y me pongo nerviosa, de modo que lo marco como límite innegociable. Junto a amordazar, escribo un interrogante. ¿Cómo diré la palabra de seguridad si estoy amordazada?

Los azotes son un límite negociable, al igual que el juego anal. Jamás hubiera creído que eso pudiera gustarme, pero

Flynn ya me ha demostrado que no es así. La penetración anal no la tengo tan clara, dado que no estoy nada convencida de que sea siquiera posible, pero, una vez más, él me ha asegurado que lo es. También la marco como límite negociable. Estoy dispuesta a probarla.

Descubro que hay muchos tipos de bondage. Marco el suave y los juegos con pañuelos como límites negociables y el resto como innegociables.

Marco jugar a médicos y enfermeras y las exploraciones médicas como límites innegociables porque me parece

imposible que eso pueda excitarme después del trauma que pasé cuando me exploraron tras la violación. La masturbación voluntaria y obligada son límites negociables, al igual que las pinzas para los pezones. Después de haber escuchado su fantasía, reconozco que me intriga qué debe de sentirse. El placer con dolor es un concepto nuevo para mí.

¿Qué opino del control de los orgasmos? ¿De cedérselo a Flynn? Él decidiría cuándo y yo estaría a su

merced. Me lo pienso un momento antes de marcarlo como límite negociable.

Oh, Dios mío, el punto siguiente es la fantasía de violación.

—Ese táchalo —dice Flynn por encima de mi hombro, sorprendiéndome. Estaba tan absorta que no le he oído volver a entrar con Fluff—. Eso es innegociable.

Obedezco.

—Tendría que haberlo tachado de la lista antes de dártela. Perdona.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Mi cometido es cuidar

de ti, y no lo he hecho al dejarlo como opción.

—No pasa nada, en serio. Me has dado la opción de marcarlo como límite innegociable, y lo es, así que no te preocupes. —Levanto la vista para mirarlo—. ¿Has...?

Niega con la cabeza.

—No lo he hecho nunca, pero no lo había puesto en mi lista de límites innegociables, que es por lo que aún está sin tachar. A partir de ahora, es un límite innegociable.

Echa un vistazo a la página para ver

qué he marcado hasta el momento.

Estoy en el apartado de los juguetes sexuales, incluidos consoladores, tapones anales, vibradores y bolas, así como el uso en público de cualquiera de ellos o de todos.

—¿Cómo funciona esto? —pregunto, señalando la expresión «en público».

—Podría, por ejemplo, exigirte que llevaras una mariposa vibradora debajo de las bragas cuando vayamos a algún sitio y utilizar el mando a distancia para ponerla en marcha cuando a mí me apetezca.

Cruzo las piernas.

—Oh. Caray. Bueno...

Se ríe de mi reacción.

—No lo taches hasta haberlo probado, cariño.

—Suena bastante... interesante. Dame otro ejemplo.

Me abraza por detrás, me aparta el cabello y me acaricia el cuello con la nariz.

—Podría ponerte un tapón anal antes de una ceremonia como la entrega de los Oscar, por ejemplo, y te pasarías toda la noche sentada a mi lado, con el tapón

dilatándote el culo para que yo pudiera llevarte luego a casa y meter la polla donde estaba el tapón.

Me estremezco de la cabeza a los pies al imaginármelo.

—Eso le gusta a mi nena, ¿eh?

—No lo sé. Me moriría de vergüenza.

—Nadie lo sabría aparte de nosotros.

Entre otras cosas, este acuerdo es excitante por eso. Tú pruebas cosas diferentes conmigo y yo soy el único que lo sabe. El premio es un placer que no puedes imaginar.

Cuando levanto el bolígrafo para

marcar los juguetes como límite negociable, me pega los labios a la oreja.

—Algunos tapones anales vibran. Es lo más.

Vacilo un momento al imaginarme llevando un tapón anal vibrador a la ceremonia de los Oscar, marco los juguetes como límite negociable, así como el voyerismo, que también me parece interesante. Creo que me gustaría ver cómo lo hacen otras personas, aunque no tengo claro que pudiera dejarles mirarme a mí.

—Esta es mi nena —susurra Flynn—.

Audaz e intrépida.

—De intrépida nada, pero ¿qué me dijiste? Probarlo todo y repetir si nos gusta.

—Sabias palabras. —Después de mirar la lista de límites con más detenimiento, señala el signo de interrogación que he escrito en amordazar—. ¿Cuál es tu duda?

—¿Cómo utilizo la palabra de seguridad si estoy amordazada?

—Muy buena pregunta, y la respuesta es que tenemos que acordar un gesto en

vez de una palabra. Como chasquear los dedos dos veces para ir más despacio y una vez para parar. O enseñarme el dedo pulgar vuelto hacia arriba o hacia abajo cuando yo te pregunte. Hay que acordarlo antes de empezar.

—Ah, bien.

—Debes saber que amordazar no me va. Me gusta oír la reacción de mi pareja a lo que le hago, y sobre todo me gusta oír tus reacciones, así que vamos a quitarlo de nuestra lista. —Me coge el bolígrafo de la mano y tacha la palabra —. Hay muchas más cosas que la gente

practica en este mundo, pero si no aparecen en esta lista, es que no me interesan. En nuestro club, todos los amos y amas tienen su lista de cosas que les gustan y sus sumisos pueden fijar sus límites basándose en la lista de su señor.

—Entonces, ¿los hombres pueden ser sumisos y las mujeres amas?

—Sí. Marlowe es un ama. Está muy solicitada entre hombres sumisos que se excitan con su forma de dominar y humillar.

—Marlowe es un ama.

—Ajá.

—Caramba, es increíble.

—Espera a verla en acción. Basta con decir que ninguno de nosotros se atrevería a follar con ella cuando empuña un látigo. —Vuelve a sentarse a mi lado y llena las copas—. Hay una cosa más que quiero añadir a nuestro contrato personal. ¿Puedo?

Le paso las hojas mientras intento asimilar lo que acabo de descubrir sobre mi nueva amiga, Marlowe Sloane.

Coge el bolígrafo y empieza a escribir en el reverso de la segunda página. Cuando termina, me la acerca

para que pueda leerlo. Es la primera vez que veo su bonita letra.

—Podría ser un tipo de letra. El tipo Flynn Godfrey. Sería un gran éxito de ventas.

—Léelo, anda —dice, riéndose.

El párrafo que ha añadido dice:

Este contrato entre Flynn y Natalie Godfrey es vinculante a efectos de mejorar su espectacular relación sexual. Si, en cualquier momento, Flynn o Natalie deciden rescindir este contrato, eso no tendrá ningún efecto sobre su compromiso de vida para ser amigos íntimos, amantes, esposos o padres

de sus futuros hijos. Los votos matrimoniales de Flynn y Natalie tienen prioridad sobre todos los demás contratos y acuerdos mencionados aquí.

—Eso significa —añade con dulzura, mirándome a los ojos— que puedes dejar esto en cualquier momento sin poner en peligro otros compromisos más importantes que ya tenemos.

—Gracias. Es todo un detalle pensar en que podría necesitar esa garantía.

—Siempre tienes una salida, cariño, ya sea utilizando palabras de seguridad o decidiendo que esto no te gusta o que

tus límites han cambiado. Pese a lo que pueda parecer, aquí eres tú la que mandas.

—Eso me gusta —afirmo, y le sonrío con descaro.

Su grave gruñido me hace reír.

—Voy a disfrutar azotando ese culo tan bonito que tienes con una pala cuando te pongas respondona conmigo.

—A lo mejor me pongo respondona solo para que me azotes con una pala.

—Joder, Nat —suspira—. No tienes ni idea de cómo me pones cuando dices esas cosas, cuando me sigues el juego.

Eres mi pareja ideal en todos los sentidos. —Me coge y me acerca lo suficiente para besarme—. Tengo el presentimiento de que vas a ser una sumisa espectacular.

—Quiero ser la mejor sumisa que has tenido.

—Ya lo eres, amor mío. Solo por hablar conmigo sobre esto, leer el contrato y considerarlo todo sin juzgarme ni decidir que tiene que pasarme algo malo para que me gusten estas cosas... Eres perfecta.

Firmo con mi nombre en la línea que

Flynn ha trazado debajo del párrafo que ha añadido. Es la primera vez que escribo las palabras Natalie Godfrey y me emociona ver mi nuevo nombre escrito en negro.

A juzgar por su ancha sonrisa, a Flynn también le gusta.

—¿Y ahora qué? —le pregunto con un cosquilleo de expectación.

—Ahora, quiero hablar de tu trabajo y de qué vamos a hacer con respecto a él.

Flynn

Sé que mi respuesta la ha cogido por sorpresa. Pensaba que querría ponerme

manos a la obra de inmediato ahora que hemos negociado los detalles. Hay otra pequeña cuestión que tenemos que atender antes de ponernos a jugar, pero se lo plantearé después de que hablemos sobre su trabajo.

—Pensaba que querías... ya sabes, ahora que nos hemos puesto de acuerdo en todo...

—¿Tienes prisa? —pregunto. Esbozo una sonrisa burlona para que se relaje.

—No, bueno... Supongo que tengo curiosidad.

Me excita muchísimo que esté

interesada y dispuesta a probarlo, pero no puedo pensar en eso ahora que tenemos que tomar otras decisiones.

—Lo haremos, pero antes hay otras cosas de las que hablar, como tu trabajo y tu visita a Candace. ¿Cómo ha sido volver a verla después de tantos años?

—Es como si el tiempo no hubiera pasado. Todo seguía igual. Y luego Livvy nos llamó por FaceTime y pudimos estar las tres juntas. —La alegría le ilumina los ojos al hablar de las hermanas que perdió hace tanto

tiempo—. Han crecido y son muy divertidas, y guapísimas.

—Claro que sí. Sois familia, ¿no?

Sonríe por el cumplido.

—Me he perdido muchas cosas de los dos, pero nos hemos prometido que, a partir de ahora, nos llamaremos a menudo. Livvy dice que el mes que viene tiene un puente y podrá visitarnos.

—Lo organizaremos. Pronto la verás.

—Lo pasamos bien en el hotel.

—Espero que no escatimarais en gastos.

—Desde luego que no. Candace dijo

que, ya que nos obligabas a quedarnos en el hotel y corrías con los gastos, teníamos que aprovecharlo al máximo.

—Ya veo que no puedo bajar la guardia con mis nuevas cuñadas — respondo entre risas—. Parece que tienen carácter.

—Son estupendas, y están deseando conocerte. Te caerán muy bien.

—No me cabe la menor duda. —Le cojo la mano—. Pongámonos cómodos. —Llevamos las copas de vino y la botella casi vacía al sofá. Nos acurrucamos bajo una recia manta, con

Natalie en mis brazos, y le rozo el cabello con los labios—. Háblame del trabajo.

Suspira hondo.

—Me encantaría volver a mi clase y terminar el curso, pero no creo que sea posible.

—¿Por qué lo dices?

—La escuela hizo público que me habían ofrecido volver, y ahora mi piso, el tuyo, la escuela... Estamos sitiados, nos acosan incluso en medio de una maldita nevada. Durante un tiempo, mientras esperábamos su decisión,

pensé que podría volver si me lo pedían y que nada habría cambiado. Pero después de la entrevista con Carolyn y los premios del Sindicato de Actores, comprendí que mi vida normal no es lo que era y que ya no podré ser la de antes de casarme contigo.

Sus palabras se me clavan en el corazón como una estaca porque me recuerdan que, aunque mi vida ha mejorado desde que nos conocimos, la suya está patas arriba.

—Lo siento, cariño.

—Por favor, no lo sientas. No es

culpa tuya. Ya sabía en lo que me metía cuando te dije que sí. Bueno, lo sabía casi todo.

Me río con ganas. Me alegra que pueda bromear sobre lo que casi nos destruye. He empezado el día preguntándome si alguna vez volvería a verla y ahora todo es posible.

—Básicamente, lo que me da miedo es que, si vuelvo al trabajo, las cosas se desmadren otra vez si los paparazzi rodean la escuela y la junta directiva se arrepiente de haberme pedido que vuelva. Si pasa eso y tengo que dejarlo

otra vez... No puedo hacerles eso a mis alumnos, por mucho que los eche de menos y quiera estar con ellos. No puedo marearlos de esa forma.

—Ojalá pudieras tener todo lo que quieres y tenerme también a mí. ¿Recuerdas cuando nos conocimos y yo intenté describirte los inconvenientes de la fama? Son estos.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—La fundación. Desde que me pediste que participara, parece que es lo único en lo que puedo pensar cuando no

pienso en ti y en todo lo que nos ha pasado. Me entusiasma luchar por una causa tan loable y, aunque me encantaría regresar con mis alumnos, formar parte de la iniciativa para acabar con el hambre infantil en este país es muy emocionante.

—No te imaginas cuánto me alegra oírte decir eso. Sabía que no me equivocaba al pedirte que la dirigieras. También deberías saber que han bombardeado a mi equipo con preguntas sobre si estás interesada en ser modelo o actriz. Han hecho montones de ofertas

de todo tipo, como que aceptes entrevistarte con todos los presentadores famosos que se te ocurran.

—Ni hablar.

—Claro que sí. Te dije que estarías muy solicitada después de la entrevista con Carolyn.

—Vaya. ¿De veras quieren que haga de modelo? No sé nada sobre eso.

—Les encantas, y lo comprendo perfectamente. A mí también me encantas. Puedo pedirle a Danielle, mi representante, que te mande las ofertas

más interesantes para que les eches un vistazo.

—No sé, Flynn. El mundo del espectáculo es lo tuyo, no lo mío.

Me encojo de hombros.

—También puede ser lo tuyo, si es lo que quieres. No tienes que decidir nada ahora mismo. De momento, céntrate en la fundación, a ver qué pasa.

—Supongo que podría hacerlo, pero me resulta extraño que la gente me conozca y esté interesada en mí. Me va a costar acostumbrarme a eso.

—Tienes el resto de tu vida para

acostumbrarte. Tómate el tiempo que te haga falta. —La beso en la frente y después en la mejilla—. ¿Puedo decirte que me encanta y me alivia que no vayamos a estar cada uno en una punta del país?

—Puedes —responde con una sonrisa—. A mí también me alivia.

—Entonces, ¿vas a rechazar la oferta del colegio?

Asiente y dice:

—Escribiré a todos mis alumnos explicándoles por qué no vuelvo y

dándoles nuestras señas para que puedan escribirme. No habría problema, ¿no?

—No podemos darles la dirección de casa, pero tengo un apartado de correos que servirá.

—Con eso bastará. —Me mira con entusiasmo y expectación—. ¿Significa eso que me mudo oficialmente a Los Ángeles?

—Por fin. Pero por si no te has dado cuenta, ahora mismo estamos un poco aislados por la nieve. —Con un gesto de la cabeza señalo las ventanas, donde los copos reflejan el resplandor anaranjado

de las luces de seguridad de un edificio contiguo—. No nos moveremos en uno o dos días.

Me pasa el dedo por la cara interna del muslo, lo que me provoca una inmediata reacción.

—¿Qué podemos hacer con tanto tiempo por delante?

—Bueno, tengo un cajón lleno de películas y la bañera que tanto te gusta.

Se vuelve para verme la cara y me mira durante un buen rato para saber si hablo en serio.

—Reconozco que estoy perpleja.

—Reconozco que me excita muchísimo que tengas tantas ganas de ponernos manos a la obra. Me muero de ganas de jugar contigo. Pero antes de hacerlo, tenemos que hablar con alguien de si es buena idea teniendo en cuenta lo que te pasó.

—Estoy bien, Flynn. Hablé con el doctor Bancroft la semana pasada.

Me pilla de sorpresa.

—La semana pasada no tenías toda la información.

—Pero, aun así, hablamos de sexo...
Y de todo lo demás.

Darí­a todo lo que tengo por saber cómo fue la conversaci3n.

—¿Hablasteis de sexo poco convencional? ¿De dominaci3n y sumisi3n y de todo lo que lo acompa­a?

—Bueno, no, pero...

—Nada de peros, cari­o.

Necesitamos estar seguros de que no ser3 contraproducente para ti antes de probarlo. Yo necesito estar seguro. Tenemos que ver a tu doctor Bancroft o a otro profesional especializado en tratar trastornos de estr3s postraum3tico y agresiones sexuales.

—Él hace las dos cosas. Por eso el tribunal me remitió a él.

—Tú ya lo conoces, así que me parece bien hablar con él.

Me mira, como si no terminara de creérselo.

—Llevas esta faceta de tu vida muy... en secreto, tan en secreto que ni siquiera me la revelaste a mí. ¿De verdad estás dispuesto a hablar de ella con un desconocido?

—Si haciéndolo me aseguro de que tú llevarás bien lo que nos estamos planteando, entonces sí, lo haré sin

dudar. Tenemos que suponer que con Rogers ya hemos cubierto nuestro cupo de profesionales de dudosa reputación en esta vida.

—Cierto. Conozco muy bien a Curt. Podemos confiar en él. Me salvó la vida. Sin él, jamás habría podido estar aquí sentada hablando contigo ni mucho menos tener esta relación.

—Entonces, le debo muchísimo. ¿Puedes llamarle para ver cuándo podemos hablar con él?

—Sí, lo haré, y gracias por preocuparte tanto por mí.

—Me preocupo mucho por ti.

—Mandaré un mensaje a Curt ahora mismo para ver si puede atendernos mañana.

Me encanta que quiera seguir adelante con esto, que tenga curiosidad e interés en vez de sentir asco y horror. Solo por eso, no podría ser más distinta de mi primera esposa, aunque yo ya sabía que Natalie es mucho más fuerte de lo que Valerie podría soñar con llegar a ser. Valerie... Tengo que tomar medidas para que no vuelva a molestarnos. Me ocuparé de eso cuando regrese a Los

Ángeles. Mientras tanto, aprovecho que Natalie ha ido a buscar su móvil para mirar el mío por primera vez desde hace un buen rato.

Un mensaje de Liza me llama la atención.

Están saliendo fotos en internet de Natalie llegando a La Guardia. No van a gustarte. Te las mando en el siguiente mensaje por si quieres verlas

—Hijos de puta —susurro mientras veo fotos en las que parece acorralada, asustada y minúscula al lado de los

corpulentos hombres que la flanquean. No sé si seré capaz de volver a perderla de vista. Pensar en mi adorada esposa atemorizada o cercada por la gente me pone frenético.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando vuelve a sentarse conmigo en el sofá y nos tapa otra vez con la manta.

Como sé que es inútil intentar ocultarle nada, le doy el móvil y la observo con atención mientras mira las tres fotos que Liza me ha enviado.

—¿Qué piensas?

—Tengo el mismo aspecto que cuando

juzgaron a Oren.

—No soporto que se te vea tan asustada.

—En realidad no lo estaba. Josh y Seth no se apartaron de mi lado y me sacaron rápidamente de allí. No corrí peligro en ningún momento. Creo que, más que nada, estaba sorprendida. Pasó todo muy deprisa.

—Por eso quiero que siempre te acompañe alguien. Si no puedo ir yo, tiene que hacerlo otra persona para asegurarse de que no te hagan daño ni te agobien. Me volvería loco si te pasara

algo porque has tenido el poco juicio de casarte conmigo.

Deja el móvil y se pone a horcajadas sobre mi regazo.

Gratamente sorprendido por su seguridad, la agarro por el culo y la aprieto contra mi instantánea erección.

—Casarme contigo es lo mejor que he hecho en mi vida. No creo que lo lamente nunca.

—¿Lo lamentaste ayer?

Niega con la cabeza y me pasa los dedos por el pelo para peinármelo a su gusto.

—Ni por un instante. El tiempo que hemos pasado juntos me ha parecido un cuento de hadas. Pase lo que pase después, siempre me lo parecerá.

—A mí también me lo ha parecido. Ayer, cuando te fuiste, me puse como loco. Tiré un jarrón contra una ventana y después sonó el timbre. Creía que eras tú, pero era ese agente del FBI. Quería matarlo por no ser tú.

—Un momento, ¿por qué fue, y por qué no me lo has contado?

Quito importancia a su preocupación con un gesto de la mano.

—Vino porque la mujer de Rogers le dijo que se sentía amenazado por mí. Le aseguré a Vickers que yo solo lo amenacé con demandarlo. ¿Por qué diablos iba a matarlo cuando podría haber tenido el placer de verlo pudrirse en la miseria durante años por lo que te hizo?

—¿Le dijiste eso a Vickers?

—Sí. Y añadí que me decepcionaba que hubieran asesinado a Rogers, porque estaba deseando hacer de su vida un infierno.

—Entonces, ¿en qué quedasteis?

—Quedamos en que estuviera localizable por si tiene más preguntas, a lo que repliqué que me parecía bien. Ninguno de los dos tenemos nada que ocultar en lo que a Rogers respecta.

—Yo no tengo nada que ocultar gracias a él —matiza, con amargura.

—Lo odio por lo que te hizo, Nat, pero, en cierto modo, agradezco que ya no haya secretos entre nosotros.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—Yo también.

—No soportaba ocultarte cosas. Desde el principio, me parecía que

estaba mal. Nunca sabrás cuánto quería decirte la verdad o dejarte para que no tuvieras que enfrentarte a algo que no sabía si entenderías. Los dos sabemos cuánto éxito tuvieron mis intentos de dejarte.

—No puedes abandonarme después de todo esto. He sido capaz de superar lo que pasó, pero algo me dice que jamás superaría perderte.

La abrazo con más fuerza.

—Eso es algo de lo que no tendrás que preocuparte nunca.

Mueve las caderas sobre mi polla de

forma provocativa.

—¿Podemos irnos a la cama? ¿Por favor?

Como si alguna vez fuera a decir que no a esa pregunta viniendo de ella.

—Lo que tú quieras, cariño.

6

Natalie

Pedimos que saquen a Fluff, pero ella se niega a hacer pis con la nevada que

está cayendo. Espero no encontrarnos con una sorpresa cuando nos despertemos, pero Flynn me dice que no me preocupe, que él tampoco orinaría a la intemperie con este tiempo.

De nuevo en el dormitorio, Flynn me desata la bata que no me he quitado en todo el día y la deja caer al suelo. Desnuda, me devora con la mirada de la cabeza a los pies. Se quita el pantalón corto y abre la cama para que me meta bajo las sábanas antes que él.

Estoy muerta de frío hasta que pega su

cálido cuerpo al mío y me estrecha entre sus brazos.

—¿Sabes qué fue lo peor de ayer? —
le pregunto.

—¿Qué?

—Dormir sin ti. Lo aborrecí.

—Yo no llegué a acostarme; no soportaba la idea de dormir solo.

—Debes de estar agotado.

—Así es.

Sube la mano que tiene en mi vientre y la deja entre mis pechos. Noto la presión de su dura polla entre mis nalgas.

Pese a su evidente excitación, pese a mi insaciable deseo por él, ninguno de los dos se ve obligado a moverse. Lo que ambos buscamos es sentirnos cómodos y seguros. Sentir su piel contra la mía es lo único que necesito para respirar hondo por primera vez desde que salí de Los Ángeles ayer, sin saber cuándo volvería a verlo, o incluso si lo vería de nuevo.

En las dos últimas semanas, esta relación ha puesto todo mi mundo patas arriba. Ahora, envuelta en sus brazos, sin secretos entre nosotros y con nuestro

futuro decidido, me siento preparada para dar este paso que nos hemos propuesto. Estoy ilusionada. Por supuesto, también estoy nerviosa, pero mi ilusión es mayor que mis nervios.

Hagamos lo que hagamos, confío en que Flynn hará que sea increíble para mí, porque eso es lo que hace desde el principio. También quiero que sea increíble para él. Quiero darle todo lo que siempre ha deseado en una amante. Quiero ser perfecta para él en todos los sentidos.

Me duermo pensando en todas las

cosas que he accedido a probar, preguntándome cuánto me hará esperar antes de llevar nuestro contrato a la práctica. Sueño con el espeluznante fin de semana con Oren Stone que me robó la inocencia y me cambió la vida para siempre. Aunque lo deseo, no consigo olvidarlo. En mi sueño yo soy una mera observadora. Horrorizada, observo mi agresión como si ocurriera ante mis propios ojos, sin perderme ni un solo detalle escabroso.

Ocurrió hace tanto tiempo que muchos de los recuerdos ya no son tan vívidos

en mi memoria. No obstante, el horror que sentí persiste. Como testigo, me veo obligada a revivirlo todo. Él está encima de mí, dentro de mí, haciéndome daño y sangre, arrancándome gritos de dolor hasta que pierdo el conocimiento y me veo arrojada a una oscuridad tan profunda que quizá no encuentre nunca una salida.

Me despiertan los frenéticos ladridos de Fluff y el murmullo de la voz de Flynn.

—Nat, cariño, ¿qué pasa?

Aunque tengo el corazón desbocado,

sudo y tengo el pelo revuelto, sé que no puedo decirle que he soñado con la agresión por primera vez desde hacía años. Lo interpretará como una señal de que no soy capaz de seguir adelante con esto.

—Nada... Solo he tenido un sueño muy raro. Perdona si te he despertado.

—Estabas gritando. —Se apoya en un codo y alarga la mano para acariciarme la cara—. Y estás llorando. —Me besa el hombro—. Cariño...

—Estoy bien.

Le cojo la mano y se la aprieto.

—¿Seguro?

—Mmm. Sí, seguro. —Fluff se enrosca contra mis piernas y resopla, indignada por la brusquedad con que la he despertado.

—Estás temblando, nena.

—Tengo frío.

—Eso puedo arreglarlo. —Me arrima a él, me rodea con los brazos y entrelaza las piernas con las mías—. ¿Mejor?

—Mucho mejor.

Yo era joven y estaba sola cuando Stone me agredió. Ya no estoy sola. El amor y la devoción de Flynn solo me

hacen más fuerte de lo que ya era. Pero el sueño y el momento en que lo he tenido me inducen a preguntarme si seré capaz de cumplir con lo pactado.

Una vez más, el pitido de un móvil nos despierta temprano. Flynn rezonga cuando coge el teléfono de la mesilla.

—Sí, Emmett. Has madrugado.

Se acurruca de nuevo contra mí, lo que me permite oír las palabras de Emmett.

—Vickers acaba de llamarme.

Noto cómo Flynn se pone tenso detrás de mí.

—¿Qué quería?

—Veros a Natalie y a ti lo antes posible.

—¿Para qué?

—Solo ha dicho que para haceros más preguntas.

—Esto roza el acoso. ¿Deberíamos hacer algunas llamadas a Washington?

—Yo no lo haría, Flynn. Si tiras de influencias, parecerá que tienes algo que ocultar cuando no es así.

—No me gusta que también quiera ver

a Natalie.

—Os está descartando a los dos como sospechosos. Mi consejo es que os reunáis con él y zanjéis el asunto. ¿Cuándo podéis estar de vuelta?

—No sé si te has enterado, pero esta noche ha caído una buena nevada aquí.

—Sí, me he enterado —responde Emmett con una sonrisa—. Lo han dado en todos los noticiarios.

—Yo diría que, como muy pronto, podríamos volver mañana.

—Entonces arreglaré el encuentro

para el lunes por la mañana. ¿Te parece bien?

—Supongo que no me queda otra. Déjale claro que, si mi nombre o el de Natalie se asocian con el asesinato de ese tío, voy a encargarme de que lo despidan.

—Ya se lo he dejado claro.

—Eres bueno, Em.

—Solo hago mi trabajo. Hasta pronto.

Me doy la vuelta para mirar a Flynn, buscando alguna señal de que no tenemos nada de qué preocuparnos. Lleva puestas las gafas y está

escribiendo en el móvil de forma frenética.

—¿Qué haces?

—Le pido a Addie que nos consiga un vuelo para estar en Los Ángeles mañana y poder zanzar esto de una vez por todas.

—¿Estás asustado?

—No, cariño, en absoluto. No tenemos nada de qué preocuparnos porque no hemos hecho nada. —Envía el mensaje y deja el móvil en la mesilla—. Ven aquí.

Me acurruco contra él y apoyo la cabeza en su pecho mientras me rodea

con los brazos. Le paso el dedo por la cicatriz apenas visible que el ataque de un admirador desquiciado le dejó en las costillas el año pasado.

—Todo va a salir bien. Esto es una caza de brujas. Nada más. Les di una pista fácil con lo que dije en el programa de Carolyn y ellos han tomado la vía más sencilla y obvia al ponerme en su punto de mira. Si piensan que hemos tenido algo que ver con esto, que lo demuestren. —Me acaricia el pelo—. Conocemos gente en Washington, incluido el mismísimo presidente. Él y

mi padre son amigos. Si esto se nos va de las manos, tiraremos de influencias.

—Entonces, ¿es verdad que conoces al presidente?

—Nos hemos visto muchas veces. Puede que tú también lo conozcas, porque he solicitado una reunión con él para hablar de la fundación. Quiero que la patrocine.

—Santo cielo. No pierdes el tiempo.

—¿No sabías eso ya? Me casé contigo menos de dos semanas después de conocerte.

—Supongo que apuntabas maneras.

Me pasa los dedos por las costillas, con la fuerza suficiente para hacerme cosquillas.

—¡Para!

—¿Qué pasa si no quiero? — responde con la boca pegada a mi cuello.

—Fluff.

Deja caer la mano sobre el colchón y levanta la cabeza para mirarme.

—¿Ves qué fácil ha sido?

—No me gusta que me hagan cosquillas.

—¿Mejor si te beso?

—Los besos están bien. Las cosquillas, no.

—Mmm, quiero pensar que se me puede adiestrar.

Me besa entre los pechos hasta llegar a las costillas, donde vuelve por el camino que había trazado con los dedos.

—Y yo que pensaba que eras tú quien iba a adiestrarme a mí.

—Aprenderemos el uno del otro. Mi meta siempre es proporcionarte el máximo placer.

Vuelve a subir y se ocupa de mis pechos, despacio y con indolencia,

como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, lo que parece ser cierto, ya que estamos aislados por la nieve. Me rodea el pezón izquierdo con la lengua mientras me pellizca el derecho, con la fuerza justa para arrancarme un jadeo.

—Me encanta cómo reaccionas siempre que te toco —susurra, respirando contra mi pezón húmedo—. Me encanta cómo te arqueas hacia mí, intentando acercarte más. Y ese profundo gemido... Me vuelve loco cada vez que lo oigo, porque sé que lo he provocado yo. Y saber que seré el

único que te toque de esta manera hace que me sienta tremendamente agradecido de que me eligieras.

—Como si tú me hubieras dado opción —replico con una sonrisa burlona.

—La decisión siempre fue tuya, amor mío.

Me muerde el pezón mientras me mete los dedos en la entrepierna, donde comprueba que estoy excitada y lista para él. Siempre estoy lista para él.

—Joder, Nat... Dios mío, estás empapada. —Sustituye los dedos por su

polla y empuja, pero se detiene de inmediato al verme hacer una mueca de dolor—. ¿Te duele?

—Estoy un poco dolorida de ayer.

La saca.

—No, Flynn. No pares. Por favor, no pares.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo harás. Solo ve despacio al principio.

Bajo las manos por su espalda para agarrarle el musculoso trasero. Me encantan los hoyuelos que tiene en la rabadilla y los busco con los dedos.

Jadea.

—Natalie...

—¿Te gusta?

—Joder, me encanta que me toques, en todas partes, pero cuando me arañas el culo así... —Se estremece.

Saber que puedo excitarlo tanto me colma de alegría y placer.

Me penetra despacio, con pequeños empujones, entrando y luego retirándose, dándome tiempo para adaptarme. La tiene grande y yo estoy dolorida, una combinación que no debería ser buena, pero su forma lenta y constante de

penetrarme hace que me olvide por completo del dolor y desee sentir su polla dentro de mí, la conexión, la magia.

Apoyado sobre los codos, con la frente contra la mía, me observa con esa intensidad tan suya para asegurarse de que no me hace daño. Me agarro a él con brazos y piernas y alzo las caderas para que pueda penetrarme más hondo.

Su grave gemido me hace sonreír cuando contraigo mis músculos internos alrededor de su polla, sabiendo que eso lo vuelve loco.

—Jooder —susurra.

Lo hago una vez tras otra hasta que se olvida de que quería hacerlo despacio y empieza a embestirme como a mí más me gusta, con pasión y sin freno. Me clava los dedos de una mano en el hombro mientras, con la otra, me agarra el culo para que no pueda moverme. Luego, baja la cabeza y me muerde el pezón, llevándome al clímax.

Vuelve a penetrarme, con fuerza, mientras se corre conmigo y después se desploma encima de mí, jadeando.

—Mierda.

Le aparto de la frente mechones empapados de sudor.

—¿Qué?

—He estado brusco, y tú estás dolorida.

—Has estado perfecto, y me ha encantado. Te amo.

—Yo también te amo. Ojalá supieras cuánto.

—Me hago una idea.

Nos quedamos mucho tiempo así, abrazados, aún unidos y temblando después del clímax, su sudor entremezclándose con el mío.

—No puedo imaginarme que esto sea mejor de lo que ya es.

—No se trata de que sea mejor, sino de que haya más. Quiero compartir y experimentar más contigo. —Me besa el cuello y la mandíbula camino de mis labios—. ¿Sabes qué quiero hacer ahora?

—¿De veras tengo que adivinarlo?

Me sonrío, endemoniadamente guapo nada más despertarse.

—Quiero follarte en la ducha.

Todo mi cuerpo reacciona a sus roncas palabras.

—Me siento bastante sucia.

Para demostrárselo, contraigo de nuevo mis músculos internos alrededor de su polla y me doy cuenta de que vuelve a tenerla dura.

—Ducha. Ya.

Descubro que me encanta hacerlo en la ducha después de que mi fogoso marido me ponga contra la pared de azulejos y me folle a conciencia. Me ha agarrado por las caderas con tanta fuerza que estoy segura de que me saldrán

moretones, pero me ha encantado de principio a fin. Aunque estoy muy dolorida.

—Podríamos hacer otras cosas —me recuerda cuando le digo que por hoy hemos acabado.

—¿Qué otras cosas?

Todavía de pie detrás de mí, cuela los dedos entre las nalgas contra mi otro orificio.

—Podríamos jugar por aquí.

Cada vez que me toca ahí, la cabeza me da vueltas por el deseo y la curiosidad.

—¿Jugar cómo?

—Con los dedos, con juguetes, con mi lengua, mi polla...

Noto su pene caliente y erecto contra mi culo, como si no acabara de correrse dos veces en media hora.

—¿Ahora?

—No hasta que hablemos con tu amigo médico.

—Lo llamo en cuanto salgamos de la ducha —digo con un gruñido de frustración.

Flynn se ríe y cierra el grifo. A mí también me da la risa.

Me seco con una toalla, vuelvo a ponerme la bata y voy a buscar el móvil. Curt que me ha respondido.

Mañana trabajo en casa: aquí también ha nevado. Llámame cuando quieras. Encantado de charlar con Flynn y contigo

—Dice que podemos llamarle cuando queramos.

—¿Qué está haciendo, señora Godfrey?

—Llamar a Curt.

Vestido únicamente con unos ceñidos

calzoncillos, Flynn se dirige a la puerta.

—¿Adónde vas?

—Necesito café para esta conversación, y voy a pedir que saquen a Fluff.

—Ponte más ropa. No quiero que nadie te vea así.

Se acerca a mí.

—¿Me quieres solo para ti?

—Sí. ¿Se me permite ser posesiva?

Me levanta la barbilla y me besa.

—A ti se te permite todo, cariño.

Mientras él se ocupa de que saquen a Fluff y prepara café, yo vuelvo a

escribir a Curt. Me propone una sesión por Skype y me manda la información que necesitamos para conectarnos.

—¿Te parece bien? —le pregunto a Flynn.

—Claro, lo que vaya mejor.

—De acuerdo, le diré que le llamaremos dentro de media hora.

Regreso al dormitorio y me pongo unos vaqueros y un jersey de cuello alto. Al subir las persianas, contemplo el paisaje invernal en que se ha convertido Nueva York durante la noche. Por supuesto, hay un mar de taxis amarillos

chapoteando por el fango que las quitanieves han dejado a su paso.

Me siento con Flynn para hacer un desayuno rápido a base de café, cereales y fruta.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Me doy cuenta de que estaba con la mirada perdida, pensando en mi sueño de anoche. He decidido que tenerlo en este momento es mera coincidencia. Si contemplo la posibilidad de que no lo ha sido...

—Estoy bien. ¿Llamamos?

—Adelante.

Cojo en brazos a Fluff al salir de la cocina y sigo a Flynn a su despacho, donde hay un monitor muy grande conectado a su ordenador portátil. Me trae una silla de la cocina y me siento a su lado.

Un minuto después, Curt aparece ante nosotros en la pantalla. Está tal como lo recuerdo, quizá un poco más avejentado.

—Ah, ahí estás —saluda—. Estás estupenda. Y Fluff también.

—Sigue en plena forma a sus catorce años. Curt, este es mi marido, Flynn. —

Me río—. Creo que es la primera vez que lo presento como mi marido.

—Me siento honrado de ser el primero —responde Curt—, y es un placer conocerte, Flynn. Soy un gran admirador tuyo.

—Gracias, para mí también es un placer conocerte. Gracias por ayudar a Natalie cuando te necesitó.

—Siempre fue grato trabajar con ella. ¿Qué puedo hacer hoy por vosotros?

Nos miramos y Flynn me indica con la cabeza que siga adelante.

—Sé que no hace falta que te diga que

estamos un poco recelosos después de lo que pasó con David Rogers.

—Es algo incomprensible. Lo conocía un poco, y no entiendo qué pudo impulsarlo a traicionarte de esa forma. En cuanto a mí, no tenéis de qué preocuparos. Os aseguro que seré extremadamente discreto.

—Le he dicho a Flynn que podíamos contar contigo. Gracias. —De repente, me noto nerviosa y me aclaro la garganta—. Desde que hablamos la semana pasada —digo con la voz entrecortada—, he descubierto algunas facetas más

de la personalidad de mi marido. En concreto, que es un dominante sexual.

—Oh, comprendo.

—Se lo oculté a Natalie antes de casarnos porque me había convencido de que podía vivir sin eso antes que sin ella.

—¿Y cómo lo descubrió Natalie? — pregunta Curt.

—Por una sucesión de calamidades —responde Flynn—. Asumo toda la responsabilidad de no contarle algo que debería haber sabido antes de unirse a mí para siempre, y soy responsable

también de que se enterara por otra persona y no por mí.

—¿Qué opinas tú, Natalie?

—Aunque estoy de acuerdo en que debería habérmelo contado, entiendo por qué no lo hizo. Anteponía mis deseos a los suyos, y me cuesta enfadarme con él cuando estaba dispuesto a sacrificar tanto para ser lo que yo necesito.

—Desde que lo sabe, Natalie ha expresado un sincero interés en explorar este mundo conmigo. Hemos hablado a fondo sobre lo que implicaría e incluso

hemos firmado un contrato consensuado, pero aun así soy reacio a seguir adelante sin antes consultar con un profesional sobre cómo podría eso influir en su recuperación de la agresión.

—Me parece muy prudente por tu parte abordar ese tema antes de continuar —observa Curt—. Natalie, ¿puedes hablarme de tu interés por las actividades que te ha propuesto Flynn?

—Siento curiosidad —respondo, mirando a mi marido, que me observa de esa forma tan suya—. Estoy intrigada.

—Me he fijado en que no has dicho

que estás asustada.

—Estoy nerviosa, por supuesto, y me preocupa un poco qué puede pasar si no me gusta o no puedo ser lo que él quiere...

—Tengo que interrumpirte, Nat. Tú eres lo que yo quiero. —Y añade, dirigiéndose a Curt—: Se lo he dicho de todas las formas que se me ocurren. Hoy ya hemos hecho el amor dos veces y el sexo ha sido espectacular, la clase de sexo con el que sueña la gente. La química que tenemos es cuando menos explosiva. Las cosas que nos planteamos

añadir no harían sino complementar una vida sexual que ya es increíble. Pero, si lo único que llegamos a tener es lo que ya tenemos, a mí me bastaría.

—Entonces, ¿por qué añadir este elemento? —quiere saber Curt.

—Permíteme —le pido, con la mano en su brazo—. Hace poco le dije a Flynn que tengo la sensación de que me he pasado toda la vida dormida hasta que él me ha despertado. Con él, he descubierto un deseo, una pasión y una satisfacción que no creía posibles. He pasado de pensar que jamás tendría una

relación sexual normal a hacerlo montones de veces al día y disfrutarlo más de lo que nunca pensé que haría.

—La fase del enamoramiento se acaba después de un tiempo —comenta Curt con una sonrisa.

Le lanzó una mirada a mi marido.

—No sé si en nuestro caso eso sucederá. —Le aprieto el brazo y eso le hace sonreír—. Flynn me ha dicho que puede haber más, y lo quiero todo. Mientras estemos juntos, sé que me cuidará, me tratará como un tesoro y me amará en cada paso que demos. Confío

en él más de lo que nunca he confiado en nadie en toda mi vida.

Flynn me coge la mano y me la aprieta.

—¿Qué opinas tú, doctor? ¿Estará bien Natalie si seguimos por ese camino?

—El trastorno de estrés postraumático, en todas sus diversas manifestaciones, es muy complejo. Uno cree que está bien y entonces pasa algo, como lo de las manos en vuestra noche de bodas, y vuelve a asomar la cabeza. No me atrevo a asegurar que Natalie no

vaya a verse afectada en absoluto. Es probable que haya baches, momentos de verdadero miedo, flashbacks o incluso detonantes que le hagan revivir el trauma que pasó. Dicho esto, parece que ya has sido capaz de superar estas dificultades y que es posible que lo hagas en el futuro.

—¿«Posible»? —inquire Flynn. Era de esperar que se fijara en esa palabra —. ¿Qué pasa si Natalie no puede superarlo?

—Entonces os recomiendo que paréis la actividad que ha provocado la

reacción de inmediato y posiblemente para siempre.

—¿Pero no nos recomienda que no lo probemos? —insiste Flynn.

—Natalie dice que está intrigada, que siente curiosidad e interés. No ha dicho que le da miedo ni una sola vez. Eso es importante.

—No me da miedo. —Trago saliva en un intento de borrar el recuerdo del sueño que ha reabierto viejas heridas. Sé que debería hablarles de él, pero ya estoy cansada de recordar el pasado. Quiero avanzar de la mano de mi

increíble marido. Quiero que tengamos todo lo que deseamos y merecemos—. Quiero vivir sin miedo.

—¿Ves por qué la amo tanto? —dice Flynn con ternura.

—Sí —responde Curtis con una sonrisa en los labios—. Te animo a vivir sin miedo, Natalie, pero también te pido que seas cauta. Ve paso a paso. Tómate tu tiempo para ver qué te gusta y qué no. No tengas miedo de decir la palabra que hayáis acordado para deteneros. Y ten abiertas las líneas de comunicación. Habla de la experiencia después, de lo

que te ha gustado y lo que no, de lo que te gustaría volver a hacer y lo que no. Eso va a ser fundamental para garantizar el éxito de este experimento.

—Lo de hablar se nos da bastante bien —le asegura Flynn con los ojos fijos en mí.

Asiento para indicar que estoy de acuerdo con él.

—Ese es un punto de partida excelente —conviene Curt—. Me gustaría que reanudáramos las sesiones, Natalie, quizá semanalmente durante un tiempo, si te parece bien.

—Claro, eso estaría bien.

—Si alguna vez me necesitas, sea de día o de noche, no tienes más que llamarme. No dudes en hacerlo.

—Muchas gracias, Curt.

—Sí, gracias —repite Flynn—. Te escribiré para que me indiques dónde te envió la factura.

—No voy a cobraros. Es un placer verte tan centrada y enamorada, Natalie. No se me ocurre nadie que merezca esa clase de felicidad más que tú.

Flynn me rodea con el brazo y me besa en la sien.

—No podría estar más de acuerdo.

—Gracias otra vez, Curt. Te llamaré la semana próxima.

—Te estaré esperando.

Flynn pulsa el botón para cortar la conexión.

—Es genial, y es evidente que te tiene mucho cariño.

—Me ayudó a superar la pesadilla.

—Solo por eso, siempre tendrá mi agradecimiento además del tuyo.

—¿Estás mejor ahora que hemos hablado con él?

—Estoy menos preocupado que antes.

—Y... ¿ahora qué?

Una vez más, se inclina hacia mí y me roza la oreja con los labios.

—Ahora tengo que trabajar un poco.

—Ah. Bien.

—Pero esta noche a las ocho en punto, te quiero desnuda y arrodillada al pie de la cama. Tendrás las manos entrelazadas en el regazo y la cabeza gacha mientras esperas sumisamente a que te diga qué quiero. ¿Lo entiendes?

El cuerpo entero se me enciende al oír sus palabras.

—Yo... Sí, lo entiendo.

—Quiero que releas nuestro contrato y repases todo lo que hemos pactado para recordar qué podría pasar luego.

—Vale.

—¿Cómo debes dirigirte a mí en este contexto?

—Sí, señor.

—Mejor. Ahora bésame y deja que me vaya a trabajar.

Espero un besito, pero ya debería saber que es una caja de sorpresas. Me besa hasta casi dejarme sin sentido y, cuando me suelta, me tambaleo. Dejo a Fluff en el suelo, me levanto de la silla y

me la llevo cuando salgo del despacho con las piernas temblorosas. Faltan más de diez horas para las ocho. ¿Cómo voy a aguantar el deseo que me palpita entre las piernas durante tanto tiempo?

7

Flynn

La tengo dura como una piedra
mientras la veo alejarse. Su forma de

reaccionar a mis órdenes hace que me entren ganas de olvidarme por completo del poder de la expectación y empezar a jugar ya. Pero le he prometido a Hayden que trabajaré unas horas todos los días, de modo que comienzo leyendo los correos electrónicos que se me han acumulado durante el tiempo que he pasado con Natalie.

Participo en una reunión telefónica con el equipo de producción de la película para la que no encontramos título y descarto una larga lista de ideas

que los de marketing presentan tras dos horas de trabajo.

Hayden me recuerda que ya hace tiempo que deberíamos haber decidido cuál será nuestro próximo proyecto y me envía un email con su corta lista de sugerencias.

—Le echaré un vistazo y te respondo con mis propuestas.

—Bien, muchas gracias. Me gusta tenerte de vuelta, aunque sea a tiempo parcial.

—Me alegro de estarlo.

Colgamos y, de inmediato, llamo a

Hayden por el móvil.

—¿No acabamos de hablar?

—Quería hacerlo en privado, y no me fiaba de que todos colgaran si te pedía hacerlo durante la reunión telefónica.

—Bien pensado.

—Sobre todo teniendo en cuenta de lo que quiero hablarte. Natalie lo sabe.

—¿Qué sabe?

—Todo.

Dejo que esta única palabra hable por mí.

—¿Cómo?

—Nuestra vieja amiga Valerie

decidió que tenía que saberlo.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Ojalá.

—Caray, los tiene bien puestos.

Tienes que reconocerlo.

—Puede, pero cuando vuelva a Los Ángeles, tendremos que hacer algo con ella. Para empezar, no nos costaría mucho arruinar su carrera. De hecho, casi nadie quiere trabajar con ella.

—No me puedo creer que haya tenido el valor de joderte así. Y dime, ¿cómo se lo ha tomado Natalie?

—Hemos tenido un par de días malos,

pero ahora estamos mejor. Mucho mejor.
Quiere venir al club.

—¿Está interesada?

—Tiene interés y curiosidad, según ella misma ha dicho.

—Mucho mejor que decir que eres un depravado y das asco.

—Prefiero mil veces las palabras de Natalie.

—Caramba, Flynn... Enhorabuena. Te ha tocado el gordo. Has encontrado una mujer que te quiere de verdad y también está dispuesta a conocer este mundo. Eres un cabrón con suerte.

Percibo anhelo en su voz. Alguien que no lo conociera tan bien como yo podría no haberlo notado, pero a mí no se me escapa.

—Nunca se sabe qué es posible a menos que se intente.

—Ni hablar.

—¿Cómo sabes...?

—Tengo que irme. Me llaman. Nos vemos cuando vuelvas.

Me cuelga y niego con la cabeza, divertido y frustrado por cómo se ha cerrado en banda. Él y Addie estarían muy bien juntos, pero Hayden tiene

demasiado miedo de lo que podría suceder si ella descubriera sus inclinaciones sexuales. Por encima de todo, creo que le da miedo perder su amistad, aunque nunca lo haya expresado en voz alta. Mierda, a duras penas ha reconocido que Addie le interesa, así que no vamos a hablar de cualquier otra cosa.

Espero que pueda dejar de ponerse palos en las ruedas y decida arriesgarse. Yo, por mi parte, le diría que las recompensas superan con creces los riesgos, aunque, si lo pienso, yo no

ponía en peligro una larga amistad con Natalie. Es una situación difícil, sobre todo porque creo que a Addie le gustaría pasar al siguiente nivel con Hayden. Sin embargo, una vez más, ella y yo no hemos hablado de ese tema.

Natalie aparece en la puerta y dejo de pensar en otra cosa que no sea ella.

—Perdón por interrumpir.

—No interrumpes. ¿Qué pasa?

—He hablado con Aileen y no se encuentra bien. Tuvo quimioterapia el viernes y tiene a sus hijos en casa por la nevada. He pensado en ir a ocuparme un

rato de ellos para que pueda descansar
—. ¿Te parece bien?

—Solo si puedo acompañarte.

—Pensaba que tenías cosas que hacer.

—Ya las he hecho, y no tengo ningún
plan hasta las ocho de esta noche.

Baja la mirada y se sonroja al oírme
mencionar nuestra cita.

—Ah, bien, si quieres venir, estoy
segura de que a los niños les encantará.

—Antes llama a Aileen. No quiero
que se sienta incómoda.

—Estoy segura de que no le
importará, pero le preguntaré si

podemos quedarnos un rato con los niños para que ella pueda descansar. — Envía un mensaje de texto y recibe una respuesta de inmediato—. Dice que encantada, y que ninguno de los dos debe fijarse ni en ella ni en cómo está el piso.

Me río de la respuesta, ocurrente pero triste.

—No podemos ir en el coche. La nevada ha dejado a todo el mundo en casa y será imposible aparcar. Cogemos un taxi.

—¿Cómo saldremos de aquí sin que

nos vean?

—Tengo la solución ideal.

—No pienso ponerme un gorro ruso de pieles.

—Jamás se me ocurría obligarte a hacer eso. Tengo algo aún mejor. — Entra en el dormitorio y regresa con dos gorros. Cuando me da uno, veo que son pasamontañas de punto con orificios para los ojos, la nariz y la boca que nos tapan por completo la cara—. Hoy no llamaremos la atención llevándolos, porque todo el mundo irá igual.

—Siempre me daba un escalofrío

cuando veía a gente con uno de estos por la calle.

—Pues van bien en días como este. Y así podemos dejar a los guardaespaldas en casa.

—¿Dónde están ahora?

—En un despacho del edificio de al lado. Los llamo cuando nos hacen falta.

—Eso debe costar un dineral

—Sí, pero merece la pena.

Nos ponemos la ropa más abrigada que encontramos y poco después salimos con Fluff encabezando la

marcha. Además de los pasamontañas, llevamos bufanda, anorak y guantes.

—Ojalá tuviera mis botas. Lo mejor que ha encontrado son un par de zapatillas Nike negras.

—Te cogeré en brazos en los charcos.

El portero avisa a un taxi y, en cuanto salimos a la calle, Fluff se detiene en la acera para hacer pis. Natalie y yo nos desternillamos, lo que llama la atención de los fotógrafos apostados delante de mi edificio.

—Deprisa.

Señalo el taxi, que ya está

esperándonos. Cojo a Fluff en brazos en cuanto termina y corremos al taxi antes de que los fotógrafos puedan organizarse.

Una vez dentro, nos quitamos los pasamontañas.

—No me puedo creer que estén esperando a la intemperie por si te ven —comenta.

—También quieren verte a ti.

—Pero sobre todo a ti.

—No sé... Liza me ha dicho que últimamente tus fotos también valen una pasta.

Circulamos a paso de tortuga por el barro y el hielo hasta llegar al edificio de Aileen. Se ha acumulado tanta nieve que tengo que cumplir mi promesa y coger a Natalie y a Fluff en brazos y cargar con ellas hasta el portal.

—Nuestro héroe —se ríe.

—Estoy especializado en damiselas en apuros.

Subimos las escaleras hasta la entrada y Natalie llama al interfono de Aileen. Nos abren la puerta y encontramos a Logan esperándonos delante de su casa.

Grita de alegría al ver a Natalie. Ella lo coge en brazos y lo estrecha contra sí.

—Has crecido un palmo desde la última vez que te vi.

—Eso no es posible, señorita Bryant.

Natalie entra en el piso con él en brazos.

—Puedes llamarme Natalie ahora que ya no soy tu profesora.

—Señorita Natalie —dice una débil voz desde el sofá.

Solo de verla, me queda claro que Aileen no se encuentra nada bien. Está muy pálida y no se levanta cuando

entramos en el salón, por el que parece que haya pasado un ciclón.

—Esto es una zona catastrófica —se excusa.

—¿Ya no va a ser mi profesora? —pregunta Logan con tristeza—. Han dicho que volvía.

Le aprieto el hombro a Nat mientras la ayudo a quitarse el abrigo.

—Cariño —interviene Aileen—, deja que se ponga cómoda antes de bombardearla a preguntas.

Natalie se sienta en el canapé y da

unas palmaditas en el cojín contiguo, invitando a Logan a sentarse a su lado.

—Te propongo un trato... Sabes que Flynn, mi marido, es famoso.

—Sale en películas que mamá dice que yo no tengo edad para ver.

—Así es.

—Entonces, es como Bob Esponja, pero para adultos, ¿no?

Natalie libra una batalla perdida contra la risa.

—Exacto —responde, mirándome, con la alegría danzándole en los ojos—. Como ahora estoy casada con él, hay

mucho interés en nosotros, y eso sería una distracción para todos mis alumnos.

—¿Qué es «distracción»?

—Distracción es todo lo que nos desconcentra cuando estamos en clase.

—¿Como los videojuegos?

—Es un ejemplo estupendo.

Veo la paciencia que tiene con el niño y casi no puedo esperar para tener nuestros propios hijos. Va a ser una madre increíble.

—Me da miedo volver y tener que irme otra vez cuando las distracciones sean excesivas. Nunca querría haceros

pasar por eso, así que he decidido no volver, por mucho que me gustaría. Pero voy a daros a todos mis señas para que podamos escribirnos, y os llamaré por Skype a tu madre, a Maddie y a ti. ¿De acuerdo?

—Supongo —responde el niño, aunque es evidente que está destrozado. Lo comprendo perfectamente. Yo me sentí igual cuando Natalie me dejó, y solo fue durante un día.

—Siento mucho todo esto, cariño.

—Lo sé.

—Oye, Logan —digo, con ganas de

poner fin a esta conversación por el bien de Nat—, ¿queréis Maddie y tú salir a jugar en la nieve?

Los ojos se le iluminan y su hermana da un gritito.

—¿Podemos, mamá?

—No hablas en serio —murmura Aileen.

—No lo habría propuesto de no serlo. Me encantaría llevarlos al parque, si a ti te parece bien.

—Claro, les encantará. Llevan toda la mañana queriendo salir, y yo... —Los

ojos se le llenan de lágrimas—. No he podido.

—No hay problema. Yo me ocupo. ¿Por qué no vienes tú también, Nat, y dejamos que Aileen duerma un poco?

—No tengo botas.

—¿Qué número calzas? —pregunta Aileen.

—Un treinta siete.

—Yo calzo el treinta y ocho. Coge las mías.

—Entonces de acuerdo. ¡Me apunto!

Mientras ayudo a los niños a abrigarse, Natalie acompaña a Aileen a

su cuarto y la acuesta para que duerma un rato. Sale de la habitación con lágrimas en los ojos y las botas en la mano.

—Me cuesta verla así —susurra.

—Lo sé. —La beso en la frente y le dejo pasar en el pasillo. Los cuartos son un caos de juguetes, las camas están sin hacer y hay ropa sucia tirada por el suelo. Mientras los niños se ponen los pantalones impermeables, saco el móvil del bolsillo y le envío un mensaje a Addie.

Estamos en casa de Aileen y necesita un poco de ayuda. Puedes buscar una agencia que proporcione enfermeras, niñeras y limpiadoras? Contrata una de cada, por favor

Anotado. Me pongo a ello

Eres la mejor

Lo sé!

Adoro su respuesta descarada y también la adoro a ella. Estaría perdido sin Addie. Nunca pone reparos a nada de lo que le pido y es tremendamente

eficiente y organizada. La exprimo todo lo que puedo y más, pero lo cierto es que le pago el doble para que se quede conmigo.

Guardo el móvil y voy a ayudar a Natalie con los niños. Camino de la puerta, Logan saca un trineo de plástico del armario de la entrada. Bajamos la escalera haciendo un ruido infernal. Los niños se parten de risa cuando nos ven con los pasamontañas puestos, lo que supongo que es mejor a que les den miedo.

En la calle, acomodo a los niños en el

trineo y los arrastro por la acera nevada mientras extendo el otro brazo para coger a mi esposa. Hemos dejado a Fluff durmiendo en el sofá de Aileen. En el parque, nos pasamos más de una hora modelando un muñeco de nieve, tirándonos bolas de nieve y dibujando ángeles en el suelo nevado. Cuando los niños comienzan a dar muestras de cansancio, volvemos a sentarlos en el trineo para llevarlos a casa y de camino paramos a tomar una pizza y un chocolate caliente.

Los empleados del restaurante nos

reconocen de inmediato, pero les pido que no monten un número delante de los niños. Por suerte, respetan mis deseos. Pediré a Addie que les mande una fotografía firmada en muestra de agradecimiento.

Volvemos al piso con dos niños cansados y ahítos que se lo han pasado en grande.

—Gracias por esto —me dice Natalie cuando subimos la escalera detrás de ellos.

—Ha sido divertido.

Lo ha sido de verdad. Los sencillos

placeres de la vida cotidiana tienden a olvidarse cuando te envuelve el frenesí de la fama. Me gusta que Natalie y sus amigos me ayuden a recordar lo que de verdad importa.

—Chicos —llamo a los niños, que están a punto de irrumpir en el piso—. Es probable que vuestra madre esté durmiendo, así que no hagamos ningún ruido, ¿vale?

—Vale, señor Flynn —declara Maddie con solemnidad.

Les ayudamos a quitarse la ropa impermeable y las botas antes de entrar.

—Hay otra cosa que quiero que hagáis por mí.

—¿Qué? —pregunta Logan.

—Quiero que vayáis a vuestros cuartos y guardéis todos los juguetes. Luego, tenéis que hacer la cama y recoger la ropa sucia del suelo. ¿Podéis hacerlo?

—Si no hay más remedio —responde Logan, con aire sombrío.

—A ver cuál de los dos consigue ordenar antes su habitación.

La competición despierta su interés y

ambos corren a sus respectivos dormitorios.

—Vas a ser un padre maravilloso — afirma Natalie.

—Es curioso, antes he pensado lo mismo de ti. —Le beso la nariz—. Una madre impresionante.

—Va a ser divertido —añade con una sonrisa.

—Lo estoy deseando.

—¿En serio?

—¿Verte en casa con nuestro bebé?

—Cuando lo pienso, noto cosas extrañas

en el corazón y el estómago—. Me muero de ganas.

Se abraza a mi cuello y me besa.

—Te quiero —susurra.

—Y yo.

—Voy a limpiar la cocina.

—Voy a echar un vistazo a los niños y luego me ocupo del salón.

—Eso rebasa con creces tus obligaciones de esposo.

Me inclino hacia ella para rozarle la oreja con los labios.

—Puedes recompensarme luego.

La dejo con esa idea en la cabeza y

me voy a recoger los juguetes, cojines, mantas y periódicos tirados por todo el salón de Aileen.

Natalie

Me ocupo de la montaña de platos sucios del fregadero de Aileen mientras pienso en lo genial que ha sido Flynn con Logan y Maddie. Los ha arrastrado en el trineo, les ha ayudado a modelar un muñeco de nieve e incluso ha participado en una pelea de bolas; ha

estado increíble con ellos, y a los niños les ha encantado cada instante de la atención que les ha dedicado.

No estoy segura de qué pasa con su padre; solo sé que no lo ven.

Voy a buscar a Flynn cuando termino en la cocina. Lo encuentro tirado en el suelo del cuarto de Logan con los dos niños encaramados sobre su cuerpo.

—¡Natalie, socorro! ¡Me han tomado como rehén!

Los niños se ríen como locos mientras intenta quitárselos de encima haciéndoles cosquillas.

Aileen se une a mí en la puerta y sonríe al oír las risas de sus hijos.

—Es muy agradable oírles reír.

—Nos lo hemos pasado en grande —
le digo.

—Según parece, ellos también. —
Mira la habitación de Logan con más detenimiento—. ¿Le habéis ordenado el cuarto?

—No, lo ha hecho él.

—¿Cómo habéis conseguido ese milagro?

—Todo el mérito es de Flynn. Lo ha

planteado como una carrera entre hermanos para ver quién acababa antes.

—Vaya, es bueno.

—Yo también lo pienso. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor. No sabes cuánto os agradezco lo de hoy.

—Ha sido un placer, en serio. Lo hemos pasado de maravilla jugando en la nieve con los niños.

—Logan, frena un poco —ordena Aileen—. Dios nos libre de dañar ese rostro tan valioso.

—Así es —corroborra Flynn—. Está

asegurado en millones de dólares.

Pongo los ojos en blanco y me uno a las risas de Aileen. Poco después, mientras nos preparamos para irnos, Flynn le informa de que hay ayuda en camino.

—Ya has hecho más que suficiente — protesta, refiriéndose al medio millón de dólares que Flynn donó al fondo de la escuela para ella y sus hijos.

Flynn la coge por los hombros y la besa en la frente.

—Deja que te ayudemos. No hay ninguna necesidad de que intentes hacer

esto sola. Tienes amigos que te quieren. Si viviéramos siempre aquí, podríamos pasar todos los días para ver cómo estáis, pero, como no es así, esta es la mejor alternativa, ¿vale?

—¿Puedes decirle que no alguna vez?
—me pregunta.

—Casi nunca —respondo con un provocativo guiño que les hace reír.

—Gracias —repite Aileen, señalando el piso impecable y a sus dos hijos, que están sentados en el sofá sin abrir la boca, viendo una película—. Jamás olvidaré esto, ni tampoco ellos.

—Nos lo hemos pasado genial. —La abrazo, y me inquieta sentir sus huesos perfectamente marcados bajo mis manos. Luego me agacho para coger a Fluff en brazos—. Te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Aquí estaré.

—Adiós, chicos —digo a los niños.

—¿Qué se dice a Flynn y a Natalie?

—¡Gracias!

—De nada. Hasta pronto.

Flynn ha pedido un coche de alquiler con conductor que nos espera delante

del edificio de Aileen. Me sujeta la puerta y sube detrás de mí.

Después de pasarnos un buen rato en silencio, le cojo la mano.

—Estoy preocupado por ella.

—Yo también.

—Sus huesos... Está...

—Lo sé, cariño. Yo también lo he notado. Mi padre tiene un amigo neoyorquino que es un célebre cirujano. Voy a pedirle que nos dé un nombre. Quiero que la trate el mejor especialista en cáncer de mama de la ciudad.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Temo por ella. Por todos.

—Haremos todo lo posible por ellos.

—Gracias por considerar a mis amigos tus amigos.

—Es fácil encariñarse de Aileen y sus hijos. Me ha gustado conocerlos.

Flynn pide al conductor que entre en el garaje para eludir a los fotógrafos que siguen apostados delante del edificio. El conductor hace los aspavientos habituales al ver el Bugatti, pero, aunque es amable con él, Flynn no se ofrece a hacerse fotos.

—Esta noche me apetece cenar un

filete —dice al entrar en el ascensor—. Necesito proteína para acumular energía. —Sube y baja las cejas para recordarme lo que tenemos planeado. Como si pudiera olvidarlo. No he podido dejar de pensar en lo que puede pasar ni durante las horas que hemos estado con los niños.

Pero, después de ver a Aileen tan enferma, no estoy segura de que pueda tener la cabeza clara para concentrarme en él.

—¿Nat?

—¿Hmm?

—¿Estás bien?

—Claro.

Me obligo a sonreír para que no se preocupe, pero no lo convenzo.

—Dime qué pasa.

Las puertas del ascensor se abren y me coge el abrigo para colgarlo junto al suyo en el armario del recibidor.

—No pasa nada. Estoy preocupada por Aileen.

Flynn se saca el móvil del bolsillo y hace una llamada.

—Hola, papá, ¿qué tal? —Me mira—. Estamos bien. En Nueva York

durante un par de días, pero mañana vamos para ahí. Puedes decirle a mamá que siga adelante con la fiesta. Tenemos que ir a Londres para los premios BAFTA el próximo fin de semana, así que podría organizarlo para el siguiente.

Me mira para que se lo confirme.

¿Vamos a Londres? Quiero gritar de la emoción. Siempre he querido ir a Londres.

—¿Te parece bien, Nat?

Asiento. A Stella le hace ilusión organizar una fiesta para celebrar nuestra boda, y como adoro a mi suegra,

me parece bien todo lo que ella quiera. Será una fiesta por todo lo alto y yo no tengo mucha gente que invitar.

—Verás, Natalie tiene una amiga en Nueva York con cáncer de mama. No parece estar evolucionando muy bien y he pensado que podrías pedir a tu amigo Jared que te recomiende a alguien para que la vea. Quiero el mejor médico de Los Ángeles.

Mientras habla con su padre, aprovecho para mandar un mensaje de texto a mi antigua compañera de piso, Leah.

He decidido rechazar la oferta de la escuela de que vuelva con ellos. Se monta un circo vaya donde vaya y no es justo para los alumnos

Ya me imaginaba que podía pasar. Te echaremos de menos, pero lo entiendo. Yo tampoco voy a quedarme mucho. Me han pedido que haga un curso para llevar el bar y haré eso mientras decido por dónde tiro.

Mantenme informada

Lo haré. Qué tal la vida de casada con el actor sexy?

Muy sexy

Si ella supiera.

Te odio

No es verdad

Sí que lo es! Ja ja! Puedes compensarme invitándome a alguna fabulosa fiesta de Hollywood.

Veré qué puedo hacer

Yupiiii! Qué tal está Fluff?

Está bien. Creo que ha empezado a enamorarse de su papá

Ayyy! Es demasiado guapo. Os echo de menos, chicas

Nosotras también. Espero que nos veamos pronto!

Saluda al actor sexy de mi parte

Lo haré. Besos

—Mi padre va a llamar a su amigo esta noche y mañana me dirá algo —me

cuenta cuando se reúne conmigo en la cocina.

—Gracias. Leah me ha dicho que salude al actor de cine sexy con el que estoy casada.

—¿Cómo está?

—Bien. Quería explicarle que no vuelvo a la escuela antes de que se entere por otra parte.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Lo entiende perfectamente.

—Si te parece bien, podrías mandar un correo electrónico esta noche al

señor Poole para zanjar oficialmente el asunto.

—¿Es tu forma de decir que estás contento de que no vuelva?

Apoya las manos en el mármol, a cada lado de mis caderas.

—Estoy contento de que hayas tomado una decisión con la que te sientes a gusto, y como el cabrón egoísta que soy, estoy encantado de que te vengas conmigo a Los Ángeles, te instales allí y duermas a mi lado todas las noches.

—Yo también estoy encantada con

todo eso —respondo, abrazada a su cuello.

—¿Sí?

Me muerdo el labio y asiento, viendo cómo fija la mirada en el movimiento de mi boca.

—¿De verdad nos vamos a Londres?

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué volvemos a Los Ángeles mañana cuando Londres está en la otra dirección?

—El almuerzo para los candidatos a los Oscar es el lunes y la fiesta será por la noche. —Sigue mirándome la boca—.

Me he portado de una forma impecable esta tarde con los niños. Creo que estás en deuda conmigo.

—¿En deuda?

—Ajá. —Se inclina hacia mí y me besa con la pasión que lleva horas conteniendo. Me estrecha entre sus brazos mientras explora todos los rincones de mi boca con la lengua. Me tambaleo cuando pone fin al beso tan de repente como lo ha empezado—. Primero comemos. Luego seguimos. ¿Te apetece un filete?

—¿De verdad esperas que atine a

hacer algo después de esto?

Una sonrisa de satisfacción le ilumina la cara.

—Espero que esta noche estés a tope.

Me besa de nuevo y me abraza con fuerza, pero se aparta antes de volver a perder el control.

—Comer. Ahora. ¿Un filete?

—Mmm, vale.

—Deja de intentar manipular nuestros planes mirándome así.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Lo sabes de sobra. —Me coge la mano y me la pone sobre la dura

columna de su erección—. ¿Tienes alguna pregunta?

Se la aprieto.

—Debes de estar incómodo.

—¿Atormentando a tu amo, cariño?
¿Estás intentando subirte a la chepa?
Porque podrías acabar con el culo como un pimiento.

Casi me avergüenzo de cuánto me excita la idea de que me azote.

—No hagas eso.

—¿Qué he hecho?

—Apartar la mirada avergonzada porque te gusta la idea de que te azote.

No te avergüences nunca de lo que deseas. Y dime siempre todo lo que te apetece.

—Es posible que tarde un poco en sentirme cómoda pidiéndote esas cosas.

—Lo conseguiremos, cariño. —Me besa—. Todo a su debido tiempo.

—¿Qué has querido decir con lo de subirme a la chepa?

—Me refiero a invertir los papeles. Cuando el sumiso intenta dominar al amo. No te lo recomiendo, cariño.

Intenta poner cara de severidad, pero el placer y el regocijo le iluminan los

ojos. Le alegra poder hablar de estas cosas con franqueza, y también a mí.

—Esta noche quiero verte los ojos, Nat, sin las lentes de contacto. ¿Me complacerás?

—Sí —susurro.

Vuelve a besarme y saca otra vez el móvil para encargar la cena. La traen poco después y cenamos en silencio mientras nuestra expectación crece por segundos. Apenas puedo comer de lo nerviosa y excitada que estoy. Pero, como sé que necesito energía, devoro la

mitad de mi cena sin apenas saborearla antes de acercarle mi plato por la mesa.

Él acaba su cena y se termina la mía.

Según parece, soy la única que está demasiado nerviosa como para llenarme el estómago.

Después de lavar los platos, Flynn dice que quiere ducharse.

—Seré rápido para que puedas usar el baño.

Me relleno la copa y aprovecho este rato de soledad para calmarme y ordenar mis ideas. Pase lo que pase esta noche, continuará siendo solo entre

Flynn y yo. No hay razón para preocuparse. Ya sé que probablemente me encantará todo lo que me haga, aunque el contexto haya cambiado.

Salí del baño quince minutos después, con el cabello húmedo, recién afeitado y una toalla enrollada en la cintura.

—Todo tuyo.

Apuro la copa de vino y me vuelvo hacia él.

—Gracias.

Sé que me sigue con la mirada cuando entro en el dormitorio y después en el

baño, que está iluminado por velas. Ha llenado la bañera, y el detalle me conmueve. Sabe cuánto me gusta esta bañera. Me desvisto y me recojo el cabello para no mojármelo; las manos me tiemblan un poco. Tengo veinte minutos antes de nuestra «cita». Paso la mitad del tiempo sumergida en el agua caliente, intentando relajarme. Me afeito las piernas y me miro el vello del pubis. En su fantasía, Flynn me lo afeita. ¿Quiere hacerlo él o no le importará si lo hago yo?

Me siento al borde de la bañera y me

lo embadurno de jabón. He decidido que estoy dispuesta a correr el riesgo de que quiera castigarme por hacer realidad una de sus fantasías.

He dejado el móvil donde pueda ver la hora. A las ocho menos cinco salgo de la bañera, me seco con una toalla y me envuelvo en ella. De pie delante del espejo, me quito para siempre las lentillas sin graduación que llevo desde que me cambié el nombre y me convertí en Natalie. Como de costumbre, observar los ojos verdes, algo que rara

vez hago, me recuerda hasta dónde he llegado desde que dejé de ser April.

Pese al largo camino que he recorrido en estos años, ella continúa siendo parte de mí. Su corazón todavía late en mi interior. Su traumática experiencia siempre me acompaña, pero ya no me define. Estoy decidida a vivir mi vida como yo quiera, sin otorgar al hombre que arruinó la vida de April más poder del que ya tiene.

Me cepillo los dientes y me peino, me pongo crema corporal perfumada y respiro hondo varias veces, tal como

Curt me enseñó a hacer siempre que me siento apabullada o nerviosa. Ahora no me siento así, sino audaz y resuelta, y tremendamente excitada después de llevar todo el día pensando en esto. Cojo las velas del baño y las dejo en la mesilla de noche antes de adoptar la postura que me ha pedido, de rodillas, con las manos entrelazadas y la cabeza gacha.

Y espero.

Natalie

Y sigo esperando. Me están empezando a doler las rodillas, pero me

quedo donde debo mientras me pregunto a qué juega. ¿Hacerme esperar es parte del juego? Cuanto más tiempo permanezco arrodillada, esperándolo, más excitada estoy. La entrepierna me palpita y tengo los pezones duros, quizá también por el frío, porque acabo de salir de la bañera y estoy desnuda. Pero sé que no es por eso. El cuerpo entero me vibra con expectación.

Justo cuando creo que no puedo seguir soportando la espera, aparece en la puerta. La cierra y deja a Fluff en el pasillo. Sus lastimeros gimoteos me

desgarran el corazón, pero no puede estar con nosotros. Se desquiciaría. Gimotea un instante antes de entender que es inútil protestar. La imagino tumbada en el suelo, con la cabeza apoyada sobre las patas, vigilando la puerta.

Tengo la cabeza gacha, como me ha ordenado, de modo que lo primero que le veo son los pies. ¿Me había fijado alguna vez en lo grandes que son? La ocurrencia casi me hace reír y el culo me arde al pensar en cómo podría castigarme por reírme en este momento.

—Estás preciosa, cariño.

—Gracias, señor.

—¿Estás nerviosa, Natalie?

—No, señor.

—¿Me mientes?

—No, señor.

Su risa grave me arranca una sonrisa, pero no le dejo verla. Me acaricia el cabello y me pasa un dedo por el hombro sin apenas tocarme, pero la caricia me enciende. Me estremezco y trato de mantener la postura hasta que me diga qué quiere.

—¿Estás excitada, Natalie?

—Sí, señor.

—¿Recuerdas la palabra de seguridad?

—«Fluff», señor. También «amarillo» para ir más despacio y «rojo» para parar.

—Muy bien. Ahora endereza la espalda y mírame.

Obedezco y descubro que está desnudo y erecto. Se me hace la boca agua al ver su hermoso cuerpo, duro, fuerte y listo para mí.

Me coge por la barbilla para alzarme más la cara y me mira los ojos.

—Son preciosos. Gracias por dejarme verlos.

—De nada, señor.

—Acaríciame, Natalie. Con la mano y la boca.

Estoy encantada de poder tocarlo y darle tanto placer como él me proporciona a mí cada vez que me toca. Le acaricio el pene como él me ha enseñado, con vigor, agarrándolo bien con la mano. Luego, me meto el ancho glande en la boca y se lo chupo mientras lo lamo.

—Sí —susurra—, así. Justo así.

Saber que estoy complaciéndole me enciende más que nada de lo que he experimentado hasta ahora. Es como un chute directo a la vena. Abro más la boca para metérmela más adentro y contengo las náuseas cuando me llega a la garganta.

—Traga saliva —dice con aspereza, agarrándome por el cabello.

Trago saliva dos veces y lo hago gemir. Luego, la saca tan deprisa que casi me caigo al suelo de bruces.

Me sostiene y me ayuda a levantarme.

—¿Por qué has parado?

—No puedes hacerme preguntas mientras jugamos, cariño. Puedes hacérmelas después, pero no ahora.

—¿Vas a castigarme por preguntar?

—¿Quieres que te castigue?

Me encojo de hombros y lo miro, la viva imagen de la inocencia.

Gruñendo, me vuelve hacia la cama.

—Dóblate, cariño, y pon los codos en el colchón.

Me apoyo en los codos y bajo la cabeza, esperando, estremeciéndome...

Notar su mano en mi trasero me arranca un grito. Tengo todas las

terminaciones nerviosas a flor de piel y la sensación es electrizante. Me estruja y acaricia las nalgas, me las separa para comprobar lo mojada que estoy y cómo me excita lo que está haciéndome.

—Habla conmigo, Nat. ¿Cómo te sientes?

—Acalorada.

—¿Quieres que encienda el ventilador?

—No es esa clase de calor.

Me mete los dedos por detrás.

—¿Es de esta?

—Sí. Señor.

Algo zumba un instante antes de tocarme en mi punto más sensible. Me lleva al mismo borde del éxtasis.

—No te corras, Nat. Tu orgasmo me pertenece a mí y a nadie más.

—Dios santo... —Aprieto los dientes para intentar contenerme mientras el vibrador vuelve a tocarme en el mismo sitio. La sensación es... me faltan las palabras—. Flynn...

Me da un azote en el trasero.

Cuando la cabeza me pesa demasiado para seguir sosteniéndola, me la cojo entre las manos conforme el dolor da

paso a un calor que se me extiende como la pólvora por todo el cuerpo.

—¿Cómo me llamas aquí?

—Señor. Te llamo señor.

—Otros cuatro azotes más para ayudarte a recordar mi nombre. ¿Estás lista?

—Sí, señor —balbuceo.

—¿Cuál es la palabra de seguridad?

—Fluff.

—¿La necesitas?

—No, señor.

Se agacha para besarme recorriendo toda la espalda.

—Lo estás haciendo genial, Nat. Estoy muy orgulloso de ti.

Para recalcar sus palabras, vuelve a azotarme, en el mismo sitio de antes, y el dolor me hace gritar. Luego, cambia de lado para propinarme los otros dos azotes antes de darme el quinto en el punto original.

Coloca su dura polla entre mis nalgas mientras me las estruja y acaricia.

Me muero de deseo por él. Quiero que me penetre, me embista y me lleve al orgasmo que tanto ansío. Vuelve a

pasarme los dedos por la entrepierna empapada.

—Dime qué quieres, Natalie.

—A ti. Te quiero a ti.

—¿Cómo me quieres?

—Dentro de mí. Necesito correrme.

—¿Me dirás siempre lo que quieres?

—Sí.

Me pellizca el clítoris, pero no me da permiso para correrme. Tengo que recurrir a toda mi capacidad de concentración para contener el orgasmo que amenaza con estallar. Me quedo

absorta en este momento, en este mar de sensaciones, llevada por el deseo.

Me penetra agarrándome por las caderas y me la mete hasta el fondo con una brusca embestida que me hace arder en llamas mientras me dilato para acogerla. Alarga la mano para acariciarme el clítoris con el vibrador y se queda completamente inmóvil dentro de mí.

Voy a morirme si no libero esta presión cada vez mayor. Jamás había sentido una necesidad tan urgente de correrme. Agarro el edredón con tanta

fuerza que las manos empiezan a dolerme. Entonces, la saca de golpe y me desplomo sobre la cama, con el cuerpo palpitante.

—Date la vuelta, cariño. Quiero verte la cara.

Me ayuda a volverme y me aparta el cabello de la cara.

—Hola —susurra.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Estaría mejor si dejara que me corriera. Señor.

Le brillan los ojos cuando sonrío. Me

gusta lo guapo que se pone cuando es feliz. Me enseña la mano. Lleva algo en el dedo índice.

—¿Qué te parece mi amiguito?

—Me caería mejor si me dejara correrme. Señor.

—¿Quieres que vuelva a castigarte?

—Puede.

—¿Estás disfrutando con esto?

—Define «disfrutar».

—Nunca te he querido más que ahora, Natalie. Verte dispuesta a probar, disfrutando tanto...

—¿Ahora quieres hablar, cuando me

tienes a punto de estallar?

—Paciencia, amor mío. —Me besa el vientre y sigue por las costillas—. Te prometo que valdrá la pena. —Sigue bajando y me mordisqueea la cadera mientras me pasa los dedos por el abdomen.

Lo que debería hacerme cosquillas, no lo hace. Solo me excita todavía más. Me retuerzo en la cama para intentar acercarme más a él.

—Quédate quieta, cariño, y separa las piernas.

Obedezco.

—Más. Quiero que las separes todo lo posible. —Cuando me mira ahí abajo, los ojos se le ponen como platos—. Te has afeitado...

—Sí. Señor. ¿Le complace eso?

—No puedes hacer preguntas, ¿recuerdas?

Refunfuñando, apoyo la cabeza en la cama.

—Sube los brazos.

Los levanto por encima de mi cabeza y los apoyo en el colchón.

Se pone de pie y me recorre con la

mirada, desde la cara hasta los pechos, y después de nuevo más abajo.

—Tienes el coño tan mojado que te gotea.

Me pasa el dedo por la cara interna del muslo, que también está mojada.

Me muero de vergüenza y cierro los ojos para que no se dé cuenta.

—No —dice—. No te avergüences nunca del deseo que sientes por mí. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor.

—Dilo. Di: «Nunca me avergonzaré del deseo que siento por mi marido».

—Nunca me avergonzaré del deseo que siento por mi marido.

—O mi amo.

—O mi amo.

—Cógete las piernas por debajo de las rodillas y mantenlas bien separadas.

Las manos me sudan y me tiemblan cuando hago lo que me pide.

Se inclina sobre mí y me toca únicamente con la lengua; me lame el coño empapado, pero evita hacerlo donde más lo necesito.

—¿Qué quieres, cariño?

—A ti. Dentro de mí. Por favor.

Levanto más las caderas, para tentarlo.

Aprovecha la oportunidad para darme un azote y recordarme quién está al mando. Luego, vuelve a penetrarme mientras me acerca el vibrador al clítoris, una combinación que me excita tanto que casi no puedo respirar.

—Córrete, Natalie.

Al decirlo, me pellizca el clítoris y me corro, gritando y retorciéndome mientras él sigue embistiéndome, embate tras embate, hasta que también se corre.

Me suelto las piernas, incapaz de

seguir agarrándolas. Me tiemblan los muslos y me vibra cada poro de la piel.

Flynn me abraza y me besa por todas partes.

—Cariño —susurra.

Me besa la cara y la noto mojada. Estoy llorando.

—Tranquila. Nunca olvidaré la expresión de tu cara cuando has perdido el control. Estabas hermosísima.

—Yo... yo... Ha sido...

Me coge la cara entre las manos y me enjuga las lágrimas con los dedos pulgares.

—Dímelo.

—Increíble.

—Tu palabra preferida para describirme. Eso me gusta.

Me muerdo el labio y asiento.

—Es apropiada.

Flynn se gira en la cama y me arrastra con él. Nuestros cuerpos aún están unidos y él sigue abrazándome, acariciándome el cabello y la espalda.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Necesito oírtelo decir, Nat.

—Estoy bien. De hecho, estoy genial.

—Entonces, ¿te ha gustado lo que hemos hecho?

—¿No lo has notado?

—Sí —responde, riéndose—. Lo he notado, pero quiero que tú me lo digas. Deja a un lado la virtud.

—Virtuosa. Es la palabra con la que Leah me describía porque no estaba dispuesta a acostarme con nadie.

—Ella no sabía la razón.

—No. Ella no sabía que te esperaba a ti.

—Nat... Eres tan dulce y sexy. La forma en la que me esperabas de

rodillas... Dios mío, me has puesto a mil. Jamás lo olvidaré.

—¿Por qué me has hecho esperar tanto?

—Pensar en lo que va a pasar hace que sea más intenso.

—Me preguntaba si era por eso.

—Nos hemos pasado todo el día pensando en eso, así que los dos estábamos en ascuas antes de entrar aquí. —Me besa en la frente y continúa acariciándome el cabello. Está en plan cuidador total—. Ibas a decirme si te ha gustado lo que hemos hecho.

—Me ha encantado. Me ha gustado cederte el control de mi placer y saber que siempre me harás gozar muchísimo.

—Siempre te haré gozar. Puedes contar con ello.

—Dime la verdad sobre algo.

—Lo que quieras.

—¿Has sido blando conmigo esta noche?

—¿Blando?

—Sabes a qué me refiero, Flynn.

—Te dije que iríamos despacio.

—¿Y tú también lo has disfrutado?

—Entrar aquí y verte arrodillada...

Nunca olvidaré la primera vez que te he visto sometién-dote a mí de una forma tan incondicional. Nunca en mi vida me había excitado tanto. Joder, Nat, si hubiera sido mejor, podría haberme muerto de tanto placer.

—Por favor, no lo hagas. Te necesito aquí conmigo.

—Estoy aquí contigo y no me voy a ninguna parte. No se me ocurre mejor sitio que este.

Flynn

Por la mañana, antes de salir del apartamento, escribo un mensaje de

texto que le enviaré a Natalie cuando estemos en el coche, camino de Teterboro.

Cuando el avión alcance la altitud de crucero, levántate de tu asiento y ve al dormitorio. Quítate toda la ropa y tumbate en la cama boca abajo. Quiero que te pongas dos almohadas debajo de las caderas para que tu suculento culo sea lo primero que vea al entrar. Regálame ese culo para que haga lo que me plazca con él

Joder, si escribir el mensaje me la pone así de dura, ¿cómo será cuando

entre en el dormitorio del avión y la vea en esa posición? Aunque esto es muy nuevo para Natalie, para mí también es una novedad hacerlo con alguien a quien amo tanto como a ella. El amor lo hace mucho más intenso y excitante que antes.

Llevo toda la mañana pensando en cómo la encontré anoche, arrodillada para mí, tan sumisa y dulce. Estuve pendiente de ella por si algo le provocaba recuerdos o la angustiaba, pero solo sintió placer. Le encantó.

Nos hemos despertado abrazados y le he hecho el amor a mi bella esposa

despacio y sin prisas, posponiendo mi propio placer hasta que se ha corrido dos veces. Probablemente cree que, después de eso, hemos terminado por hoy. Estoy deseando ver su reacción a mi mensaje.

Con las maletas hechas y listos para marcharnos, aviso a nuestros guardaespaldas. Nos recogen en el garaje poco después y nos ponemos en camino en un veloz todoterreno negro con los cristales tintados. Prefiero ser yo quien conduzca, pero la ventaja de que me lleven es que puedo acurrucarme

con mi mujer. La mampara entre los asientos delanteros y traseros está subida y disfrutamos de un poco de intimidad.

Fluff está apretujada entre los dos, roncando como un camionero, igual que siempre.

—Esta vez tengo la sensación de que me marchó de verdad —comenta Natalie cuando estamos en la autopista Henry Hudson, camino del puente George Washington. Hay mucho tráfico, pero avanzamos.

—¿A qué te refieres?

—La última vez que me fui de Nueva York, aún había una posibilidad de que volviera a la escuela y a mi piso.

—Podemos mandar a una empresa de mudanzas a tu apartamento para que acaben de recogerlo todo.

—Eso estaría bien.

—¿Has enviado el email al señor Poole?

Asiente.

—Esta mañana. Me ha respondido enseguida, agradeciéndome que se lo haya comunicado y ofreciéndome una indemnización que incluye el sueldo que

habría ganado si hubiera terminado el contrato.

—Es fantástico, cariño. Es lo menos que podían hacer.

—Supongo.

—¿No te alegras?

—Se me hace raro aceptar tanto dinero por no hacer mi trabajo.

—Natalie, lo que hizo la señora Heffernan estuvo mal. Rozó la ilegalidad y el consejo lo sabe. Si decidiéramos demandarlos, corren el riesgo de tener que pagar una millonada. Darte lo que te habría correspondido es

lo justo. De hecho, es lo menos que podían hacer.

—Lo bueno es que podré liquidar los préstamos que solicité para estudiar, y eso es importante para mí.

—Ummm, sobre eso...

Natalie se vuelve hacia mí con brusquedad y molesta a Fluff, que gruñe enfadada.

—¿Qué?

—Yo... vas a enfadarte.

—¿Pagaste mis préstamos?

—Yo, bueno... Sí.

—¡Flynn! ¡Te dije que no quería que

lo hicieras!

—Lo sé, cariño, pero solo lo hice para que no tuvieras que preocuparte. Te quedaste sin trabajo. ¿Cómo ibas a satisfacer las cuotas?

—Algo se me habría ocurrido. Con el tiempo.

—Hasta entonces, habrías dejado cuotas a deber y podrían ponerte en una lista de morosos. No quería que pasaras por eso.

—¿Así que actuaste a mis espaldas e hiciste algo que yo te pedí expresamente que no hicieras?

—Cuidé de mi esposa.

—Accedí a ser sumisa contigo en la cama, pero solo en la cama.

—¿Piensas que se trata de eso? ¿Que pretendo dominarte?

—Es lo que parece.

—Pues no se trata de eso. Solo quiero cuidar de ti.

—Se trata de hacer algo que yo te pedí que no hicieras.

—Ponte en mi lugar, Nat. Si me agobia algo que tú puedes resolver fácilmente, ¿qué harías?

—Respetaría tus deseos.

—Pues perdona por ser tan cabrón como para no poder soportar verte disgustada por algo que yo podía solucionar con una llamada de teléfono.

—Te lo voy a devolver.

—No hace falta.

—¡Sí que la hace!

—Estás loca si crees que voy a aceptar tu dinero.

—Pero esperas que yo acepte el tuyo como la mujercita sumisa que soy.

—Ahora estás intentando cabrearme.

—Bien, pues ya estamos cabreados los dos.

Por mucho que quisiera no haberla enfadado, me encanta que se sienta con libertad para decírmelo todo. Me encanta que esté enfadada conmigo. Estoy mucho más acostumbrado a las mujeres que se desviven por complacerme en vez de enfrentarse a mí y arriesgarse a perderme. Ninguna de ellas llegó a entender que, en realidad, yo solo quería que se mostraran tal como eran. En el caso de Natalie, no podría ser más transparente de lo que es. Y ahora está furiosa conmigo. Lo sé por

la rigidez de sus hombros mientras mira por su ventanilla.

Le cojo la mano.

—Lo siento, Nat.

La retira.

—No lo sientes.

Se pone guapísima cuando se enfada.

—Siento de veras haber hecho una cosa que tú me dijiste que no hiciera y que eso te haya disgustado.

—No te esfuerces. Lo único que sientes es que te haya pillado.

Decido que este es el momento ideal para mandarle el mensaje de texto que

he escrito. Lo hago y espero a que le suene el móvil.

Lo saca del bolsillo, lee el mensaje y me mira, con aire incrédulo.

—¿Va en serio?

—Totalmente. Ya sabes cómo decir que no. Si no oigo la palabra, espero que sigas mis instrucciones. —Me inclino hacia ella para verle los ojos verdes. Son de un color muy distinto al que estoy acostumbrado, pero continúa siendo mi Nat—. Al pie de la letra.

Niega con la cabeza y sigue haciéndome el vacío mientras mira por

la ventanilla. En este caso, el silencio es oro. No dice la palabra que frustraría mis planes antes siquiera de comenzar.

Pongo la mano sobre el bolsillo del abrigo, donde llevo los accesorios que he cogido de mi colección de Nueva York. No tiene ni idea de lo que le espera durante el vuelo.

Natalie

Está loco si cree que voy a hacerlo con él después de saber que no me ha hecho

caso y ha pagado mis préstamos. Agradezco su deseo de cuidarme y evitarme preocupaciones, es muy generoso y considerado, pero me preocupa que piense que está bien hacer algo que yo le pedí expresamente que no hiciera. Y ni siquiera me lo ha consultado.

Es un precedente peligroso, más aún que su propensión a comprarme regalos caros. Tengo que hacerle entender que no voy a tolerar que ignore mis deseos en asuntos importantes. No es la clase

de matrimonio que quiero tener. Somos capaces de hacerlo mejor.

«Quiero que te pongas dos almohadas debajo de las caderas para que tu suculento culo sea lo primero que vea al entrar. Regálame ese culo para que haga lo que me plazca con él.»

Quiero gruñir por la frustración que acompaña al deseo que me late en la entrepierna y me obliga a cambiar de postura. Sabe perfectamente cómo me ha puesto con el mensaje. Es evidente que lo tenía preparado y me lo ha mandado mientras estábamos en plena discusión.

¿Cree que ofuscarme haciéndome pensar en el sexo hará que se me pase el enfado?

Pues su plan está dando resultado, porque, en vez de pensar en lo cabreada que estoy, pienso en mi culo convertido en su juguete personal. Recuerdo las veces que me ha tocado ahí y cuánto me ha gustado. Reconozco que siento una curiosidad tremenda por lo que piensa hacerme.

No cruzamos ni una palabra más mientras atravesamos el puente a New Jersey y llegamos al aeropuerto poco

después. Embarcamos con la eficiencia habitual y a bordo nos recibe una azafata, otra más, que intenta no parecer demasiado alucinada por tener a Flynn Godfrey en el avión.

Con Fluff en mi regazo, me siento junto a la ventanilla para poder seguir viendo el mundo pasar mientras intento decidirme. ¿Le doy lo que quiere, aunque haya actuado contra mi voluntad? Si cedo ahora, ¿me estaré sometiendo? ¿O soy capaz de separar el sexo de esta desavenencia que ahora se interpone entre nosotros?

Estoy muy desconcertada, pero también tremendamente excitada por lo que me ha ordenado en el mensaje.

La azafata nos ofrece bebidas y Flynn pide un Bloody Mary para cada uno. Será el primero que tome, pero estoy dispuesta a probarlo si eso significa no tener que dirigirle la palabra para decirle que no me apetece. Quiero que reconozca que no hizo bien liquidando mis préstamos sin consultarme. La auxiliar de vuelo nos trae las bebidas y nos dice que regresará después del despegue para ver si necesitamos algo.

Tengo que reconocer que me gusta el sabor picante del cóctel y el calor del licor cuando me corre por las venas.

El avión gana velocidad y despega; el corazón se me desboca, los latidos resuenan en mis oídos y me retumban en la garganta. Todas las zonas erógenas de mi cuerpo están en alerta máxima, palpitando en sincronía. Con lo rápido que asciende el avión, el tiempo se me agotará enseguida. De un momento a otro, la luz del cinturón de seguridad se apagará y tendré que decir mi palabra de seguridad o cumplir sus órdenes.

El repique que indica que la luz se ha apagado resuena por toda la cabina como un disparo y, aunque ya lo esperaba, me sobresalto.

—El piloto les da las buenas tardes, señores Godfrey, y les da la bienvenida a bordo. Ya pueden levantarse de sus asientos. Prevemos un vuelo sin contratiempos, pero les pedimos que sean prudentes porque siempre cabe la posibilidad de que haya turbulencias. De momento, pónganse cómodos, relájense y disfruten del viaje de cinco horas a Los Ángeles.

Es hora de decidirme. Como si no lo hubiera tenido claro desde el principio. Me someteré a él sexualmente, pero no seré sumisa en ninguna otra faceta de nuestra vida. Si no quiere aceptar mi dinero, hallaré la forma de devolvérselo como ha hecho él con mis préstamos, actuando a sus espaldas.

Noto los ojos de Flynn clavados en mí, esperando a ver qué hago.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y, con cuidado, dejo a Fluff dormida en el asiento. Sin mirar a mi marido, me dirijo al fondo del avión

para cumplir sus órdenes. Utilizo el baño para refrescarme antes de quitarme la ropa y encaramarme a la cama, donde cojo las almohadas para colocármelas debajo de las caderas.

En parte, no termino de creermelo que esté haciendo esto. Hace un mes, ningún hombre me había tocado aparte del que me violó hace tantos años. Y ahora aquí estoy, preparándome para ofrecerle el culo a mi marido. Es surrealista, por decir algo.

Me apoyo sobre las almohadas, con las piernas separadas para equilibrarme

y la cabeza recostada en los antebrazos. Intento no pensar en lo que verá al entrar en el dormitorio. Una vez más, la postura combinada con la expectación surte el efecto deseado en mí. El cuerpo entero me vibra de deseo.

Justo cuando empiezo a preguntarme si me va a hacer esperar tanto como anoche, la puerta se abre.

La piel se me eriza al imaginarlo mirándome en esta postura. ¿Qué estará pensando? ¿Le complace lo que ve? Cierra la puerta y el chasquido de la cerradura me pone el corazón a mil. Es

la ignorancia, la intriga, la suposición, el apremiante deseo, lo que me vuelve loca. Es una combinación excitante, como él bien sabe.

No dice una palabra y, si está haciendo algo, no lo oigo, porque no hace ningún ruido. Lo único que percibo es el zumbido de los motores del avión. Las piernas empiezan a temblarme por el esfuerzo de mantener el culo en pompa para que él lo examine. Sé que está mirándome. Noto sus ojos clavados en mí, lo que, por alguna razón, me excita más que nada de lo que hemos

hecho hasta ahora, y ni tan siquiera me ha tocado todavía.

El ruido de su cremallera rompe el silencio y me acelera el corazón ya desbocado. Una vez más, un ritmo pulsátil me recorre el cuerpo y despierta cada poro de mi piel.

Cuando una corriente de aire me indica que está acercándose, casi lloro del alivio que siento. Se me pone carne de gallina en todos los recovecos del cuerpo mientras espero que me toque.

Tengo los pezones tan duros que me duelen, al igual que el clítoris, que

también late al mismo ritmo. Hasta las plantas de mis pies están en esto, vibrando y hormigueando.

¡Oh, Dios mío! ¿Es su lengua lo que noto en el culo? ¡Sí! Oh, Dios santo... No puedo respirar. No puedo pensar. No puedo hacer nada aparte de sentir mientras me pasa la lengua por una nalga y luego por la otra. Me toca únicamente con la lengua y eso basta para hacerme gemir porque quiero más. No sé qué quiero. Solo sé que quiero más.

Me agarra las nalgas y me las separa para pasarme la lengua. No me puedo

creer que me esté lamiendo ahí. Y la sensación es para morir. Su lengua está en todas partes, traza círculos, empuja, me tienta. Estoy temblando como una hoja, a punto de suplicarle que me haga todo lo que se le ocurra, con tal de que aplaque este apremiante deseo.

Entonces se aparta y me deja al borde del precipicio. Quiero llorar. Me siento frustrada, insatisfecha y ávida de más. Oigo el chasquido de una tapa al abrirse y el sonido de algo líquido. Flynn sabía lo que hacía colocándome en esta postura para que yo no sepa qué esperar.

Me mete el dedo por detrás y empuja con decisión, resuelto a vencer la resistencia de la fuerte musculatura.

Mi impulso es resistirme, negarme, pero Flynn no admite discusión. Mete el dedo todo lo que le permiten mis músculos contraídos. Como las otras veces que hemos hecho esto, no puedo negar el placer perverso y prohibido que me produce. Antes de conocernos, antes de estar juntos, jamás habría imaginado que pudiera gustarme que me tocaran o me penetraran por ahí. Pero gustar es un término demasiado insulso para

describir lo que siento al dejarle poseerme por ahí, al desearlo, al ansiarlo.

Saca el dedo y quiero protestar, pero sigo callada. A menos que me hable directamente, no me está permitido hacerle preguntas.

Vuelve al ataque, esta vez con dos dedos, que, por supuesto, me caben peor y me causan más incomodidad. El dolor hace que el clítoris me palpite, lo que me sorprende. ¿Cómo pueden coexistir dolor y placer?

Me mete y saca los dedos.

Separo más las piernas y muevo el culo al ritmo de sus embates. Me doy cuenta de que podría correrme con esto y tengo que recordarme que no me está permitido.

—Habla conmigo, Nat. ¿Te gusta?

—No pienso hablarte.

Me da un azote con la otra mano, más fuerte que anoche.

—Lo que pasa fuera de aquí se queda afuera, ¿lo entiendes?

—Sí.

—¿Cómo dices?

—Sí —repito con los dientes

apretados. Sigo muy enfadada con él.

—Sí, ¿qué?

—Señor. Sí, señor.

—No te pases, Natalie, o tendré que azotarte hasta que ese culo tan sexy que tienes te duela tanto que no puedas sentarte durante una semana sin acordarte de quién te lo ha puesto así.

Me gustaría decirle montones de cosas, pero me muerdo la lengua. Tengo el presentimiento de que las otras cosas que piensa hacerme ya van a dejarme lo bastante dolorida sin esos azotes de más.

—Dime qué estoy haciéndote ahora mismo.

¿Quiere que lo describa con palabras? Por supuesto.

—Me está metiendo los dedos.

—¿Dónde te los estoy metiendo?

—En el culo.

—¿Y qué estoy haciendo con ellos?

—Me penetra.

—¿Qué palabra usaría yo?

Aunque no soy tan cursi como para no decir nunca palabrotas, ser profesora de primaria me ha enseñado a no utilizarlas

con mis alumnos, una práctica que ya no va ser necesaria.

—Me está follando.

—Exacto. Ahora dilo todo.

—Me está... Está follándome con los dedos por el culo.

—Mmm —dice, y me mordisquea la nalga derecha—. Me encanta cuando me dices guarrerías.

Pongo los ojos en blanco, un gesto que, por supuesto, no ve. Solo digo guarrerías cuando él me obliga.

Una vez que me ha hecho hablar, vuelve a separarse y me quedo

temblando y ávida de más. Jamás en mi vida había sentido tanto deseo. No saber qué viene a continuación es lo que me tiene a punto de caramelo, lista para estallar. Vuelvo a oír el chasquido de la tapa y el sonido del líquido. ¿Qué hace?

Entonces vuelvo a sentir la presión, solo que esta vez no son sus dedos. La presión es intensa.

—Empuja, cariño.

—¿Qué... qué es?

—Sin preguntas, ¿recuerdas?

Exhalo antes de inspirar profundamente para intentar combatir el

dolor de mis músculos resistiéndose a la invasión. Sea lo que sea, es mucho más grande y ancho que sus dedos. No estoy del todo segura de que me quepa.

—Así, cariño, lo estás haciendo muy bien. Ahora viene la parte más ancha. Puedes hacerlo.

¿Más ancha? ¿Cómo es posible? Toda mi atención está centrada en mi ano ensanchado y el objeto que Flynn intenta insertarme, por lo que me coge totalmente desprevenida cuando empieza a acariciarme el clítoris. Olvido por completo dónde estamos y grito por la

corriente de placer que me distrae de la invasión, lo que le permite terminar de meterme el objeto.

¡Oh, Dios mío! Voy a volverme loca si no me permite correrme ahora mismo.

—Lo has hecho genial, Nat. Ojalá pudieras ver lo increíble que queda tu culo con el tapón puesto. Es la cosa más sexy que he visto nunca.

Siento la presión de su glande en la vulva, pero el tapón anal deja tan poco espacio que creo que no va a caberme.

—Despacio, cariño. Puedes hacerlo. Relájate y déjame entrar.

Avanza despacio, con pequeños empujones, y me dilata tanto que dejo de sentir dolor y entro en un mundo que no sabía que existía antes de que él me enseñara que es posible. Entonces, el objeto que llevo en el culo comienza a vibrar y pierdo el control.

Flynn está conmigo, penetrándome fuerte y rápido, derribando mis defensas. Es lo más excitante que he experimentado nunca. Me entrego a él por completo. Soy suya en todos los sentidos, para que haga lo que le plazca

conmigo, porque sé que todo lo que le complace también me complacerá a mí.

Me pasa las manos por debajo del cuerpo para cogermelos pechos y pellizcarme los pezones y ya no soy capaz de seguir conteniéndome. El orgasmo me azota como una ola grandiosa, succionándome y dejándome sin aire en los pulmones mientras todas las partes de mi cuerpo reaccionan a esta apabullante explosión.

Flynn vuelve a pellizcarme los pezones y me provoca un segundo orgasmo menos intenso mientras se

corre gimiendo. Con el tapón, lo siento todo con más intensidad, incluido el calor de su semen al llenarme por dentro. Se desploma sobre mí, con el pecho contra mi espalda, sin soltarme los pechos.

—No recuerdo haberte dado permiso para correrte.

—No he podido evitarlo.

—Vas a tener que aprender a hacerlo.

—¿Cómo?

—Practicando. De momento, te has ganado un castigo. —Las palabras, susurradas al oído, hacen que me

estremezca. Contrae la polla dentro de mí para recordarme que no la ha sacado. Como si pudiera olvidarlo. Se incorpora, me agarra por las caderas y la saca despacio. Me da unos golpecitos en el tapón que me repercuten en todo el cuerpo y me hacen jadear—. Tu castigo será dejarte el tapón puesto hasta que lleguemos a Los Ángeles.

—¡Faltan horas!

—Así tendrás tiempo de sobra para pensar en cómo controlarte mejor la próxima vez. —Me quita las almohadas

de debajo de las caderas—. Vuélvete. Quiero verte la cara.

Cuando estoy boca arriba, mirándolo, me besa. Se le está empezando a poner dura otra vez.

—Ha sido tremendo, cariño. Me encanta tu delicioso culo. ¿A ti también te ha gustado?

—Una vez más, ¿te hace falta preguntar? ¿No ha sido el grito que he lanzado al correrme prueba suficiente?

—Me gusta que lo digas.

—Me ha encantado.

—Me alegra oír eso. ¿Te has asustado

en algún momento?

—No en el sentido que tú piensas. Estaba nerviosa porque no sabía qué ibas a hacerme y no podía verte.

—Esa era la idea. Privar de un sentido aguza los demás. Como vendarte los ojos es innegociable en tu caso, la postura de hoy es una forma de evitarlo. No me ves a mí, pero sí todo lo demás.

—Muy listo.

—Llevo años practicando. He aprendido algunos trucos.

Me duele imaginarlo con otras mujeres.

—¿Qué ocurre? Acabas de disgustarte por algo.

—Imaginate haciendo esto con otras mujeres... —Cierro el puño y me lo llevo al esternón—. Me duele justo aquí, aunque no sea razonable.

—Sí lo es. Pensar en otro hombre tocándote me vuelve loco, así que lo entiendo. Pero deberías saber que todas las mujeres con las que he estado antes de ti han sido el ensayo general para el estreno. Me han preparado para ti.

—Lo que dices es muy bonito, pero si alguna vez nos cruzamos con alguna, no

me lo digas. Estoy mejor sin ponerles cara.

—Pensaba que lo sabías todo de mí antes de que nos conociéramos.

Ahora me resulta extraño que antes de que nuestras vidas se cruzaran pensara que lo conocía, cuando solo sabía lo que leía en la prensa. El hombre de carne y hueso es mucho más complejo de lo que ni siquiera los paparazzi que lo acosan podrían llegar a imaginar.

—Yo conozco a las famosas. Estoy segura de que habrá una legión más.

—Una legión no...

Le hincó el dedo en el vientre y se ríe a carcajadas.

—Tú eres la única que me importa de verdad, Nat. Lo sabes.

—Sí, pero nunca me canso de oírtelo decir.

—Entonces, tendré que decírtelo más a menudo. —Se frota el estómago y se estira—. No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre. ¿Nos levantamos para comer y ver una película?

—¿Cómo voy a hacer todo eso con esto metido en el culo?

—Te acostumbrarás.

—¿Cuándo me acostumbraré?

—Te has ganado este castigo a pulso, cariño. No me obligues a aumentártelo por quejarte.

—Creo que lo justo sería que tú también probaras esto para saber lo que se siente.

—No.

—Eres un hipócrita.

—No es algo que me interese. Es algo que te interesa a ti. Así que no soy ningún hipócrita.

—Fuiste abogado en otra vida, ¿verdad?

Se levanta de la cama y saca un pantalón corto de gimnasia de su mochila.

—Es curioso, mi madre siempre me decía eso cuando discutía con mi padre y con ella y no daba mi brazo a torcer.

—Me lo puedo imaginar.

—Vamos, perezosa. Es hora de que te levantes y cenas con tu marido.

Entra en el cuarto de baño para lavarse.

Me muevo con cuidado, consciente en todo momento del tapón que llevo insertado en el culo. Al menos ya no

vibra. Lo agradezco. En la bolsa que me llevé a Nueva York encuentro unas bragas limpias, un pantalón de chándal y una camiseta de manga larga que me pongo sin sujetador. Desde luego, viajar de esta forma tan cómoda y lujosa tiene muchas ventajas. Estos vuelos de costa a costa ya están empezando a formar parte de mi vida cotidiana.

Entro en el baño cuando sale Flynn. Con las bragas bajadas, me vuelvo para mirar el tapón anal en el espejo. Es de color rojo. El extremo plano me asoma

entre las nalgas y verlo ahí me excita de un modo extraño.

En el salón, me siento al lado de Flynn, despacio y con cuidado. Frunzo el ceño cuando lo sorprendo sonriendo, lo que solo aumenta su hilaridad. Me alegro de que al menos uno de los dos lo encuentre gracioso.

La azafata nos trae el menú y la carta de vinos.

—Me apetece marisco y chardonnay —pide Flynn después de echar un vistazo rápido—. ¿Qué me dices, cariño?

Leo la carta mientras la azafata espera para anotar mis platos. La miro cuando me decido, pero antes de poder pedir, me quedo muda al notar la vibración del tapón anal.

—¿Nat? —pregunta Flynn, la viva imagen de la inocencia.

—Esto... tomaré lo mismo que él.

—Muy bien —responde la alegre mujer, mientras recoge las cartas—. Enseguida les traigo el vino.

—No me puedo creer que hayas hecho eso —susurro en cuanto nos

quedamos solos y el tapón anal deja de vibrar como por arte de magia.

—¿Qué he hecho?

—No te hagas el inocente. Lo has puesto en marcha para que no pudiera hablar.

—¿Cómo es posible que un tapón anal te impida hablar?

—¡No lo digas en voz alta! Podría oírte.

Su grave risa hace que me entren ganas de darle una bofetada.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Puedes apostar tu culo a que sí.

—Deja mi culo en paz.

—Esto es solo el principio, cariño.

—Está claro que he hecho un pacto con el diablo.

—¿Y ahora te das cuenta?

La azafata regresa con el vino y las ensaladas. Doy un sorbo a mi copa y casi me atraganto cuando el tapón comienza a vibrar otra vez. De algún modo, consigo tragar el vino.

—¡Flynn! ¡Para!

Las carcajadas le impiden hablar.

Entonces, la vibración aumenta de

intensidad hasta volverse tremendamente excitante. Dios mío, ¿cómo es posible que me ponga tanto tener un objeto vibrándome en el culo? No entiendo cómo puede gustarme. Justo cuando empiezo a disfrutarlo de verdad, la vibración cesa y me desplomo en la silla.

—Come, Nat.

—Ahora mismo te odio.

—No es verdad. Me amas.

—Primero liquidas mis préstamos de estudios y ahora esto.

—Lo siento, nena. Soy un cabrón.

—Bueno, al menos lo sabes.

—¿Sigues enfadada por lo de los préstamos?

—Sí, sigo enfadada. No puedes conseguir que me desenfade con sexo.

—Maldita sea. Ha valido la pena intentarlo. —Se vuelve hacia mí en su asiento—. Nat, escucha, sé que estás cabreada por lo de los préstamos y entiendo el motivo. Supongo que tengo que elegir.

—¿A qué te refieres?

—Me encanta que mi dinero te traiga sin cuidado, pero eso va asociado a lo

independiente que eres, una cualidad que también respeto.

—No estoy contigo por tu dinero.

—Ya lo sé, cariño. Eso es justo lo que digo. Valoro que no des importancia al dinero, pero lo cierto es que tengo más del que podré gastarme en esta vida. De hecho, en esta vida y en la siguiente. Y verte preocupada y disgustada por liquidar esos préstamos después de haberte quedado sin trabajo por mi culpa... Tenía que sacarte del apuro. Espero que puedas entender mi punto de vista.

—Te lo agradezco, no voy a negarlo, pero tu manera de hacerlo no ha sido la correcta. Lo hablamos, yo te dije que necesitaba tiempo para encontrar la forma de resolverlo y tú ignoraste mis deseos. No voy a tolerar eso, Flynn. Me da igual quién eres.

—Ven aquí.

—¿Qué? Vamos a cenar, y estamos hablando.

—¡Ven aquí!

Irritada, me levanto y me quedo delante de él.

—Ya estoy aquí. ¿Qué quieres?

Me coge para sentarme en su regazo y, cuando el tapón anal le rebota en el fémur, las sensaciones que me provoca me arrancan un jadeo.

—¿Qué demonios te pasa?

—Tú. Te llevo tan adentro que no sé dónde acabo yo y donde empiezas tú. —
Me besa—. Lo que acabas de decir...

—¿Qué he dicho?

—«Me da igual quién eres.»

—No lo malinterpretes.

—Lo he interpretado perfectamente.

Te da igual quién soy y te quiero por eso. Te quiero con locura, joder.

—Estás como una cabra, ¿lo sabes?

—Puede, pero no sabes lo importante que es para mí querer a una mujer que se atreve a decirme eso.

—¿Me he ganado otro castigo? —pregunto con una sonrisa coqueta. Estoy profundamente conmovida por lo que ha dicho y porque no le asuste decirme lo que siente.

—No. Nunca podría castigarte por ser la mujer ideal para mí. Además, eso pasa ahí dentro, no aquí. Nunca te castigaría por algo que hagas en nuestra

vida cotidiana. Eso no es lo que pactamos.

—Entonces, ¿ya no va a vibrarme el culo?

—Yo no he dicho eso. Eso es parte del castigo que te has ganado ahí dentro. Me coge la nalga y me la estruja.

—Saber que llevas mi tapón me excita muchísimo, cariño. Estoy a mil.

—A mí también, sobre todo cuando vibra.

—¿Así que te gusta?

—No lo reconoceré nunca, no quiero

que me obligues a llevarlo siempre en público.

Su sonrisa de satisfacción es perversa.

—Demasiado tarde. Básicamente, ya lo has reconocido.

Me estruja la nalga un poco más y presiona la base del tapón con los dedos.

—Flynn, para. Volverá de un momento a otro y le harás pasar vergüenza.

Gira el asiento para ponernos de espaldas a la cocina.

—No puede ver lo que hacemos.

—Vamos... Aquí fuera no.

—Algún día —me susurra al oído—
puede que acabes desnuda, atada y con
un tapón en el culo a la vista de todos.

Sus palabras hacen que me
estremezca y me olvide por completo de
los cuatro orgasmos que ya he tenido
hoy. De golpe, cuatro me parecen
poquísimos.

—Algún día no es hoy —consigo
decir, aunque se me ha hecho un nudo en
la garganta y la boca se me ha quedado
seca al imaginarme expuesta en público
como ha descrito.

—¿Te excita la idea?

—No.

Su erección me presiona el trasero.

—Si ahora mismo te metiera la mano en las bragas, ¿descubriría que mientes?

—No lo hagas.

—Responde la pregunta.

—Tal vez.

Se ríe de mi respuesta y me abraza más fuerte.

—Mira cómo me pone a mí.

—¿Esa es tu mayor fantasía? ¿Hacer eso, conmigo, en público?

—Es una de ellas.

—¿Cuáles son las otras?

—Prefiero enseñártelas en lugar de explicártelas.

—Tú solo quieres cogermes desprevénida.

—¿No te excita mucho más no saberlo?

—Temo animarte si te doy la razón.

—Pero no es verdadero miedo, ¿verdad?

Su preocupación por mí me entenece.

—No es verdadero miedo. Todo lo que hemos hecho ha sido... indescriptible.

—Inténtalo.

—¿El qué?

—Describirlo.

—¿Con palabras?

—Estaría bien.

—Te gusta hacerme decir cosas que normalmente nunca diría, ¿verdad?

—Ajá. —Desliza su mano por el muslo hasta que detengo su ascenso—. Quiero hablar de esto, de todo. Hablar aumenta nuestra confianza mutua, crea más intimidad.

—Te lo describiré con palabras solo

si me dejas devolverte el dinero de los préstamos que liquidaste.

—Eres dura de pelar, amor mío, pero trato hecho. Más vale que te esmeres con la descripción.

Me acerco a él todo lo que puedo y pego los labios a su oído. Me encanta cómo se sobresalta y me abraza con más fuerza.

—Lo que acabamos de hacer... me ha vuelto loca. Me ha gustado la expectación, no saber qué iba a pasar, pero también saber que me tocarías ahí.

—¿Dónde? —pregunta en voz ronca

—. ¿Dónde te he tocado?

—En el culo. —Se lo susurro tan cerca del oído que gime de placer—. No me podía creer que me lamieras ahí. Ha sido tan guarro, pero también tan excitante, tan increíblemente excitante. Cuando me has metido los dedos... — Me bamboleo en su regazo, asegurándome de restregarme bien contra él—. Nunca habría imaginado que pudiera gustarme tanto. Y el tapón... —Respiro y me aseguro de que mi aliento le roza la oreja—. Ha sido...

es... delirante. Lo notaba tan grande cuando...

—Te he follado. Dilo.

—Cuando me has follado. Casi no había sitio...

—Para.

Me aparto para verle la cara, que está rígida y tirante.

—¿Qué pasa?

—Si dices una palabra más, voy a follarte aquí mismo, en esta silla, y eso seguro que escandaliza a la azafata.

—Entonces, ¿te lo he descrito bien?

—pregunto con aire inocente, encantada de saber que le hecho perder el control.

—Claro que sí, joder.

Vuelvo a acercar los labios a su oreja.

—Después de cenar, a lo mejor te dejo follarme en esta silla.

—¡Para!

10

Flynn

Justo cuando creo que es imposible que sea más perfecta, me desmonta pieza a

pieza y me pone a mil con una descripción de nuestra reciente sesión de sexo. Oír esas palabras en sus dulces labios es una de las experiencias más excitantes que he tenido nunca, diría que la segunda después de verla ofreciéndome su precioso culo. Jamás olvidaré esa imagen.

Ser testigo de cómo se convierte en la mujer increíble y sexy que siempre debió ser es una de las experiencias más gratificantes de mi vida. Que haya sido capaz de superar su doloroso pasado y

confiarme su bienestar es algo que siempre valoraré.

Eso es especialmente cierto después de pensar que la había perdido para siempre durante un día y una noche eternos.

La cena a base de vieiras a la parrilla y arroz con verduras es deliciosa, pero apenas pruebo bocado, ya que solo satisfago una clase de apetito con el fin de reunir fuerzas para satisfacer el otro.

Natalie comparte sus vieiras con Fluff, que la mira con adoración, esperando las migajas que ella decide

darle. Nat está serena y relajada, pero yo estoy más tenso que nunca después de escuchar su descripción de lo que hemos hecho. Quiero decirle que se dé prisa, que acabe de una vez para que podamos seguir, pero no lo hago porque casi me da miedo enseñarle lo que ha provocado.

Por fin, la azafata viene a recoger los platos y nos rellena las copas.

—¿Les traigo algo más?

—No, ya hemos terminado. Puede tomarse libre el resto del vuelo.

—Oh. De acuerdo, pulsen el botón si

necesitan algo.

—No lo haremos.

Espero que haya captado el mensaje de que no debe aparecer por aquí. No seré responsable de lo que vea si no ha pillado la indirecta.

Se lleva los platos y cierra la puerta.

—Has estado un poco grosero —me recrimina mi encantadora esposa.

—Vuelve aquí.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Natalie deja su copa de vino en un

posavasos y se queda de pie delante de mí.

—¿Me ha llamado?

—Desnúdate.

—¿Aquí?

—Aquí.

Vuelve la cabeza hacia la puerta cerrada de la cocina. Preocuparse por si vuelve la azafata le hará esto más intenso, de modo que no disipo sus temores.

—Natalie... No ha sido una pregunta.

Me mira de nuevo, como si intentara adivinar de qué va esto. Tiene que saber

que me ha puesto a mil con lo que me ha dicho. Pero, como esto es nuevo para ella, siento la necesidad de recordarle que aún tiene todo el poder.

—Ya sabes cómo decir que no.

Durante un largo rato, espero que diga la palabra que pondrá fin a esto.

Después de mirar otra vez hacia la puerta con vacilación, se quita la camiseta por la cabeza y expone sus pechos a mi ávida mirada.

—Sigue.

Se baja el pantalón de chándal con provocativa lentitud, centímetro a

centímetro, hasta quedarse únicamente con unas minúsculas braguitas.

—Date la vuelta.

Vacila, pero obedece, aunque cruza los brazos sobre los pechos. No puedo tolerar algo así.

—Pon las manos a los costados.

La imagino apretando los dientes mientras se vuelve, con los pechos al aire, hacia la puerta que nos separa de la azafata. Me agacho, le paso las manos por las pantorrillas y las subo por los muslos hasta agarrarle el culo. La base

roja del tapón anal se ve a través de la fina tela de las braguitas.

—Flynn...

—Silencio. Prohibido hablar.

Le bajo las bragas hasta dejarle el culo al aire y trazo un círculo de besos alrededor del tapón. Le separo las nalgas para verle el ano ensanchado por el tapón de tamaño mediano. Estoy deseando pasar al siguiente. Todo a su debido tiempo.

Luego, deslizo los dedos hacia su coño empapado hasta palparle el clítoris, que está completamente erecto.

Me complace descubrir que está mojada de sobra para lo que tengo en mente. Le fallan las piernas.

Sin dejar de acariciarle el clítoris, la rodeo por la cintura con un brazo para evitar que se caiga.

—Vuélvete otra vez hacia mí, cariño.

Como las bragas no le permiten separar las piernas, se mueve con torpeza.

—Quítate las bragas.

Percibo su vacilación cuando se inclina para obedecerme. Cree que la azafata reaparecerá de un momento a

otro. Está a punto de descubrir que el temor a que la descubran puede ser un potente afrodisíaco. Aprovecho la oportunidad para quitarme la ropa sin dejar de mirarla. Me aseguro de sacarme el mando del tapón anal del bolsillo y lo escondo debajo de mi pierna para que no lo vea. Cuando se endereza, con las bragas en el suelo, alargo las manos para sentármela a horcajadas en el regazo.

Apoya las manos en mi pecho para intentar equilibrarse.

—¿No acabamos de hacerlo?

—Eso ha sido antes de que me dijeras cochinas.

—¡Me has obligado!

Me encojo de hombros como si no fuera cierto. He conseguido justo lo que quería, y más aún.

—Ahora tienes que pagar las consecuencias.

—Eso no es justo.

—¿Quieres que te azote?

—No puedes azotarme por hacer lo que me has ordenado.

—Puedo azotarte por hacerlo demasiado bien.

—Eso no tiene ninguna lógica.

—¿Estás llevando la contraria a tu amo, insignificante sumisa?

—No.

—No, ¿qué?

—Señor.

Le cojo los pechos y le beso el cuello hasta alcanzarle el lóbulo de la oreja.

—Creo que me buscas las cosquillas porque te gusta que te azote.

—Eso no es cierto.

—¿Te he hecho alguna pregunta? Yo creo que no. —Está tan empapada que noto su humedad a lo largo de mi polla

dura, que quiere participar—. Esta vez quiero que me folles tú, Nat.

—¿Así?

—Justo así.

Quiero ver la expresión de su cara cuando mi polla se abra paso por el estrecho espacio que le deja el tapón anal. Quiero verla encenderse cuando el tapón comience a vibrar. Quiero chuparle los pezones hasta que pierda el conocimiento.

Me coge la polla, se la coloca en la vagina empapada y baja despacio, con cuidado. Tiene que hacer un esfuerzo

para relajarse y dejarme entrar porque apenas hay sitio.

Le agarro las nalgas y se las separo con la esperanza de hacérselo más fácil.

—No... no creo que pueda —farfulla cuando solo tengo la mitad de la polla dentro.

—Sí que puedes.

Jadea cuando le acaricio el clítoris y olvida que está oponiendo resistencia, lo que me permite entrar unos pocos centímetros más. Me encanta cómo echa la cabeza hacia atrás para entregarse por completo y cómo adelanta los pechos al

arquear la espalda. No puedo resistirme a la dulce tentación que tengo justo delante. Le cojo el pecho izquierdo y le dibujo círculos con la lengua. Al instante noto cómo sus músculos internos se contraen alrededor de mi polla.

Me meto el pezón en la boca y lo chupo y tiro de él hasta notarlo duro y tieso contra mis labios. Con mucha suavidad, comienzo a mordisqueárselo para que tenga otra cosa en qué pensar que no sea la invasión de mi pene.

Me rodea la cabeza con los brazos y

la sostiene contra su pecho. Es entonces cuando sé que está a punto de olvidarse de todo y dejarse llevar. Meto la mano bajo el muslo donde tengo el mando del tapón anal y lo gradúo al máximo. Cuando nota las primeras vibraciones, baja de golpe sobre mí hasta metérsela toda. Se vuelve loca y grita conforme su cuerpo se adapta a mí. ¿Sabe siquiera que está teniendo varios orgasmos seguidos? Entre la fuerza con que me ciñe la polla y la vibración del tapón anal, también yo estoy a punto de correrme.

Es hora de que regrese conmigo. La abrazo con más fuerza para que deje de moverse y vuelvo a meterme su pezón en la boca. Gime cuando le muerdo y se me pone aún más dura y grande.

—No puedo ensancharme más —susurra—. Más no. Tiene los ojos cerrados y los labios entreabiertos y una perla de sudor le corre desde el cuello hasta el valle entre sus senos. Me tiene completamente fascinado.

—Mírame, Natalie.

Se obliga a abrir los ojos. Tiene la

mirada vidriosa y perdida. Espero a que parpadee y enfoque.

—¿Cómo estás?

—Estoy... no sé.

—¿Te sientes bien?

—Me siento llena. Muy, muy llena.

—¿Qué te estoy haciendo en este momento?

—Follarme con su polla grande y dura.

Joder. Es increíble. Esas palabras, dichas por esos labios tan dulces, me vuelven loco. Siempre me da más de lo que le pido.

—Así me gusta —digo en voz ronca—. Ya sabes lo que me gusta. Mueve las caderas.

Se echa hacia adelante y luego hacia atrás para que pueda penetrarla incluso más a fondo.

—Eso es. Así. Más deprisa.

Se agarra a mi cuello con una mano y aumenta el ritmo, y la combinación de su vagina, apretada y caliente, y la incesante vibración es explosiva. Se muerde el labio cuando cierra los ojos y vuelve a echar la cabeza hacia atrás. Intenta no correrse.

Alargo la mano hasta el clítoris duro y erecto. El simple roce de mi dedo la hace gritar.

—Todavía no.

—No puedo aguantar.

—Sí que puedes. No pares.

Dejo el dedo donde estaba para asegurarme de que su clítoris lo roce cada vez que echa las caderas hacia delante.

—Por favor —susurra.

—Ahora puedes correrte.

La beso para sofocar el fuerte grito que acompaña a su orgasmo. Se arroja

sobre mí y yo aguanto todo lo posible antes de dejarme ir y correrme mientras ella se desploma en mis brazos, exhausta. Cuando recobro el aliento, la cojo en brazos, la llevo al dormitorio y la acuesto en la cama.

Abre los ojos y parpadea un par de veces.

—Bienvenida.

—¿Cómo me haces esto todas las veces?

Tiene la voz ronca por los gritos.

—¿Qué he hecho?

Se ríe y niega con la cabeza.

—Ya lo sabes.

—¿Estás cansada?

—Estoy destrozada. Hecha polvo.

—Entonces, he cumplido mi cometido como marido y amo tuyo que soy. —La beso y la miro, fascinado por lo sonrojada, cansada y sudorosa que la ha dejado nuestro encuentro. Me separo de ella a regañadientes—. Duerme un poco. Aún quedan un par de horas de viaje.

—Solo si duermes conmigo.

Tengo guiones que leer, propuestas que revisar... Millones de cosas que he ido posponiendo durante las últimas

semanas. Voy tan retrasado que puede que no me ponga nunca al día. Pero mi esposa quiere que duerma con ella, y yo estoy encantado.

—Deja que recoja nuestra ropa y vea cómo está Fluff. Vuelvo enseguida.

Tardo diez minutos en meterme en la cama, pero ella ya está dormida.

Natalie

Llueve cuando llegamos a Los Ángeles. Seth y Josh nos reciben para llevarnos

en coche a la casa de Flynn en Hollywood Hills, que supongo que ahora también es la mía. Eso me recuerda algo que ya llevo un tiempo queriendo preguntarle.

—¿Vivió Valerie aquí?

Se detiene con una cerveza a medio abrir.

—En realidad, no. De hecho, no llegó a instalarse. Pasamos la mayor parte del tiempo que estuvimos casados rodando las dos únicas películas en las que aparecemos juntos.

—¿Así que esos no son sus platos?

¿Sus sábanas?

—Son míos y de nadie más. Todo lo que hay en esta casa es mío y deberías sentirte libre de cambiar lo que quieras para hacerla también tuya.

—Es un detalle. Gracias. —Me quedo un momento callada antes de hacerle la pregunta que lleva días rondándome por la cabeza—. Si no vivía aquí, ¿cómo sabía lo de la habitación del sótano?

Deja la cerveza sobre la encimera de mármol, se apoya en ella y se cruza de brazos. Como de costumbre, el tema de Valerie lo pone furioso.

—Al terminar la segunda película comenzamos a hablar de irnos por fin a vivir juntos, oficialmente. Entonces decidí que debía contárselo. Le enseñé la habitación, que estaba mucho menos surtida que ahora. Obviamente, fue un grandísimo error, porque no tenía ninguna gana de entenderme a mí y lo que es importante para mí.

—No tiene ni idea de lo que se perdió.

Me mira con esa intensidad tan suya.

—Cuando me muestras cuánto deseas entenderme, me llega aquí —murmura en

voz baja con la mano sobre el corazón
— Es una sensación física.

Me acerco a él, le beso y le acaricio
la barba de la mejilla.

—Conozco esa sensación. A mí
también me pasa.

Me abraza y nos quedamos un rato
callados.

—¿Ha terminado mi castigo?

—Maldita sea, se me había olvidado
por completo.

Levanto la cabeza, con intención de
reprenderlo por el olvido, pero se ríe.
No se le ha olvidado en absoluto.

—Has estado magnífica con tu castigo, cariño.

—Entonces, ¿cómo me quito esto?

—Ve al dormitorio y desnúdate. Échate al borde de la cama con las piernas lo más separadas que puedas. Te ayudaré a sacártelo.

—¿En serio? Hoy ya hemos hecho el amor como salvajes tres veces. Vas a destrozarme.

—¿Quién ha hablado de hacer el amor? Has dicho que querías sacarte el tapón anal. Y eso vamos a hacer.

Me cruzo de brazos y lo miro con aire

escéptico.

—¿Por qué me cuesta tanto creerte?

Toma un sorbo de cerveza.

—No tengo ni idea. Dime, ¿no tendrías que estar haciendo algo?

Niego con la cabeza, exasperada y divertida. Es evidente que le gusta tenerme en vilo con este nuevo pacto nuestro. Sin saber qué se trae entre manos, entro en el dormitorio y descubro un perchero lleno de ropa: magníficos vestidos de diferentes largos y colores. Y zapatos... montones de

pares de delicados zapatos abiertos, colocados encima de sus cajas.

—¡Flynn!

Se acerca a la puerta, acompañado de Fluff.

—¿Algún problema?

—No, ninguno, pero ¿qué es todo esto?

—Lo ha traído Tenley para ti. El lunes se celebra el almuerzo de los candidatos a los Oscar y, por la noche, la cena de los nominados en el restaurante Spago. Vendrá por la mañana para ayudarte a prepararte.

—¿Podría alguien hacerme una lista de todos esos actos?

—Perdona. Sí, claro. Le pediré a Addie que te la haga y se asegure de incluirte en todos los emails que se mandan. —Saca el móvil—. ¿Me das tu dirección?

—Era la dirección de la escuela. Tengo que abrirme una cuenta nueva.

—Te abriremos una en Quantum. Addie se ocupará.

Lee un mensaje de texto y hace una mueca.

—Mierda.

—¿Qué?

—Es Emmett. La reunión con el agente del FBI es el lunes por la mañana.

—Vale...

—No vale. No hemos tenido nada que ver y nos están mareando.

—Entonces no tenemos nada de qué preocuparnos. Hablemos con él y asunto zanjado.

—Tendrá que ser temprano. Quiero que tengas tiempo suficiente para prepararte para el almuerzo.

—Puedo levantarme temprano.

Envía otro mensaje de texto, supongo que a Emmett, y se guarda el móvil en el bolsillo.

—Creo que tenías que hacer algo en el dormitorio. No te entretengo más.

—Pero... ¿Todavía quieres hacerlo? ¿Ahora?

—¿Por qué no ahora? Tu castigo ha terminado, y ya es hora.

—¿No estás enfadado por lo del FBI?

—No, no lo estoy. Nosotros no hemos hecho nada, así que no tenemos ningún motivo para enfadarnos, aparte del incordio que supone. Si me estás

preguntando si alguna vez desahogaría contigo mi enfado, frustración o lo que sea, la respuesta es un no rotundo. Si estuviera verdaderamente enfadado por algo, tuviera que ver contigo o no, nunca te pondría la mano encima. Tienes mi palabra.

—Gracias por decirlo, pero ya lo sabía.

Asiente con rapidez, se da la vuelta y sale del dormitorio.

—Vuelvo enseguida. Estate preparada.

Como la mujer independiente que soy,

debería enfurecerme que me dé órdenes en un tono tan brusco. Pero no me enfurece. Me excita porque sé que, cuando me habla así, luego me dará placer.

Entro en el baño para cepillarme el pelo y los dientes. Aunque estoy dolorida y cansada, también noto los ya familiares indicios de excitación. Me quito la ropa, y como estoy segura de que me hará esperar, decido darme una ducha rápida. Me pongo una crema con olor a cítrico que a Flynn le gusta, me

dirijo a la cama y me coloco en la postura que me ha pedido.

Tengo el trasero en el borde, con las piernas bien separadas, y estoy mirando el techo, esperando. Es entonces cuando noto la vibración.

¡Maldito sea! Está sacándole todo el jugo a esto. Si la vibración no fuera tan excitante, me reiría de su forma de jugar. Pero el fuego que el tapón anal vibrador me ha encendido en todo el cuerpo no tiene nada de gracioso. Incluso después de todo lo que hemos hecho hoy, estoy lista para otro asalto cuando Flynn entra

en el dormitorio y el tapón deja de vibrar.

También se ha duchado. Tiene el cabello húmedo y está desnudo y excitadísimo.

—Me encanta que hagas todo lo que pido, que estés dispuesta a todo.

—Me encanta que me enseñes este lado tuyo.

—¿Incluso cuando te castigo con llevar un tapón anal durante horas?

—Incluso entonces.

—Te has portado muy bien hoy.

Se arrodilla y me pone las manos en

la cara interna de los muslos para separarlos todavía más.

Me estremezco cuando mis músculos cansados protestan.

—¿Estás dolorida, cariño?

—Un poco.

—Hemos hecho unas cuantas locuras hoy.

—Somos recién casados. Se supone que tenemos que hacer locuras.

—Las locuras son una cosa y lo de hoy es otra. No quiero presionarte ni ir demasiado rápido.

—Sé cómo parar si lo necesito.

—Me gusta oírte decir eso, comprobar que lo has entendido.

Noto el roce de su barba en la cara interna del muslo.

Me arqueo de inmediato hacia él. Es un impulso automático. Quiero estar más cerca. ¡Necesito estar más cerca! Me abre para lamirme y me pasa la lengua con ternura por la blanda piel, una sensación que me calma tanto como me excita. Estoy flotando en una nube de sensaciones cuando vuelvo a notar la vibración. Su siguiente lametón me lleva al borde de la locura.

—Todavía no —susurra.

Tira un poco del tapón, pero vuelve a colocarlo en su sitio. Lo repite varias veces, sin dejar de lamirme el clítoris.

Voy a volverme loca si no se detiene. De todo lo que hemos hecho hoy, esto es lo más lento y sencillo, pero es lo que más me excita. Me estimula todos los sentidos, todas mis zonas erógenas. Me noto la piel caliente y tirante, como si no pudiera contener lo que Flynn me hace sentir al mover el tapón hacia adentro y hacia afuera antes de sacarlo por

completo y, en su lugar, meterme los dedos.

—Tienes permiso para correrte, Natalie.

Exploto, grito y me retuerzo, agarrándolo por el cabello para que no pueda escapar.

De repente, él también grita y se aparta con tanta brusquedad que regreso de golpe a la realidad y me doy cuenta de que Fluff le ha atacado.

—Fluff, ¡no! ¡Para!

Casi me fallan las piernas cuando salto al suelo para separarla de él.

—¡Eso no se hace!

—Oh, Dios mío, ¡me ha mordido en el culo!

Gira sobre sus talones e intenta ver detrás de él, con el duro pene rebotándole mientras se contorsiona.

No puedo evitarlo. Me echo a reír. Me río con tantas ganas que me corren lágrimas por las mejillas y Fluff intenta enjugármelas a lametones, como ya ha hecho muchas otras veces. Aquellas eran lágrimas de tristeza. Estas son lágrimas de alegría porque mi marido está monísimo y graciosísimo intentando

verse el trasero herido, en el que ni tan siquiera tiene una marca.

—No te preocupes —digo, muerta de risa—, tu carrera como modelo de culo no se ha ido al traste.

—¿Cómo puedes reírte en un momento como este? ¡Me ha atacado cuando te estaba chupando! Te había metido los dedos en el...

Estrecho a Fluff contra mi pecho y le tapo los oídos.

—¡Delante de Fluff no! Has dejado la puerta abierta.

Se acerca a nosotras con una

expresión tan lúgubre que me da risa.

—¿Estás diciendo que es culpa mía porque me he dejado la puerta abierta?

—Y me has hecho gritar. Sabes desde el primer día que es muy protectora conmigo.

—¡Está para que la encierren!

—Es mi niña.

Fluff gime de placer mientras la acaricio.

—No está bien morderle el culete a papá. Ese trasero vale millones. No se puede dañar la mercancía.

—¿Sabes lo cerca que ha estado de

morderme los huevos de los que dependen nuestros futuros hijos?

Me muerdo el labio porque sé que no va a gustarle que me ría en este momento.

—Se arrepiente de haberte mordido. Otra vez.

—Ya van tres veces. ¿te suena lo de que a la tercera va la vencida?

—Si ella se va, me voy yo.

—¿Me haces el favor de sacarla de nuestro dormitorio? —pide, apretando los dientes.

—No te preocupes, tesoro. Papá no

está verdaderamente enfadado. Has amenazado su virilidad, y los hombres tienen reacciones muy raras a esa clase de amenazas. Él sabe que solo estabas protegiéndome. —La beso en la cara, la mando al salón y cierro la puerta del dormitorio. Al volverme hacia Flynn, descubro que esto no le parece nada divertido—. Tienes que reconocer que tiene un poco de gracia.

—Pues a mí no me la hace.

Junto las yemas de dos dedos cuando viene hacia mí.

—¿Ni siquiera una poca?

Retrocedo un paso y me topo con la pared.

—No. De hecho, dado que te parece tan gracioso, supongo que no te importará recibir el castigo de Fluff en su lugar. Al fin y al cabo, no estaría bien azotar a una pobre perra vieja e «indefensa».

—No te atreverás.

—Ah, ¿no?

Se sienta en la cama y se da unos golpecitos en el regazo.

Me acerco con la intención de sentarme en su regazo, pero, según

parece, él tiene otra idea en mente. Me da la vuelta y termino echada boca abajo sobre sus piernas. Cuando me restriega las nalgas con una mano, sus intenciones quedan más claras que el agua.

—Flynn, espera...

—Ya sabes qué palabra tienes que decir para parar. Dime —continúa, sin dejar de acariciarme la piel, que, de repente, noto muy sensible—, ¿cuántos azotes crees que se ha ganado tu fierecilla por morderme?

—Uno.

—Ja, ja. Prueba otra vez. Podría haberme capado.

—Te ha mordido lejísimos.

—Eso depende de la perspectiva. Si dices un número razonable, te dejaré decidir a ti. Si no, decidiré yo, y tengo la impresión de que mi número no te parecerá razonable. A fin de cuentas, el mordisco ha sido en mi trasero.

—¿Cinco? —pregunto con un hilillo de voz. Se me está empezando a bajar la sangre a la cabeza.

—Hmm, eso es un poco más razonable que uno, pero siguen

pareciéndome pocos. ¿Quieres volver a intentarlo?

—¿Siete?

—Te vas acercando, pero yo diría que diez es lo mínimo por el delito que Fluff ha cometido.

—¿Diez? ¿En serio?

—Sabes cómo decir no...

Tengo la palabra en la punta de la lengua, pero me la muerdo. No le daré esa satisfacción.

—Vale.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que vale.

—Pues que sean diez. ¿Estás preparada?

—Date prisa. Está empezando a dolerme la cabeza de tenerla colgando.

—Eso no puede ser. —Me ayuda a levantarme y a subir a la cama, se sienta con la espalda apoyada en un montón de cojines y me coloca sobre su regazo con la cabeza apoyada en otro cojín. Noto su dura polla presionándome el vientre, lo que me permite saber que, pese a su actitud seria, esto no le deja indiferente

—. ¿Mejor?

—Supongo.

—¿Tengo que aumentar la cantidad para que mejores tu actitud?

—¡Tienes que reconocer que esto no es justo!

—Tampoco es justo que tu perra me haya mordido el culo.

—No te lo he mordido yo.

—Si me lo hubieras mordido tú, no te castigaría. Créeme.

Su comentario me deja intrigada.

—Es bueno saberlo.

—También querría recordarte que te has reído después de que me mordiera.

—¡Ha sido gracioso! Tú te reíste la

primera vez que te mordió. ¿Cómo iba a saber que esto era diferente?

Me da un azote y el fuerte chasquido resuena en el espacioso dormitorio.

—Cuéntalos.

—Uno —digo, con los dientes apretados por la indignación, que se exagera con el calor que se me extiende de la nalga al clítoris. ¿Cómo puede excitarme esto? También noto un hormigueo en los pezones y casi gruño por la frustración. Es como si mi cuerpo me estuviera traicionando.

Me azota en la otra nalga, cerca de la

pierna.

—Dos.

A los ocho azotes, lloro por las ganas que tengo de correrme. A los nueve, estoy a punto de suplicar y, cuando me propina el décimo azote en el mismo sitio que el primero, ya no puedo seguir conteniéndome. Tengo un orgasmo tan explosivo que el cuerpo se me agarrota.

Flynn me pasa los dedos por la entrepierna empapada.

—No recuerdo haberte dado permiso para correrte.

Ni tan siquiera tengo fuerzas para

disculparme, pedirle clemencia o hacer otra cosa aparte de respirar y sentir. Flynn me da la vuelta. Me sube las manos por las piernas y me las separa antes de colocarse encima de mí y enjugarme las lágrimas con los dedos.

—Necesito estar dentro de ti, Nat.

Tiene las mejillas arreboladas y la mirada fogosa.

Alargo la mano hacia él, deseándolo tanto como él parece desearme a mí. Estoy dolorida e irritada, de modo que me penetra despacio para darme tiempo a adaptarme. Esta vez no es un juego,

sino amor. No despega los ojos de mí ni un instante mientras me hace el amor despacio y sin prisas. Cuando me coge las nalgas doloridas, hago una mueca por la punzada de dolor que enseguida se transforma en placer.

—Natalie, Dios mío... Te quiero muchísimo. Me siento tremendamente afortunado de haberte encontrado. Dime que tú también me quieres.

Lo abrazo para tenerlo lo más cerca posible.

—Claro que sí. Tú ya lo sabes.

—Dímelo.

—Te quiero, Flynn, más que a nada en el mundo.

Su grave gruñido antecede a su orgasmo. Me embiste, echa la cabeza hacia atrás y se deja ir. Verlo entregado a mí, a la pasión que creamos juntos, es lo más bonito que he visto nunca.

Se desploma sobre mí, me incorpora y me abraza mientras bajamos a tierra desde el cielo increíble.

—He entrado aquí decidido a quitarte el tapón, hacer que te corrieras bien y dormir.

—No ha salido exactamente como lo

tenías previsto, ¿eh?

—Puedes echarle la culpa a tu amiguita.

—Siento que te haya mordido.

—¡No es verdad!

Vuelvo a partirme de risa.

—¡Sí que lo es! De veras que lo siento. No me puedo creer lo tremenda que se ha vuelto con los años. Antes no era así.

—Como le estoy profundamente agradecido por conducirme hasta ti, dejaré que siga viviendo aquí.

—Pues es un alivio, porque acabas de

convencerme para que me instale aquí.
Odiaría tener que irme a otro sitio.

—Tú no te vas ninguna parte.

—Si Fluff se va, yo me voy.

—Lo tendré presente.

—Puede que también quieras acordarte de cerrar la puerta.

—De eso seguro que me acuerdo. —
Levanta la cabeza y me mira con una
sonrisa en sus sensuales labios—. Te
has echado unas buenas carcajadas a mi
costa, ¿eh?

—Me muero de ganas de contárselo a
Marlowe y a tus hermanas.

—Más te vale no hacerlo...

—¿Cuánto me das si no digo nada?

—Lo que quieras.

—¿No castigarme por correrme sin permiso?

—Humm... supongo que es un intercambio justo, teniendo en cuenta que podrías arruinarme la vida contándoles que tu perra me ha mordido en el culo mientras yo estaba...

Beso las palabras de sus labios.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho —accede a regañadientes.

Flynn

Sigo despierto mucho después de que Natalie se quede dormida en mis brazos

gracias al reparador sueñecito que me he echado en el avión. La miro en la oscuridad, reviviendo el increíble día cargado de placeres que hemos disfrutado juntos. He pasado de pensar que la había perdido para siempre a tenerla en el centro de mi vida, y de mis perversiones, con resultados sorprendentes. No solo es la sumisa ideal, sino que nuestro pacto parece gustarle tanto como a mí.

Por primera vez en lo que me parece una eternidad, puedo relajarme y consolarme sabiendo que estoy justo

donde debo estar con la mujer que nació para amarme, y viceversa. Además de ser preciosa, encantadora y sensual, es divertida, graciosa, cariñosa, dulce, inteligente, compasiva, fuerte y todo lo que siempre he deseado.

Si no fuera porque el FBI planea sobre nuestras cabezas, todo sería perfecto. No alcanzo a imaginar qué más pueden querer de nosotros. No tuvimos nada que ver con el asesinato del abogado que vendió la historia de Natalie a un noticiario de Hollywood. ¿Quería matarlo por cómo la hizo sufrir?

Desde luego que sí. Pero no pasé de ahí. Querer ver a alguien muerto no es lo mismo que asesinarlo.

Es evidente que esta noche no voy a conciliar el sueño, así que acomodo a Natalie sobre una almohada, la beso en la frente y la dejo durmiendo con la fierecilla acurrucada contra ella. Todavía no me puedo creer que esa gruñona me haya mordido en el culo. Reconozco, aunque solo para mí mismo, que ha tenido gracia. Y el castigo posterior se ha convertido en una de las experiencias sexuales más excitantes

que he tenido nunca. Debería darle las gracias, pero el trasero sigue doliéndome donde me ha mordido, de modo que esperaré un poco.

Me pongo un pantalón corto y una camiseta y voy a la cocina para prepararme un café. Aprovecharé mi insomnio para ponerme al día con el trabajo. Hayden me persigue para que tome una decisión sobre el proyecto que emprendemos en cuanto terminemos la película que estamos montando y que todavía no tiene título.

Repaso la lista de posibles nombres,

añado unos cuantos de cosecha propia y se la envío. A continuación, me enfrasco en el guion que Hayden ha insistido en que yo lea primero. Trata sobre un drogadicto en rehabilitación que se propone reparar todo el daño que ha hecho. La historia es apasionante y, desde luego, capta mi interés.

Conforme avanzo en la lectura, me doy cuenta de que le estoy dando vueltas a la alianza de boda de mi dedo. Es increíble con qué rapidez me he acostumbrado a llevarla y lo cómodo que me siento con ella, cuando hace solo

unos meses la idea de estar casado me producía escalofríos. Eso era antes de que Natalie chocara conmigo y me cambiara para siempre.

Deseo estar a su lado en cuanto pienso en ella, de modo que dejo el guion, apago la luz y regreso al dormitorio. Me meto a la cama y me pego a su espalda. No se despierta, pero se vuelve hacia mí y se acurruca entre mis brazos. Dios mío, es dulcísima, e incluso mientras duerme percibo cuánto me ama y confía en mí.

Hay tantas cosas que quiero hacer y

explorar con ella. Estoy deseando probarlas. Pronto la llevaré al club, donde tendrá su primer contacto con la faceta pública del mundo que he elegido. Algún día, espero que lleguemos a un punto en el que las escenas en el club formen parte de nuestra vida cotidiana. Pero si eso no sucede, estaré totalmente satisfecho y contento con lo que ya tenemos.

Pasamos el fin de semana en casa, haciendo el vago y relajándonos. Natalie no se aparta del cuaderno de la fundación y va tomando apuntes

conforme barajamos ideas para posibles proyectos. Quiere conseguir que el sindicato nacional de profesores colabore con nosotros para poder llegar a los niños más necesitados, una idea que me parece fantástica. ¿Quién puede conocer mejor la situación de los niños que los profesores que trabajan con ellos a diario?

Me encanta que sienta la misma pasión que yo por este proyecto y estoy entusiasmado por haberla reclutado.

Durante todo el fin de semana me esfuerzo por olvidar la inminente cita

con el agente del FBI. Que también quiera hablar con Natalie me enerva hasta el punto de que el domingo por la noche no hago más que dar vueltas en la cama.

Me duermo en algún momento, pero el despertador del móvil de Natalie no tarda en despertarme. Es demasiado temprano para levantarme después de haber pasado casi toda la noche preocupado, pero recordar por qué madrugamos tanto me despeja de inmediato. Nuestro objetivo es quitarnos al FBI de encima de una vez por todas.

—¿Has dormido? —pregunta Natalie.

—Un poco.

Fluff se levanta y se despereza, me ve al otro lado de Natalie y me enseña sus diez desgastados dientes. Se las apaña muy bien con la escasa dentadura que le queda.

—Para, Fluff. Esta es la cama de papá. Él también puede dormir aquí.

—En cualquier caso, ¿cuándo me he convertido en su padre?

—Cuando te casaste con su madre.

Lo dice como si fuera de lo más natural del mundo. Es adorable.

—Yo no he firmado ningún papel comprometiéndome a eso y, por cierto, esta es nuestra cama, no la mía. Nuestra.

Bostezo con ganas mientras recuerdo el montón de actos que tenemos por delante.

Va a ser un día largo y mucho menos divertido que el fin de semana. Me emociona que por fin me hayan nominado para los Oscar, pero preferiría mil veces pasarme todo el día a solas con mi esposa que asistir a otro acto más de Hollywood.

—Necesito una ducha para

espabíllame. ¿Me acompañas?

—Solo si firmas una renuncia a practicar sexo. Estoy en periodo de descanso.

—¿Quién ha dicho eso?

—Lo ha dicho mi cuerpo magullado y dolorido. Y a juzgar por lo hinchada que me he despertado, creo que hoy me vendrá la regla, así que estamos fuera de servicio por un tiempo.

—No, no lo estamos.

—Sí que lo estamos.

—¿Olvidas que me has cedido el control de tu satisfacción sexual? Eso

quiere decir que tú no eres la que dice cuándo sí y cuándo no.

—Pues digo que con la regla no.

—No, no puedes.

—Sí que puedo.

—No. No puedes.

—¿Dónde está Fluff cuando la necesito?

—¿La perra o la palabra de seguridad?

—La perra. Quiero que vuelva a morderte en el culo.

Emmett llega unos veinte minutos antes de nuestra cita con Vickers, programada para las ocho. Natalie y yo acabamos de salir de la ducha, donde ella ha sido fiel a su palabra: nada de sexo. No pasa nada. Dejaré que luego me compense. Todavía no se ha secado el pelo y tiene un aspecto lozano y juvenil cuando nos reunimos con mi abogado y buen amigo.

—Por cierto, ¿qué le pasó a Rogers?
—le pregunto mientras tomamos café.

—¿Aún no lo sabes? —pregunta Emmett, sorprendido. Como de costumbre, lleva uno de los trajes a

medida que encarga en Savile Row cuando viaja a Londres dos veces al año.

—En lo que a él respecta, mi curiosidad es nula.

—Lo apuñalaron en su despacho. No había señales de que hubieran forzado la cerradura. Quien lo mató se ocupó de que sufriera antes. Le cortaron la oreja izquierda, el meñique derecho...

Natalie palidece. Levanta una mano para hacer callar a Emmett.

—Lo siento. Pensaba que a estas alturas ya estaríais al corriente de todo.

—Es imposible que seamos los únicos con un móvil —arguye Natalie.

—No lo sois. Por lo que se rumorea en Lincoln, llevaba muy mala vida. Jugaba muchísimo y le debía dinero a todo el mundo.

—Así que, básicamente, para él fuimos como la gallina de los huevos de oro cuando Natalie apareció conmigo en los Globos.

—Esa es mi hipótesis. También creo que es posible que alguien supiera que esperaba cobrar mucho dinero y quisiera recuperar su parte cuando lo mataron.

Nuestro hombre está siguiendo esa línea de investigación, intentar averiguar cuál de los acreedores de Rogers estaría más interesado en eliminarlo.

Miro a Natalie.

—¿Ves por qué queremos tanto a Emmett?

—Desde luego que sí.

Emmett le sonrío.

—Solo estoy haciendo mi trabajo y protegiendo a mis amigos. Todo esto es una mierda.

Llaman al timbre y abro a Vickers. Lo observa todo con mucha atención y de

inmediato me arrepiento de haberlo citado en mi casa en lugar de en el despacho. Esto le permitirá contar una batallita cuando esté jubilado: la vez que sospechó que un actor de cine había cometido un asesinato. Si hubiera podido demostrarlo, el caso le habría valido un buen ascenso.

Empiezo a entender la motivación de Vickers en cuanto esta idea asoma a mi cabeza. Endosarme la muerte de Rogers a mí, o a Natalie, lo haría famoso. Por encima de mi cadáver.

Lo llevo a la cocina, donde le ofrezco

una silla y una taza de café, que rechaza.

—Tiene una casa muy bonita.

—A mí me gusta. —Me siento junto a Natalie y ella me coge la mano por debajo de la mesa. Ese simple gesto basta para tranquilizarme y me siento más preparado para mantener la calma, por mucho que Vickers me provoque—. Esta es mi mujer, Natalie.

—Encantado.

Ella sonríe y asiente, pero no le devuelve el saludo. Así me gusta.

—Y mi abogado, Emmett Burke.

—¿Qué podemos hacer por usted? —

pregunta Emmett.

—¿Me autorizan a grabar esta conversación?

Emmett asiente.

—Adelante. No tenemos nada que ocultar.

Vickers deja una pequeña grabadora en la mesa y enumera a las personas presentes, así como la fecha y el lugar.

—Como saben, estamos investigando el asesinato de David Rogers. Señora Godfrey, ¿sería tan amable de hablarme sobre su relación con él?

Natalie me mira para tranquilizarse.

Ojalá pudiera ahorrarle tener que hablar de cosas que preferiría olvidar.

—Lo conocí durante el juicio de Oren Stone. Conocía al policía que me acogió después de que mis padres... Mi familia y yo nos distanciamos... —Respira hondo—. David se ofreció a ayudarme a cambiar de identidad.

—¿De quién fue la idea?

—Me lo propuso él, pero yo quería olvidar el pasado a toda costa. No tuvo que convencerme.

—¿Qué trámites realizó para darle una nueva identidad?

—No estoy segura de cuáles fueron los pasos. Yo tenía diecisiete años y quería empezar de cero después de dos años infernales. Cuando tramitó mi nueva partida de nacimiento, pasaporte, tarjeta de la Seguridad Social, tarjeta de crédito y cuenta corriente, no hice preguntas.

—¿Sabe usted si solo le cambió el nombre o si le creó una nueva identidad?

—Me creó una nueva identidad. Yo no quería que ningún oficinista pudiera

relacionar los dos nombres, eso era muy importante para mí.

—¿Cuánto pagó por esos documentos?

—Cinco mil dólares.

—¿Y de dónde sacó el dinero?

—Después de que acusaran a Stone de haberme agredido, algunos de sus rivales y enemigos recaudaron fondos para que pudiera mantenerme durante el juicio. Utilicé el dinero para mis gastos básicos y para contratar profesores particulares. Terminé la educación secundaria estudiando en casa. Me

pagué la ropa y todas mis facturas. Utilicé una parte para costear la minuta de David y con el resto aboné la mitad de mi matrícula universitaria.

—¿Cómo pagó la otra mitad?

Esa pregunta es la gota que colma el vaso.

—¿A qué viene eso?

Es una tortura verla hablando otra vez de toda esa mierda. Puede que las experiencias de su adolescencia siempre la acompañen, pero no debería verse obligada a revivirlas de forma constante. No lo aguanto.

—Estamos investigando los negocios del señor Rogers.

—¿Todos o solo los que guardan relación con mi mujer?

—Todos.

Natalie me aprieta la mano.

—Pagué el resto con préstamos para estudiantes y con dos trabajos.

—Hemos averiguado que hace poco sus préstamos se han liquidado en su totalidad. ¿Puede explicarme cómo ha sido?

—No es que sea asunto suyo, pero los cancelé yo.

—He preguntado a la señora Godfrey.

—Ya se lo ha dicho Flynn. ¿Cómo cree si no que he podido pagar de golpe los miles de dólares que debía cuando hace poco me quedé sin trabajo?

Me muerdo el labio para contener una sonrisa.

—¿Cuándo fue la última vez que vio o habló con el señor Rogers?

—Hace más de seis años. No volví a verlo después de que me trajera los documentos a la casa donde yo vivía.

—¿Ha hablado con él?

—No. No tenía ninguna necesidad de

hacerlo. Lo contraté para hacer un trabajo. Lo hizo. Le pagué. Punto final. Hasta...

—¿Hasta?

—Hasta que aparecí en los Globos de Oro con Flynn y David vendió mi historia a los medios de comunicación.

—¿Cómo sabe que fue él?

—Era el único que me conocía por los dos nombres.

—¿No informó de su nueva identidad a nadie más? ¿Ni siquiera a la familia con la que vivió?

—No. No se lo he dicho a nadie. Sigo

siendo April para la familia con la que viví y las pocas personas que permanecieron en mi vida después de la agresión.

—En todos los años que han pasado desde que se cambió el nombre, ¿nunca le ha hablado a nadie de su antiguo nombre ni de su vida pasada en Lincoln?

—Me cambié el nombre precisamente porque no quería que nadie supiera quién era antes. No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera le había contado a Flynn toda la historia antes de que apareciera en las noticias. Se enteró de

mi verdadero nombre por los periodistas.

—¿Dónde vivió mientras estudiaba?

Natalie vuelve a mirarme, como si me preguntara a qué viene esto. Yo estoy igual de sorprendido que ella.

—El primer año viví en una residencia de estudiantes, y los tres siguientes en un piso.

—¿Con compañeras?

—Varias. Unas cuantas.

—Supongo que haría amigos, en las clases, los trabajos, el resto de actividades..., ¿Salió con alguien?

—¿Qué pretende, agente Vickers? —
pregunta Emmett, ahorrándome la molestia.

—Sí, tuve algunos amigos con los que hacía cosas. Pero no salí con nadie, si se refiere a eso.

—Es que me cuesta un poco creer que, en todo ese tiempo, con el montón de gente con la que se relacionó, convivió e hizo cosas, nunca le hablara a nadie de Stone, del juicio ni de nada referente a su vida anterior a la universidad. Tengo una hija. Ella habla de todo.

A Natalie se le enciende la mirada.

—¿Fue su hija agredida y violada varias veces a los quince años por un hombre en quien ella confiaba? ¿La engañó el mejor amigo de su padre para que fuera a su casa, donde la vejó, le arrebató la virginidad, la inocencia, y le arruinó la vida? ¿La repudiaron sus padres cuando ella se negó a retirar los cargos contra el mejor amigo y jefe de su padre? De no ser así, usted no tiene ningún derecho a juzgarnos ni a mí ni a las decisiones que tomé después de la agresión.

Quiero levantarme y aplaudir. Nunca he estado tan orgulloso de Natalie ni tan impresionado como ahora.

—Usted fue a la universidad en el mismo estado en que ayudó a meter entre rejas al gobernador. ¿Nadie la reconoció?

—Para entonces ya había cambiado de aspecto. Ya no tenía el pelo castaño rojizo, me lo teñí más oscuro, como ahora, y hasta esta semana llevaba lentes de contacto para cambiarme el color de ojos. También era mayor, había madurado en los años transcurridos

desde la agresión y el juicio. Nadie insinuó siquiera que yo pudiera ser April Genovese. Eran estudiantes. ¿Qué más les daba la chica que denunció al gobernador? Lo más probable es que la mayoría ni siquiera estuvieran enterados de lo que pasó.

—Cuando supo que los medios de comunicación afirmaban que la novia de Flynn Godfrey era la misma chica que había hundido al gobernador de Nebraska, ¿qué pensó?

—Supe de inmediato que David había

vendido lo que sabía sobre mí. Tenía que ser él, porque no lo sabía nadie más.

—Desde que todo salió a la luz, ¿ha hablado con alguien de Lincoln?

—Solo con mis hermanas, con las que no había hablado desde antes de la agresión.

—¿No habló con Rogers?

—¿Por qué iba a hacerlo? Los abogados de Flynn ya se estaban ocupando de todo. Yo tenía mayores preocupaciones, entre ellas haberme quedado sin trabajo ni sustento. No me apetecía nada hablar con el hombre que

me dio una nueva identidad y después me la robó cuando le convino.

Los dos hombres miran a mi mujer con admiración mientras a mí se me hincha el corazón de amor y respeto. Es magnífica.

—¿Hemos respondido todas sus preguntas?

Quiero que se marche para quedarme a solas con ella.

—Por ahora. Nos gustaría que siguieran estando localizables mientras la investigación está en curso.

—Pasaremos dos días en Londres

este fin de semana por la entrega de los premios BAFTA —le informo—, pero el lunes estaremos de vuelta en Los Ángeles.

—Nos gustaría saber qué más están haciendo para encontrar al asesino de Rogers —interviene Emmett—. Seguro que, a estas alturas, tienen otros presuntos sospechosos aparte de mis clientes, ¿no?

—Investigamos una serie de pistas muy prometedoras. La información que nos han proporcionado hoy es muy útil.

—Entonces, ¿es prudente suponer que

mis clientes no son sospechosos?

—Aún no. Es una investigación en curso y nos reservamos el derecho de volver a interrogar a sus clientes.

—Le acompañaré a la puerta —se ofrece Emmett al captar mi necesidad de que el agente se esfume.

Abrazo a Natalie en cuanto nos quedamos solos en la cocina.

—Has estado cojonuda. —Me enfurece comprobar que está temblando —. Siento muchísimo que hayas tenido que pasar otra vez por todo esto. Espero

que sea la última vez que tengas que hablar de ello.

—Yo también lo espero.

—Podemos pasar del almuerzo si no te ves con ganas.

—No vamos a pasar. Eres candidato a los Oscar e iremos a ese almuerzo.

Le levanto la barbilla y la beso.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

Esboza una sonrisa.

Emmett regresa.

—Has estado impresionante, Natalie.
Un profesional no lo habría hecho mejor.

—Solo he dicho la verdad.

—Has estado brillante.

—¿Lo ves? —Le paso un mechón de cabello por detrás de la oreja—. No soy el único que piensa que eres cojonuda.

—No olvides que tengo experiencia de sobra en cómo hacer frente a preguntas hostiles e interrogatorios.

—Ahora mismo, estoy súper cachondo.

—Entonces, es el momento de que os deje solos, tortolitos —se ríe Emmett.

Me levanto para estrecharle la mano.

—Gracias por venir, tío.

—No hay de qué. Cuando quieras.

—Nos vemos mañana en la oficina y el viernes en el club.

—Oh. ¿En serio? —Nos mira a los dos.

—En serio.

—Pues muy bien. Hasta pronto.

—Infórmame si te enteras de algo relacionado con el poli.

—Lo haré.

Lo acompaño a la puerta y regreso a la cocina, donde Natalie está mirando la piscina, absorta en sus pensamientos. Perdida, probablemente, en recuerdos escabrosos. Si pudiera, gastaría todo el

dinero que tengo en borrarle esos recuerdos.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí. Es solo que, en las últimas semanas, he tenido que enfrentarme más veces a mi pasado que en muchos años.

—Son las mismas semanas que llevas conmigo.

Me coge la mano, se la lleva a los labios y me mira con sus hermosos ojos verdes. Aún no me he habituado al color, pero sí al afecto y amor que me transmiten, aunque sigo sintiéndome

igual de afortunado que cuando la conocí.

—Justo cuando creo que no puedo quererte más de lo que ya te quiero —digo—, descubro que hay más, mucho más.

Suena la campanilla de la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta Addie.

—Estamos vestidos los dos —respondo, sonriendo a Natalie.

Addie entra con una bandeja con cafés y un montón de correo que deja en la encimera para que yo lo mire cuando tenga tiempo.

—¡Buenos días! ¿Qué tal con el FBI?

—Bien. —Cojo dos tazas de café y le paso una a Nat—. Mi mujer le ha agitado la fiesta.

—Me habría gustado verlo —asegura Addie.

—Ha sido todo un espectáculo.

Justo en ese momento se me ocurre una fascinante idea que me deja sin habla.

—¿Flynn? —me llama Natalie—. ¿Qué pasa?

—Nada. Pensaba en cosas de trabajo.

—Suele hacer esas cosas —explica

Addie a Nat con una sonrisa—. Se evade en mitad de una conversación cuando se le enciende la bombilla—. ¿Qué es esta vez?

—Es... —No puedo decirlo en voz alta ni contemplar siquiera la posibilidad sin antes hablarlo con Natalie—. Aún no está listo para comentarlo. Está en pañales.

Suena el timbre.

—Será Tenley —explica Addie, refiriéndose a la estilista que viste a Natalie para la temporada de premios. Va a abrir la puerta.

—¿Estás segura de que lo de hoy te apetece? —pregunto.

—Del todo. No me perdería la ocasión de homenajear al prodigio de mi marido por nada del mundo.

Natalie disfruta del almuerzo en el Beverly Hilton y de la oportunidad de conocer a más amigos y compañeros míos, que están igual de fascinados con ella. Me toman mucho el pelo por haber renunciado a mi soltería, haberme atado de por vida y las habituales chorradas

que los hombres suelen decirse. Pero la mujer a la que me he encadenado está despampanante con un vestido azul oscuro que se ciñe a todas sus suntuosas curvas. Soy la envidia de todos los hombres heteros del salón, y también de algunas de las mujeres.

Después de una deliciosa comida a base de pescado con arroz y verduras, nos sentamos a escuchar los comentarios del presidente de la Academia y los realizadores del programa, que insisten en que no hablemos más de cuarenta y cinco segundos al recibir la estatuilla.

Eso me parece gracioso. Se tardan meses, a veces años, en rodar una película digna de un premio y se espera que los ganadores condensen todo ese trabajo en cuarenta y cinco segundos.

Si gano, y soy uno de los favoritos por la buena racha que llevo, supongo que podré resumir lo que quiero decir en cuarenta y cinco segundos.

Poso con los otros candidatos de este año. Lo más seguro es que la fotografía haya empezado a circular por las redes sociales antes de que salgamos de la sala.

Después del almuerzo, Natalie y yo regresamos a una suite del hotel, donde pasaremos la noche tras la fiesta para los candidatos a los Oscar que se celebra en el restaurante Spago. La mala noche pasada me ha dejado agotado, sin contar los dos vasos de Bowmore que me he bebido en el almuerzo.

Natalie se pone de espaldas para que le baje la cremallera del vestido. En el armario tiene otro vestido, uno negro, para esta noche. Ha bromeado durante el viaje diciendo que Dios la libre de dejarse ver en Hollywood con el mismo

vestido en dos actos distintos el mismo día.

Le beso los hombros y el hueco del cuello.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto; en realidad, quiero saber si ya tiene la menstruación.

—Sigue doliéndome la tripa, pero por lo demás, estoy bien. ¿Y tú?

—Cansado. Anoche no pegué ojo.

—¿Nos da tiempo a echar una siesta?

—Me has leído el pensamiento, cariño.

Baja las persianas mientras me quito

el traje. Pienso que todas las otras mujeres con las que he salido querrían pasar esta tarde en la piscina, sirviéndose de mí y de mi fama para mirar y ser vistas. Una vez más, Natalie me está demostrando que es ideal para mí, en todos los sentidos.

Nos metemos desnudos en la cama y nos abrazamos con brazos y piernas. Aunque hoy todavía no le he hecho el amor a mi bella esposa, la falta de sueño puede más que mi necesidad de sexo.

—Me encanta estar desnudo en la

cama contigo, aunque sea solo para dormir.

—A mí también. Antes de conocerte, no me gustaba estar desnuda ni en la ducha —dice con una risa contagiosa—. Ahora tengo la impresión de que me paso media vida en pelotas.

—¿Quieres aumentarlo a las tres cuartas partes?

Me besa y me pasa los dedos por el cabello.

—Duerme ahora que puedes. Esta noche también nos acostaremos tarde.

Aspiro el olor de mi amada y cierro

los ojos. Me duermo pensando en la sorpresa especial que le tengo reservada para esta noche.

Natalie

Me estoy poniendo las joyas que Flynn me regaló antes de los Globos de Oro cuando entra en la habitación con una bolsita.

—Para ti.

Me enseña el paquete, que yo miro con temor.

—Más vale que no brille mucho.

—Puede que brille un poco.

Está muy guapo con otro traje de buen corte que le resalta las espaldas anchas y la esbelta cintura. Mirarlo es una de mis ocupaciones preferidas. Tanto si acaba de levantarse como si se ha arreglado para salir de noche, siempre está impresionante.

Cojo la bolsita.

—Me reservo el derecho de devolverlo si es excesivo.

—De acuerdo.

Saco un pedacito de tela envuelto en

papel de seda rosa. Lo único que veo son las joyas incrustadas en ella.

—Más vale que no sean diamantes ni nada parecido.

—Son cristales. Cógelo.

Lo desenvuelvo y compruebo que no es una joya. Es lencería. Unas braguitas muy elegantes. Un tanga, para ser más exactos.

—Es bonito.

—¿Te lo pondrás esta noche para mí?

—Claro. —Estoy deseando complacerlo, aunque los tangas no me

entusiasman—. ¿Dónde lo has comprado?

—Una amiga del instituto de Ellie tiene la tienda de lencería más exclusiva de Beverly Hills. Ahí es donde lo compro todo.

—¿Y te fías de que te guarde el secreto?

—Delany nos guarda el secreto a todos; por eso le va tan bien el negocio.

—¿Cuándo has ido de compras?

—No he ido.

—Déjame adivinarlo: has hecho una llamada de teléfono.

—Sí, y no ha sido a Addie.

—Gracias a Dios.

—Entonces, ¿te lo pondrás esta noche?

—¡Sí! Ahora vete y deja que termine de arreglarme.

—Sí, querida.

Me besa y sale de la habitación, con Fluff pisándole los talones. Parece que ya se han reconciliado, lo que es un alivio. Flynn no ha protestado cuando la he traído conmigo. Sé que tiene empleados que podrían hacerse cargo de ella en mi lugar, pero no quiero dejarla

con nadie. No cuando puedo ocuparme yo.

Metó las manos por debajo del vestido para quitarme las bragas y ponerme el tanga. La tira se me cuela entre las nalgas, lo que normalmente no me gusta, pero después de pasarme horas con el tapón anal puesto, no me molesta tanto como antes. Terminó de arreglarme y cojo el bolso de mano que Tenley ha dicho que combina mejor con el vestido negro. Guardo el móvil, meto tampones por si acaso y el lápiz de labios.

Llevo todo el día con dolores menstruales, pero, hasta el momento, no hay ni rastro de la regla. Puede que la inyección anticonceptiva me haya alterado el ciclo. Entre las cartas que Addie nos trajo había un informe con los resultados de mis pruebas ginecológicas, que eran todos negativos. Estoy sanísima, salvo por los dolores menstruales y el extraño zumbido que oigo en la cabeza desde el almuerzo. Envío un mensaje de texto a la doctora Breslow, preguntándole si mi ciclo

menstrual puede verse afectado por la inyección anticonceptiva.

Ella me responde de inmediato diciendo que es posible que no tenga la regla en los tres próximos meses. Es bueno saberlo.

Le doy las gracias por la información y termino de arreglarme.

La fiesta de esta noche es en el Spago y nuestros guardaespaldas nos llevan en coche al emblemático restaurante de Beverly Hills. Los fotógrafos se abalanzan sobre nosotros en cuanto nos apeamos, pero Flynn me rodea con el

brazo en actitud protectora. Las cámaras no dejan de grabarnos hasta que entramos en el restaurante.

Muchas de las mismas personas que estaban en el almuerzo han venido a la fiesta y las saludamos a todas. Flynn me trae una copa de chardonnay y los entremeses que nos ofrecen los camareros están deliciosos. Pero, cuanto más como y bebo, más náuseas tengo. También me siento muy acalorada.

Estamos hablando con los socios de Flynn, Jasper y Kristian, y me dispongo a proponerle que nos sentemos cuando

el tanga comienza a vibrar. Consigo contener un grito, me agarro a su brazo e intento concentrarme en la conversación a pesar del vibrador que me presiona el clítoris. Voy a matarlo por esto.

—¿Estás bien, Natalie? —pregunta Jasper con su marcado acento británico.

—Estoy... Hace un poco de calor aquí. ¿Y si nos sentamos?

—Claro, amor mío. —Flynn me lleva a un reservado y se inclina hacia mí cuando nos sentamos—. ¿Estás bien?

—Me siento rara, y no en el buen sentido.

La vibración cesa de inmediato.

—Define rara.

—No sé. Me noto la cabeza extraña, llevo todo el día con dolores menstruales, y ahora también estoy sudando.

Se inclina para besarme la frente.

—Joder, Nat. Estás ardiendo. Nos vamos ahora mismo.

—¡No! No hace falta que nos vayamos. Esto es importante para ti.

—Y una mierda. Acabamos de almorzar con la misma gente.

—No quiero estropear la noche.

—No lo haces. Solo me da pena que el calor no sea por el tanga.

Sonríe, me guiña el ojo y me saca del restaurante con muchísima diplomacia. Salimos por una puerta distinta a la que hemos entrado y conseguimos eludir la atención de los paparazzi, lo que es un alivio. No quiero ni imaginarme qué dirían de nosotros si nos pillaran saliendo tan pronto.

—¿Quieres ir a casa o al hotel?

—Tenemos que ir al hotel. Fluff está ahí.

—Podría pedir que la llevaran a casa

si prefieres ir ahí.

—El hotel me va bien. —Necesito una cama y la del hotel está más cerca. En el coche, Flynn me abraza durante todo el trayecto hasta el hotel. En los pocos minutos que tardamos en subir en ascensor hasta nuestra suite de la última planta, me encuentro cien veces peor—. Flynn...

—¿Qué, cariño?

—Creo que estoy enferma.

—Llamaré a un médico. No te preocupes por nada. Es probable que solo sea un virus.

—No quiero contagiarte.

—No te preocupes por mí, cariño. Yo no me pongo nunca enfermo.

En el dormitorio, me desnuda y me quita el tanga.

—Lo reservaremos para otra ocasión—dice, antes de metérselo en el bolsillo de la chaqueta. Me ayuda a ponerme unas bragas normales y una camiseta—. Acuéstate y descansa. Veré si pueden avisar a un médico.

—Lo siento.

—No lo sientas. Prefiero mil veces estar contigo a solas que en una sala

llena de gente, pero siento que no te encuentres bien. Te curaremos.

Me besa en la frente y sale al salón para llamar por el teléfono fijo. El suave murmullo de su voz pidiendo ayuda me arrulla hasta que me quedo dormida.

12

Natalie

Tengo muchísimo calor. Creo que estoy ardiendo, pero al momento me muero de

frío y los dientes me castañetean con dolorosos escalofríos. Flynn me aparta el cabello de la cara mientras vomito en lo que parece ser una cubitera. La garganta me duele demasiado como para preguntarle qué me sucede. Sea lo que sea, jamás en mi vida me había sentido tan mal.

Cuando no estoy vomitando, lo único que puedo hacer es dormir.

Fluff no se separa de mi lado y gimotea todo el rato, pero no tengo fuerzas para consolarla. Oigo a Flynn diciéndole que mamá está enferma. Se lo

agradeceré cuando pueda. Se porta bien con ella incluso después del último mordisco. Lo amo por eso.

Me sumerjo otra vez en un duermevela y sueño cosas que preferiría olvidar. Estoy en la mansión del gobernador, con Oren. Me agrede, me hace daño. Grito, lloro y le digo que pare. Se lo suplico, pero no lo hace. Luego, aparece la madre de Flynn y me dice que todo irá bien, que ellos cuidarán de mí. Pero Oren la aparta de un empujón y le ordena que salga antes de que también le haga daño a ella.

Quiero proteger a Stella, pero no puedo moverme. Los brazos y las piernas me pesan como si fueran de plomo y se niegan a obedecerme.

—Natalie. —La voz de Flynn se abre paso entre mis gritos—. Cariño, despierta. Solo es un sueño.

Los párpados me pesan una tonelada, pero me obligo a abrir los ojos. Flynn está muy desmejorado. Tiene el pelo revuelto y los ojos desorbitados, como si llevara varios días sin dormir.

—Estabas soñando —repite, enjugándome las lágrimas. Me besa la

frente y las mejillas—. ¿Te ves capaz de beber un poco de agua?

Estoy muerta de sed, de modo que asiento. Ese simple movimiento me provoca una explosión tan dolorosa en la cabeza que se me escapa un grito.

Flynn me trae un vaso de agua fría con una pajita que me sujeta mientras bebo.

El agua es una bendición para mi garganta reseca, pero me gorgotea cuando llega al estómago vacío.

—¿Qué me pasa? —le pregunto.

—Tienes la gripe.

—Tu madre...

—Vino a verte ayer.

—¿Ayer?

—Han pasado dos días, Nat. Has estado fatal. Estuvimos a punto de ingresarte, pero el médico te ha visitado aquí para que no acabáramos otra vez en los noticiarios.

—Dos días.

—Dos días muy largos.

—¿Has dormido algo?

—No mucho. Estaba demasiado asustado como para dormir.

Quiero acariciarle la cara, pero mis brazos no cooperan.

—Siento mucho haberte asustado. Y haberte vomitado encima.

Hace un amago de sonrisa.

—No lo has hecho, aunque has estado cerca un par de veces.

—Uf, qué sexy.

Pensar que he estado a punto de vomitarle encima hace que me sienta aún peor.

—¿Crees que eso me importa, Nat? Dios mío, me aterraba que tuvieras algo grave y nadie lo viera. Me daba miedo dormir, despertarme y ver que estabas... Bueno, estaba asustado.

—Debo de oler a perros muertos y probablemente la gripe es contagiosa, pero ¿puedes meterte en la cama conmigo y abrazarme?

—Será un placer.

Se levanta, rodea la cama y se acuesta a mi lado. Vuelvo la cara, porque no quiero contagiarle más de lo que ya he hecho.

—No hueles a perros muertos. Ayer tuve que pasarte una esponja. Nos gustó mucho.

—¿Nos gustó?

—A los dos.

—¿Así que te aprovechaste de que tenía fiebre para sobarme?

—Ya me conoces.

Estar abrazada a él es justo lo que necesito. Con la cabeza apoyada en su brazo y el calor de su cuerpo, comienzo a encontrarme un poco mejor. Y entonces me acuerdo de que estaba esperando la regla cuando me puse enferma.

—Flynn...

—¿Qué, cariño?

—Sé que acabas de acostarte, pero necesito ir al baño.

—No hay problema. —Se levanta, rodea la cama para cogerme en brazos y me lleva al cuarto de baño—. Tómatelo con calma. Te notarás muy débil e insegura.

Me agarro al lavabo y espero a que el mundo deje de girar.

—Estoy bien. ¿Puedes dejarme sola?

—Puedes hacer pis delante de mí.

—No, no creo que pueda.

—Me da miedo dejarte sola.

—Me agarraré bien. Te lo prometo.

—Llámame si necesitas ayuda.

—De acuerdo.

Me miro la braga en cuanto cierra la puerta. No hay nada. Agradezco muchísimo que Flynn no haya tenido que ocuparse de eso además de los vómitos y todo lo demás.

Me miro en el espejo y lo lamento de inmediato. Empleo las pocas fuerzas que me quedan en cepillarme el pelo y los dientes antes de llamarlo para que me lleve de nuevo a la cama.

—¿Crees que podrías comer algo?

—No lo sé. Sopa. Pero quizá luego. Ahora solo quiero descansar un momento mientras tú me abrazas.

—¿Por qué no?

Cuando vuelvo a abrir los ojos, el sol entra a borbotones en la habitación y estoy sola en la cama. Pruebo a mover los brazos y las piernas y me cuesta menos que antes. La intensidad del dolor de cabeza también ha disminuido. Intento sentarme, pero tengo que esperar un momento a que todo deje de rodar.

Flynn entra en la habitación con un pantalón corto de baloncesto y esas gafas tan sexis que le dan un aire de intelectual. Tiene el pelo revuelto y lleva dos días sin afeitarse, pero el

corazón se me sigue acelerando en cuanto lo veo entrar con Fluff pisándole los talones.

—Tienes mejor aspecto.

—Me encuentro un poco mejor.

—Gracias a Dios. ¿Qué me dices de comer un poco?

—Me apetece.

—Vamos progresando, Fluff. Te había dicho que mamá pronto se encontraría mejor.

—¿Os lleváis bien hoy?

—Somos la prueba palpable de que a perro viejo sí se le pueden enseñar

trucos nuevos. Ha aprendido a no morder la mano que le da de comer.

El corazón se me derrite al ver la adoración con que Fluff lo mira.

—Me alegro de que mi enfermedad haya servido para algo.

—También he trabajado un montón y me he puesto al día, así que Hayden está como unas castañuelas.

—Ah, bien.

—No está bien. No quiero volver a verte tan enferma nunca más.

—Espero que no se repita.

—El médico ha dicho que tienes que

tomártelo con mucha calma en los próximos siete o diez días, así que he cancelado el viaje a Londres.

—¡No! ¡Tienes que ir! Me quedaré en casa mientras tú vas.

—Ni hablar. No pienso ir a ninguna parte sin ti.

—¡Pero vas a ganar!

—No me puedo creer que lo hayas dicho en voz alta.

—No es momento para ponerte supersticioso.

—Natalie...

—Tienes que ir.

—No pienso ir sin ti y tú no puedes viajar. No hay más que hablar.

Reconozco la derrota cuando la veo.

—Me hacía mucha ilusión ir a Londres —digo con un suspiro.

—Iremos, pero por ahora vamos a relajarnos en casa hasta que te hayas recuperado del todo. Punto final.

—Espero no haberte pegado la gripe.

—Seguro que no. En serio, yo nunca me pongo enfermo.

—Con lo supersticioso que eres, más te vale tocar madera después de decir eso.

Comienza a dar golpes en la mesilla de noche con mucha teatralidad.

—Vamos a alimentarte un poco.

Flynn cumple su palabra y, después de pagar y marcharnos por fin del hotel, nos pasamos toda la semana siguiente sin salir de casa. Vemos en la televisión cómo gana el premio BAFTA a mejor actor y cómo Marlowe lo recoge en su nombre. Durante la semana trabaja desde casa y participa en las reuniones con el equipo de Quantum por

teleconferencia; eso, cuando no está velando por mi salud o llevándome en palmitas. También supervisa otra reunión de la junta directiva de la fundación mientras yo duermo.

—Eres como mi mayordomo —le digo mientras me prepara la comida el viernes, la víspera de la fiesta que sus padres organizan en su casa el día de San Valentín para celebrar nuestro enlace. Este es el primer día que me siento casi normal, aunque sigo estando mucho más cansada de lo que debería.

—Podemos representarlo alguna vez.

Yo seré tu leal criado y tú puedes ser la señora de la mansión que me ordena que le sirva en más de un sentido.

—Oh, eso me gusta. ¿Podría yo dominarte en ese escenario?

—Hasta cierto punto.

—¿Cuándo podemos hacerlo?

—No sé si te conviene encender la mecha, nena. Tengo bastante energía acumulada.

—¡Ay!, mi pobre y dulce maridito no ha recibido las atenciones que su esposa enferma debía darle.

—Estás acumulando puntos negativos

—responde con una sonrisa burlona.

Apoyo las manos en su pecho y lo miro.

—Dime la verdad. ¿Te has estado desahogando tú solo?

De inmediato, me doy cuenta de que mi pregunta lo ha sorprendido e incluso escandalizado.

—¿Qué ha sido de mi dulce y virtuosa esposa?

—Se ha casado con un maniaco del sexo que la ha vuelto igual que él.

—¿Es eso cierto? —Me mira los

labios y el deseo le enciende la mirada
—. Maniaco, ¿eh?

—Responde la pregunta.

—Desde que contrajiste la peste
bubónica, no me he tocado ni una sola
vez, excepto para hacer pis y lavarme.

—No te creo.

Me coge la mano y la lleva hasta su
polla, dura como una piedra.

—Es toda tuya, y solo tuya. Cuando
estés lista para volver a la carga. —Me
besa en la frente y después en los labios
—. Una cosa más—añade—: sin ti no
tiene gracia. Espero que estés contenta

de haber puesto fin a toda una vida de pajas.

—Eso es muy grosero y muy gracioso.

—También es muy cierto. No me apetece nada cascármela cuando estoy contigo.

—¿Y eso es... nuevo?

—Muy nuevo. Mi mano y yo somos viejos conocidos. Ha sido una ruptura desgarradora.

Me río con tantas ganas que me duelen los costados.

—Esta es la segunda vez que te ríes de mi dolor. Otro punto negativo.

Me resisto a la tentación de poner los ojos en blanco.

—Si te ayudara a desahogar tanta energía contenida, ¿me dejarías salir de casa?

—Solo si puedo ir contigo.

—¿Podré conducir?

—Eso puede arreglarse.

—¿Y me llevarás al club esta noche?

—Bueno, has estado muy enferma.

Puede que aún no estés lista para eso.

—Estoy lista. —Bajo el dedo por su pecho y lo engancho en la cinturilla de su vaquero—. Estoy más que lista.

—Me da miedo tocarte ahora mismo.

—¿Y eso?

—Por la energía acumulada que te he comentado.

—¿Te da miedo asustarme?

Se muerde el labio y asiente.

Me acerco lo suficiente para rozarle la oreja con los labios.

—Hazlo lo peor que sepas.

Me agarra por la cintura, me levanta del suelo y me carga al hombro.

Grito por la sorpresa cuando me tumba en la cama y se echa encima de mí. Se separa solo el tiempo suficiente

para prácticamente arrancarnos la ropa y vuelve a la carga, estrechándose contra él.

—Esto va a ser rápido —susurra, momentos antes de besarme con un ardor que me demuestra cuánto ha echado de menos nuestra intimidad mientras he estado enferma. Me toca por todas partes, me pellizca los pezones, me acaricia la espalda y las nalgas y me toca la entrepierna empapada.

—Te necesito muchísimo, Nat.

—Tómame. Soy toda tuya.

Cuando me penetra, de golpe, me

arqueo porque necesito estar más cerca de él, tanto como pueda.

Me coge las manos y me las sujeta por encima de la cabeza, mirándome a los ojos para asegurarse de que me parece bien. Entrelazo las piernas a la altura de sus caderas para recibir cada embestida. Luego, la saca y me deja aturdida y a punto de estallar.

—Date la vuelta.

Cuando estoy a cuatro patas tal como él me quiere, me agarra por las caderas y vuelve a penetrarme.

—Sí —susurra—. Quería metértela

más.

Apoyo la cabeza en los antebrazos y me someto a él por completo. Me ha cuidado con mucha ternura mientras he estado enferma. Quiero compensárselo de todas las formas posibles.

—Ah, Dios santo, Nat...

Me clava los dedos en las caderas y aumenta el ritmo. Luego, me pasa la mano por debajo y me acaricia el clítoris.

—Flynn... —Ahora mismo no es mi señor. Ni tampoco mi amo. Es mi

marido y lo amo con locura—. Por favor...

—Sí. Ahora. Conmigo.

Esto es perfecto y hermoso, y la conexión que siento con él es absolutamente espiritual. Ha estado a mi lado en la fortuna y en la adversidad, y en las seis semanas que llevamos juntos hemos tenido mucho de lo uno y de lo otro.

Descansa encima de mí, como siempre que acaba de hacerme el amor. Me encanta su forma de abrazarme

mientras nuestros cuerpos se aflojan,
aún palpitantes.

—Flynn.

—¿Hmm?

—Gracias por cuidarme tan bien
mientras he estado enferma.

—Ha sido un placer, pero no vuelvas
a asustarme así nunca más.

—Quiero que sepas...

—¿Qué, cariño?

—Que casarme contigo es lo mejor
que he hecho en la vida.

—Oh, cielo, también yo.

—Han pasado muchas cosas desde

que nos conocimos y mi vida ha cambiado por completo, en aspectos que a los dos nos habría gustado que no hubieran pasado. Pero incluso sabiendo lo que ahora sabemos sobre lo que nos espera, no cambiaría nada si eso significaba que podía estar contigo.

—Me alegra oír eso. A veces me pregunto si te arrepientes del día que tu fierecilla te trajo hasta mí.

—El mejor día de mi vida. No me cabe la menor duda.

—También el mío, cariño. También el mío.

Flynn

Estoy tan entusiasmado como Natalie por haber salido de casa y circular por la carretera de la costa del Pacífico en el Mercedes sedán plateado que será suyo cuando tenga el permiso de conducir. Nunca he regalado ninguno de mis preciados coches, pero será un placer darle este a ella.

—Tenemos que programar tu examen de prácticas. Ya estás preparada.

—¿De verdad?

—Lo estás haciendo genial. No se nota que llevas tiempo sin conducir.

Le envió un mensaje a Addie para que reserve hora la semana después de los Oscar.

—Me siento más cómoda que antes.

—Hablando de comodidad, quiero hablarte del club.

—¿Qué pasa con él?

—Quiero que estés preparada para lo que vas a encontrarte.

—Vale...

—Me cuesta hablar de esto, estoy

acostumbrado a no hacerlo.

—Entiendo la necesidad de discreción.

—Va más allá de eso, por mucho que valore la discreción. Vas a encontrarte con personas que conoces y te caen bien. Verás a Marlowe, posiblemente vestida de cuero, empuñando una fusta mientras somete a algún tío. Verás a Hayden y sus cuerdas, y puede que a Kristian, Emmett y Jasper en diversas situaciones.

—Ya me has dicho que son todos socios.

—El caso es que no puedes juzgarlos

en ningún sentido, hagan lo que hagan y por mucho que te choque. El club es donde se dejan ir. Donde son ellos mismos. Todo lo que se hace allí se rige por los principios de seguridad, sentido común y consentimiento. Todos están ahí porque quieren, aunque hagan cosas que a ti te parezcan horribles. Quienes infligen dolor con placer a sus esclavos lo hacen con sumo cuidado. No admitimos a nadie que no piense que estos principios son los valores fundamentales de nuestro mundo.

—Sé bien a qué te refieres.

—No te estoy acusando de tener prejuicios. De hecho, pienso todo lo contrario, pero esto todavía es muy nuevo para ti.

—¿Les importará que vaya?

—No, cariño, estarán encantados de verte y saber que nos aceptas a mí y a este mundo. Se alegrarán por los dos y estarán deseando compartir contigo esa faceta de nuestra vida y amistad. —Al mirarla, descubro que está reflexionando sobre lo que acabo de decir con esa seriedad suya tan adorable—. Es difícil de explicar hasta que lo vives, pero, al

compartir esta faceta, nuestros lazos de amistad se hacen más profundos e importantes. Esto es un refugio donde podemos evadirnos de la locura de nuestra vida pública. Llevarte al club será una de las cosas más emocionantes de mi vida.

—¿Aunque no hagamos nada?

—No haremos nada. No ahí. Ni esta noche. Hasta llegar a eso, iremos paso a paso. Esta noche iremos a mirar.

—Y si...

—Dilo. Nada de lo que digas o preguntes estará mal.

—¿Y si nunca consigo hacerlo contigo en público?

—Entonces no mostraremos esa parte de nuestra relación en el club. Pero eso no quiere decir que no podamos seguir formando parte de él en otros sentidos.

—¿Qué otros sentidos?

—Apoyar a nuestros amigos y su necesidad de hacerlo en público. A algunas personas les excita muchísimo que las miren mientras lo hacen.

—¿Te excita a ti?

—Lo ha hecho, sí, pero no es un elemento esencial para mí. Tú y yo

estamos forjando nuestro propio camino. Ninguna de nuestras experiencias anteriores influye en él. Si me dijeras que solo vas a poder darme lo que ya me das, estaría más que satisfecho.

—Pero hay más, ¿verdad? ¿Cosas que quieres mostrarme y enseñarme?

—La variedad y las posibilidades son infinitas. Solo estamos limitados por nuestra propia imaginación. Pero nada de esto tiene que pasar en público si a ti no te gusta, y entendería perfectamente que no te gustara.

—Todavía no he decidido nada. Estoy

esperando a tener más información.

—Muy prudente por tu parte. —
Levanto la vista y veo que, mientras
hablábamos, casi hemos llegado a
Redondo Beach—. ¿Quieres bajar a la
playa?

—¿Podemos?

—Claro. —Cojo la gorra de los
Dodgers del asiento trasero y me la
pongo—. Mandaré un mensaje a Seth
para decirle que bajamos del coche.

Encontramos sitio para aparcar y
conseguimos bajar a la playa sin que
nadie repare en nuestra presencia.

Natalie tiene su inconfundible cabello oscuro recogido en un moño con el que parece más joven de los veintitrés años que tiene. Hoy me siento audaz y atrevido, de modo que, después de un largo paseo por la playa con ella y con Fluff, que se ha echado una buena siesta en el asiento trasero durante el viaje, la llevo a una cafetería frente a la playa, donde nos sentamos al aire libre y disfrutamos del sol, una copa y un aperitivo sin apenas aspavientos por parte de los camareros.

Josh y Seth se sientan a una mesa

próxima, vigilando. Están lo bastante cerca como para intervenir si hace falta, y lo bastante lejos como para proporcionarnos cierta intimidad.

—Ha sido un día precioso —afirma Natalie cuando regresamos a la ciudad.

—Nos ha ido bien salir a tomar el aire.

Conduzco yo porque quiero que duerma en el viaje de regreso. Me preocupa que se canse demasiado. Me dio un susto de muerte cuando pasó de encontrarse bien a ponerse enferma en

menos de una hora. Ha pasado unos días muy malos.

En un determinado momento, la fiebre le subió hasta los treinta y nueve grados y medio. Estuve dos días sin dormir, pendiente de ella, cuidándola. Jamás me había alegrado tanto de ver a mi madre como cuando vino al hotel el segundo día. No quería exponerla a la gripe, pero me dijo que me dejara de tonterías y se pasó medio día conmigo, haciéndome compañía mientras yo me preocupaba por Natalie de una forma obsesiva.

El médico tuvo que decirme más de

una vez que «solo» era una gripe y convencerme en dos ocasiones para que no la llevara al servicio de urgencias. Gracias a Dios que Natalie mejoró y ya está recuperada casi por completo, pero tardaré en olvidar cuánto me ha asustado y qué solo me he sentido al tenerla cerca, pero no poder tocarla. Eso casi me ha dolido tanto como verla enferma.

Le echo un vistazo y veo que se ha quedado dormida con Fluff aovillada en el regazo. Son una ricura las dos juntas, aunque a una le guste morderme.

Estoy deseando que llegue esta noche

para llevar a Natalie al club y enseñarle otra faceta más de mi vida. Tengo claro que está preparada, lo hemos hablado a fondo y sabe qué va a encontrarse. Cuando llegue a casa, mandaré un mensaje de texto a mis amigos para informarles de que vendrá conmigo. Agradecerán que les avise y espero que todos la reciban con los brazos abiertos.

Hayden me comunicó en su día su preocupación por que me haya casado con una persona que no conoce este mundo, en referencia al estrepitoso fracaso de mi primer matrimonio. Eso

me hace pensar en Valerie y me pregunto si habrá recibido nuestra oferta: salir en un reality show sobre un barco pesquero en Alaska.

En lugar de enfrentarme a ella y hacerla feliz con mi cabreo por lo que intentó hacernos a Nat y a mí, Hayden sugirió esta vía y tengo que reconocer que es cojonuda. Sonrío para mis adentros cuando la imagino en un ambiente que le parecerá tan indigno de ella, pero me he asegurado de que sea la única oferta que recibe en un tiempo.

No tendrá más remedio que aceptar,

lo que la mandará lejos y me la quitará de encima, al menos de momento. Nuestra representante, Danielle, que aceptó serlo también de Val solo porque yo se le pedí cuando nos casamos, estuvo encantada de buscarle un trabajo lo menos digno posible para el nivel que ella misma se atribuye.

Cuando Danielle nos llamó para hablarnos del programa del barco pesquero en Alaska, Hayden y yo casi nos morimos de risa y le dimos el visto bueno. Adelante. Hazlo posible.

Estoy seguro de que Valerie no tendrá

ninguna duda de por qué ha terminado en Alaska. Puede culparme hasta que las ranas críen pelo, pero no es culpa mía que no tenga otras opciones. Su fama de diva con aires de grandeza ha hecho que nadie quiera trabajar con ella. La culpa es suya. La aventura que tuvo con nuestro director al final de nuestro matrimonio tampoco le granjeó muchos amigos, sobre todo cuando se supo que había roto el matrimonio del cineasta solo para vengarse de mí.

No he olvidado el as que aún se guarda en la manga: conoce mis

inclinaciones sexuales. La única razón por la que me preocupa que esto salga a la luz es que podría avergonzar a mis padres. Por no hablar de cómo podría afectar a mi carrera de actor. Pero eso me preocupa mucho menos. No puedo ni pensar en que mis padres se enteren de mis preferencias poco convencionales. Solo de imaginarlo me siento como si tuviera la gripe.

Natalie y la fierecilla siguen durmiendo cuando llegamos a casa, de modo que las cojo en brazos a las dos y las llevo dentro. Acuesto a Nat en

nuestra cama para que siga descansando. Hay tiempo de sobra. De hecho, el club no se anima hasta pasadas las diez.

Aprovecho el tiempo libre para reflexionar sobre la gran idea que se me ocurrió el otro día. No obstante, tengo que hablarlo con Natalie antes de hacer nada, porque la historia que me ronda por la cabeza es la suya, la nuestra. Desde que tuve la idea, apenas puedo pensar en nada más. En mi profesión he aprendido a confiar en mi instinto. Si un proyecto me pone la piel de gallina, lo más probable es que también se la ponga

a los espectadores. La historia de Jeremy en *Camuflaje* es el ejemplo más reciente de que mi instinto es acertado. Aparte de ser un éxito de crítica y de taquilla, la película también está ganando montones de premios.

Cojo el móvil para llamar a Hayden. Quiero su opinión. Si a él le parece una idea horrible, no tiene sentido proponérsela a Natalie.

—¿Qué pasa? —pregunta al descolgar.

—De todo un poco. ¿Has recibido mi mensaje?

—Sí. ¿Vais a representar una escena esta noche?

—No, que va. Estamos yendo paso a paso, pero, de momento, todo va bien. Tiene curiosidad por el club, así que he decidido llevarla para que se haga una idea.

—Tengo que reconocer que no me lo imaginaba. En vista de lo... De su pasado y eso.

—Tiene una fuerza interior que me asombra, y está decidida a no dejar que el pasado determine su futuro.

—Sé que he sido un poco gilipollas

con lo vuestro, pero espero que sepas cuánto me alegro por ti.

—Gracias, tío.

—Y, pese a la impresión que haya podido darte algunas veces, Natalie me gusta, me gusta para ti, más todavía ahora que no le estás ocultando este lado tuyo tan importante.

—A mí también me gusta para mí —reconozco con una risa ronca.

—Seguro que sí.

—Oye, he estado dándole vueltas a una cosa que te quiero comentar.

—¿Es el título de la película que

nadie sabe cómo llamar?

—Ojalá.

—Sí, ojalá —suspira.

—Si te sirve de consuelo, el tráiler es increíble.

—Yo también estoy satisfecho con él. Solo me gustaría encontrarle un título a la jodida.

—Lo haremos.

—¿Cuál es la otra cosa a la que le estás dando vueltas?

—La historia de Natalie.

—¿Qué pasa con ella?

—Es una historia impactante que toca

la fibra.

—No estarás considerando seriamente...

—Seriamente no. Al menos no todavía. De momento solo es una idea.

—¿Qué opina ella?

—Será la próxima en saberlo. Si tú crees que es una idea absurda, no tiene sentido planteársela.

—No es absurda.

—¿En serio?

—Es una historia increíble, Flynn. ¿Por qué crees que tenéis fotografías apostados en todos los edificios que

frecuentáis? Quieren verla. Todo el mundo está cautivado.

Cautivado. Esa es la palabra que yo utilicé para describir lo que sentí el día que la conocí, y nada ha cambiado desde entonces.

—Sería un buen título.

—Genial. ¿Así que ya tienes título para una película que ni siquiera hemos empezado a rodar, pero no se te ocurre ninguno para la que casi tenemos terminada?

Me río de su comentario irónico y me siento inmensamente aliviado por haber

recuperado el trato de siempre con mi amigo y socio después de unas cuantas malas semanas.

—Estoy dándole vueltas. Lo juro.

—Sí, sí. ¿Dónde he oído eso antes?

—Te veo esta noche.

—Ahí estaré. Cresley está en la ciudad. Se pasará.

—Oh, genial. Quiero que Natalie la conozca. Nos vemos.

—Hasta luego.

Mientras espero a que Natalie se despierte, preparo una cena ligera a base de ensalada y pasta, doy de comer

a Fluff y salgo con ella al jardín trasero para que haga pis. Me quedo mirando la piscina, que tiene las luces encendidas, y pienso en cómo la historia de Natalie podría plasmarse en una película.

¿Sería el mero hecho de proponérselo otra violación? Eso es lo que más miedo me da, pero lo contrarresta mi mayor motivación: contar al resto del mundo la historia de la mujer fuerte y vital con la que he tenido el buen juicio y la gran suerte de casarme.

—Estáis aquí —saluda Natalie cuando sale para unirse a nosotros.

Fluff corre hacia ella, tan feliz como un cachorrillo.

La coge para estrecharla entre sus brazos y la perra le da tales lametones de alegría en la cara que ella se ríe.

—¿Cuánto he dormido? —Actúa como si llevara días sin verme.

—Para nosotros, cada minuto sin ti es como una semana, ¿verdad, Fluff?

La aludida responde con un ladrido y los dos nos reímos.

—¿Estáis papá y tú estrechando lazos?

—Hablábamos de ir juntos a un baile.

Natalie deja a Fluff en el suelo y me abraza por detrás.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Fluff dice que no tiene nada que ponerse y le he dicho que me la llevaría de compras si promete no volver a morderme nunca más en el culo cuando se lo estoy comiendo a mamá.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Qué le comes a mamá, papi?

Me hinca el dedo en las costillas y se parte de risa detrás de mí.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica.

—Tengo justo lo que necesitas.

Me vuelvo hacia ella, la rodeo por la cintura y le llevo a la cocina.

—¿Has hecho todo esto tú solo?

—Por supuesto. Incluso he puesto el agua a hervir.

—Pensaba que no sabías.

—He visto un vídeo en YouTube.

Se ríe mientras nos sirvo una copa de chardonnay frío e hincamos el diente a la cena, que está sorprendentemente rica, teniendo en cuenta que la he cocinado yo.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Una siesta era justo lo que necesitaba. Ya empiezo a ser la de siempre.

—Me alegra oír eso. La de siempre me gusta mucho.

—Siento haber sido un incordio esta semana.

—No lo sientas. Estabas enferma.

Enrollo la pasta con el tenedor, pero pierdo el apetito al pensar en la propuesta de película que quiero hacerle.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

Me mira por encima de la copa de

vino.

—Una idea a la que he estado dando vueltas.

—¿Qué idea?

—Una que va a encantarte o vas a odiar. No sé cuál de las dos cosas.

—¿Qué tortura sexual has imaginado esta vez para mí?

—No tiene nada que ver con el sexo, aunque se me ocurre otro tipo de ideas cuando me haces esas preguntas.

Se ruboriza.

—Entonces, olvida lo que he dicho.

—No lo olvidaré. La idea tiene que

ver con tu historia.

—¿Mi historia? ¿Qué pasa con ella?

Allá voy...

—Sería fascinante hacer una película sobre ella.

Por un momento se queda impasible; luego, abre la boca y la vuelve a cerrar.

—¿Quieres hacer una película sobre lo que me pasó?

—Me gustaría considerar la posibilidad.

Soy incapaz de saber lo que siente, su expresión parece tallada en piedra.

—¿Has pasado de no querer hablar

del tema en la entrevista con Carolyn a pretender hacer una película?

—Solo estoy hablando contigo sobre hacer una película. Me parece una historia increíble de capacidad de recuperación, tenacidad, valor y determinación con un final feliz. Está hecha a la medida de Hollywood.

Una vez más, se queda callada mientras reflexiona sobre lo que he dicho.

—Por supuesto, para hacer algo con tu historia es imprescindible que tú accedas. Solo estoy sugiriendo que

podría ser una gran película, no que lo será.

—Entonces, ¿no te defraudaré si digo que no?

—En absoluto. Como siempre, quiero que seas feliz. Si hacerla te entristece, no hablaremos más del tema.

—¿Cómo iría la cosa si me interesara?

—En primer lugar, te compraríamos los derechos de tu historia, lo que te proporcionaría la independencia económica que tanto te gusta.

—A casi todo el mundo le gusta tener

independencia económica.

Sonrío ante el previsible descaro de su respuesta y continúo.

—Luego, contrataríamos a un guionista para que escribiera el guion. Una vez que tengamos uno que nos guste a los dos, empezaremos con el rodaje.

—Haces que parezca sencillísimo.

—No lo es. Llevar una idea a la gran pantalla es un proceso largo y complejo, pero también es apasionante y estimulante.

—Se nota que la posibilidad te apasiona.

—Es cierto. No me puedo quitar la idea de la cabeza desde que se me ocurrió el otro día. Normalmente lo interpreto como una buena señal de que voy bien encaminado. Pero, como ya te he dicho, la decisión es solo tuya.

—¿Y no me guardarás rencor si decido no seguir por ahí?

—¿En serio, Nat? Yo jamás podría guardarte rencor por nada.

—Pues yo creo que lo haces muy a menudo.

Su comentario me hace reír.

—Muy graciosa. Pero, bromas aparte,

tengo montones de guiones y posibles proyectos en las mesas de los tres despachos. Encontraré otra cosa que me interese. No te preocupes.

—Me gustaría pensármelo.

—Tómate todo el tiempo que necesites y no dudes en decirme que no si así lo decides. Te prometo que, si lo haces, no insistiré. —La cojo y la siento en mi regazo. Ahora mismo necesito abrazarla—. Si te interesa, es algo que deberás pensarte mucho. A estas alturas, ya tienes idea de la clase de atención que generaría y de si eres capaz de

soportarla. Ya te he pedido mucho. No quiero que esto sea otra cosa que sientes que tienes que hacer por mí. Aquí se trata de ti y de contar tu increíble historia al mundo. Tú decides si quieres contarla o no, y eso jamás cambiará.

—Me halaga que mi historia te parezca tan apasionante como para plantearte algo así.

—Es fascinante. Me encantaría decirle al mundo entero cuánta suerte tengo de estar casado contigo.

Sonríe y me besa.

—Me lo pensaré.

—Genial. Tú y yo tenemos un plan interesante esta noche y necesitamos prepararnos.

—¿Prepararnos? ¿Cómo?

—Ven conmigo y te lo enseñaré.

Natalie

Por lo visto, prepararnos para ir al club conlleva darme una ducha con mi

marido, durante la cual me coge en brazos, me apoya contra la pared y me penetra fuerte y rápido mientras el vapor nos envuelve.

—He querido volver a follarte en la ducha desde la primera vez que lo hicimos —me susurra al oído mientras me embiste.

—Algunas de tus mejores actuaciones son en vertical.

Se ríe y apoya la cabeza en mi hombro.

—No me hagas reír cuando estoy intentando que te corras.

—¿Dónde más quieres hacerlo? —
consigo preguntar.

Me separa las nalgas por las que me
tiene agarrada.

—Por aquí.

Solo de pensarlo el cuerpo entero se
me enciende.

—Ya me lo habías dicho.

—He tenido otro sueño.

Abro los ojos y le descubro
observándome, juzgando mi reacción.

—¿Me lo cuentas?

—Cuando te corras.

—Mmm, date prisa.

Mi curiosidad y mis ganas de saber qué ha soñado parecen provocarle y aumenta el ritmo, embistiéndome hasta que nos corremos los dos. Me abraza durante unos minutos antes de dejarme en el suelo, donde me noto las piernas temblorosas.

Salimos de la ducha y nos secamos. Cuando me dispongo a ponerme una bata, me coge de la mano y me lleva a la cama. La abre.

—Acuéstate.

—Creía que íbamos a salir.

—Saldremos. Luego.

—Vale... —Me meto en la cama y él lo hace después de mí. Nos abrazamos en el centro, hechos un ovillo, una deliciosa costumbre que ya ha pasado a formar parte de mi rutina cotidiana. No recuerdo cómo era la vida antes de dormir en sus brazos todas las noches. Pero ahora no estamos dormidos y, a juzgar por el fuego que veo en los ojos, tampoco vamos a salir en un buen rato —. Dime. Quiero saber lo que has soñado.

—Estamos en el club. Llevamos semanas preparándonos para este

momento. Todo el mundo ha venido a mirarnos. Tú estás inclinada sobre el banco de azotes y yo te he dado con la pala. Tienes el culo irritado y enrojecido y el coño tan empapado que tienes los muslos mojados.

Me retuerzo para pegarme más a él. Aunque no hace ni diez minutos que se ha corrido, ya vuelve a tenerla dura. Me agarra el culo con la mano para apretujarme contra él y me mete el dedo entre las nalgas.

—Llevas el tapón anal más grande que tengo y me ha costado bastante

metértelo. Te digo que mi polla es mucho más grande y te pones a temblar. Tiembles de la cabeza a los pies, y ni siquiera he hecho vibrar el tapón.

Me pasa el dedo por la entrepierna mojada, y ardo de deseo cuando me aprieta el ano de forma provocadora.

—¿Quieres que siga contándote?

Tengo la boca tan seca que asiento para responder.

—Necesito oírtelo decir.

—Quie... quiero que sigas contándome. Quiero que me lo cuentes todo.

Su grave gruñido me pone a mil. Saber que dejarle contarme sus fantasías le pone a mil, me excita de una forma increíble.

—En mi sueño, me doy cuenta de que estás asustada. Quiero que no tengas miedo, enseñarte lo increíble que puede ser que me cedas el control, que pongas tu placer en mis manos. Te pregunto si quieres parar y te recuerdo la palabra de seguridad. Temes que te duela, y yo te digo que te dolerá, pero solo un momento. Luego te gustará. Te encantará.

Me mete más el dedo, y eso me tensa,

me excita y me impacienta, todo a la vez. Sigo sin creerme que me guste tanto que me toque ahí. Ardo cada vez que lo hace.

—Te prometo el orgasmo más intenso de tu vida.

Tiemblo de solo pensarlo. ¿Más intenso que los que ya he tenido con él?

—Antes, tengo que sacarte el tapón, y me cuesta tanto como me ha costado meterlo. Por supuesto, me tomo mi tiempo y preparo el terreno hasta que prácticamente me suplicas que te lo

saque. Dime qué quieres, cariño. Quiero oírtelo decir.

—Quiero... Que me folles por el culo.

—Joder, me pone a mil. Oírtelo decir... Dios santo, Nat...

Me mete más el dedo y me aprieto contra él porque quiero más. Me levanta la pierna y la pasa por encima de su cadera. Me penetra, solo a medias, mientras sigue estimulándome con el dedo. Si hablar de ello es así de intenso, no me puedo imaginar cómo será hacerlo de verdad.

—Por fin te saco el tapón, pongo rápidamente lubricante en los dos y empiezo a empujar, pero te entra pánico. Me dices que es demasiado grande. Por supuesto, eso me la pone más grande.

Pese al ataque a mis sentidos, me río.

—Me haces reír cuando te pregunto si estás lista para más y tú preguntas cómo es posible que haya más. Pero tú no ves lo que yo veo, que no hemos hecho sino empezar. Intento darte otra cosa en la que pensar jugueteando con tu clítoris y tus pezones, y cuando te distraes, puedo metértela un poco más.

Gimo solo de pensar qué sentiré.

—Dios mío, Nat, estás excitadísima.

Noto cómo se te contraen los músculos alrededor de mi dedo.

Y, efectivamente, se le pone tan dura dentro de mí que casi me duele de lo mucho que me ha ensanchado.

—Tú dices «¡Hostia!». Es la primera vez que te oigo decir esa palabra sin que yo te lo ordene. Me pone muchísimo que la digas cuando estoy follándote por detrás. Te pregunto si aún te duele y dices, «No tanto». Pero no lo encuentras placentero todavía. Estoy decidido a

hacerte gozar. Te pido que te relajes y tú replicas, «Intenta relajarte cuando tienes una polla gigantesca metida en el culo». Me haces reír, aunque esté intentando concentrarme y conseguir que esto te haga disfrutar.

Saca el dedo y vuelve a metérmelo. Esta vez, lo acompaña un segundo dedo.

—Empiezo a entrar y salir con pequeños empujones hasta que tengo la certeza de que estás lista para que te quepa el resto. Gritas cuando te la meto entera, incluida la parte más ancha. Te follo despacio, con delicadeza, y los

sonidos que haces ... Dios, estoy como loco, sabiendo que por fin lo disfrutas. Te toco el clítoris... Hazlo. Tócate.

No lo he hecho nunca, pero tengo tantas ganas de correrme que no vacilo en bajar la mano hasta la parte de mi cuerpo que está ensanchada por su polla. No me puedo creer que esté tan mojada. Me acaricio el duro clítoris y grito cuando el placer me irradia a todo el cuerpo. Tengo los sentidos a flor de piel y estoy más que lista para correrme.

—Flynn...

—¿Quién soy yo en esta escena?

—Señor... Por favor... Deme permiso para correrme.

—Aún no hemos terminado.

Mi respuesta es un gemido. ¿Cómo puede haber más?

—Te follo hasta que ya no puedo contenerme. Necesito que te corras para poder correrme también yo. Córrete para mí, Nat.

Me aprieto el clítoris mientras él me mete aún más los dos dedos y la polla. El orgasmo me azota como un tsunami y grito por su intensidad. Es, sin lugar a

dudas, el más fuerte que he tenido hasta ahora, y eso es mucho decir.

Flynn también gime al correrse.

—Joder mierda, Nat. Ha sido increíble y me ha puesto a mil.

—Quiero hacerlo. Lo que has descrito... lo quiero, Flynn.

Se estremece de la cabeza a los pies.

—Tenemos que prepararte.

—Vale.

—¿Llevarás un tapón anal esta noche?

—Sí.

—¿No tienes dudas?

—Ninguna.

—Me parece un sueño, poder compartir esto contigo, Nat... ni siquiera soy capaz de expresar con palabras lo que significa para mí.

—Quiero compartirlo todo contigo.

—Los tapones están abajo. ¿Me acompañas?

—Sí. Vamos.

Flynn

Su entusiasmo es un afrodisíaco increíble. La he poseído dos veces en una hora y ya estoy listo para repetir.

Paso un momento por el baño para limpiarme y voy a la cocina a por la llave de la habitación del sótano. No me puedo creer que esté a punto de mostrar a Natalie, mi mujer y el amor de mi vida, mi mundo más íntimo.

Es un sueño hecho realidad. Ella es un sueño hecho realidad.

Aún estamos desnudos cuando Natalie me sigue abajo y se queda de pie en el centro de la espaciosa habitación, mirándolo todo. Tiene los pezones tiesos y las manos entrelazadas mientras pasea la mirada despacio por los accesorios

de la pared, el banco de azotes, la cruz y las cuerdas colgadas del techo.

—¿Para qué son? —pregunta, señalándolas.

—Suspensión y bondage. Mucho de lo que tengo aquí abajo requiere ataduras bastante fuertes para que sea seguro, así que no pasaremos mucho tiempo aquí. Por ejemplo, no puedo jugar contigo en la cruz a menos que sepa que estás atada de forma segura.

—A lo mejor me apetece probarlo. Algún día.

Me encojo de hombros.

—Si pasa, estupendo. Si no, tranquila.

—¿Qué es eso? —pregunta, señalando uno de los muebles.

—Es un sillón tántrico. Permite muchas posturas interesantes. Penetración profunda.

—¿Podríamos probarlo en algún momento?

—Por supuesto.

Voy al armario y saco el tapón anal más grande que tengo.

—Ven aquí. —Le señalo el banco de azotes y le indico dónde colocar las rodillas y los codos para que esté en la

postura correcta. Abro un frasco de lubricante que se calienta al entrar en contacto con la piel, y los preparo a ella y al tapón.

—¿Lista?

—Sí.

—¿Te acuerdas de tu palabra de seguridad?

—Siempre.

—Coge las asas de cuero. Viene bien agarrarse a algo.

Natalie sigue mis instrucciones y empiezo a introducirle el tapón muy despacio, para que le dé tiempo a

adaptarse. No quiero quitarle las ganas antes de empezar.

—¿Cómo lo notas? —pregunto.

—Grande. Duele.

—Lo sé, cariño. Tú solo respira y sigue empujando contra él.

Tardo unos diez minutos en insertárselo. Natalie está sudando y tiene la espalda y el culo teñidos de un cálido color rosado. Me muerdo de ganas de verle la cara, de modo que la ayudo a levantarse y la abrazo.

Tiene los ojos cerrados, los labios entreabiertos y la cara tan enrojecida

como el cuerpo. Es la cosa más sexy que he visto nunca.

—Háblame.

—Hmmm.

—Eso no es una palabra.

Apoya la cara en mi cuello.

—Mmmm.

—Eso tampoco es una palabra.

Quiero palabras, Nat.

—Siento el cuerpo como si fuera una enorme terminación nerviosa. Me arde por todas partes, y tengo la sensación de que podría correrme con un simple soplido en el clítoris.

—Puedo hacerlo. Puedo soplarle en la parte del cuerpo que tú quieras.

Sonríe, con expresión angelical y relajada pese a lo que acabamos de hacer.

—Tenemos que irnos. Tus amigos nos esperan.

No puedo creer que se me haya olvidado por completo que vamos a ir al club.

—Podemos dejarlo para otra noche si prefieres quedarte en casa.

—Quiero ir. Quiero verlo y entenderlo.

—De acuerdo entonces. Creo que antes necesitamos otra ducha.

—Desde luego.

Salimos de casa tres cuartos de hora después. Nat se ha puesto una ceñida camiseta con los hombros al descubierto y un pantalón negro que le acentúa las curvas. Unas sandalias de tacón completan su seductor conjunto. Su cabello es una maraña de rizos y se ha maquillado mucho los ojos para resaltar su color verde. Se ha puesto los

pendientes y la pulsera de diamantes que le regalé. Me encanta que lleve las joyas que le he regalado, sobre todo los dos anillos de diamantes que luce en el dedo anular izquierdo.

Por un lado no me apetece ir al club, porque no quiero que nadie, ni siquiera mis mejores amigos, vea a mi mujer con este aspecto tan arrebatador. Saber que debajo de su sexy conjunto lleva mi tapón anal no hace sino aumentar mi excitación.

—¿Qué pasa? —me pregunta de camino en el Aston Martin Vanquish.

—Nada. ¿Qué podría pasar?

—No sé, pero no has dicho una palabra desde que salimos y tú no eres así.

Le cojo la mano.

—No me pasa nada, nena. Por primera vez en mi vida, todo está perfecto.

—Entonces, ¿qué te ronda por la cabeza?

—¿Sinceramente?

—Claro.

Saco el aire con fuerza.

—No quiero que mis amigos te vean

así de atractiva.

Se mira la ropa.

—¿Tendría que haberme puesto otra ropa?

—No, cariño. Estás preciosa, y sexy. Muy sexy.

—Vamos a un club donde se practica sexo, Flynn. Pensaba que había que ir sexy.

—Así es.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—No quiero que otros hombres te miren.

—Pero quieres hacerlo conmigo en

público.

—Para mí tampoco tiene sentido. —
Agarro el volante con fuerza y los nudillos se me ponen blancos—. Puede que ya no me gusten las mismas cosas. Ahora es distinto.

—¿El qué?

—Todo. Nunca he tenido problema en montármelo con otras mujeres en el club, pero hacerlo contigo... Delante de la gente... Es distinto. Tú eres distinta. Nosotros somos distintos.

—Me has dicho que hay otras

maneras de disfrutar del club aparte de hacerlo en público, ¿no?

—Hay montones de maneras, incluido el sexo. Disponemos de salas privadas.

—¿Son como la habitación de tu casa?

—Algunas. Otras son más como habitaciones de hotel con accesorios.

—Con accesorios —repite, entre risas—. ¿Como un servicio de habitaciones para pervertidos?

—Algo por el estilo —respondo con una sonrisa.

—Haremos lo que has dicho: iremos

viendo qué nos va bien a los dos. Que hayas hecho algo antes no significa que quieras hacerlo ahora. A lo mejor solo lo hacías para desahogarte y estar listo para mí.

—Es muy posible. —La miro con el rabillo del ojo antes de volver a concentrarme en la carretera—. Es estupendo poder tener estas conversaciones, no tener que ocultarte este lado mío. Me sabe mal cómo te enteraste, pero me encanta que lo sepas.

—También a mí. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido... —Niega

con la cabeza, incapaz de describirlo—. Odiaría perderme la oportunidad de conocerte de esta manera.

Su aceptación, confianza y amor me honran. No alcanzo a entender qué he hecho para merecer el amor de una mujer tan increíble, pero haré todo lo necesario para asegurarme de ser siempre digno de ella.

Llegamos al edificio de Quantum y, a juzgar por los coches del aparcamiento, el ambiente está animado.

—¿Estás lista?

—Lo estoy.

—Vamos entonces.

La cojo de la mano y coloco la palma en el escáner para acceder al edificio y al ascensor que baja al sótano. Las puertas se abren y entro en el club con mi bella y sumisa esposa.

14

Natalie

No estoy segura de qué me esperaba,
pero no imaginaba que fuera un club

nocturno. Personas atractivas y refinadas ataviadas con vestidos de noche y trajes, otras enfundadas en elegante ropa de cuero, unos pocos hombres con el torso desnudo, y todos con una bebida en la mano. Hay una concurrida pista de baile y una barra atestada de gente, además de mesas altas para estar de pie y reservados. Los tonos graves de la música resuenan por todo el club y se mezclan con el murmullo de las conversaciones. Ese retumbar me recuerda el ritmo pulsátil del deseo que he experimentado con Flynn y mi cuerpo

reacciona al familiar sonido mientras los músculos se me contraen alrededor del tapón anal.

Lo único que distingue este club de otros que he visitado son los escenarios dispuestos en diversos puntos del recinto, las cruces, los bancos y otros accesorios que lo definen con un club que no tiene nada de convencional. Aún es temprano, o eso me dice Flynn cuando, sin soltarme la mano, me conduce a la barra. Todos se alegran de verlo y varias personas me saludan por mi nombre, aunque yo no las reconozco.

Todos saben quién soy, algo que me sigue extrañando incluso después de tantas semanas.

Oigo un grito a mi izquierda y Marlowe se abalanza sobre mí para abrazarme.

—Me alegro muchísimo de verte aquí, amiga mía.

—Gracias, Mo. Y yo me alegro de haber venido.

—¡Estás increíble!

—Marlowe Sloane piensa que estoy increíble. Pellizcadme, por favor.

—Le dejaré los pellizcos a tu

atractivo amo. Pero, en serio, me entusiasma verte aquí, saber que has aceptado esta parte de él. Es una pasada.

—Han sido dos semanas muy interesantes.

—Me lo imagino. Ya sabes que puedes hablar conmigo siempre que quieras, por si te hace falta otra opinión.

—Te lo agradezco mucho. De momento, Flynn y yo conversamos bastante. Le encanta hablar.

Su risa lasciva me indica que sabe a qué me refiero.

—De eso me acuerdo. No estuvimos

mucho tiempo juntos, pero es una de las cosas que recuerdo.

Me siento como si me hubieran aturdido con una pistola paralizante. ¿No me había dicho Flynn que Mo y él solo eran amigos? ¿Cuántas veces he pensado en la estupenda pareja que habrían hecho?

—En fin, ¿habéis venido a mirar o a jugar?

—A mirar.

—Es posible que luego haga una escena con mi nuevo sumiso. —Me guiña el ojo y añade—: Es joven y tiene

una buena tranca, como a mí me gustan. Espero que aún estés por aquí para vernos.

—No me lo perdería después de esa presentación.

Aunque sigo aturdida por lo que acaba de revelarme, no puedo evitar reírme. Lo que hubiera entre Flynn y ella es agua pasada, pero se lo preguntaré a mi marido en cuanto tenga ocasión.

—Ya veremos si aparece. Creo que me tiene miedo.

Flynn me conduce a una mesa apartada del barullo y me da una copa

de vino. Él lleva un vaso de Bowmore, a juzgar por el color de la bebida.

—Saboréalo. Solo podemos tomar dos copas.

—¿Y eso?

—Queremos que todo el mundo tenga la cabeza clara por si se decide a participar en cualquiera de las actividades. Nadie puede emborracharse aquí. —Me mira con dulzura, pero serio—. En un entorno donde priman la seguridad, el sentido común y el consentimiento, no hay sitio para las borracheras.

—Tiene sentido.

Nos interrumpe la llegada de una mujer alta y despampanante que reconozco al momento como Cresley Dane, la supermodelo.

—¿Es esta la famosa Natalie que ha acaparado a nuestro amigo Flynn de una forma tan espectacular? —pregunta, sonriéndome a mí y abrazando a Flynn.

—Cresley, te presento a mi mujer, Natalie.

Me sorprende cuando también me abraza a mí.

—Es un gran placer conocerte. Soy

una admiradora tuya.

—Oh. Gracias. Es todo un cumplido.

Igualmente.

Hayden se une a nosotros y rodea por la cintura a Cresley, que se recuesta en él.

—Me alegro de verte por aquí, Natalie —saluda.

—Y yo me alegro de haber venido.

—¿Estás lista? —le pregunta a Cresley, que asiente.

—Pues vamos.

—¿Nos vemos luego? —nos pregunta Cresley.

—Aquí estaremos —responde Flynn—. A lo mejor hasta miramos.

—Bien —contesta la modelo con una sonrisa antes de permitir que Hayden se la lleve.

—¿Adónde van?

—A la mazmorra.

Me sorprende la congoja que, de repente, me encoge el corazón al saber que Hayden va a tener relaciones sexuales con Cresley cuando salta a la vista que está enamorado de Addie.

—¿Qué harán aparte de lo evidente?

—Hayden practica el Kinbaku, el arte

japonés del bondage.

—¿Qué significa bondage?

—Atar con cuerdas. Es una práctica compleja cuyo objetivo es estimular todas las zonas erógenas.

—¿Puedo verlo?

—Claro, podemos entrar más tarde. Van a pasarse horas ahí dentro. —Me mira con esa intensidad tan suya—. ¿En qué piensas?

—¿Cómo puede pasarse horas montándose con Cresley cuando está tan colgado de Addie?

Flynn saca el aire con fuerza.

—Para Hayden es complicado. Addie y él son íntimos amigos y no está dispuesto a poner en peligro su amistad exponiéndola a esto. Si Addie lo rechazara, y le rechazara a él como Valerie hizo conmigo, nunca lo superaría.

—Así que ni siquiera lo intenta.

El difícil dilema de Hayden me entristece.

—Sí. Lo hemos hablado unas cuantas veces, pero él no da su brazo a torcer.

—Me da pena.

—En eso estamos de acuerdo. Creo

que debería confiar más en Addie.

—¿Crees que le molestaría enterarse de esto? ¿De que estáis todos metidos sin que ella lo sepa?

—No tengo ni idea, pero no es algo que vayamos diciendo por ahí. Aparte de ti y mis socios de Quantum, mis padres, mis hermanas y Addie son las personas a las que más quiero, y ninguno lo sabe.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Lo que quieras.

—¿Pensabas contarme en algún

momento que Marlowe y tú estuvisteis juntos?

—Ya te lo conté.

—No, no lo hiciste. Me lo ha contado ella. Ha dado por sentado que ya lo sabía.

—Oh. Mierda. ¿Estás cabreada? Fue hace años, antes de que me casara con Val. Y duró muy poco. Enseguida descubrimos que nos entendíamos mucho mejor como amigos que como amantes.

Señalo el club con un gesto de la mano.

—¿Hiciste esto con ella?

—Algo sí. En esa época éramos novatos, estábamos aprendiendo. De vez en cuando practicábamos entre nosotros. ¿Te incomoda saberlo?

—De hecho, no. Como has dicho, fue hace mucho tiempo, y sé que antes de mí tenías una vida. Muy ajetreada, por cierto.

Se parte de risa y me toca la nariz.

—Muy graciosa.

—Pues sí. ¿Y Cresley?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Has estado también con ella?

—Sí, pero en un trío con Hayden.

Tomo un sorbo de vino para armarme de valor. Eso es lo que me pasa por preguntar, que descubro la cruda verdad.

—Es muy guapa.

—Sí, lo es, pero no es Natalie Godfrey.

—Exacto —digo, entre risas—. Es una supermodelo, joder.

—¿Has echado un vistazo al montón de propuestas de Danielle que he dejado en la cocina?

—¿Qué pasa con ellas?

—Hay unas diez ofertas de algunas de

las principales agencias de modelos del país, así como de empresas de cosmética, casas de alta costura y agencias de publicidad, y a todas se les cae la baba con la posibilidad de que Natalie Godfrey represente sus productos.

—No es verdad.

—¡Sí que lo es! Te dije que echaras un vistazo a las cosas que te dejé.

—Pensaba que te referías a los resultados de mis pruebas.

—Había más cosas. ¿He mencionado también el interés de los directores de

casting? Desde los Globos de Oro, también están bombardeando a Danielle.

—Esto es de locos. ¿Qué sé yo de todo eso?

—Tal vez nada, pero reconocen la belleza en estado puro cuando la ven. — Me besa—. Y yo también.

—No me interesa nada de eso. Quiero trabajar en la fundación y estar contigo. De momento, es lo único que quiero.

—Entonces, es lo único que necesitas hacer. Pero debes saber que el mundo entero está interesado en ti.

—El mundo entero me da igual. Lo

único que me importa es que tú estés interesado en mí.

Me pasa el brazo por delante y me pega a él de espaldas para que note su erección.

—Estoy muy interesado.

—Eso es lo único que importa.

En cuanto termino la frase, el tapón anal empieza a vibrar. Es una suerte que me esté sujetando tan fuerte o me habría caído al suelo con los tacones de diez centímetros que llevo.

Se aprieta contra mi culo y gruñe al notar la vibración en la polla.

—Estás montando una escena —
murmuro cuando me doy cuenta de que
la gente nos mira.

—Es lo que hacemos aquí. —Me besa
en el cuello y continúa restregándose
contra mí. Comienza a bajar la mano que
tiene contra mi vientre, con los dedos
separados—. Escenas.

—Flynn...

—Calla, nadie ve lo que hacemos.
Parece que solo estemos charlando.

La mesa alta casi me llega a las
costillas y oculta la mitad inferior de mi
cuerpo. Sospecho que ese es su otro

propósito. Flynn baja el dedo corazón, me separa las piernas y me aprieta el clítoris a través del pantalón. Sofoco un grito del placer que me recorre el cuerpo.

—No podemos hacer esto aquí.

—No hacemos nada.

—Me estás tocando.

—Eres mi mujer. Es normal que te toque.

—Flynn...

—¿Cómo me llamo aquí?

Oh, Dios mío.

—Señor...

—Exacto. ¿Y cuál es tu palabra de seguridad?

—Fluff.

—Utilízala si lo necesitas; de lo contrario, espero que recuerdes las reglas.

Acaba de cambiarlas, pero sé qué está haciendo. Me está mostrando lo increíblemente excitante que puede ser sentir deseo en un lugar lleno de personas, la mayoría de las cuales no está prestándonos atención. Pero hay unas cuantas que no nos quitan ojo y

sospecho que saben exactamente qué me está haciendo.

La vibración del tapón aumenta en intensidad y me agarro al canto de la mesa.

—Suelta la mesa, Nat. Yo te sostengo.

Su voz es un ardoroso susurro. Me está pidiendo que confíe en que él sabe lo que es mejor para mí.

Me obligo a sujetar la mesa con menos fuerza.

—Entrelaza las manos y ponlas sobre la mesa.

Cuando junto las palmas, me doy

cuenta de que las tengo sudorosas. En cuanto apoyo las manos donde él puede verlas, empieza a restregarse contra mí mientras me estimula el clítoris con el dedo a través de la ropa. En menos de un minuto, ya estoy a punto de correrme.

Entrelazo las manos con más fuerza. No puedo correrme aquí, delante de tanta gente. No puedo. No lo haré.

—Flynn...

—Llámame otra vez así y te ganarás un castigo en casa.

—Señor... Por favor... No me haga esto aquí.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad?

Si la digo, aunque sea para responder su pregunta, parará. ¿Es eso lo que quiero cuando estoy a punto de estallar? Esto es de locos. Es la mayor locura que he hecho nunca. El corazón me late tan fuerte que temo que vaya a reventarme y los pulmones parecen haberseme encogido. Me siento como si estuviera hiperventilando.

—¿Natalie?

Mantengo un obstinado silencio. Si él desea esto, se lo daré, aunque no fuera mi intención.

Bajo la cabeza. Utilizo el cabello como pantalla para que nadie me vea perder el control.

—Apoya la cabeza en mi hombro.

Quiero protestar por la vergüenza y exasperación que siento. Por supuesto, sabe que intentaba esconderme. Soy su esclava, así que obedezco y apoyo la cabeza en su hombro.

—No te avergüences nunca de recibir placer.

—Te dije que no quería hacerlo en público.

Me roza el clítoris con el dedo

mientras restriega la polla contra el tapón anal.

—Tú sabes cómo pararlo.

No estoy segura de qué me impulsa a hacerlo, si es por dónde estamos o si lo estoy poniendo a prueba, pero la palabra asoma a mis labios.

—Fluff.

Flynn se separa de mí al instante y el tapón anal deja de vibrar. El brazo con el que me agarra por la cintura es lo único que me salva de caer al suelo cuando las piernas me fallan.

—Muy bien, amor mío.

—¿Me estabas poniendo a prueba?

—Más o menos. —Pega los labios a mi cuello—. Quiero que siempre recuerdes que tienes todo el poder. Tú dices sí, tú dices no, tú dices aquí no, tú dices eso no. Está todo en tu mano.

—Me has dejado a mil.

—Ha sido tu decisión, no la mía.

—¿Cuál es la palabra para «sigue con lo que estabas haciendo»?

—No hay una palabra para eso, pero si quisieras seguir con esto en privado y terminar lo que hemos empezado, podría arreglarlo.

Estoy a punto de aceptar su oferta cuando veo a Kristian conduciendo a una mujer desnuda a una de las cruces. Va enfundado en un pantalón de cuero y lleva el musculoso pecho, la espalda y los brazos al descubierto. Tengo el impulso de mirar a otra parte para respetar la intimidad del amigo de Flynn. Pero no hemos venido a eso. Hemos venido a mirar, lo que es a la vez excitante y embarazoso. Estoy deseando ver qué sucederá, pero, al mismo tiempo, me avergüenza.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunta

Flynn con los labios pegados a mi oído.

—¿Podríamos hacerlo en privado después de ver lo que Kristian está a punto de hacer?

—Sí. ¿Quieres que vaya explicándote lo que pasa?

Sin aliento, excitada y picada por la curiosidad, asiento.

—Se llama «cruz de san Andrés» por la *crux decussata*, o cruz diagonal, en la que se supone que martirizaron a san Andrés. Los sumisos pueden atarse a ella de cara o de espaldas y algunas de

las cruces giran, con lo que es posible ponerlos cabeza abajo.

—No creo que eso me gustara —comento.

—Ni a mí. Me marearía. Si se ata a los sumisos mirando hacia delante con la espalda pegada a la cruz, como va a hacer Kristian con su sumisa, el propósito es excitarlos y seducirlos poco a poco.

—¿Qué pasa si los atan mirando hacia el otro lado? —pregunto.

—Eso es para flagelarlos o azotarlos. Me estremezco solo de pensar en que

me den latigazos.

—No te preocupes, cariño. Eso no es negociable para ninguno de los dos. Los latigazos no me parecen divertidos ni excitantes, aunque a mucha gente le ponen.

—¿Cómo puede excitarles esa clase de dolor?

—Hay personas que se excitan con el dolor y con la humillación.

—Me suena su cara —murmuro, refiriéndome a la esclava de Kristian.

—Ha salido en la tele.

Nombra una conocida comedia de

situación y me deja con la boca abierta. ¡Por supuesto! De eso me suena. Es alta y curvilínea, con una larga cabellera pelirroja y unos pechos grandes que parecen suyos, aunque tampoco sabría distinguirlos de unos rellenos de silicona. Como no hay pregunta que no pueda hacer, se la planteo a Flynn.

—Sí, son suyos.

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor, amor mío. Me he criado en Los Ángeles. A los ocho años ya sabía distinguir unas tetas falsas de unas de verdad.

—¿Por qué no me sorprende? ¿Y cómo se distinguen?

—Las de verdad —responde, cogiéndome las mías con sus grandes manos— se mueven como es debido. Son más blandas, más flexibles. Las falsas son más duras, están más juntas y no se mueven con naturalidad.

Mientras habla, me toca los pechos para que sepa a qué se refiere.

Suelto el aire contenido. Siempre me electrizo cuando me toca, pero aquí, en público, aún lo hago más.

—Es bueno saberlo.

Kristian venda los ojos a su esclava y la ata a la cruz por las muñecas, los tobillos y la cintura. Estamos lejos y no oigo lo que le dice, pero no deja de hablarle mientras la prepara para la escena. Ella tiene las mejillas arreboladas, como si estuviera nerviosa o excitada, o quizá ambas cosas. Tiene las piernas separadas y veo que va completamente depilada.

Kristian le estimula los pezones con las manos y la boca hasta dejárselos duros y enrojecidos. Luego, le coloca algo en cada pezón que la hace gritar.

—Pinzas —dice Flynn detrás de mí —. Están unidas por una cadena. ¿Ves la tercera, la que cuelga de la cadena?

Asiento.

—Mira lo que hace con esa.

No puedo dejar de mirar cuando Kristian le acaricia la entrepierna antes de colocarle la tercera pinza metálica en el clítoris, lo que la hace gritar y forcejear para desatarse. Una corriente eléctrica me atraviesa solo de imaginar qué debe de sentirse y me enciende todo el cuerpo.

—¿Eso no duele muchísimo?

—Durante un instante sí, pero es tremendamente placentero, o eso me han dicho. ¿Quieres probarlo alguna vez?

—No lo sé. No estoy segura de que me guste.

—¿Te acuerdas de lo que dijimos? Probarlo todo una vez, dos si nos gusta.

—Me pasa el dedo por el brazo y me estremezco, lo que me demuestra que solo soy una gigantesca terminación nerviosa.

—¿Tienen pinzas para penes? Porque si vamos a probarlo todo una vez...

Su risa grave me hace sonreír.

—Descarada. Hay anillos. Podemos probarlos.

—Lo estoy deseando.

Me abraza con más fuerza.

—Te quiero con locura, Nat. Que estés aquí conmigo, haciéndome preguntas y dispuesta a explorar este mundo conmigo... Es imposible que sepas lo que significa ser yo mismo, del todo, contigo.

Le aprieto el brazo con el que me tiene rodeada. Me encanta hacerle feliz, es algo muy importante para mí.

Kristian estimula a su sumisa con

plumas hasta que ella empieza a retorcerse en la cruz y suplica que le dé permiso para correrse con cada movimiento de su cuerpo. Pero, al parecer, Kristian no tiene ninguna prisa. Coge un gran vibrador rosa de la mesa donde ha dispuesto sus accesorios y, después de aplicarle lubricante, la estimula con él y se lo inserta. Se lo mete y saca y luego le suelta las pinzas, una a una. Ella se corre con gritos que resuenan por el club y yo los oigo con una claridad diáfana, pese a las voces y la fuerte música.

Ver cómo se ha desarrollado la escena ha vuelto a ponerme a punto de caramelo y tiemblo de arriba abajo por la necesidad de un orgasmo.

—¿Has dicho algo de hacerlo en privado?

—¿Está mi nena excitada e impaciente?

—Puede que un poco.

Me coge de la mano y nos adentramos en el club.

—Tenemos que hacer una parada más antes de buscar un sitio íntimo.

Contengo un gemido solo de pensar en

que voy a tener que seguir esperando para correrme. Estar aquí, ver la escena de Kristian, permitir que Flynn me toque en público... Estoy ardiendo por dentro. Tengo la piel tirante y encendida, la entrepierna me late en sincronía con el corazón y quiero agarrar a Flynn y arrastrarlo al primer rincón oscuro que encuentre.

Pone la mano sobre un dispositivo de la pared y se abre una puerta corredera.

—¿Qué es esto?

—Es la mazmorra. Solo nosotros cinco tenemos acceso a ella.

La palabra «mazmorra» me dispara los sentidos ya enardecidos mientras intento imaginar qué sucede aquí. Lo veo en cuanto entramos en la enorme sala que vibra con música puesta a todo volumen... Cresley está colgada del techo. Hayden le ha enrollado el cuerpo con cuerda de color natural formando un complejo dibujo de una extraña belleza. Las intrincadas ligaduras quedan sujetas por un único nudo que está justo por encima de su clítoris, que tiene pellizcado con una pinza, al igual que los pezones.

Cuando Hayden la hace girar, me fijo en que lleva tapones en el ano y la vagina. ¿Qué debe de sentirse al ponerse totalmente en manos de otro ser humano, al confiar tanto en él sin tener una relación de compromiso? Mientras lo pienso, mi tapón comienza a vibrar.

El brazo con el que Flynn me coge por la cintura impide que pierda el equilibrio.

—Habla conmigo, cariño —me susurra al oído en voz ronca—. Dime qué piensas.

—¿Por qué le gusta a ella? Es una

mujer con éxito y poder. ¿Qué la induce a querer que la dominen de una forma tan completa?

—Tener tanto éxito y poder es la razón por la que le gusta ceder el mando a otra persona durante unas horas. La aleja de todas sus responsabilidades y le da una clase de libertad que no encuentra en otro sitio.

—Yo...

—Ojalá pudiera meterme en tu cabeza ahora mismo para saber todo lo que piensas.

Pongo la mano sobre su brazo,

dispuesta a no ocultarle nada.

—Me pregunto qué debe de sentir cediendo esa clase de control a una persona que no quiere.

—Ella quiere a Hayden. Son viejos amigos, y la amistad da confianza.

—Aun así, hacer eso con un hombre del que no está enamorada... Hay que tener...

—¿Pelotas?

—Sí —respondo con una risa nerviosa—, eso seguro.

—Es una forma de relajación para los dos.

—Relajación... Um, de acuerdo.

Yo estaría todo menos relajada en la postura de Cresley.

—No, en serio, mírala. Mírala bien.

Cresley tiene los ojos cerrados, las facciones relajadas, los labios entreabiertos, y parece estar flotando por encima de la mazmorra en lo que, ahora que la miro con más atención, es un estado de pura felicidad.

—Lo llamamos subespacio. Es cuando un sumiso alcanza un punto de confianza plena y sumisión completa. En

este momento, ella confía plenamente en su amo. Se entrega a él por completo.

—¿Les importa que estemos aquí?

—No, cariño, les encanta que los miren. A casi todos nos encanta. Es parte de la emoción.

Me lleva a un sofá de un rincón oscuro que yo no había visto, me sienta delante de él, entre sus piernas separadas, y me rodea con los brazos.

—¿Lo harán?

—Probablemente. Suelen hacerlo. El coito como tal solo está permitido en la

mazmorra y en las salas privadas, pero no arriba, en la sala principal.

Como quiere saber todo lo que pienso, añado:

—No estoy segura de cómo llevaré ver a Hayden aquí, montandoselo con Cresley, y luego verlo mañana en la fiesta.

—¿Quieres que salgamos antes que ellos?

Me debato entre las ganas de ver la escena hasta el final y no querer ver cómo Hayden se lo monta con Cresley. Pero soy incapaz de apartar la mirada.

—Podemos quedarnos.

La escena avanza despacio. No tengo la menor idea de si ha pasado media hora o han pasado dos, tan fascinada como estoy por lo que sucede entre ellos.

Flynn tiene la polla apretada contra mi culo, el tapón anal en marcha y la mano plana en mi vientre. Estoy a punto de suplicarle que me toque cuando me desabrocha el botón del pantalón.

De inmediato, siento pánico, excitación y más deseo que en toda mi vida.

Me baja la cremallera despacio, pero sin detenerse, como si estuviera dándome la oportunidad de pararle. Pero si algo no quiero hacer es que interrumpa lo que ha comenzado. Levanto las caderas para pegarlas a su mano y le animo a tocarme antes de que el deseo me consuma.

Al otro lado de la mazmorra, veo que Hayden extrae el consolador de la vagina de Cresley. Se baja el pantalón y pienso en apartar la mirada, pero no lo hago. Miro cuando balancea el cuerpo

de Cresley hacia él y se la clava hasta el fondo. El impacto la hace gritar.

Flynn me mete la mano por debajo del pantalón, que de pronto parece diez tallas más pequeño. Quiero quitármelo para que tenga más espacio de maniobra. Me he depilado por completo hace un rato, de modo que tengo la piel ultrasensible. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo parecen haber confluído en un punto para irse juntas de fiesta. Bastaría con que me rozara el clítoris con el dedo para que tuviera el orgasmo del siglo. Por supuesto, él debe

de saberlo, porque me acaricia en todas partes salvo en la que más lo necesito.

—Estás empapada, cariño —susurra mientras me mete los dedos.

—Flynn... No me atormentes.

—¿Quién soy aquí?

—S...señor. Por favor...

Abro los ojos y veo a Hayden embistiendo a Cresley. No tenía intención de mirar, pero no puedo despegar los ojos de ellos.

—¿Te gusta mirarlos, Nat?

El susurro de su aliento en mi oído me atraviesa como una oleada de

sensaciones. Levanto las caderas en un intento de obligarle a mover los dedos, pero no se da por aludido.

—¿Natalie? Responde.

—Sí, me gusta. Me gusta mirar.

Decirlo en voz alta, reconocerlo, es como echar gas al fuego incontrolado que me arde en las entrañas.

—Mmm, se nota.

Me deja los dedos dentro y los mueve al ritmo de los apremiantes latidos que me repercuten en todo el cuerpo.

—Hayden puede seguir haciéndolo durante horas. Yo también.

—No... —gimoteo.

—No, ¿qué?

—Señor. No, señor.

—¿Me estás diciendo que no a mí,
Natalie?

—Se lo suplico, señor. Por favor,
deme permiso para correrme.

Flynn gradúa al máximo la vibración del tapón anal y grito antes de poder recordar dónde estoy o pensar que podría molestar a los otros. Pero ellos están tan absortos en lo que hacen que ni siquiera se dan cuenta.

—No puedo... Tengo que...

Flynn encuentra un punto muy dentro de mí que desencadena el orgasmo de dimensiones épicas que ya lleva un buen rato gestándose. Mientras me azotan oleadas de un placer casi insoportable, me doy cuenta de que no me ha dado permiso para correrme. Pensar en el castigo que recibiré me provoca un segundo orgasmo menos intenso.

—Sé de una que está metida en un buen lío —susurra Flynn mientras me devuelve lentamente a la realidad, graduando la vibración casi al mínimo. Sigue con los dedos metidos en mi

vagina, tocándome el punto que me ha hecho estallar. Si continúa apretando, volveré a correrme, lo que estoy segura que ya sabe.

—Señor...

—Sí, ¿Natalie?

—Por favor, lléveme a casa ahora.

—Como quieras, amor mío.

15

Flynn

Jamás había experimentado nada tan
excitante como las reacciones de Natalie

al club y a las escenas que hemos visto juntos. Su forma de estallar en mis brazos me tiene al borde de la locura durante el trayecto a casa. Piso a fondo el acelerador para llegar cuanto antes. Estoy deseando castigarla y después follármela hasta satisfacer esta necesidad insaciable que crece y se multiplica cada día que pasamos juntos.

—Cuando lleguemos a casa —le digo después de haber permanecido en silencio durante casi todo el viaje—, tienes cinco minutos para entrar en el

dormitorio, quitarte la ropa y prepararte para tu castigo.

—¿C...cómo me preparo?

—Dejaré que lo decidas tú.

Joder, esto es divertidísimo. Poder tener este tipo de relación con la mujer que amo más que a mi vida es como si todos mis sueños se hubieran hecho realidad. Salvo que ni siquiera yo podría haber imaginado la perfección que ha alcanzado mi vida desde que conozco a Natalie.

Aparco el Vanquish en el garaje y me miro el reloj.

—Los cinco minutos empiezan ya.

Sin decir una palabra, baja del coche y entra en casa.

Veo cómo se aleja mientras el cuerpo entero me arde de deseo, expectación y amor. La quiero con locura, más incluso que antes de introducirla en mi mundo y desvelarle mis inclinaciones sexuales. Poder tenerla a ella y tener también esto...

Los frenéticos ladridos de Fluff me obligan a bajar del coche y entrar en casa para ocuparme de ella mientras Natalie se prepara.

La saco al jardín trasero para que haga pis y luego le doy unas cuantas golosinas, con la esperanza de que vuelva a quedarse dormida para que nosotros podamos ponernos manos a la obra. Me agacho y alargo la mano hacia ella, con una galletita para perros en la palma. Hace unas semanas, se habría llevado parte de mi mano junto con la galleta. Esta noche, se acerca, coge la galleta con mucha delicadeza y se la come mientras me mira con adoración.

—Muchas gracias por traerme a tu madre. —Le rasco las orejas—. Sé que

empezamos con mal pie, pero te agradezco un montón lo que hiciste ese día. Estaba perdido hasta que vosotras me encontrasteis.

Se pega a mí porque quiere que siga rascándole.

—Tengo que ir a ver a mamá. Tú pórtate bien y vuelve a dormirte, ¿vale? Si eres buena, habrá más golosinas.

Esa palabra la espabila, pero es lo bastante lista como para saber que, de momento, no voy a darle más. Corre a la parte del sofá de la que se ha apropiado y, después de girar varias veces en

círculo, se tumba. Me sirvo un par de dedos de Bowmore en un vaso y me lo bebo de un trago antes de dirigirme al dormitorio para ver qué me tiene reservado mi esposa.

En la puerta, me quedo clavado al suelo al verla recostada sobre la cama con un ligero negro, unas medias hasta los muslos, unos zapatos negros con un tacón de diez centímetros y nada más, salvo el tapón anal rojo, que destaca en contraste con su piel blanca. Me llevo la mano al pecho para ver si aún tengo el corazón en su sitio.

—Hostia, Nat. A un tío tienes que avisarle antes de hacer esto.

—¿Y perderme la expresión de tu cara? Jamás.

—¿Qué me estás haciendo?

—Justo lo que tú me has dicho que haga.

—Vas demasiado sobrada para ser una chica que ya se ha ganado un castigo esta noche.

—Tus castigos me encantan.

—Entonces, a lo mejor no lo estoy haciendo bien.

—Oh, no. Lo estás haciendo bien. De

no ser así, te enterarías.

No puedo evitar reírme de su descaro. Me encanta su seguridad y cuánto ha progresado desde aquel primer día en el que me dijo que jamás se acostaría conmigo ni con ningún otro hombre, a menos que estuviera casada. En esa época se escondía para huir de su traumático pasado. Y ahora... Ahora es sencillamente magnífica.

Me quito la ropa y la dejo amontonada en el suelo; ya la recogeré en otro momento.

—¿Eres la misma chica virtuosa que

conocí hace varias semanas y me lo puso tan difícil?

—Soy su nueva versión mejorada.

Apoyo la mano en su vientre y me inclino para besarla.

—Entonces eras perfecta y ahora también.

—Soy más perfecta ahora que me has ayudado a ver de qué soy capaz. —Se señala el provocativo conjunto—. Yo nunca habría sido capaz de hacer esto, de ser esto, antes de conocerte. Me has dado alas para poder volar.

—Las tenías desde el principio. Yo

solo te he ayudado a abrirlas.

Enarca una ceja con una expresión provocativa y sensual que me desarma.

—¿Seguimos hablando de mis alas?

Sonrío y vuelvo a besarla. Me encanta así, descarada, atrevida y dispuesta a todo.

—Háblame del club.

—Ha sido muy... Interesante y excitante.

Le beso el cuello y la mandíbula antes de seguir hablando.

—¿Excitante en qué sentido?

—De mirar, de que nos miren...

Todo.

—Me ha encantado tenerte conmigo, ver tus reacciones, saber que estabas excitada con lo que veías.

—Excitada —dice, riéndose—. Es una forma de definir mi estado.

—¿Te ha sorprendido excitarte tanto?

—Un poco. Esperaba estar más nerviosa y quizá un poco intimidada. Pero no estaba ni lo uno ni lo otro. Estaba... extasiada. No sé de qué otra forma describirlo.

—Es una palabra muy acertada, y sé exactamente a qué te refieres. Estar ahí,

en un entorno seguro y cabal donde estas cosas se fomentan y aprueban, tiene algo que permite a la gente soltarse de una forma totalmente distinta a cualquier otro sitio.

—Sí, es justo eso.

—¿Sabes lo que significa para mí que lo entiendas? ¿Que hayas visto lo que yo veo en el club, por qué me importa tanto? ¿Por qué lo disfruto tanto?

—Creo que sí. También creo que en algún momento me gustaría probar lo que Kristian ha hecho en nuestro cuarto de juego.

La miro de hito en hito porque no quiero que se me pase por alto ni un solo detalle de su increíble rostro.

—Ojalá pudiera transmitirme cómo me siento al estar, por primera vez en mi vida, justo donde debo, con mi media naranja.

—Lo entiendo, porque yo me siento igual.

Empieza a bajar la mano que tenía apoyada sobre mi pecho, dejando una estela de fuego a su paso.

Aunque no quiero que pare, pongo mi mano sobre la suya.

—¿Intentas seducirme para que me olvide de tu castigo?

La mirada que me lanza es de pura y sensual inocencia.

—Yo jamás haría eso.

—Sí que lo harías —replico, riéndome. —Me incorporo, me apoyo en un montón de cojines y me doy unos golpecitos en el regazo—. Ven aquí, amor mío. Colócate en la postura. — Joder, me encanta cómo se ruboriza y entreabre los labios al comprender cuáles son mis intenciones—. Ya.

Se acerca a mí gateando, vacilante, lo

que es tremendamente sexy, y se tiende sobre mi regazo, ofreciéndome ese culo suyo tan succulento para que haga lo que me plazca con él. Y son tantas las cosas que querría hacer... Le agarro las suaves nalgas y se las estrujo—. ¿Cuántos crees que mereces esta noche?

—¿Ninguno?

Le doy un azote en la nalga derecha y grita, tanto por la sorpresa como por el impacto.

—Prueba otra vez.

—Eso cuenta como uno.

—¿Otra vez intentando subírteme a la

chepa, amor mío? ¿Tengo que recordarte quién manda aquí?

Manda ella. Los dos lo sabemos, pero ¿qué gracia tiene si no intento hacerme valer de vez en cuando?

—N... no.

El simple hecho de que tartamudee me la pone más dura de lo que ya la tengo.

—Entonces, ¿cuál es un número apropiado por haberte corrido sin permiso en el club?

—¿Cinco?

—Ni de lejos.

—Siete.

—Vas acercándote. Creo que doce son suficientes. Una docena está bien.

Protesta, pero su forma de arquearse al pensar en lo que le espera es lo que cuenta. Esto le gusta tanto como a mí.

Empiezo con suavidad, dándole tres rápidos azotes para que me preste atención, por si estaba distraída. Después del tercero, conecto la vibración del tapón y ella casi levita. Todo su cuerpo irradia un calor que prácticamente me arroja al precipicio al que estoy asomado desde que la he visto con este conjunto tan sexy. Paso un dedo

por el liguero y lo meto entre sus nalgas, donde descubro que está tan mojada como en el club.

Está agarrada al edredón de plumas, con la cabeza baja, y la rapidez con que respira me fascina. Me encanta saber que puedo ponerla así, excitarla hasta este punto. Le ordeno que cuente cada azote que le doy y sigo administrándole el «castigo» que nos tiene a los dos tan sofocados que me preocupa correrme antes de terminar.

Natalie hace pedazos el control del que siempre he estado tan orgulloso

como amo. Pero ninguna otra mujer es como ella.

Después del duodécimo azote, le acaricio el trasero enrojecido, asegurándome de que el dolor se transforma en placer, hasta que casi ronronea en mis brazos. Cojo la base del tapón y empiezo a quitárselo con delicadeza.

Levanta la cabeza y el cuerpo entero se le agarrota.

Cuando empujo para volver a metérselo, le arranco un grave gemido. Repito el mismo movimiento, una vez

tras otra, hasta reducirla a mera sensación.

—Nat... Me muero de ganas de follarte por aquí. Tienes que decirme que tú también quieres.

—Sí —responde sin vacilar—. Te deseo. Lo deseo todo de ti.

—Date la vuelta, cariño.

Necesito verle la cara y los ojos, para asegurarme de que lo hace porque quiere y no únicamente por mí.

La ayudo a girarse hasta tenerla en mis brazos y puedo mirarla a la cara.

—Vuelve a decírmelo.

—Te deseo, Flynn. Como sea.

No parpadea ni una sola vez, ni tampoco vacila ni manifiesta ningún temor.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Se me desboca el corazón.

—Voy a hacerte gozar muchísimo, nena.

—Lo sé.

Su confianza en mí es el afrodisíaco más potente que he experimentado en toda mi vida. Nada me ha excitado nunca tanto como saber que esta mujer,

que tiene razones de sobra para no fiarse de nadie, pone en mis manos su vida, su placer, su felicidad y su bienestar. La beso con ternura, combatiendo mis instintos más bajos de tomar inmediatamente lo que me ofrece de tan buen grado.

Pero vamos a ir despacio, paso a paso. Primero los besos, ardientes y eróticos, que parecen durar una eternidad. Le cojo un pecho y le pellizco el pezón. Tengo intención de alargarlo durante horas si es necesario para asegurarme de que los dos gozaremos

con esto. Quiero que le guste tanto que nunca se canse de repetirlo.

Al final, la pongo boca arriba y me coloco encima de ella.

Me mira con esos ojazos que tiene, de un color distinto a cuando la conocí, pero igual de fascinantes. Veo todas sus emociones reflejadas en esos ojos que me miran con amor, confianza y deseo. Quiero ser siempre digno de todo lo que ha dado.

Le beso el cuello y sigo bajando hasta llegar a sus pechos, donde me entretengo con cada pezón hasta dejarlos tiesos y

enrojecidos. Ninguna costilla escapa a mis atenciones y el vientre le tiembla cuando le rozo la suave piel con los labios.

—Flynn...

—¿Qué, cariño?

—Pensaba que querías... que íbamos a...

—Quiero, y lo haremos. Al final.

Suspira y afloja el cuerpo al comprender que nada de esto va a ser rápido ni inmediato.

Le paso las piernas por encima de mis hombros para poder estimularla con la

lengua. Está tan mojada y excitada que podría hacer que se corra con solo un lametón. ¿Pero qué gracia tendría eso? Aumento la vibración del tapón y me dispongo a volverla loca con la lengua y los dedos.

—No te corras hasta que yo te lo diga.

Se agarra a mi pelo con las dos manos y tira tanto que me hace daño. Me trae sin cuidado. Solo puedo pensar en lo dulce que le sabe el coño, en cómo contrae los músculos alrededor de mis dedos y en cuánto la quiero.

Listo para dar otro paso, pego los labios a su clítoris y le chupo el tieso botoncito mientras se lo estimulo con la lengua.

—Córrete, cariño. Deja que te oiga.

Se lo chupo con más fuerza y le meto los dedos tan adentro como puedo.

Grita al correrse y me apresa la cabeza entre las piernas para no dejarme ir a ninguna parte.

Le bajo las piernas despacio y me pongo de rodillas para penetrarla y sentir los temblores de su orgasmo. El tapón anal me deja muy poco espacio,

pero la embisto sin cesar; necesito mitigar este deseo tan feroz para poder darle la ternura que requiere el siguiente paso.

Entrelaza las piernas alrededor de mis caderas, me agarra el culo y, cuando lo estruja, pierdo el control y me corro con un rugido que me surge de las mismas entrañas. Dios santo... Y entonces siento que ella también se corre, otra vez.

Me desplomo encima de Natalie, con la cabeza rodándome después de este polvo tan salvaje. Abro los ojos y veo

ante mí su pezón enrojecido. Alzo la cabeza para metérmelo en la boca. Incluso después de un orgasmo tan explosivo, quiero más.

Gime y levanta las caderas, lo que vuelve a animarme al instante dentro de ella. Empiezo a moverme y la embisto hasta que la tengo dura como una piedra.

—Vas a matarme —susurra, con los ojos cerrados.

—Eso nunca. Te quiero demasiado para matarte. —Le beso los labios, hinchados y suaves—. ¿Lista para seguir?

—No estoy segura de poder.

—¿Quieres parar?

Abre los ojos.

—¿He dicho yo eso?

Le sonrío.

—Quiero verte la cara cuando lo hagamos, pero puede que estés más cómoda boca abajo. ¿Qué prefieres?

—Yo también quiero verte la cara.

Vuelvo a besarla antes de sacar la polla extremadamente dura de su coño estrechado por el tapón anal, lo que nos hace gemir a los dos. Cojo un

preservativo y un frasco de lubricante de la mesilla.

Natalie no me quita ojo.

—¿Has hecho esto antes en esta cama?

—Jamás.

Las manos me tiemblan un poco mientras me pongo el preservativo.

—Quiero que me detengas si no te gusta, Nat. Hablo en serio. No tienes que hacer nada que no quieras.

Alarga la mano para acariciarme la cara.

—Sé cómo pararlo.

—Al principio te dolerá, pero, cuanto más intentes relajarte y dejarme entrar, más fácil será.

—De acuerdo —responde tragando saliva.

—¿Preparada para que te quite el tapón?

Se muerde el labio inferior y asiente.

Comienzo despacio: tiro del tapón y vuelvo a empujar.

Natalie gime.

—¿Por qué tienes que atormentarme?

—Estoy preparándote.

—Tortura.

—Preparación.

Le saco el tapón hasta la parte más ancha y se lo dejo ahí para que la dilate mientras me inclino sobre ella para chuparle un pezón.

—Lo estás haciendo genial, cariño.

—Me duele —confiesa en voz baja.

—Lo sé.

No es el momento de recordarle que mi polla es mucho más grande que el tapón, y quiero que esté lo mejor preparada posible para mi invasión. Dejo que el tapón la dilate durante unos minutos eternos antes de quitárselo. Ella

se relaja, aunque el alivio no va a durarle. Abro el frasco de lubricante, me pongo una buena cantidad en los dedos y se los meto para asegurarme de que está lista también por dentro.

—Háblame, cariño.

—No puedo.

—Inténtalo.

—Está apretado.

—Sí, lo sé.

Tiene el coño tan empapado que me moja los dedos con los que le estoy follando el culo. Bajo la cabeza para lamerla y da un respingo cuando nota mi

lengua en su clítoris. La acaricio unas cuantas veces más con la lengua y los dedos, y me detengo para ponerme lubricante en la polla.

He hecho esto muchas veces, demasiadas para poder contarlas, pero nunca me había importado tanto como ahora. Deseo con toda mi alma que disfrute, y amarla tanto lo hace mucho más intenso que cualquiera de las otras veces.

Empujo contra su estrecho orificio, despacio y con suavidad, mirándole atentamente la cara.

Abre la boca, arquea la espalda y echa la cabeza hacia atrás.

—Relájate, cariño. Empuja contra mí, déjame entrar.

Le cojo las nalgas con ambas manos y se las separo mientras se la meto un poco más.

Su grito ahogado me obliga a quedarme quieto. Noto sus espasmos en mi polla y la presión es tan fuerte e intensa que tengo que hacer un esfuerzo colosal para no correrme.

—Habla conmigo.

Su grave gruñido es la única

respuesta que obtengo. Está tan concentrada, esforzándose por darme lo que quiero, que no puede hablar.

Se la meto un poco más.

—Estás haciéndolo genial, nena. Ojalá pudieras ver lo que yo veo, lo ensanchado que tienes el ano y cómo voy metiéndote la polla. Me pone a mil. —Le aprieto el tieso y duro clítoris con el dedo pulgar—. Puedes correrte cuando tú quieras.

Enjugo con mis besos las lágrimas que aparecen en las comisuras de sus ojos.

—¿Son lágrimas de dolor?

Niega con la cabeza y siento un alivio inmenso.

Sigo acariciándole el clítoris, con la esperanza de darle otra cosa en la que concentrarse. Le empiezan a temblar los muslos y se balancea hacia mí cuando se corre con un chillido que me permite acabar de metérsela. Santo Dios... Es una sensación asombrosa. El cuerpo entero se le contrae alrededor de mi polla. Me abrazo a ella con fuerza y gozo de la increíble sensación.

Espero a que se calme para empezar a

moverme: la saco un poco, despacio, y vuelvo a empujar, sin cesar, penetrándola con suavidad.

—Joder, Nat. Eres una máquina. Me estás volviendo loco.

Eleva las caderas y eso es todo lo que necesito para dejarme ir, con fuertes embates que casi me llevan al clímax. Me contengo porque quiero que tenga otro orgasmo antes que yo.

—No pienso moverme de aquí hasta que vuelvas a correrme —le susurro al oído.

Su grave gemido me hace sonreír.

Se la meto más y empiezo a acariciarle otra vez el clítoris, penetrándola cada vez con más ímpetu y más adentro. La próxima vez que hagamos esto, utilizaré un vibrador de dedo para hacer que se corra sin parar. Me muevo y la acaricio hasta que empieza a retorcerse debajo de mí y tiene un nuevo orgasmo, más fuerte que el anterior, y eso basta para provocarme el clímax más intenso de mi vida.

No despego los ojos de su cara, y estoy a punto de perder la noción del

tiempo y el espacio mientras la embisto, recibiendo tanto como doy.

Se agarra a mí y grita conmigo mientras los dos nos liberamos.

Sujeto el preservativo y salgo de su interior tan despacio como he entrado, sin dejar de mirarla. Envuelvo el condón en un pañuelo de papel para no tener que separarme de ella ni un instante.

—Cariño...

—Hmmm.

—¿Puedes abrir los ojos?

Tarda un momento, pero, cuando los abre, los descubro vidriosos, húmedos y

rebosantes de un amor que me colma de alivio.

—¿Bien?

—Mmmm.

—Necesito oírtelo decir.

Se pasa la lengua por los labios.

—Bien. Distinto, pero bien.

—¿Te ha dolido?

—Sí, pero no tanto como pensaba.

—¿Volverías a hacerlo?

—¿Ahora? —pregunta, con cara de susto.

—No, ahora no —respondo entre risas.

—Volvería a hacerlo. Tenías razón con el orgasmo... Uf... Ha sido fortísimo.

Me alegra mucho oírle decir eso. Esto no le gusta a todo el mundo, pero a mí me encanta, de modo que me alegra saber que nuestra primera vez no la ha disgustado tanto como para no querer repetir.

—Gracias por confiar en mí lo suficiente como para hacer esto conmigo.

—Gracias por ser tan delicado conmigo.

—Siempre seré delicado contigo. —
La beso y la abrazo—. Deja que te
limpie y después dormiremos un poco.
—Me separo de ella solo el tiempo
necesario para coger una toalla tibia del
baño con la que nos limpio a los dos.

Suspira satisfecha cuando la áspera
toalla le frota la sensible carne.

Levanto los ojos y veo que me está
mirando con una sonrisa en los labios.

—¿Qué?

—Solo miro lo que es mío.

Me encanta que sea posesiva
conmigo, esa cualidad me ha puesto

como un loco con otras mujeres, pero esta puede ser tan posesiva conmigo como le plazca.

—Lo soy.

Extiende los brazos hacia mí.

Tiro la toalla al suelo, me tumbo en la cama y nos cubro con el edredón. Juntos, entrelazamos brazos y piernas y nos pegamos el uno al otro. Es la única manera de la que puedo dormir ahora, con su cuerpo suave y cálido apretujado contra el mío.

—¿Te duele, cariño?

—No, la verdad. Aún siento

palpitaciones.

—¿Y eso es bueno?

—En este caso, sí.

—Quiero que sepas que me habría gustado decirte la verdad sobre mí desde el principio, tener la fe que debería haber tenido en ti y en esa fuerza interior tuya que te define.

—Aunque me habría gustado saberlo por ti y no por tu ex mujer, probablemente hiciste bien en ocultármelo. Al principio, no habría sido capaz de encajarlo y podría haber

cometido alguna estupidez, como salir corriendo.

—Habría corrido detrás de ti. —Le acaricio el cabello—. Duérmete, cariño. Mañana nos espera un día muy especial.

—Estoy deseando volver a casarme contigo.

—Y yo.

Sigo despierto mucho tiempo después de que se haya quedado dormida, gozando del sencillo placer de abrazarla mientras duerme.

16

Natalie

Me duele todo el cuerpo por lo que hicimos anoche. No sé si voy a ser

capaz de moverme, pero me obligo a abrir los ojos en este nuevo día, en el que celebraremos nuestro enlace con la familia de Flynn. Me decepciona que ninguna de mis hermanas se las haya arreglado para faltar a clase y al trabajo y que Leah no haya conseguido que nadie le cambie el turno en el bar. Aileen tuvo otra sesión de quimioterapia el viernes, de modo que tampoco puede venir.

Intento convencerme de que no me importa que ninguna de las personas a las que más quiero vaya a estar hoy

conmigo, pero no puedo negar que estoy defraudada porque ninguna vaya a venir, incluso después de que Flynn se ofreciera a traerlas en avión.

Tengo que levantarme. He de ducharme y lavarme el pelo para estar lista cuando la peluquera y la maquilladora lleguen para ayudarme. Les dije a Flynn y a Addie que no quería nada de eso, pero él insistió en que hoy tenía que dejarme mimar.

—Eh, estás despierta —saluda al entrar en el dormitorio con Fluff. Solo lleva puesto un pantalón corto de

baloncesto. Sujeta una bandeja entre las manos y el olor a café capta toda mi atención—. Feliz día de San Valentín.

Intento incorporarme y, de inmediato, me arrepiento de haberme movido.

—Oh Dios mío, nena. ¿Te duele mucho?

—Estoy bien.

—Dime la verdad.

—Estoy dolorida.

—Te prepararé un baño caliente para cuando termines de desayunar.

Señala el plato de huevos con beicon y tortitas.

Me ruge el estómago.

—¿Lo has preparado todo tú?

—No. Ha sido Fluff. Pero yo he supervisado.

Me río pese a mis dolencias.

Fluff ladra y salta a la cama para «ayudarme» a desayunar.

Me cuesta encontrar una postura cómoda. Flynn espera hasta que lo consigo y me coloca la bandeja en el regazo.

—Nunca había desayunado en la cama antes de conocerte.

—¿Qué te parece?

Doy un mordisco al beicon y le sonrío.

—Podría acostumbrarme.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Un par de horas. He salido a correr y he trabajado un poco. —Se come el trozo de tortita que le ofrezco—. Estar despierto sin ti no es divertido.

Lo llamo con el dedo para que se acerque y pueda besarlo.

—Feliz día de San Valentín. Siento haber dormido tanto.

—No lo sientas. Estabas agotada.

—Agotadísima.

—¿Sientes...? ¿Habrías preferido...?

Le pongo un dedo en los labios.

—Me encantó. No me arrepiento, de nada.

Inspira hondo y expulsa al aire despacio.

—¿Lista para darte un baño?

—Suen a gloria.

—Tendrás tiempo de sobra para remojarte antes de que llegue la masajista.

—¿Masajista?

—Has oído bien. Quiero que mi

mujer esté guapa y relajada para su gran día.

—No te merezco.

Se inclina para besarme.

—Yo tampoco te merezco a ti.

Acto seguido entra en el cuarto de baño para llenarme la bañera, con Fluff pisándole los talones.

Hablaba en serio cuando he dicho que no me arrepiento de nada. Me encanta el Flynn feliz, satisfecho y relajado, que no está tan tenso que podría estallar por intentar ir en contra de su naturaleza.

Dije que lo quería todo y anoche lo tuve.
No me arrepiento de nada.

Flynn regresa al dormitorio, una vez más, con Fluff a la zaga.

—¿Te has fijado en que ahora te sigue a ti como antes me seguía a mí? —pregunto.

—¿Te molesta que le caiga bien?

—Claro que no. Quiero que seáis amigos.

—Pensaba que querías que fuéramos padre e hija.

Me río de su cara de indignación.

—Eso también.

Se acerca a la cama, coge la bandeja y la deja en un taburete cercano.

—Amor mío, la bañera te espera. Agárrate a mi cuello y deja que te lleve.

Estoy tan dolorida que no puedo más que obedecer. Me encanta cómo me levanta en sus fuertes brazos, como si no pesara nada.

—¿Qué ha pasado con mi ligero y todo lo demás?

—Te los quité anoche cuando te quedaste frita.

—Me preocupa el montón de tiempo que pasas despierto mientras yo duermo.

—Yo siempre velo por ti, cariño. —
Me deja en la bañera, que está llena de burbujas y algo más.

—¿Qué es? ¿A qué huele?

—A eucalipto. Te quitará todas las dolencias.

—Esto es el colmo del sibaritismo.
—Le cojo la mano—. Métete conmigo.

Se quita el pantalón corto y se mete detrás de mí. La bañera es incluso más grande que la de su piso de Nueva York, de modo que hay espacio de sobra para los dos.

Me abraza por detrás y me recuesto

en su pecho, con un suspiro de satisfacción.

—Ya es el mejor día de San Valentín de toda mi vida.

—Para mí también, cariño. ¿Te hace ilusión la fiesta?

—Mucha. Me muero de ganas de ver lo que nos ha montado tu madre. Estoy segura de que será increíble.

—A ella le encanta organizar fiestas. Ahora mismo, me la imagino con una tablilla con sujetapapeles y un megáfono, dando órdenes a todos los presentes. Lo más probable es que mis

hermanas se hayan esfumado. Ya la conocen.

—¿Un megáfono?

—Con amplificación es como más rinde.

Me parto de risa al imaginarme a su elegante madre vociferando órdenes a través de un altavoz.

—No te preocupes. Con Stella al timón, será una pasada de fiesta.

—No me cabe ninguna duda. Pero ojalá hubieran podido venir mis hermanas, y Leah y Aileen.

—Lo sé, cariño. Me sabe fatal que no

puedan estar aquí.

—No es culpa tuya. Ni siquiera tú puedes conseguir que los jefes de otras personas les den el día libre.

—Lo celebraremos con ellas la próxima vez que nos veamos.

Después del baño, salgo del dormitorio y descubro que el salón está repleto de rosas rojas que lo perfuman con su fragante olor. Las persianas están bajadas para atenuar el fuerte sol matutino y, donde suele estar la mesa de centro, hay una camilla de masaje.

Flynn está en la cocina con una mujer

alta y rubia a la que parece conocer bien.

—Aquí está Nat. Cariño, te presento a Jasmine.

Se llama Jasmine, y el único pensamiento que acude a mi cabeza es si Flynn se habrá acostado con ella.

—¿Puedes venir un momento, Flynn?

—Disculpa un segundo, Jas.

Jas... Quiero gruñir por los celos.

—Voy a atender esta llamada —dice Jasmine, enseñándonos el móvil mientras se dirige a la terraza que da a

la piscina—. Me quedaré afuera hasta que me necesitéis.

Flynn se acerca a mí.

—¿Qué pasa?

—Es... ¿Has...? ¿Te has acostado con ella?

Percibo sorpresa antes de que el dolor se le manifieste en la cara, y lamento de inmediato habérselo preguntado. Habla en voz baja para que solo yo pueda oírlo.

—¿Crees que traería a nuestra a casa a una mujer a la que me he follado para que te diera un masaje?

—Yo... No. Lo siento.

Parece aturdido.

—¿Cómo puedes pensar...?

—No me contaste lo de Marlowe.

—Oh, Dios mío, Nat. Pasó hace siglos y duró minutos.

—No me lo contaste.

—¿Quieres que te haga una lista de todas? ¿Una especie de hoja de cálculo, quizá?

—Es una pregunta razonable, Flynn.

Niega con la cabeza y me mira como si me estuviera viendo por vez primera.

—Me decepciona que hayas podido

pensar eso de mí.

—Siento que te decepcione.

—¿Aún quieres un masaje?

No. Quiero alejarme de él y estar sola, pero, después de cómo se ha esmerado en prepararme esta bonita sorpresa, no lo hago.

—Sí, por favor.

—Voy a buscarla.

Se aleja y es entonces cuando me doy cuenta de que el corazón me palpita con fuerza y estoy aturdida por nuestro atípico enfrentamiento. Regresa con

Jasmine y nos deja solas, sin mirarme a los ojos.

Jasmine es alegre y profesional, e intenta conseguir que me sienta cómoda bajo las mantas eléctricas, pero saber que Flynn está enfadado conmigo, con o sin razón, me impide disfrutar verdaderamente del masaje.

Me debato entre pedirle que pare y el temor a ofenderla si lo hago.

Me ha colocado boca arriba cuando oigo a Flynn hablando en voz muy alta en la terraza. Intento entender lo que dice, pero no lo consigo.

—Jasmine, perdona, pero tengo que parar.

—No hay problema, señora Godfrey. Podemos hacerlo en otro momento.

—Sí, por favor. En otra ocasión sería genial. Y llámame Natalie.

—Lo haré. Gracias, Natalie.

Me alcanza mi bata y me da la espalda para recoger sus cosas mientras me la pongo. La dejo para que termine de limpiar y salgo a la terraza.

Flynn se pasea de un lado a otro, con el móvil pegado a la oreja y el cuerpo agarrotado con una tensión que me

recuerda los días posteriores a la decisión de David Rogers de vender mi historia al mejor postor. Al volverse, me ve y baja la voz.

Me siento marginada, excluida de lo que sea que suceda, pero me resisto a la tentación de dar media vuelta y entrar en casa. En cambio, espero a que cuelgue, lo que hace unos minutos después.

—¿Se ha ido Jasmine?

—Sí.

—No ha estado una hora.

—No era capaz de concentrarme ni de relajarme. Te he oído gritar. ¿Qué pasa?

—La mujer de Rogers ha acudido a los medios de comunicación para forzar al FBI a detener a alguien en el caso de su marido.

—¿Y quiere que detengan a alguien en particular?

—¿A quién crees tú?

—Flynn...

—No te preocupes. No tienen nada contra mí o ya lo sabríamos a estas alturas del partido. He hablado con Emmett. Me ha dicho que nuestro investigador de Lincoln está haciendo avances y debería tener algo pronto.

—¿No podéis obligarla a que deje de decir que fuiste tú?

—Emmett también se está ocupando de eso.

Es un día caluroso y el sol cae a plomo sobre la terraza, pero, aun así, estoy muerta de frío. Normalmente, Flynn me habría abrazado para reconfortarme, pero ahora guarda las distancias.

—Estás enfadado conmigo.

—Un poco, supongo.

—Puede que esta no sea la única vez que te haga esa pregunta.

—Para que conste, aparte de Marlowe, no tengo un vínculo estrecho ni me relaciono de forma habitual con ninguna de las mujeres con las que me he acostado.

—¿Y Cresley?

—Tenemos una relación cordial. Solo nos vemos de vez en cuando en los clubes. No hablo con ella entre visita y visita ni la llamo cuando estoy en Nueva York. La aprecio. Nos hemos ido de fiesta juntos, he visto a su hijo un par de veces, hemos montado varios tríos con Hayden. Eso es todo lo que ha habido o

habrá. No va a presentarse aquí sin avisar para que salgamos juntos los tres.

—¿Vendrá a nuestra fiesta?

—No.

—¿Vendrán otras mujeres con las que te has acostado?

La pregunta no le gusta, pero me da igual.

—Aparte de Marlowe, no.

—¿Piensas que estoy exagerando al preguntarte estas cosas?

—No.

—Entonces, ¿por qué pareces tan cabreado?

—¡Porque sí! Piensas que contrataría a una mujer que me he follado para que viniera a manosearte todo el cuerpo. ¿Cómo puedes?

—No estaba segura, porque tu actitud hacia el sexo es muy distinta de cómo era la mía hasta que te conocí. Aún estoy aprendiendo las reglas de tu mundo.

Parece relajarse un poco con mi argumentación.

—Está bien, lo entiendo. No había pensado en tu punto de vista. Pero debes saber que jamás te faltaría al respeto de esa manera.

—Ahora lo sé.

Da un paso hacia mí, y luego otro.

Yo hago lo mismo y nos encontramos a medio camino.

—¿Esto cuenta como una pelea?

Me sonrío, y me emociona y alivia ver que la ternura vuelve a teñirle los sensuales ojos castaños.

—Quizá. Es que me has herido aquí haciéndome esa pregunta.

Se restriega el esternón.

—No quería hacerte daño, pero tengo preguntas. Es probable que me surjan

más conforme avancemos en la relación.
Necesito saber si te las puedo hacer.

Me coge por las caderas y me mira con esa intensidad suya tan absorbente.

—Tú puedes preguntar, de igual forma que a mí puede no gustarme.

—¿Pero siempre me dirás la verdad?

—Sí, te lo prometo.

Me pongo de puntillas para besarlo.

—Me ha embadurnado todo el cuerpo de aceite. Sería una pena no aprovecharlo, ¿no?

—Mmm —responde, con el lóbulo de

mi oreja entre sus dientes—. Sería una verdadera pena.

17

Flynn

Mi padre ha enviado un Bentley para recogernos y llevarnos a Beverly Hills.

Natalie va sentada junto a mí, cogida de mi mano, con el mismo vestido que lució en nuestra boda en Las Vegas. Yo llevo mi esmoquin de Armani favorito. Según me han dicho, los programas del corazón arden con las acusaciones que la mujer de Rogers ha lanzado contra mí, pero me tranquilizan las declaraciones públicas del FBI en las que aseguran que no soy sospechoso.

Espero que lo hayan dicho en serio, ya que a mí no me lo han comunicado oficialmente. Emmett lleva todo el día al teléfono intentando sonsacarles más

información, pero aparte de lo que hemos visto en televisión, me siguen teniendo en ascuas.

Yo no maté a David Rogers. Ni siquiera llegué a conocerlo. ¿Lamento que lo hayan matado? En absoluto. Se lo merecía por vender la historia de Natalie a la prensa.

Pero hoy tengo que dejar todo eso a un lado y concentrarme en mi bella esposa y en las numerosas sorpresas que le tengo preparadas. He contado con la complicidad de mis padres para asegurarme de que sea un día que no

olvidará jamás. La discusión que hemos tenido me ha alterado un poco, pese al espectacular revolcón que nos hemos dado después de reconciliarnos.

No soporto que haya podido pensar que yo sería capaz de contratar y meter en casa a una mujer a la que me he follado. Aunque Jas no es una simple masajista. Lleva años atendiendo al equipo de Quantum y, de hecho, es muy amiga de Marlowe. No se me había ocurrido que Natalie pudiera creer que me había acostado con ella. Sin embargo, pensándolo fríamente,

entendiendo por qué me lo ha preguntado, aunque no me haya gustado.

Este mundo aún es muy nuevo para ella y yo la he animado a hacer preguntas. Tengo que estar dispuesto a responderlas, incluso las que me resultan incómodas. Nunca me he avergonzado de mi actitud hacia el sexo y las mujeres y no pienso empezar a hacerlo ahora ni a poner en duda las decisiones que he tomado.

Sin embargo, ahora que he encontrado a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida, me habría gustado que

hubiera menos situaciones y personas sobre las que pueda querer preguntarme.

En Beverly Hills, los encargados de la seguridad han cerrado la calle de mis padres para la celebración, aunque le franquean el paso a nuestro coche.

—Caray —exclama Natalie—. Han cerrado la calle. ¿A los vecinos no les importa?

—No, ellos lo entienden, y pueden acceder a sus casas sin problemas. Los paparazzi nos invadirían si se corriera la voz de lo que va a suceder aquí. Los

vecinos prefieren a los guardias de seguridad antes que a los fotógrafos.

Mis padres salen a saludarnos en cuanto llegamos. Con su vestido de color champán, mi madre está chispeante e ilusionada. Lleva mucho tiempo esperando este día y me alegra poder hacerla feliz. A mi padre le encanta estar en familia siempre que puede, de modo que también está radiante cuando nos recibe con abrazos y besos. Lleva un elegante esmoquin negro que le quita veinte años de encima.

—Tu madre se ha dejado la piel —me dice.

—No me cabe la menor duda. Natalie ya está avisada.

Su fuerte risa resuena por todo el recibidor mientras nos acompañan arriba.

—Venid a ver.

Mi madre abre las puertas del pequeño salón de baile en el que, a lo largo de los años, se han celebrado muchos de los acontecimientos más importantes de la familia Godfrey. Dentro, varios empleados de esmoquin

se apresuran de un lado a otro dando los últimos retoques.

—Oh, Dios mío —exclama Natalie, con los ojos brillantes al ver la elegante e íntima escena que se despliega ante ella.

Intento verlo todo a través de sus ojos, como si fuera la primera vez que contemplo el salón, con sus techos altos y trabajadas molduras. La mayor atracción es una enorme araña de cristal que baña el salón de una luz suave y romántica. Mi madre lo ha decorado con elegancia para este día de San Valentín,

eligiendo diversas tonalidades de rojo, pero, por suerte, no se ha pasado con los corazones. Las mesas redondas rebosan platos de porcelana, copas de cristal, velas y rosas rojas.

—Es precioso, Stella —susurra Natalie con lágrimas en los ojos.

—No sabes cómo me alegra que te guste tanto, cariño. Nos hace mucha ilusión darte oficialmente la bienvenida a nuestra familia. —Cuando mi madre abraza a Nat, lucho contra el enorme nudo que se me forma en la garganta. Es en momentos como este cuando toda la

locura que me rodea se desvanece y recuerdo lo que verdaderamente importa en la vida—. Ven —dice mi madre, y coge a Natalie de la mano—. Podéis relajaros en la antigua habitación de Flynn hasta que los invitados empiecen a llegar. No queremos que vean a los despampanantes novios antes de que esté todo listo.

Nos acompaña hasta mi antigua habitación, que está tal y como yo la tenía, con el clásico póster de Farrah Fawcett en la pared, el banderín de los Dodgers, los pósteres de surf, los

trofeos de mi corta carrera como estrella del lacrosse y los carteles de las bandas de heavy metal que veneraba en el instituto.

Mientras me dejo caer en la cama, pensando en que ojalá pudiera pasar más tiempo a solas con mi mujer en mi antigua habitación, Natalie lo mira todo.

—¿Metallica? ¿En serio?

—Me dio por ahí.

—Dime que no llevabas greñas.

—Vale, no llevaba greñas.

—¿Las llevabas?

—Te desafío a que encuentres una

foto mía con greñas en este cuarto.

—Les preguntaré a tus hermanas. Ellas me dirán la verdad.

—Venga usted aquí, señora Godfrey, y haré realidad todas mis fantasías de la adolescencia.

—No pienso acercarme a ti cuando estoy arreglada. Te gusta demasiado desarreglarme.

—Llevas el tanga, ¿verdad?

—Sí, Flynn —responde, con un hondo suspiro que me hace sonreír—. Si lo haces vibrar cuando esté hablando con

los amigos de tus padres, te mataré. ¿Me oyes?

—Sí, señora.

Un golpe en la puerta hace que el corazón se me acelere por la emoción. Sé quién es y estoy deseando ver la reacción de Natalie. Finjo que miro el móvil.

—¿Puedes abrir tú, cariño?

—Claro.

Natalie se dirige a la puerta y yo preparo el móvil para sacar fotografías. Quiero captar cada instante de este momento para poder mostrárselo

después. Abre la puerta y encuentra a Candace y a Olivia en el umbral, con idénticos vestidos de seda rojos.

—Nos hemos enterado de que hoy necesitabas damas de honor—dice Candace.

Natalie lanza un chillido que me recuerda demasiado a otras situaciones en las que grita de la misma forma, pero me lo quito de la cabeza para disfrutar plenamente de cómo le alegra ver a sus hermanas. Es la primera vez en más de ocho años que ve a Olivia en persona y

las tres se abrazan, hablando todas a la vez.

Le pedí a Addie que le dijera a la maquilladora de Nat que solo utilizara rímel resistente al agua. Ahora me alegro de haberlo pensado.

Las chicas siguen parloteando cuando Leah y Aileen aparecen en la puerta.

—¿Es una fiesta privada o puede apuntarse quien quiera? —pregunta Leah.

Natalie chilla de nuevo y se abalanza sobre sus amigas, que la abrazan.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estoy rodeada de

mentirosos!

—Ha sido durísimo —reconoce Aileen—. Lo pasamos fatal cuando te dijimos que no podíamos venir.

Me alegra comprobar que su aspecto es mil veces mejor que la última vez que la vimos. El médico amigo de mi padre la puso en contacto con el mejor especialista en cáncer de mama de Nueva York y, con los cambios que le ha introducido en el tratamiento, se encuentra mucho mejor. Aileen y Leah también llevan los vestidos rojos que las

cuatro eligieron para ser las damas de honor de Natalie.

Mi mujer se vuelve hacia mí, negando con la cabeza.

—Y tú... Esto es cosa tuya.

Me acerco, la rodeo con el brazo y la beso en la frente.

—No podía casarme, otra vez, sin que viniera tu gente.

—Muchísimas gracias. —Me mira con esos ojos que me tienen hechizado desde la primera vez que los vi—. Gracias.

—Por ti, lo que sea, amor mío. —La

suelto para abrazar a mis cuñadas, que disimulan como pueden su asombro de tenerme delante—. Soy Flynn. Me alegro mucho de conoceros a las dos por fin.

—¿No os encanta cómo lo dice? — pregunta Leah con una sonrisa atolondrada—. «Soy Flynn.» Como si el mundo entero no lo supiera ya.

—Es que tiene modales, Leah — bromea Natalie—. A ti no te vendrían mal.

—Los modales están sobrevalorados. Riendo, la abrazo y después abrazo a

Aileen.

—¿Habéis tenido buen viaje?

—El avión privado era una mierda — responde Leah—. Ha sido un horror.

—Me lo temía. —Me parto de risa con ella. Me vuelvo hacia Aileen—: ¿Dónde están tus hijos?

—Oh, Dios mío —exclama Nat—. ¿Logan y Maddie también han venido?

—Claro. —Aileen mira detrás de ella—. Están abajo con tus sobrinos, armando una buena junto a la piscina. Espero que no se caigan dentro.

—¿Está Ian con ellos? —pregunto,

refiriéndome a mi sobrino mayor.

—Es el que se parece a ti, ¿verdad?

—Eso dicen. Él los vigilará. Mi padre afirma que nació con treinta años.

Hablando del papa de Roma, mi padre aparece en la puerta con una enorme caja de flores para las chicas, rojas para las damas de honor y blancas para Nat. Realmente, mi madre ha pensado en todo.

—Estamos preparados cuando vosotros los estéis.

Natalie se aclara la garganta.

—Max... no sé si querrías... —

Respira hondo, como si estuviera haciendo acopio de valor—. Me vendría bien un acompañante.

—Será un honor, cariño —responde mi padre en voz baja.

Vale, acaba de matarme. No sangraría si me pincharan ahora. Es tan jodidamente dulce que asusta, y nos ha dejado a mi padre y a mí desarmados por completo con esta petición tan adorable y titubeante.

Le tiendo mi mano abierta.

—Necesito que me preste su alianza,

señora G, para que podamos hacer esto otra vez.

Le cuesta tanto decidirse a quitarse su alianza de boda como a mí quitarme la mía.

—Solo durante un rato, y después ya no volveremos a quitárnoslas nunca —le susurro mientras la beso—. ¿Nos vemos abajo?

—Ahí estaré.

—Más te vale.

Bajo la escalera de la casa en la que me críe y me dirijo al jardín donde mi esposa y yo pronunciaremos nuestros

votos delante de nuestra familia y amigos. Me siento completamente en paz.

Natalie

No me puedo creer que haya traído a las chicas en avión, aunque probablemente debería haberme esperado algo por el estilo. Flynn está en todo. Tengo que reconocérselo: estuvieron muy convincentes cuando me dijeron que no podían venir y manifestaron el

correspondiente desconsuelo por perder la oportunidad de asistir a una gran fiesta de Hollywood.

—¿Te molesta que te hayamos mentido? —pregunta Livvy con una vocecilla que me encoge el corazón.

Vuelvo a abrazarla.

—Me encanta que me hayáis mentido y me hayáis dado la mejor sorpresa de mi vida. Me daba mucha pena que no pudierais venir, pero no quería reconocerlo, ni tan siquiera ante mí misma.

—Fue todo idea de Flynn —explica

Leah—. Pensó que sería divertido darte una sorpresa, ¡y lo ha sido! Tendrías que haberte visto la cara cuando hemos entrado.

—Pensaba que veía visiones.

Al oír un ladrido en el pasillo, corro de nuevo a la puerta y veo a Addie llevando a Fluff de la correa. Me agacho para coger a mi niña en brazos, que corre hacia mí al verme.

—¿Qué hace aquí?

Lleva un collar rojo especial y un lazo del mismo color en la coronilla. No

me puedo creer que haya dejado ponérselo.

—Flynn se ha asegurado de que los guardias de seguridad la trajeran. Sabía que la querías aquí.

—Después de convencerme de que estaría más feliz quedándose en casa. Es tremendo. Addie, gracias por todo lo que has hecho para que este día sea tan especial para nosotros.

Addie me abraza.

—De nada. Señoritas, vayamos abajo. Las pone en fila de tal forma que Leah

y Aileen van primero, seguidas de mis hermanas.

Max me ofrece el brazo.

—¿Vamos, querida?

—Sí, por favor.

Entrelazo el brazo con el suyo y, por un momento, lamento que por culpa de sus decisiones, mis padres ya no formen parte de mi vida. Aunque, si echo la vista atrás, no cambiaría nada, porque todo lo que ha sucedido en mi pasado me ha llevado hasta Flynn.

Nada en esta casa me resulta familiar, pero de algún modo ya es como un hogar

para mí. Por primera vez desde que me fui de casa hace tantos años, siento que estoy en mi sitio. ¿Quién iba a decirme que mi hogar estaría en Beverly Hills, codeándome con superestrellas famosas en el mundo entero?

Al son de un cuarteto de cuerda, Max me guía por la escalera de caracol camino del jardín, donde han dispuesto un cenador con sillas para la ceremonia.

La cálida caricia del sol del sur de California nos recibe cuando salimos al aire libre. El jardín está atestado de gente, pero yo solo veo a Flynn. Está

junto a Hayden, Jasper, Emmett y Kristian, sus hermanos del alma, y no me quita ojo mientras me acerco a él del brazo de su padre.

Max me entrega a su hijo con un abrazo y un beso y me desea una vida larga y feliz con Flynn.

Él recibe un abrazo de su padre y me coge la mano, con una sonrisa de oreja a oreja. Su alegría es la mía; su felicidad, fundamental para mí. Y nunca lo he visto tan feliz como en este momento.

Le entrego mi ramo a Candace para poder cogerle las dos manos mientras el

juez de paz, que es un buen amigo de Max, nos ayuda a pronunciar nuestros votos. No es menos emotivo la segunda vez que entrego mi vida y mi amor a este hombre extraordinario que me ha cambiado la vida de una forma tan radical.

—Flynn y Natalie se han comprometido a amarse siempre, y ahora querrían compartir algunas reflexiones personales. ¿Natalie?

Desde que acordamos hacer esto, he pensado mucho sobre qué quiero decirle, pero ahora que ha llegado el

momento y hay personas mirando, el cerebro se me paraliza hasta que él me aprieta las manos, me sonrío y me mira a los ojos con esa intensidad propia de él. Me olvido de todos los presentes y me concentro exclusivamente en mi marido.

—Si alguien me hubiera dicho hace seis semanas que hoy estaría en este precioso jardín de Beverly Hills, mirando a Flynn Godfrey a los ojos y comprometiéndome a amarlo durante el resto de mi vida, habría mandado encerrarle. Cosas como estas no les pasan a personas como yo. O eso creía

hasta que te conocí y descubrí que los sueños sí se hacen realidad, que el amor verdadero existe, que los cuentos de hadas no son solo para las películas. Jamás habría imaginado que alguien pudiera amarme como me amas tú, y estaré agradecida y lucharé por ese amor durante el resto de nuestras vidas. Estoy deseando descubrir qué nos depara el futuro y tengo ilusión por vivir cada instante de nuestra vida. Te quiero muchísimo. Nunca sabrás cuánto.

Los ojos se le anegan de lágrimas mientras me escucha y me besa cuando

termino, lo que levanta risas quedas entre las hileras de invitados que nos observan.

—Nunca olvidaré el instante en que me cambió la vida en Bleecker Park. — Me mira mientras comienza a hablar—. La primera vez que te vi supe, lo supe sin más, que eras la persona que no esperaba encontrar nunca. Me encanta que mi profesión y todo lo que supone te trajera sin cuidado. Me encanta que me veas a mí, solo a mí, como nadie ha hecho nunca. Me encanta poder ser yo

mismo contigo y que aceptes por completo todas mis facetas.

Una oleada de calor me sube del pecho a la cara al oírle hablar de las facetas tuyas que acepto por completo. Me tengo que contener para no reírme de su atrevimiento, que solo yo y unos pocos más reconoceremos como tal.

—Pasaré lo que me queda de vida asegurándome de que soy digno de todos los inestimables regalos que me has hecho, Natalie. Te amo y te amaré siempre.

Volvemos a besarnos y el juez de paz

se aclara la garganta para recordarnos que no hemos terminado.

Entre risas, nos ponemos las alianzas, otra vez, y nos besamos con más pasión después de que el juez de paz nos declare marido y mujer. Otra vez.

Aunque me ha parecido tan real como en Las Vegas, esta vez también me parece oficial, porque las personas a las que más queremos han estado presentes. Fluff corretea a nuestros pies, ladrando y gimoteando.

Flynn se inclina para cogerla y la pone en mis brazos antes de llevarme

por el pasillo entre las hileras de sillas donde sus hermanas, sus parientes y otras personas que todavía no conozco aplauden a nuestro paso.

Nos hacemos centenares de fotografías en el bonito jardín de los Godfrey, algunas posando solos y otras con familiares y amigos. Bebemos champán y nos besamos tantas veces como podemos antes de que nos lleven adentro para subir al salón de baile. Anuncian la fiesta nupcial que hasta hoy yo no sabía que tendría, y los invitados van entrando hasta que Flynn y yo somos

los únicos que quedamos en el pasillo, cogidos de la mano y besándonos con Fluff correteando entre nuestros pies.

—Yo habría dicho que no necesitábamos esto —digo—, pero me alegra muchísimo que lo hayamos hecho.

—Y a mí. No sé, pero ahora que tenemos tantos testigos, me parece más oficial.

—Yo he pensado lo mismo antes. Ya no hay escapatoria, señor Godfrey.

Vuelve a besarme y se demora más de lo que probablemente debería con un

salón atestado de personas que esperan a que entremos.

—No tengo ningunas ganas de escaparme, señora G.

Desde el interior del salón, oímos:

—Y ahora demos la bienvenida a los señores Godfrey.

—Es hora de entrar, cariño.

Acepto el brazo que me ofrece.

El salón estalla en aplausos cuando entramos, con Fluff trotando a nuestro lado como la gran estrella que es. Nada de esto habría ocurrido sin ella. Candace la coge en brazos y le sonrío

para agradecerse. Todavía no me puedo creer que ella, Livvy, Leah y Aileen estén aquí. Le lanzo un beso a Logan, que está radiante, y a su hermana Maddie.

Me quedo estupefacta cuando veo una orquesta de diez músicos, un escenario y a Jason Mraz.

¿Jason Mraz?

—Sorpresa —susurra Flynn mientras me lleva a la pista de baile y Jason comienza a cantar *I Won't Give Up*, la canción que elegimos para nuestra boda en Las Vegas.

—¡Oh, Dios mío, no me lo puedo creer! —Estoy abrumada por la increíble sorpresa mientras bailamos acompañados por la melodía que siempre me traerá unos recuerdos tan hermosos de la primera vez que dijimos «Sí, quiero». Y ahora esto...—. Una sorpresa sensacional. Muchas gracias.

—Tendrás que dárselas a mi madre. La discográfica le debía algunos favores. —Me acerca más a él, lo suficiente para que note su erección contra mi vientre—. No renunciaré a

nosotros, Nat. Pase lo que pase, jamás renunciaré.

Me restriego contra él con todo el descaro de que soy capaz sin montar un número.

—Yo tampoco. Te lo prometo.

Suspiro cuando la bala vibradora del tanga que me ha ordenado llevar cobra vida entre mis piernas. Experimento la misma excitación que sentí en el club cuando la gente nos miraba.

—Resérvate alguno de esos rozamientos para la luna de miel.

Separo la cabeza de su hombro para

verle la cara y pregunto:

—¿Qué luna de miel? Llevamos semanas de luna de miel.

Se ríe.

—Por favor. No me tomes el pelo. Pasarnos todo el día en casa no es una luna de miel.

—Flynn...

—Calla. —Me besa antes de que pueda decir nada más—. Disfruta de tu boda.

Cuando la canción termina con fuertes aplausos, Jason llama a Stella al escenario y le pasa el micrófono. Por

suerte, Flynn apaga el vibrador y yo me apoyo en él, aliviada. Todo el cuerpo me vibra de deseo. Estoy empezando a aceptar esto como parte indisoluble de mi nueva vida con Flynn.

—Muchas gracias, Jason —comienza Stella—. Ha sido increíble, ¿no?

Encabeza otra ronda de aplausos para el cantante, quien hace una elegante reverencia y nos envía un beso antes de salir del escenario.

Intento no desmayarse en brazos de mi marido.

—A Max y a mí nos complace y nos

honra acoger a Natalie en nuestra familia. Teníamos la esperanza y rezábamos para que nuestro maravilloso hijo encontrara un día a alguien que lo hiciera tan feliz como lo hace Natalie. Os queremos a los dos y nos alegramos muchísimo por vosotros. —Después de más aplausos, Stella continúa—: Tengo entendido que mi nuera y yo tenemos algo en común, así que me gustaría dedicarles esta canción a ella y a mi querido hijo. —Hace un gesto con la cabeza a la orquesta para que toque una

conocida melodía que, de inmediato, me llena los ojos de lágrimas.

—Oh, Flynn...

Stella canta *Algo bueno*, de *Sonrisas y lágrimas*, y yo me derrito en los brazos del hombre que amo mientras su madre nos canta. Es, sin lugar a dudas, uno de los momentos más increíbles de mi vida.

La noche entera parece sacada de un sueño. Conozco a nuevos familiares: la hermana de Max, el hermano de Stella, los primos de Flynn, amigos de los Godfrey, algunos de ellos famosos, pero

este día no tiene que ver con la fama. Es un festejo del amor y la familia, y de todas las cosas que realmente importan en la vida. Disfrutamos de una deliciosa comida, cortamos la tarta y bebemos más champán: me da igual si luego me duele cabeza.

Después de cenar, me excuso un instante con Flynn y me levanto para hablar con Leah.

—Ven conmigo un momento.

—Um, vale. ¿Qué pasa?

—Ya lo verás.

La llevo a la mesa donde Marlowe

está charlando con las hermanas de Flynn. Se la presento a todas.

—Marlowe, quiero presentarte a mi compañera de piso en Nueva York, Leah. Leah, esta es Marlowe.

Aunque está completamente deslumbrada, Leah consigue estrecharle la mano.

—Encantada —saluda Marlowe.

—Sí —responde Leah, intentando no mirarla con demasiada fijeza—. Lo mismo digo. Nat me ha hablado mucho de ti.

—Siempre bien, espero.

—Siempre.

—Marlowe necesita urgentemente una Addie y Leah necesita un trabajo. He pensado que a lo mejor podéis echaros una mano.

Leah me mira de hito en hito, con la boca abierta.

—Tú y yo...

—Normalmente se expresa mejor — explico a Marlowe, que sonrío de oreja a oreja.

—¿Dentro de cuánto puedes estar aquí, Leah?

—¿Q... qué? No hablas en serio. Soy

profesora, o lo era, pero no quiero serlo y, Dios mío, no sé ni lo que me digo.

—El trabajo es tuyo si lo quieres. Natalie tiene razón: necesito urgentemente una Addie, y ella misma podría enseñarte todo lo que necesitas saber para ser una Addie. ¿Te lo pensarás?

—Ni siquiera me conoces.

—Conozco a Natalie, y si ella dice que lo harás genial, no necesito saber más. No obstante, querría que te mudaras aquí, ya casi toda mi vida transcurre en Los Ángeles.

—Mudarme aquí. Trabajar para Marlowe Sloane. Que alguien me pellizque.

Le doy un flojo pellizco en el brazo y las dos se echan a reír.

—¿Eso es que sí? —pregunta Marlowe.

—¡Sí! —A Leah le brillan los ojos de alegría—. Un millón de veces sí.

—¡Estupendo! —exclamo.

Estoy contenta por mis dotes de alcahueta y por saber que mi mejor amiga de Nueva York pronto estará viviendo cerca de mí en Los Ángeles.

Mientras bailo con Max mucho más tarde, Hayden lo hace con Addie, Marlowe con uno de los primos más jóvenes de Flynn, y Jasper con su hermana Ellie. Kristian y Emmett están junto a la pista de baile, rodeados de un montón de mujeres. Flynn se mueve al ritmo de la música con sus sobrinas, India e Ivy, que se ríen de sus payasadas. Va a ser un padre maravilloso.

—Su madre y yo casi habíamos perdido la esperanza de que llegara este día —reconoce Max en voz baja, para

que solo yo lo oiga—. Míralo con los niños. Se le dan genial, y ellos están encantados con él. No soportábamos pensar que podía perderse la experiencia de ser padre, pero parecía muy improbable. Y entonces te conoció, y bueno... Nos alegramos mucho por los dos.

—Gracias, Max, y gracias por este día inolvidable. Antes le he comentado a Flynn que nunca habría dicho que necesitáramos una gran fiesta, pero me alegra tanto poder tener estos recuerdos. Y también quiero daros las gracias a

Stella y a ti por cómo me habéis abierto los brazos. Nunca sabréis cuánto significa para mí.

—Tienes una gran familia que os quiere a ti y a tus hermanas. Ahora, esta es tu casa y siempre serás bienvenida.

Con lágrimas en los ojos, abrazo a mi suegro hasta que mi marido viene a buscarme bromeando con que su padre quiere robarle a la novia.

Flynn me rodea con los brazos y me dejo envolver por ellos, abrumada por este día tan emotivo y las semanas que lo han precedido.

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí, amor mío?

—¿Listo para ir a casa?

—Listo para estar a solas con mi esposa.

—Con un poco de suerte, esta noche de bodas irá un poco mejor que la primera —bromeo.

—No tengo ninguna queja con la primera. —Me coge la cara entre las manos y me besa con esa ternura que siempre me desarma—. Venga, vámonos.

18

Flynn

Ha sido un día extraordinario en el que no ha faltado ninguna de las cosas que

más me importan. Hemos estado rodeados del amor de nuestros familiares y amigos, pero ahora se trata de nosotros y quiero a mi esposa para mí solo. Sus hermanas y amigas pasarán la noche con mis padres antes de regresar a casa mañana. Mis padres también se quedarán con Fluff durante toda esta semana, aunque Natalie todavía no lo sabe cuando se despide de su niña pensando que volverá a verla al día siguiente.

Abrazamos y besamos a Candace, Olivia, Leah, Aileen y sus hijos, y a mi

familia, antes de marcharnos, una vez más, en el Bentley de mi padre. El conductor sabe adónde vamos, de modo que, conforme nos alejamos de la casa en la que me crie, puedo prestar a Natalie toda mi atención.

—He estado pensando —dice.

Pego la nariz a su cuello.

—¿En qué?

—En tu idea de hacer una película sobre lo que me ha pasado.

Jamás habría pensado que algo podría interesarme más que su sensual y largo cuello.

—¿Qué pasa con ella?

—Sería una buena película, sobre todo con el día de hoy como final feliz.

—¿Lo crees de verdad?

—Lo creo de verdad. Ya lo sabe todo el mundo, así que no estaríamos contando una historia que nos expusiera a mí o a mis secretos. Ya no tengo secretos, y eso me gusta.

—Aun así, reavivaría el interés en tu pasado.

—Ahora que soy famosa, puede que mi destino sea dar a conocer la fortaleza y capacidad de recuperación de las

víctimas de una agresión sexual. Mi historia demuestra que no tiene por qué arruinarles la vida ni definirla.

—Nat... —susurro—. Ya te lo he dicho antes y nunca me cansaré de repetírtelo: tu valor es impresionante. Para nosotros sería un gran honor contar tu historia. Nos emplearíamos a fondo. Te lo prometo.

Me tira de la pajarita para desatármela.

—¿Qué papel harías tú?

—Tendría que interpretarme a mí mismo, el apuesto héroe al que le salva

la vida la heroína guerrera al enseñarle lo que importa de verdad.

Su risa me llega al alma.

—El «apuesto» héroe, ¿eh?

—De hecho, me encontraste bastante guapo cuando te perseguí en el parque.

—Eso es verdad. —Me lanza una mirada astuta y sensual que me la pone dura de inmediato—. Por supuesto, algunas partes de nuestra historia tendrán que continuar siendo secretas.

—Por supuesto.

—Mi marido es un personaje muy público al que no le parecería nada bien

que yo vendiera sus secretos a Hollywood.

—No, no le parecería nada bien. Esos secretos son solo para ti.

La beso de la manera que quiero besarla desde hace horas. Se agarra a mi cuello y se entrega a mí con esa actitud sumisa tan dulce que siempre me pone cachondo. Ni siquiera sabe que lo hace. Eso es lo mejor. Me da todo lo que necesito sin que yo tenga que pedírselo.

Por respeto al conductor de mi padre, que lleva décadas trabajando para mi familia, me separo de ella despacio y a

regañadientes. Tendremos tiempo de sobra para retomarlo donde lo hemos dejado.

Natalie mira por la ventanilla.

—¿Adónde vamos?

—A casa no.

—Ya lo veo. ¿Más sorpresas?

—Tal vez...

—¿No me lo vas a decir?

—¿Qué gracia tendría eso?

—No he traído nada.

—No necesitas nada.

—Necesito un cepillo de dientes.

Sonriendo, vuelvo a besarla, y luego

otra vez, porque una vez no ha sido suficiente.

—Todas tus necesidades serán atendidas, amor mío. No te preocupes por nada.

—Siempre que el martes pueda reunirme con la junta de la fundación, soy toda tuya.

—Um, sí, ahora que lo mencionas...

—¿Qué pasa?

—He pasado la reunión al martes siguiente.

—¡Flynn! No puedes cambiarme las reuniones de día así como así.

—Puedo si lo que quiero es sorprenderte con la luna de miel que te prometo desde hace semanas. —Ante mis ojos, su indignación parece disiparse—. ¿Me perdonas?

—Depende de dónde vayamos.

—Enseguida lo verás.

—Te diré si te perdono cuando vea adónde vamos. —Vuelve a tirarme de la pajarita—. Después de esta, basta de sorpresas. Tenemos que volver a la normalidad. Ya llevamos semanas haciendo el vago. Necesito ser productiva.

—Has sido muy productiva, cariño.

—¡Flynn! Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —digo, muerto de risa—. Sé a qué te refieres, y yo también tengo que bajar de las nubes. Si no fuera mi propio jefe, ya me habrían despedido. Pero antes nos tomaremos esta semana para los dos. Estamos recién casados. Nos merecemos una luna de miel.

—La mayoría de gente diría que pasar más de una semana en una casa junto a la playa en Malibú y después un montón de días más junto a una piscina en

Hollywood Hills contaría como luna de miel.

—Nosotros no somos como la mayoría, y yo puedo hacerlo mejor.

Apoya la cabeza en mi hombro.

—No estás enfadada, ¿verdad?

—No.

—Me gusta sorprenderte.

—Lo sé.

—No voy a tomarme libertades con tus horarios después de esto, a menos que tenga una razón de peso. ¿Vale?

Me coge la mano.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todas las sorpresas de hoy, por saber lo que necesitaba oír ahora mismo, y por asegurarte de que siempre tenga todo lo que quiero y necesito. Que las chicas hayan venido hoy... Has hecho que un día que ya era perfecto lo sea todavía más con su presencia.

—Si realmente no hubieran podido venir, habríamos cambiado la fecha. Espero que eso lo sepas.

—Ha sido un milagro juntar a tantas de las personas que queremos en un

mismo sitio al mismo tiempo. Jamás habría esperado que cambiaras la fecha.

—No lo habríamos organizado si tus hermanas y tus mejores amigas no hubieran podido venir. Se lo dije a mi madre desde el principio y ella estuvo totalmente de acuerdo.

—Me ha encantado la canción que nos ha cantado.

—Estaba muy ilusionada con eso.

—Ha sido todo perfecto.

—Espera a ver lo que viene ahora.

—No puedo esperar.

Llegamos al aeropuerto de Los Ángeles para coger el avión que nos llevará a Cabo San Lucas en dos horas y media. Estoy deseando enseñarle a Natalie la casa que compré allí hace unos años, después de que numerosas visitas a este complejo turístico lo convirtieran en uno de mis lugares favoritos para hacer escapadas. Subo al avión con solo una pequeña bolsa de lona y la coloco entre nuestros asientos. Contiene todo lo que necesitaremos durante nuestra estancia.

Tengo que regresar el sábado para los

ensayos de la ceremonia de los Oscar, pero los próximos seis días son solo para Natalie. Mis padres y Addie tienen el número de teléfono de la casa de Cabo por si surge una emergencia. Aparte de eso, mi móvil está apagado, y así va a seguir hasta que regresemos a Los Ángeles.

Natalie está a punto de descubrir cómo es una verdadera luna de miel cuando el marido es un dominante sexual. La polla se me pone dura solo de pensar en los seis días completos que

planeo pasar con mi esposa completamente desnudos.

Sé que espera que suceda algo después de despegar. Siempre ocurre algo cuando estamos juntos en un avión. Pero esta vez decido dejar que su expectación crezca fingiendo que me quedo dormido en el asiento. Cuando cree que estoy amodorrado, ella también se pone cómoda: pone los pies en alto y se cubre con una manta. Espero a que esté bien tapada para poner en marcha el vibrador de su tanga, lo que le arranca

un grito de sorpresa seguido de un gemido.

—Esto es jugar sucio.

—¿Hmm?

—No actúes como si no tuvieras ni idea de lo que estás haciendo.

—Estaba dormido.

—Tú no estás dormido. Estás torturándome.

Abro los ojos y me vuelvo hacia ella para ver su adorable cara de indignación.

—Cariño, si quisiera torturarte, podría hacerlo mucho mejor.

—¿Cómo?

Esa sencilla pregunta me sacude como una pistola eléctrica y una corriente me recorre el cuerpo hasta la misma entrepierna.

—¿Quieres saber cómo te torturaría?
Se muerde el labio y asiente.

—¿En un mundo ideal en el que pudiera hacerte todo lo que quisiera?

Aunque tiene las mejillas arreboladas, vuelve a asentir.

—Te ataría a la cama, por las muñecas y los tobillos. Te vendaría los ojos y te pondría pinzas en los pezones.

Te insertaría el tapón anal más grande que tengo y para el coño utilizaría un vibrador que también estimula el clítoris. Te excitaría con hielo, plumas y todo lo que se me ocurriera, pero no te daría permiso para correrte, quizá durante horas.

Se estremece de forma visible.

—¿Y te gustaría hacerme eso?

—Joder. Me encantaría.

—¿Por qué?

—¿Por qué me encantaría? Porque tendría tu placer y tu bienestar en mis manos, porque confías en mí lo

suficiente para permitírmelo. —Le cojo la mano y paso los dedos por la sensible piel de la cara interna de su muñeca—. Porque, cuando por fin nos diera permiso a los dos para corrernos, sería tan explosivo que no lo olvidarías nunca, ni yo tampoco.

—Quiero hacerlo. Todo lo que has descrito... Lo quiero.

Niego con la cabeza.

—Vendarte los ojos es un límite innegociable para ti.

—¿Podríamos hacer lo demás?

—Igual que el cuarto de juego, iremos

paso a paso antes de llegar a eso. Acabas de empezar y no quiero asustarte.

—Estaba asustada antes de saber cuánto me gusta entregarte mi placer.

Cambio de postura porque la tengo tan dura que me duele.

—Nat, joder... No sabes cómo me pones cuando dices esas cosas.

—¿Cómo te pongo? Dímelo.

Bajo nuestras manos entrelazadas a mi regazo y le aprieto la palma contra mi polla.

Antes de que me dé tiempo a adivinar

sus intenciones, se ha levantado del asiento y está de rodillas delante de mí.

—¿Quiere que le ayude, señor?

Es la primera vez que ella inicia el juego y me pone muchísimo verla arrodillada delante de mí, con el bonito vestido que se ha puesto antes de irnos de casa de mis padres y ofreciéndose a servirme. Es la mujer ideal que consigue que todas mis fantasías eróticas se hagan realidad. Cómo he tenido la gran suerte de encontrarla es algo en lo que pensaré todos los días durante el resto de mi vida.

—Quítame el pantalón.

Mi voz dista mucho de tener la firmeza y la seguridad que yo querría imprimirle. Pero con ella no es necesario. Natalie no tiene expectativas ni ideas preconcebidas sobre cómo debe hablar un amo. Con ella, puedo ser quien yo quiera y nunca meteré la pata.

Mantiene la cabeza gacha mientras me desabrocha el pantalón. Antes de que me lo quite, me saco el mando del vibrador del bolsillo y me lo guardo en la mano. Estoy a punto de perder el control al notar el roce de la cremallera sobre la

polla, y eso que ni siquiera me ha tocado aún. Me pasa la mano por la espalda, me coge el pantalón y el calzoncillo y empieza a bajármelos.

Me levanto para facilitarle la labor.

Me desabrocha la camisa y, al quitármela, verla sobre mí me corta la respiración.

—Tienes un cuerpo perfecto.

—Igual que tú. —Me enrosco un largo mechón de su cabello en el dedo —. No cambiaría nada.

—Ni yo.

—Te quiero desnuda.

Natalie se pone obedientemente de pie y se vuelve de espaldas para que le baje la cremallera del vestido, que cae hecho un fardo a sus pies y la deja desnuda, salvo por el tanga de cristalitos, un ligüero y unas medias. Recoge el vestido del suelo y lo deja en el respaldo del asiento de al lado antes de volver a colocarse entre mis piernas.

Agacha la cabeza para besarme el pecho y va bajando por mi torso, besándome, lamiéndome y mordisqueándome. Cuando me agarra la polla con la mano, yo ya la tengo

mojada. Me la limpia con la lengua y se me escapa un grito por el placentero dolor que eso me provoca. Podría decirle que se la meta en la boca. Podría ordenarle que me la chupe y acaricie, pero espero a ver qué hará por propia iniciativa.

Y no me defrauda. Me estimula con la mano y abre la boca para metérsela, chupármela y lamérmela. Antes de que me vuelva loco del todo, pongo el vibrador en marcha, confiando en que no pierda la noción de lo que tiene entre manos y me muerda. Por suerte, no lo

hace, pero sí descuida momentáneamente el ritmo y me mira con una expresión en los ojos que me hipnotiza. En las semanas que llevamos juntos, se ha convertido en toda una experta y ha aprendido a relajar la garganta para que yo pueda metérsela más profundo. Sabe dónde lamermme, cómo acariciarme y cuándo chupármela, pero todavía no me he corrido en su boca. No es algo que yo haría sin más.

—Nat... Cariño... —Le tiro del pelo con la fuerza suficiente para captar su atención, pero no tanto como para

hacerle daño—. Voy a correrme.
Cariño...

En lugar de sacársela de la boca como suele hacer, se agacha sobre mí y prácticamente se la traga, con un espasmo que me apresa el glande. Joder... Me contengo todo el tiempo que puedo para darle tiempo a cambiar de opinión, pero entonces me agarra los huevos y estallo.

Se traga hasta la última gota, trayéndome de vuelta despacio y con suavidad. Es, sin lugar a dudas, la mejor mamada que me han hecho en la vida.

Se la saco de la boca y ella apoya la frente en mi abdomen. A los dos nos cuesta respirar.

—¿Ha estado bien?

—Nat, hostia, ha sido la mejor mamada de mi vida.

Apoya la barbilla en mi abdomen y me mira.

—¿Sí?

—Oh, sí. Ven aquí.

Se pone a horcajadas sobre mí para que pueda abrazarla. La estrecho contra mí para poder sentir el contacto de su piel, su olor, su esencia. El vibrador

encendido de su tanga empieza a ponérmela dura otra vez.

—¿Vas a parar eso? —pregunta después de un silencio.

—No hasta que te corras.

—¿Cómo quieres que lo haga?

—Siéntate bien y restriégate contra mí. —La ayudo a colocarse, agarrándola por las caderas, y ella apoya las manos sobre mi pecho—. Eso es, cariño. Ahora muévete como quieras. Haz lo que necesites. —Nunca me había recuperado tan deprisa como lo hago con ella, en especial cuando se restriega contra mi

regazo, con el cuerpo encendido, los pezones duros y tiesos, los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Es una puta diosa, y es toda mía—. Déjate llevar, amor mío. No te resistas.

El cuerpo se le pone rígido unos segundos antes de correrse, y se muerde el labio para contener sus gritos de placer. Me muero por estar completamente a solas con ella en México para poder oír esos gritos sin cesar.

Se desploma en mis brazos y la tapo con una manta. La tengo abrazada

durante el resto del vuelo. Siento que me relajo de una manera que pocas veces he logrado. Estoy impaciente por pasarme los seis próximos días concentrado únicamente en mi bella y sensual esposa. Pienso regalarle una luna de miel que ninguno de los dos olvidará jamás.

Natalie

La casa que Flynn tiene en Cabo San Lucas es impresionante. Situada en lo alto de una colina con vistas a unas

aguas cristalinas, es una combinación de baldosas de terracota, pintura blanca y cerámica de colores. La adoro nada más verla. Las habitaciones son espaciosas y están bien ventiladas, y los cómodos muebles están pensados para relajarse.

—¿Qué te parece? —me pregunta después de enseñármela.

—Es fabulosa. Ya veo por qué te gusta tanto.

Me abraza por detrás.

—Aquí estamos completamente solos.

—¿Y los guardias de seguridad?

—No hay. Solo están las puertas que

rodean la casa. Aparte de mi familia y mis mejores amigos, casi nadie sabe que la tengo. Aquí es donde vengo cuando quiero aislarme de todo. —Me baja la cremallera del vestido mientras me besa el cuello de forma apasionada—. Como estamos solos y la casa está provista de todo lo que necesitaremos, supongo que este es el mejor momento para decirte que va a ser una luna de miel sin nada de ropa.

Su forma de besarme el cuello me tiene tan fascinada que tardo un instante en asimilar lo que ha dicho.

—Un momento. ¿Qué acabas de decir?

—Lo que has oído. Seis días completos. Sin nada de ropa.

—Con «sin nada de ropa», quieres decir...

Cuando termina de bajarme la cremallera, desliza los dedos por mis costados, me los pasa por las costillas y se detiene en mis caderas.

—Sin nada de ropa. Quiero verte a ti y solo a ti durante el tiempo que pasemos aquí.

Solo de pensarlo se me electriza el

cuerpo entero. Tengo el corazón acelerado y, de repente, me noto la piel tirante

—No podemos pasarnos seis días en pelotas.

—¿Tú crees?

—Si eso es lo que quieres, ¿por qué has traído equipaje?

—Me alegra que me lo preguntes. En cuanto te quites el vestido y todo lo que llevas debajo, puedes deshacer el equipaje y dejarlo todo encima de la cama. Yo voy enseguida.

Por un momento, me quedo donde

estoy, con la sensación de que no puedo moverme.

—¿Natalie? —Me pasa el cabello por detrás de la oreja—. Tú sabes cómo decir que no, cariño.

Sus palabras, dichas con tanta dulzura, me recuerdan las reglas de nuestro juego y mi capacidad para detenerlo todo con solo decir una palabra. Pero no quiero poner fin a esto. Quiero tener esta experiencia con él, descubrir qué ha planeado para los dos, gozar de cada instante de este tiempo que pasaremos a solas.

Nuestras vidas se volverán ajetreadas y complicadas en cuanto regresemos a la realidad. Tener la oportunidad de pasar unos días completamente solos para poder explorar todos nuestros deseos es excitante, aunque la perspectiva de pasarlos en cueros me desconcierte. Antes de conocerlo ni siquiera me gustaba estar desnuda en la ducha, y recordarlo ahora me arranca una sonrisa mientras cojo la bolsa de lona y me dirijo al dormitorio.

Antes, cuando me enseñó la habitación, dejó abiertas las puertas que

dan a la terraza. Una cálida brisa entra en la estancia y levanta las cortinas blancas de gasa. El ventilador del techo está hecho de bambú y hojas de palmera, y la enorme cama con dosel está cubierta con sábanas blancas. Dejo la bolsa encima y me quito el vestido, que apenas se me sujeta a los hombros, antes de abrir la bolsa.

No ha traído una sola prenda de ropa para ninguno de los dos, pero sí un variado surtido de juguetes, que saco uno a uno. Encuentro vibradores de diversas formas y tamaños, tapones de

goma, un azote, una pala, unas bolas de goma ensartadas progresivamente de menor a mayor, un consolador curvo con dos glandes, un recio anillo de goma, un frasco grande de lubricante, pañuelos de seda, una caja de preservativos, tiras de velcro, una cinta roja de satén, una cadena con pinzas en ambos extremos y otra con una tercera pinza, tres tapones de vidrio de diversos tamaños y varias velas perfumadas.

Coloco todos los accesorios sobre la cama formando una fila que va de un extremo al otro del colchón. Está claro

que mi marido ha invertido muchas horas en planificar esta luna de miel que yo no sabía que tendríamos. Pensando en su llegada y en lo que me tiene reservado, me doy prisa en deshacerme de mi ropa. Cuelgo el vestido en el espacioso vestidor. Es la única prenda que hay y eso me hace reír. Se ha asegurado de que no haya ninguna más en toda la casa.

Cuando regreso al dormitorio, veo a Flynn en la puerta. Está gloriosamente desnudo y la tiene durísima.

—¿Qué te parece lo que he traído?

—Me preocupaba que nos aburriéramos yendo todo el día en pelotas, pero veo que has pensado en esa posibilidad y has adoptado medidas.

La cara se le ilumina con una sonrisa.

—Efectivamente.

Miro los accesorios de la cama con un nerviosismo que queda contrarrestado por un deseo arrollador.

—¿Qué quieres hacer?

—No sé tú, pero yo estoy muerto de hambre. ¿Te apetece comer y luego darnos un baño?

Le encanta desconcertarme de esta

forma tan deliciosa, poniéndome a mil para luego hacerme esperar.

—¿También tengo que cocinar desnuda?

—Claro que no. Hay una vecina encantadora que nos ha preparado suficiente comida como para alimentar a un ejército. Lo único que tenemos que hacer es calentar y comer.

—Mmm, ¿comida mexicana preparada por una autóctona?

—Para mi esposa, solo lo mejor. — Me tiende la mano y cruzo el dormitorio camino de la puerta. Me rodea con los

brazos y me estrecha contra sí—. Vamos a pasárnoslo en grande. Te lo prometo.

—No me cabe ninguna duda.

19

Flynn

Natalie está flotando en la piscina, con el cabello esparcido como el de una

sirena y las puntas de sus magníficos pechos asomando por encima de la superficie. Me encanta así: desinhibida, relajada y sin las preocupaciones con las que ha cargado durante tanto tiempo. Jamás olvidaré su expresión de asombro cuando le he dicho que esta sería una luna de miel sin nada de ropa. Su sorpresa enseguida ha dado paso a una curiosidad y un deseo tan genuinos que me ha puesto a mil.

Me deslizo despacio por el agua para poder cogerla por sorpresa cuando me inclino para meterme la punta de su

pezón en la boca. Abre los ojos y me pasa lánguidamente las manos por el cabello. La cojo en brazos y le estimo el pezón durante un buen rato, como si no tuviera una sola preocupación. De hecho, no la tengo. Luego, se lo muerdo con fuerza y la hago gritar.

—Quiero que entres en casa, elijas tres de los accesorios que he traído y los pongas en la mesilla de noche con el frasco de lubricante y la cinta roja. Guarda el resto de los juguetes en el cajón. Cuando te hayas decidido, te quiero de rodillas en el centro de la

cama, mirando hacia la puerta, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas.

¿Alguna pregunta?

—Solo una. —Me mira, con expresión franca y confiada—. ¿Cuánto tiempo me tendrás esperando?

—No mucho.

La suelto, la beso y la envío adentro con una palmada en su hermoso culo. Estoy deseando ver qué escoge para jugar.

Natalie

Pese al refrescante baño, estoy ardiendo después de recibir sus órdenes. Me seco con una toalla y la dejo afuera para que se seque. Entro en casa descalza, maravillada de cómo ha conseguido que me pasee desnuda como si fuera lo más natural del mundo para mí cuando, hace tan solo unas semanas, me habría sentido tremendamente incómoda.

Es una de las muchas cosas que han cambiado desde que nos conocemos. Los juguetes alineados sobre la cama me recuerdan las otras cosas que han

cambiado. Miro cada accesorio con detenimiento. Saber que no tengo mucho tiempo para decidirme aumenta la tensión e intensifica los latidos que noto en la entrepierna desde que Flynn ha prestado atención a mi pezón en la piscina.

Apurada e insegura, justo como él quiere, elijo la cadena con dos pinzas, las bolas ensartadas y una de las velas, pensando que, con esta última elección, me daré un respiro. Cuando me he decidido, recojo el resto de los juguetes

y los guardo antes de colocarme en la cama tal como me ha ordenado.

Aun sabiendo que no tendré que esperar mucho, mi expectación aumenta y se multiplica minuto a minuto. Al cabo de poco tiempo, las piernas me tiemblan y me parece que voy a hiperventilar mientras reconsidero mis elecciones. Va a ponerme las pinzas en los pezones. Las he elegido porque tenía curiosidad por saber qué se siente, pero ahora que está a punto de ocurrir, no estoy tan segura de querer saberlo. Y las bolas ensartadas... ¿Dónde me las pondrá? El cuerpo se me

agarrota, como si quisiera impedir que me las inserte.

Puede que todavía tenga tiempo para cambiar de opinión. Comienzo a moverme hacia la mesilla, pero me detiene una sombra proyectada en el suelo. Me apresuro a retomar la postura que me ha ordenado y espero no acabar de ganarme uno de sus castigos. Aunque he aprendido a disfrutarlos.

—¿Todo bien? —pregunta en el tono severo que adopta en estas situaciones.

—S...sí. Señor.

Me gustaría ver si también está

desnudo, pero no alzo la vista para averiguarlo. Se dirige a la mesilla de noche para inspeccionar los accesorios que he elegido. El tintineo de la cadena me pone los pezones duros y tiesos.

—Has elegido muy bien, amor mío. Esta noche nos lo vamos a pasar en grande.

Abre el cajón de la mesilla y vuelve a cerrarlo, y me pregunto si habrá añadido un juguete de su gusto. No he pensado en esa posibilidad cuando he elegido mis tres accesorios. El chasquido de una

cerilla y el olor acre a azufre impregna el dormitorio cuando enciende la vela.

—¿Con qué te gustaría jugar primero, cariño? ¿Las pinzas, las bolas o la cera caliente?

Trago saliva cuando menciona la cera caliente. No había pensado en esa posibilidad al elegir la vela.

—¿Natalie?

—Las pinzas, por favor, señor.

—Necesito que te tumbes boca arriba, con los brazos echados hacia atrás y las piernas separadas. Cuando estés en esa

postura, quiero que no te muevas nada en absoluto.

Las extremidades me pesan como si fueran de plomo cuando me coloco en la postura que me ha ordenado y apoyo la cabeza en una mullida almohada. Ahora puedo verlo. La polla grande y recia le toca el vientre, con el glande morado y mojado. Me encanta que esto le ponga tanto. Me encanta complacerlo y hacerlo feliz con mi sumisión.

—¿Qué opinas de que te ate los brazos con la cinta?

—Estaría dispuesta a intentarlo.

—Esta es mi chica valiente. —Me ata las muñecas con la cinta roja, pero sin apretar hasta el punto de que duela—. Me encanta cómo te queda el color rojo, cariño. Voy a atar la cinta a este gancho de la pared. ¿Te parece bien?

—Sí, señor.

—Cierra los ojos e intenta relajarte. —Obedezco y noto cómo se encarama a la cama y se sitúa entre mis piernas—. Me encantas así, Nat.

—¿Cómo, señor?

—Abierta y dispuesta a probar lo que sea.

—Probarlo todo una vez, dos si nos gusta.

—Exacto. Quiero que te guste todo para que quieras repetir. —Se inclina sobre mí para besarme el vientre y dejar que su suave barba me roce la sensible piel de esa parte del cuerpo—. ¿Sigues dolorida?

—No, señor.

—Entonces, el sexo anal está en la lista de cosas que repetiremos.

Me paso la lengua por los labios, repentinamente resecos.

—Mmm, sí, señor.

—Es bueno saberlo. —Me besa justo por encima del hueso púbico y deseo arquearme hacia él—. Quédate quieta, cariño. Quieta y relajada.

Con los ojos cerrados no veo dónde va a besarme a continuación, lo que me coloca al borde del orgasmo. Me pregunto si podría correrme de solo imaginar lo que me espera. Quiero juntar las piernas para aliviar el dolor, pero me ha prohibido moverme.

Noto su barba en la parte inferior de mi pecho.

—¿En qué piensas?

—En que podría correrme y usted apenas me ha tocado, señor.

—Todo eso influye: esperar, pensar, imaginar... La mente y la emoción pesan tanto como lo físico. Estás empezando a entender los nexos.

—Sí —respondo.

Jadeo cuando me besa el pezón. Lo chupa y tira de él como ha hecho en la piscina, dedicando toda su atención a esa pizca de piel turgente hasta hacerme desear tirarle del pelo para detenerlo. Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas de las manos. Estoy

pensando en la palabra Fluff cuando me suelta el pezón. Alivia el dolor lamiéndomelo con suavidad, de forma constante, hasta que comienzo a flotar en un mar de placer que se desvanece de golpe con el dolor fuerte y agudo de la pinza.

Duele. Joder si duele. Me surge un grito de las entrañas que me gorgotea en la garganta y parece no acabarse nunca cuando por fin se expresa.

—Relájate, cariño. —Mientras habla, me acaricia la entrepierna y me aprieta el clítoris para darme algo en que pensar

que no sea la tortura que siento—. Solo te dolerá un momento. Respira hondo. Eso es. Otra vez. —Me besa alrededor del pezón aprisionado por la pinza. La aguda punzada de dolor que he notado al principio ha dado paso a una sensación pulsátil nada desagradable que me conecta el pezón con el clítoris—. ¿Cuál es tu palabra de seguridad, Nat?

—F...Fluff.

—¿La necesitas?

Niego con la cabeza, pero solo porque estoy decidida a probarlo todo una vez.

Cambia de lado. Sé lo que me espera y no puedo evitar agarrotarme por la tensión.

—Sigue respirando, cariño. Muy hondo.

Me besa y estimula el otro pezón hasta que también se me endurece al máximo. Como si no formara parte de mí, quiero avisarle de lo que le espera. Quiero decirle que se esconda. Flynn deja de chuparlo y vuelve a lamerlo con suavidad y delicadeza. Pero esta vez sé qué va a hacer. No bajo la guardia, de

modo que estoy mejor preparada para el dolor agudo de la segunda pinza.

Sin embargo, no soy capaz de contener el grito ni la apremiante necesidad de rehuir el dolor.

Me impide moverme agarrándome por las caderas.

Cuando noto sus labios en mi cara, descubro que las lágrimas me ruedan por las mejillas y que él me las está enjugando con sus besos. El tiempo parece haberse detenido. No tengo la menor idea de si llevamos una hora o un día aquí. Todo mi mundo ha quedado

reducido a mis pezones pellizcados. Tiemblo violentamente del placentero dolor que me irradia desde los pezones atrapados por las pinzas y hace que me note el cuerpo tirante, líquido y caliente, tremendamente caliente.

Siento la presión de su dura polla contra mi vientre mientras me besa el cuello y temo que me roce los atormentados pezones con el pecho.

—¿Preparada para más, cariño?

Aunque no estoy segura de poder aguantar más, me muerdo el labio y asiento.

—Dilo, Nat. Necesito oírtelo decir.

—Sí, señor —balbuceo—. Estoy preparada para más.

—No abras los ojos ni te muevas. Necesito que me prometas que no te moverás.

—No me moveré.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

Y, así de rápido, vuelve a llevarme al filo de locura. Le oigo soplar y, por el olor, sé que ha apagado la vela. Estoy tan excitada e impaciente que apenas

puedo respirar, pero obedezco y no abro los ojos ni me muevo.

Hasta que la primera gota de cera caliente me cae sobre el vientre.

Emito un sonido a medio camino entre un gemido y un gruñido. Más que doler, escuece, y el calor se disemina desde el punto en el que ha caído la cera. Una segunda gota me cae en el pecho izquierdo y la siguiente, en el derecho. Flynn deja un reguero de cera por mi abdomen y reserva la última explosión de calor para mi montículo depilado.

—Háblame, Nat. Dime lo que sientes.

—Me siento... Lo siento... Caliente.

Lo siento caliente.

—¿No está demasiado caliente?

Niego con la cabeza.

—¿Quieres correrte?

—Sí, por favor.

—Todavía no. Nos queda un accesorio con el que jugar, pero antes tengo que hacer algo con este desastre de la cera. —Me besa en el centro del vientre—. Quédate quieta. —Noto el movimiento del colchón cuando se levanta—. No abras los ojos.

Relajo el cuerpo y aprovecho la

pausa para obligarme a respirar hondo. Tengo muy presente la sensación de las pinzas pellizcándome los pezones. El dolor ya no es agudo, sino sordo. La cera se me ha secado en la piel, que noto tirante.

—Más vale que cierres esos ojos — dice Flynn cuando regresa y vuelve a subir a la cama. Esto le está encantando. Lo percibo en el tono eufórico de su voz, y no puedo negar que a mí también me gusta. Me encanta no saber qué va a ocurrir y pensar que el final, sea cual sea, será espectacular.

Noto algo frío en la piel, primero en el clítoris y luego subiéndome por el vientre hasta llegarme a los pechos. Hielo. Oh, Dios mío...

—No te muevas, cariño.

Noto el hielo en los pezones pellizcados, en los dos a la vez, y casi floto por encima de la cama. Emito sonidos que apenas parecen humanos, pero no parezco capaz de controlarlos.

—Dios santo, eres un volcán, nena. Tu forma de reaccionar a todo lo que te hago es asombrosa.

Mi confuso cerebro asimila sus

palabras. Lo estoy complaciendo. Está feliz. Floto en una nube de felicidad, aunque mi deseo palpitante continúe su imparable avance.

—Ahora voy a darte la vuelta, cariño.

Soy consciente de cómo me pone boca abajo, cómo se enrolla la cinta que me sujeta de las muñecas y del fuerte tirón de las pinzas cuando los pechos se apoyan en las almohadas.

Me besa la espalda, el culo y entre las nalgas, lamiéndome y volviéndome loca. Por un glorioso instante, me chupa el clítoris antes de dejarlo con ganas de

más. Oigo un chasquido y el chapoteo del lubricante me pone en alerta.

—Solo los dedos, amor mío.

Empieza a metérmelos por detrás con su habitual insistencia. Sé cómo detenerlo, pero no digo la palabra. Luego, saca los dedos e introduce otra cosa. Oh Dios mío, las bolas ensartadas: me las está metiendo una a una. Intento recordar el tamaño de la más grande y me retuerzo un poco, buscando alivio frente a la implacable presión.

Con este mínimo movimiento, la cadena tira de las pinzas y tengo una

fuerte punzada de dolor. No quiero que eso vuelva a suceder, de modo que me quedo quieta mientras Flynn continúa insertándome las bolas. ¿Cuántas había? Me gustaría haberlas contado.

—Dime en qué piensas, cariño.

—Ya tengo bastante.

Pronuncio las palabras como si me las hubieran arrancado.

—Solo llevo la mitad.

Gruño cuando empieza a insertarme otra, más grande que la anterior.

—¡Basta! —gimoteo mientras empiezo a sudar.

—Sabes cómo pararlo.

Me separa las nalgas para meterme la lengua y pasármela primero alrededor del clítoris y después del ano ensanchado por las bolas. Luego, mete la mano por debajo de mi cuerpo y da un ligerísimo tirón a la cadena que me hace gritar. Sigue insertándome bolas. De haber sabido que iba a metérmelas por ahí, jamás las habría elegido, pero ya es demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Tres más —dice—. Las grandes.

—N...no... Basta.

Me frota el trasero con su gran mano.

—Puedes hacerlo, cariño. Allá voy.

Tengo mi palabra de seguridad en la punta de la lengua, pero no la digo. No puedo decir nada mientras me concentro en la apremiante presión y la intensa sensación que me quema por dentro cuando me inserta las tres últimas bolas. Me besa la espalda.

—Lo has conseguido, cariño. Te han cabido todas.

No puedo hablar, respirar ni moverme por temor a dañar una de las partes de mi cuerpo de las que él se ha adueñado.

Entonces, noto su dura polla embistiéndome y comienzo a temblar otra vez. Las bolas apenas dejan espacio.

—Intenta relajarte y déjame entrar — me pide con voz ronca.

—Es demasiado grande.

Se ríe.

—Aún crece más cuando la halagas.

—No ha sido un halago.

Mi réplica solo consigue que se ría más a gusto mientras entra dentro de mí poco a poco, con suavidad e insistencia.

Estoy convencida de que va a partirme en dos.

Tira del asa de las bolas ensartadas para sacarme la más grande hasta la mitad. La deja en esa posición hasta que la presión se vuelve tan intensa que casi digo la palabra que pondría fin a esto.

Flynn parece darse cuenta de que estoy llegando a mi límite y vuelve a insertarme la bola. Me aprieta el clítoris con los dedos y me pasa la otra mano por debajo del cuerpo para quitarme las pinzas.

—Puedes correrte, Natalie.

Cuando la sangre vuelve a circularme por los pezones y un dolor insoportable me inunda los sentidos, estallo. Me descompongo tanto que pierdo la noción del tiempo y del espacio mientras todo se vuelve negro.

Cuando abro los ojos, descubro que el dormitorio está a oscuras. Echo un vistazo al reloj de la mesilla y me sorprende ver que ha pasado una hora desde que he entrado. Dios mío...

Flynn está pegado a mi espalda, rodeándome con el brazo, y tengo las

muñecas desatadas. Me besa en el hombro.

—Bienvenida, cariño.

—¿Qué ha pasado?

—Te has corrido con tanta intensidad que te has desmayado.

—¿Es normal? ¿Puede pasar?

—Sí, nena. Pasa.

—¿Cuánto tiempo he estado desmayada?

—Solo unos minutos. No me he separado de ti en ningún momento, para asegurarme de que estabas bien.

—Caray.

Pongo mi mano sobre el brazo con el que me tiene rodeada.

—¿Te has...?

—Oh, sí. Tremendo.

Cuando me muevo para encontrar una postura más cómoda, descubro que las bolas siguen en su sitio y gimoteo.

—¿Qué pasa?

—Las bolas...

—Ya sabía yo que se me olvidaba algo.

Le doy un codazo en la barriga porque a él nunca se le olvida nada.

Pegando la nariz a mi cuello, añade:

—Quería que estuvieras bien despierta cuando te las sacara.

—No te merezco.

Me coge un pecho y me pellizca el dolorido pezón con suavidad.

—Lo has hecho genial, Nat. Te has entregado a mí. Has puesto tu confianza y tu deseo en mis manos. Me lo has dado todo. Significa mucho para mí recibir todo eso de ti y saber que me quieres.

Sus palabras de elogio y aprobación me llegan al alma.

—Sí. Te quiero muchísimo.

—Yo te quiero más.

—Ni hablar.

—Anda, reconócelo.

—Jamás.

Su risa grave me hace sonreír.

—¿De veras hemos aguantado una hora?

—Sí.

—Maldita sea, no bromeabas cuando me dijiste que sabes cómo alargarlo y hacer que dure.

—Pero el final...

—El final ha sido espectacular, como me habías prometido.

—Me alegro de que pienses eso.

Dime qué te ha parecido. Quiero saberlo todo.

Mientras habla, me pasa los dedos por el pelo, lo que me calma y relaja. El amo ha desaparecido y en su lugar está el amante tierno que me ha introducido en esta placentera vida de sensualidad extrema.

—Las pinzas duelen más de lo que esperaba.

—Me ha sorprendido que las eligieras cuando podrías haber escogido cualquier otro juguete.

—Tenía curiosidad después de ver

cómo las utilizaron en el club la otra noche. Pero no me puedo imaginar la pinza para el clítoris. Eso acaba de pasar a mi lista de límites innegociables.

—Me parece bien.

—He elegido la vela porque pensaba que solo la utilizarías para crear ambiente.

Se ríe con dulzura.

—Un error frecuente entre los principiantes: subestimar la imaginación de su amo.

—Estoy aprendiendo que contigo es mala idea.

—Mi imaginación no tiene límites, sobre todo cuando juego contigo. ¿Qué te ha parecido la cera?

—No me podía creer que la cera caliente en la piel me estuviera excitando. Nunca habría dicho que eso podía gustarme.

—Probarlo todo una vez...

—...dos si nos gusta.

—Entonces, ¿nos ha gustado la cera?

—Sí. Pero el hielo ha sido un poco excesivo.

—Es la forma más rápida de limpiar la cera. El calor y el frío suelen ir juntos

en esto. Los dos extremos hacen que la experiencia sea excitante.

—Si quisiera hacértelo a ti algún momento, ¿me dejarías?

—¿Qué parte?

—Lo del frío y el calor.

—Podría estar dispuesto a cederte el control, pero solo durante un rato.

—Oh... En ese caso, quiero incorporar el anillo para el pene.

Emite un gemido grave.

—Se puede arreglar. ¿Qué te ha parecido la cinta y tener las muñecas atadas?

—Me ha gustado, y también cómo me has obligado a cederte el control.

—A mí también me ha gustado.

Hay una cosa más que quiero decirle. Solo espero saber hallar las palabras adecuadas.

—He pensado...

—¿Qué?

—Me encanta que lo que hacemos juntos no tenga nada que ver con lo que me pasó hace tanto tiempo. Es todo lo contrario.

—Me alegra mucho oírte decir eso.

—Me parece una especie de

revelación darme cuenta de que una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—No, no lo tiene. —Pega la nariz a mi hombro—. ¿Quieres que te quite las bolas?

—Cuando quieras.

Comienza despacio, tirando con una mano y acariciándome el trasero con la otra al sacarme la bola más grande. Me quedo sin aliento y sudorosa, pero las otras salen con más facilidad, aunque Flynn se toma su tiempo, alargando el proceso para darme el máximo placer. Cuando las tira al suelo junto a la cama,

estoy sofocada y a punto de correrme otra vez.

—Flynn...

—¿Sí, nena?

—Quiero correrme.

Su grave gruñido es el único aviso que tengo antes de que me ponga boca arriba y entierre la cara entre mis piernas. Tres caricias de su lengua son todo lo que hace falta para llevarme al clímax.

Cuando abro los ojos, lo veo sonriéndome como un bobo.

—¿Por qué sonríes así?

—Porque te amo. Me encanta que me acabes de pedir que haga que te corras. Me encanta tenerte en esta casa que adoro y saber que tenemos días y días para estar juntos sin que nadie ni nada nos moleste.

—Di mejor, días para estar juntos «desnudos».

Apoya la cabeza en mi pecho.

—Mmm.

Le paso los dedos por el pelo, disfrutando de su sedosa textura.

—En realidad, me has traído aquí

para convertirme en tu esclava sexual,
¿verdad?

—Me has pillado.

Permanecemos abrazados en la cama durante mucho tiempo, tanto que la luna comienza a asomar por el horizonte.

—Nat...

—¿Sí?

—Pese a lo que pueda parecer, de hecho, en realidad, yo soy tu esclavo. Lo sabes, ¿verdad? Me tienes totalmente a tu merced.

—Y tú a mí.

—No puedes dejarme nunca.

Me derrito cuando él, que podría tener a la mujer que quisiera, me abre su corazón y se muestra vulnerable conmigo.

—No hay otro sitio en el que preferiría estar que no sea aquí contigo.

20

Natalie

El jueves por la noche hemos probado todos los juguetes dos veces y muchos

de ellos tres, porque nos han encantado. Tengo el cuerpo electrizado después de las horas que Flynn ha pasado excitándome solo para romperme en mil pedazos y volver a recomponerme como únicamente él sabe hacerlo.

Ha sido la semana más feliz, relajante y sensual de toda mi vida. Haber podido relajarme por completo pese al estado de excitación casi constante es asombroso para mí. Me entristece tener que regresar a casa mañana, pero estoy lista para retomar una rutina que me permita ser productiva después de las

hermosas semanas que he pasado con Flynn.

También extraño a Fluff. Nunca habíamos estado separadas durante tanto tiempo y espero que se haya portado bien con los padres de Flynn. Aparte de la cita semanal con Curt, mi terapeuta, que Flynn insistió en que no anulara, llevamos días sin hablar con nadie más que entre nosotros.

Mi cuerpo ha sido muy bien utilizado: las nalgas me arden por los azotes, y tengo la cara interna de los muslos dolorida y mis partes más sensibles

escocidas por el roce de su gran polla al penetrarme tantas veces. Estoy oficialmente enganchada a su enorme pene y a todas las asombrosas formas en que lo utiliza para amarme. Estamos en la cama, recuperándonos después de otro vigoroso revolcón, cuando suena el teléfono fijo y nos asusta a los dos.

—Lo más probable es que solo sean los pilotos para confirmar la salida — comenta mientras se levanta para cogerlo—. Les diré que no estamos listos para irnos.

—Estamos listos. Este fin de semana

tenemos la ceremonia de los Oscar y vamos a ir. Mi marido es el favorito.

Refunfuña y pone cara de malas pulgas.

—No me puedo creer que lo hayas dicho en voz alta.

Sonrío y lo miro mientras sale de la habitación. Nunca me canso de mirarle las apretadas posaderas, ni siquiera después de pasarme casi una semana viéndolo desnudo.

El sopor se apodera de mí mientras escucho el suave murmullo de su voz en el salón. Estoy más relajada que nunca

después de estos días idílicos a su lado. No hemos hecho otra cosa aparte de nadar, tomar el sol, comer deliciosos manjares, beber margaritas y vino de los viñedos de Quantum y hacer el amor tan a menudo como hemos podido. Todo mi cuerpo, al igual que el suyo, está bronceado después de horas bajo el sol. Nos hemos quedado días enteros en la cama, hablando de todos los temas posibles y haciendo más planes para nuestra fundación. Me encantaría que nos quedáramos aquí para siempre, pero Flynn me asegura que podremos volver

pronto. Hasta entonces, estoy deseando desempeñar mi nuevo cometido en la fundación e interceder por los niños que pasan hambre.

Me despierto sobresaltada al notar el brazo de Flynn en la espalda. ¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Cuánto rato ha estado al teléfono?

—¿Va todo bien?

—Era Emmett.

Estas dos simples palabras me ponen en alerta de inmediato. Me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Hay un detenido por el asesinato de Rogers.

—¡Qué buena noticia! Oh, Dios mío, qué alivio. Ahora nos dejarán en paz.

—Nat...

—¿Qué? ¿A quién han detenido?

—A tu padre.

Flynn

No me gusta tener que darle esta noticia.
No tengo la menor idea de cómo se la

tomará ni de lo que puede significar para ella ni para nosotros.

Se sienta en la cama y se tapa los pechos con la sábana. Es la primera vez en toda la semana que ha sentido la necesidad de cubrirse.

—¿Mi padre mató a David Rogers? ¿Por qué? Ni siquiera lo conoce.

—Emmett aún no tiene toda la información, y por supuesto Vickers no le coge el teléfono ahora que ya no soy sospechoso.

—Yo... no lo entiendo.

Su confusión e incredulidad me ponen

furioso. Estaba relajadísima y sin ninguna preocupación en la cabeza. Y ahora esto. La abrazo.

—Llevas mucho tiempo sin ver a tu padre. A lo mejor ha estado en contacto con Rogers todos estos años. Nunca se sabe.

—Es posible, pero ¿por qué iba a matarlo ahora, después de que acudiera a la prensa con información sobre mí?

—Emmett me ha dicho que ha sido nuestro investigador el que ha alertado al FBI sobre la posible implicación de tu padre. No quería molestarnos

mientras estábamos aquí, así que ha esperado hasta que lo han detenido. Por lo visto, el detective sospechó de tu padre cuando decidió investigar a todos los que tuvieron relación con el caso de Stone desde el principio.

—Tengo que llamar a Candace y a Olivia. Tengo que decirles...

—Vale, cariño. Te traeré el móvil. — Me levanto para coger el teléfono, que lleva toda la semana en su bolso, y lo enciendo de regreso al dormitorio. Empieza a pitar como loco al recibir

montones de mensajes de texto y de voz —. Yo diría que ya lo saben.

Se lo paso y comienza a responder los mensajes de sus hermanas.

—¿Qué te dicen?

—Están conmocionadas y tienen que esconderse de la prensa.

—Les pondré guardaespaldas.

Escribo un mensaje con mi móvil a Gordon Yates, nuestro jefe de seguridad en Los Ángeles, y le pido que se coordine con Addie para que las hermanas de Natalie tengan una escolta de inmediato.

«Ya estoy en ello», responde Gordon al instante.

—Gracias —murmura cuando le doy la noticia—. No soporto pensar que los periodistas las persiguen ni que esto les ha puesto la vida patas arriba, ¡otra vez!

—¿Y tu vida, cariño?

—Mi vida es perfecta y continuará siéndolo. Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Nat...

—¿Qué? No lo tiene.

—¿Es posible que tu padre lo hiciera porque quiere reparar el daño que te

hizo y pensó que matar a Rogers era la manera?

Niega con la cabeza y veo que la incredulidad ha dado paso al enfado.

—No tiene nada que ver conmigo. Lo ha hecho porque Rogers revivió todo el asunto de Oren. Desde su punto de vista, matando a Rogers protegía a Oren. Para él, Oren es lo primero, incluso ahora.

—No lo sabes con seguridad.

—Sí, lo sé. Y lo único que me importa es que el FBI ya no te está investigando a ti por su asesinato.

—Emmett me ha dicho que la prensa

está volviendo loca a Liza porque quieren una declaración nuestra sobre la detención.

—Podrías pedirle que diga que Natalie no ve ni habla con su padre desde hace más de ocho años. Sus actos no tienen ninguna repercusión sobre ella o sus hermanas, que tampoco están en contacto con Martin Genovese, y que pedimos que se respete su intimidad y la de su familia.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Completamente.

Natalie

No pego ojo en toda la noche pensando en cosas que preferiría olvidar. Mi padre ha matado a David. Si lo miro en retrospectiva, tiene una lógica retorcida. Debíó de enfurecerle que esta sórdida historia saliera de nuevo a la luz después de que Rogers revelara mi agresión sexual a la prensa. Ver cómo volvían a ensuciar el nombre de Oren y divulgaban hasta los detalles más

sórdidos de lo que me hizo ante un público completamente nuevo debió de encolerizarlo. Y esta vez, el público ha sido mucho más numeroso gracias a mi relación con Flynn y la insaciable sed mediática de Hollywood.

Aunque me horroriza lo que mi padre ha hecho, estoy inmensamente aliviada de que Flynn ya no esté en el punto de mira del FBI.

—Te oigo pensar, cariño —murmura.

Creía que estaba dormido.

—Habla conmigo.

—No hay mucho que decir.

—¿En qué piensas?

—En que lo único que importa es que el FBI ya no sospecha de ti.

—Eso no es lo único que importa. Tú también importas.

—Esto no me afectará si no permito que lo haga. ¿Qué más me da si mi padre perdió la cabeza y mató a David? No ha sido mi padre en ningún sentido, aparte del biológico, desde la noche que sacó a mi madre a rastras del servicio de urgencias después de que su «amigo» me agrediera de una forma salvaje. Cuando

me dejó allí, cerró una puerta que ya no puede volver a abrirse nunca.

—Iba a preguntarte si querías que me ocupara de buscarle un abogado.

—No. Eso es cosa suya. Ha tomado sus propias decisiones y ahora tendrá que pagar las consecuencias. No quiero tener nada que ver con él ni con lo que ha hecho.

—Como quieras, cariño. Tú mandas.
¿Y tu madre?

—¿Qué pasa con ella?

—A lo mejor quieres verla ahora que

vuelves a estar en contacto con tus hermanas.

—He pensado en eso, en ella, y tengo que reconocer que enterarme de que por fin había dejado a mi padre, cuando no se atrevió a hacerlo cuando yo más la necesitaba, me reabrió viejas heridas. Como he recuperado mi relación con mis hermanas y pienso estar muy presente en sus vidas, supongo que la veré en algún momento, pero no puedo imaginarme teniendo una relación estrecha con ella.

—Te entiendo perfectamente. Tuvo su

oportunidad de estar a tu lado y no lo hizo.

—No, no lo hizo. Y, en lo que a mí respecta, eso no va a poder enmendarlo nunca. —Entrelazo los dedos con los suyos—. Quiero que sepas... Si algo como esto, que mi padre haya matado a Rogers, hubiera pasado antes de conocernos, yo habría tenido que empezar otra vez desde el principio, pero ahora soy más fuerte que nunca, y es gracias a ti.

—No, nena, es gracias a ti. Eres la persona más fuerte que conozco.

—Nuestro amor me ha hecho más fuerte de lo que era cuando estaba sola. Y me ha hecho más feliz de lo que jamás había soñado con ser.

—A mí también.

—Gracias por perseguirme el día que Fluff te mordió.

—Gracias por darte la vuelta, por darme una oportunidad.

Le sonrío, perdidamente enamorada y liberada de mi pasado.

—Como si hubiera tenido elección.

—La elección siempre ha sido tuya, cariño.

—Te elijo a ti. Nos elijo a nosotros.

Me abraza y me besa.

—Yo también te elegiré siempre.

Al abrigo de sus brazos, me siento capaz de enfrentarme al mundo y ganar siempre.

Epílogo

Natalie

Ha sido una velada estupenda para Quantum Productions. Jasper acaba de

ganar el premio de la Academia a mejor director de fotografía por su trabajo en *Camuflaje*, y ahora estamos esperando a que anuncien el premio a mejor director.

Hayden ha venido acompañado de Addie, un acontecimiento sobre el que Flynn y yo llevamos cuchicheando toda la noche. Addie le ha dicho a Flynn que Hayden lo ha hecho para que ella pudiera estar presente en su gran noche, pero yo creo que no es la única razón.

Mi marido se inclina para susurrarme al oído.

—Creo que están cogidos de la mano.

—Estoy más emocionada por eso que por los premios.

Me sonrío y deposita un objeto en mi mano.

Bajo la vista y veo la cinta roja con la que jugamos en México. El cuerpo entero se me enciende al recordarla enrollada alrededor de mis muñecas mientras él jugaba conmigo. He conseguido sentirme más cómoda cuando me ata, y espero que un día podamos estar en el cuarto del sótano. Flynn cree que tardaré un tiempo en estar preparada para esa clase de

bondage. No pasa nada. Tenemos todo el tiempo del mundo para llegar hasta ahí juntos.

—Es del mismo color que tu vestido.

Me he puesto un vestido rojo de Givenchy para su gran noche porque le encanta cómo me sienta este color.

—¿Qué tengo que hacer con esto? —pregunto, con fingida inocencia.

Me guiña el ojo.

—Tenla a mano para después.

La revelación que tuve en México de que mis juegos eróticos con Flynn no tienen nada que ver con lo que mi

agresor me hizo me ha ayudado a librarme de las ataduras del pasado.

Ya no me preocupa revivirlo. Me he enfrentado a mis fantasmas y he hallado la forma de dejarlos atrás. Soy capaz de separar todo lo que sucede con mi amado esposo de lo que le ocurrió hace tantos años a la chica que una vez fui.

Ahora soy una mujer, una mujer enamorada de un hombre extraordinario, y él me ha enseñado las infinitas posibilidades de nuestro amor. Quiero tocar el cielo con él como guía y compañero. Quiero experimentar a

fondo todo lo que esta vida tiene que ofrecernos. He sufrido lo indecible y he sobrevivido. Ya no tengo miedo.

Mi padre ha sido acusado oficialmente del asesinato de David Rogers. Después de la declaración que enviamos a los medios de comunicación, apenas nos han molestado. El hecho de que mi padre y yo llevemos casi una década sin hablarnos ha sido como un jarro de agua fría para la prensa de Hollywood. Estoy segura de que en Nebraska es un bombazo, pero en Los Ángeles no lo es, y yo he decidido

guardar las distancias. He animado a mis hermanas, que esta noche nos acompañan, a hacer lo mismo.

Están sentadas al fondo de este enorme teatro con la familia de Flynn. Hace un rato me lo he pasado en grande arreglándome con ellas, compartiendo mi ilusión y mi orgullo por mi marido con las dos personas que más quiero, después de Flynn y Fluff, por supuesto.

Nos ponemos en pie para aplaudir cuando anuncian el nombre de Hayden para el premio a mejor director. Besa a Addie en los labios delante de todo el

mundo antes de dirigirse al escenario para recibir su galardón.

Addie llora mientras lo mira. Su cara de aturdimiento al recibir el beso no tiene precio.

Flynn y yo nos sonreímos. Está muy feliz esta noche y me encanta verlo compartir este momento tan especial con sus mejores amigos.

—Muchas gracias a la Academia — empieza Hayden cuando el clamor del público cesa—. *Camuflaje* fue un proyecto muy especial para todos nosotros, y ver el reconocimiento que ha

recibido esta noche con estos premios es lo mejor que me ha pasado en la vida. Son muchas las personas a las que tengo que dar las gracias, entre ellas al equipo de Quantum al completo, todos los amigos y familiares que me han apoyado durante el rodaje de la película, y nuestro increíble reparto, encabezado por el inigualable Flynn Godfrey, que ha hecho el trabajo más audaz de su carrera interpretando a Jeremy. A todos los espectadores que fueron al cine y se conmovieron con su historia y, por ende, la de todos nuestros soldados heridos...

Gracias por demostrarles que os importan, que los recordáis, que valoráis los numerosos sacrificios que los militares y sus familias hacen por todos nosotros. —Levanta la estatuilla dorada—. Gracias otra vez por este increíble honor.

Yo también lloro cuando Hayden abandona el escenario. Su discurso de aceptación ha sido conmovedor. Addie, Marlowe y yo parecemos tres magdalenas, lo que hace reír a los hombres.

Después de una pausa publicitaria

interminable, el programa continúa con el premio a mejor actriz, que es para una vieja amiga de Flynn. Se alegra mucho por ella, pero no deja de apretarme la mano porque por fin ha llegado su categoría.

La actriz ganadora del año pasado sube al escenario para anunciar los candidatos a mejor actor protagonista. Proyectan secuencias de la interpretación de cada uno de ellos y leen sus nombres. Flynn aparece en una escena del hospital, con media cara quemada, disuadiendo a otro soldado

herido de que tire la toalla. Es uno de los momentos más emotivos de la película y el público que abarrota en el Teatro Dolby aplaude con fuerza.

—Y el Oscar es para... Flynn Godfrey.

Por un instante, solo existimos él y yo, congelados en el tiempo en este momento, con la incredulidad y el asombro reflejados en sus magníficos ojos. Luego, se inclina para besarme antes de levantarse para aceptar los abrazos y felicitaciones de sus compañeros y mejores amigos.

Todas las personas que nos rodean tienen lágrimas en los ojos mientras aclaman a Flynn.

Él sube al escenario, recibe el premio y abraza a la actriz que se lo ha entregado antes de volverse hacia el público. Los aplausos se prolongan durante un minuto de reloj. En ese tiempo, Max y Stella aparecen en una de las pantallas, ambos sonriendo, llorando y de pie, aplaudiendo a su hijo.

Espero que pueda verlos desde el escenario.

—Muchas gracias. Gracias. —Flynn

mira la estatuilla dorada que tiene en la mano—. Caray. Creía saber cómo podía ser esto, pero, por lo visto, no tenía ni idea. Gracias a la Academia y a todas las personas que han participado en la realización de *Camuflaje*. Desde el momento en que leímos el guion supimos que este sería un proyecto especial. No teníamos ni idea de lo especial que llegaría a ser para todos nosotros y estoy profundamente agradecido por este premio, así como por los otros galardones que ha otorgado a la película esta noche. Todos sabéis que estos dos

últimos meses han sido una verdadera locura para mí, tanto profesional como personalmente. Quiero dar las gracias a los amigos y compañeros presentes por su apoyo incondicional durante estos momentos difíciles. En estas semanas, he recibido más afecto que nunca de esta comunidad y estoy profundamente agradecido por ello. A mi hermosa, valiente e increíble esposa, Natalie, gracias por enseñarme lo que de verdad importa en la vida. Te quiero muchísimo, amor mío. —Levanta el premio—. Gracias otra vez.

Me encanta que haya utilizado la palabra «increíble», nuestra palabra, y que me haya llamado «amor mío» delante de todos. Esquiva a los acomodadores que quieren que vaya entre bastidores y baja la escalera para cogerme en brazos. Seguimos así cuando *Camuflaje* gana el premio a mejor película. Flynn y la mayoría de nuestros amigos suben al escenario para recibir sus estatuillas como productores de la película.

En calidad de productor ejecutivo, Kristian habla en nombre de todos.

—Como ya ha dicho Hayden, ha sido un honor irrepetible dar vida a esta historia tan especial. Sé que hablo en nombre de todo el equipo de Quantum y de todas las personas que han participado en la película cuando digo que ninguno de nosotros olvidará jamás este momento. Gracias a la Academia por su reconocimiento a *Camuflaje*, y a nuestros soldados, los de todos los tiempos. Tenéis nuestro eterno respeto y admiración. Gracias otra vez.

Tenemos que sacarnos fotos, hacer entrevistas y asistir a fiestas. Pero,

cuando termina el programa, Flynn baja del escenario, con una estatuilla en cada mano, y viene derecho a mí. Lo abrazo bien fuerte. El éxtasis existe y es esto.

Nota de la autora

**P: Pareces saber mucho sobre BDSM.
¿Significa eso que lo practicas?**

R: Falso. He investigado muchísimo para escribir la trilogía «Celebrity» y

estas páginas son el fruto de mis investigaciones. Escribo sobre asesinatos en la saga «Fatal» y nunca he cometido ninguno. Creo que he sabido retratar fielmente una pequeña parcela del mundo del BDSM en la historia de Flynn y Natalie sin necesidad de practicarlo. Me ha encantado profundizar en la psicología de la relación entre amo y sumisa, comprender el intercambio de poder y explorar los profundos lazos emocionales que se forjan en estas relaciones.

P: Después de leer la trilogía «Celebrity», tengo curiosidad por el BDSM. ¿Cómo puedo conseguir más información sobre este mundo?

R: Hay muchas páginas web dedicadas a él. Por ejemplo, en FetLife.com se puede obtener información sobre cómo encontrar a otras personas de vuestra zona que compartan los mismos intereses. Nunca me cansaré de repetir que siempre hay que aplicar los tres principios fundamentales de seguridad,

sentido común y consentimiento a todo lo que haga. Es muy importante tener cuidado y protegerse. Como les digo a mis hijos: «Elegid bien».

Por último, querría expresar mi gran agradecimiento al INCREÍBLE equipo que ha hecho posible que escribiera esta trilogía en el plazo que me habían concedido. Ante todo, a Julie Cupp, mi jefa de operaciones, ayudante ejecutiva, mayordoma y cómplice. Jamás lo habría logrado si Julie no hubiera supervisado montones de detalles. ¡Gracias! Y también a Holly Sullivan por el

magnífico diseño de mis libros electrónicos, y a mi sobrina, Isabel Sullivan, por su brillante trabajo con el diseño de la edición inglesa.

Asimismo, Lisa Cafferty, contable, y Nikki Colquhoun y Cheryl Serra nos han sido de mucha ayuda. Mi marido, Dan, me alimentó, me hidrató y me disuadió un par de veces de saltar por el balcón cuando intentaba escribir tres novelas en cuatro meses. Valoro muchísimo el esfuerzo que hace por ocuparse de todo para que yo pueda escribir, escribir, ¡ESCRIBIR!

A mi padre y mis hijos, gracias por apoyarme siempre en mi profesión, aunque ninguno de ellos vayan a leer estas palabras porque nunca leeréis la trilogía «Celebrity». NUNCA JAMÁS.

Gracias a mi hijo Jake, que ha sido mi asesor automovilístico en la saga y ha escogido todos los coches de Flynn para las diversas ocasiones. Todo ello sin leerse los libros.

Mis paisanos de Nueva Inglaterra me odiarán por esto, pero estoy muy agradecida al invierno con más nieve de los últimos tiempos, que nos obligó a

quedarnos en casa durante montones de días que yo pasé... escribiendo. Perdonad, pero ¡tenía que dar las gracias a la nieve!

Mis lectoras de pruebas Anne Woodall, Kara Conrad y Ronlyn Howe continúan siéndome de gran ayuda con cada libro. Gracias a mis primeras lectoras, Lauren Blakely, Margaret Prendergast, Michelle Farrell y Susan Farrell, cuya entusiasta reacción fue muy alentadora. Mi revisora Linda Ingmanson y mi correctora Joyce Cordero han sido indispensables. Mis

diseñadoras gráficas, Ashley Lopez y Courtney Lopes, han hecho un trabajo increíble con las cubiertas y el logo de la trilogía de la edición inglesa. Son mis favoritas de todos mis libros. ¡Muy buen trabajo, señoras!

Como de costumbre, me encanta tener noticias de mis lectores y podéis poneros en contacto conmigo en marie@marieforce.com. Hago lo posible por responder tantos emails como puedo. En la página web marieforce.com/quantum hay información sobre la redacción de la

trilogía. No puedo decir cuánto valoro todas las críticas que mis lectores dejan en los puntos de venta, en *Goodreads* y en otras plataformas. Intento leerlas siempre y agradezco todas y cada una de ellas. Esas opiniones ayudan a otros lectores a descubrir la trilogía «Celebrity».

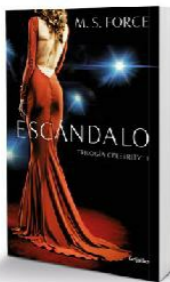
¡Gracias otra vez por leerme!

Besos y abrazos,

MARIE

TRILOGÍA CELEBRITY

SEXO DE CINE, AMOR DE VERDAD.
UN ROMANCE ERÓTICO
MADE IN HOLLYWOOD.



EDICIÓN IMPRESA
23/03/2017

FORMATO DIGITAL
16/02/2017



EDICIÓN IMPRESA
27/04/2017

FORMATO DIGITAL
16/03/2017



EDICIÓN IMPRESA
18/05/2017

FORMATO DIGITAL
27/04/2017

***Éxtasis* es el esperado
desenlace de «Celebrity», la
trilogía de romance erótico
más glamurosa y exitosa de
la temporada.**

**Sexo de cine, amor de verdad.
Un romance erótico made in
Hollywood.**

Descubrir las auténticas fantasías de Flynn ha llevado a Natalie al borde de la depresión. Ahora ha llegado el momento de dar el paso definitivo: entrar en su mundo sexual o alejarse de él para siempre.

Después de su tempestuosa huida, Natalie decide volver con Flynn y escuchar su historia. Él, avergonzado por no haber sido del todo sincero con la mujer a la que ama, le cuenta toda la verdad... Y Natalie empieza a intuir que los juegos que él y sus amigos llevan a cabo en el Club Quantum tal vez también

puedan ser excitantes para ella. Poco a poco, ambos se adentran en un mundo que él domina a la perfección. Los límites de placer y dolor se confunden, pero la confianza y el amor siempre están presentes.

La pareja tiene toda la vida por delante, pero un misterio no resuelto amenaza su felicidad. Un misterio al que tendrán que enfrentarse con más armas que la de su amor y su entrega, y que pondrá a prueba sus sentimientos.

«Una historia sublime, emocionante y

con mucha pasión.»

Guilty Pleasures Book Reviews

M.S. Force, también conocida como **Marie Force**, es una exitosa autora de novela romántica que, con la trilogía «Celebrity», se ha adentrado con enorme popularidad en el mundo del romance erótico. Sus obras suelen aparecer invariablemente en las listas de *bestsellers* de *The New York Times*, del *USA Today* y del *Wall Street Journal*.

Ha vivido en España, acompañando a su marido, que estaba en la Marina, pero hace ya un tiempo que la familia regresó a Rhode Island, su estado natal.

La trilogía «Celebrity», compuesta por las novelas *Escándalo*, *Fantasía* y *Éxtasis*, ha lanzado su nombre a las listas de los títulos de narrativa erótica más vendidos.

Título original: *Victorious*

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2015, HTJB, Inc. Publicado originalmente por HTJB, Inc. Publicado en lengua castellana por acuerdo con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Rosa Pérez Pérez, por la traducción

Diseño de portada: © Compañía

Fotografía de portada: Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5504-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Éxtasis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Nota de la autora

Trilogía Celebrity

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos